



José Antonio Hernández de la Moya
José Francisco Adserias Vistué

EL ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN

Conversaciones para nuestro tiempo

Prólogo: José Ramón Chaves García

EL ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN

Conversaciones para nuestro tiempo

© Autor: José Antonio Hernández de la Moya

© Autor: José Francisco Adserias Vistué

José Antonio Hernández de la Moya

José Francisco Adserias Vistué

EL ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN

Conversaciones para nuestro tiempo

A todo el pueblo español, cuyos esfuerzos, sacrificios y compromisos fueron el alma y el verdadero motor de la Transición, demostrando que la democracia es un logro común, que se construye entre todos.

«La Transición fue una sinfonía coral sin partitura que se interpretó en un concierto sin espectadores, porque nadie se quedó fuera del escenario, sino que cada cual, o tocaba un instrumento, o coreaba con su voz aquello de Libertad».

FRANCISCO TOMÁS Y VALIENTE

AGRADECIMIENTOS

La Transición política española fue un período complejo y trascendental de nuestra historia reciente, que no puede entenderse sin la colaboración de quienes dedicaron su esfuerzo e intelecto a profundizar en sus aspectos.

Por ello, nuestro agradecimiento es para:

Historiadores, sociólogos, periodistas y politólogos que, a lo largo de los años, han investigado y documentado sus acontecimientos.

Los entrevistados de esta obra, que con enorme generosidad han compartido sus recuerdos y reflexiones, ofreciendo una visión más humana y directa del proceso. Su disposición a abrir sus mentes y sus corazones ha sido esencial.

Todos aquellos que, aunque no están mencionados explícitamente, han contribuido indirectamente en el proceso de creación de este libro.

Y, de manera muy especial, el conjunto del pueblo español, el gran protagonista de este trascendental período. Un pueblo que fue capaz de mirar sin ira hacia el horizonte, logrando la paz y la libertad de la que hoy disfrutamos.

PRÓLOGO

Por José Ramón Chaves

Ya el filósofo Heráclito de Éfeso afirmaba que “todo fluye y nada permanece”, verdad que se extiende a los hechos, pero no a la memoria de los que los recuerdan con viveza y respeto.

Hay hechos o sucesos que permanecen en la memoria y son dignos de ser mirados con reverencia, admiración y agradecimiento.

Pueden ser tiempos difíciles, agridulces y con elevados costes, como los de la transición española hacia la democracia, pero siempre memorables; hasta el punto de que hablar de “La Transición” —como cuando Umberto Eco nos recordaba que el nombre de la rosa marchita la contiene en su plenitud— supone evocar un escenario sociopolítico y temporal muy concreto.

España ha sufrido muchas transiciones en su historia, pero “La Transición”, sin mayores adjetivaciones ni complemento, refiere a un período vivido, sufrido o disfrutado por una generación a la que pertenezco; una generación que asistió al paso de una etapa marcada por el espejismo de la paz y el cruel eufemismo de “democracia orgánica” hacia una etapa inspirada en la libertad y la saludable “democracia representativa liberal”.

Como juez en activo, conozco el enorme reto de descubrir la verdad cuando el tiempo ha pasado, lo que obliga a acudir a documentos, testigos o peritos para extraer el fruto de la verdad probada, de lo que realmente sucedió o lo que tenemos que considerar como más verosímil y aceptable.

También conozco, por experiencia forense, que los papeles no se ponen colorados cuando mienten, que los testigos de referencia no son muy fiables y que los peritos aclaran cuestiones de ciencia, pero no pueden apreciar las humanas razones, reacciones y sensaciones.

Por ello, considero *El espíritu de la Transición* una obra valiosísima, que de entrada combina la artesanía de la forma (la cuidada edición a cargo del *curator* José Francisco Adserias Vistué) con el talento del fondo (la labor de *sherpa* hacia las cumbres de la memoria colectiva, a cargo de José Antonio Hernández de la Moya).

Se trata de un testimonio documentado forjado por hábiles conversaciones, superando la asimetría de la entrevista, entre unos reporteros voluntarios para la ocasión y quienes asistieron como espectadores en primera línea a tan importante etapa; todos ellos supervivientes de “la más memorable y alta ocasión que vio el siglo XX en España”, parafraseando a Cervantes.

Son conversaciones cálidas, valientes, precedidas de primorosas presentaciones de cada personaje que lo sitúan en contexto, y a las que se añaden, en el curso de la charla, algunas pertinentes interpolaciones explicativas que anuncian preguntas incisivas y respuestas sugestivas.

El resultado es un mosaico alzado con las conversaciones que satisface la curiosidad de todos por saber qué pasó realmente, qué había tras las bambalinas, cómo reaccionaron los protagonistas o qué momentos fueron realmente críticos; pero, sobre todo, deja claro el maravilloso fenómeno de clarividencia hacia el cambio que inspiró a sus artífices.

Por el texto desfilan, en boca de sus protagonistas, las circunstancias de la reforma política, las maniobras franquistas

preparatorias de su sucesión, las reuniones y mítines, las vísperas de las primeras elecciones democráticas, el “Habla, pueblo, habla”, una Iglesia católica de perfil, una televisión en blanco y negro donde los primeros colores de libertad asomaban, la matanza de Atocha, los coletazos de ETA, el trasvase Tajo-Segura, la movida madrileña, el resurgimiento del papel de la mujer, las cualidades humanas de los primeros presidentes de la democracia, el relámpago del 23-F y, en definitiva, las filias y fobias latentes junto a lo que se sabe o se intuye.

Y, cómo no, saltan a la palestra nombres de los protagonistas de esta “revolución dentro de la ley”, pero con final feliz. Son tan conocidos que me siento relevado de enumerarlos, aunque bien está hacer referencia a los artífices de los Pactos de la Moncloa de 1977, punto sin retorno hacia un pasado del que nadie se quiere acordar.

En palabras de los entrevistados que rememoran esa época trepidante, brotan sensaciones vivas, anécdotas íntimas y reflexiones serenas, todo engarzado en el hilo conductor común de la mirada hacia atrás con lira... con la melodía de la lira que inunda de dulzura y suavidad, como instrumento favorito de Apolo, dios del sol.

Me encanta especialmente la referencia del texto, reiterada en varios apartados, a la calificación del malogrado Francisco Tomás y Valiente en una tribuna publicada en *El País* el 31 de octubre de 1995, que recordaba que “La Transición fue una sinfonía coral sin partitura... cada cual o tocaba un instrumento, o coreaba con su voz aquello de Libertad”.

Creo que *El espíritu de la Transición. Conversaciones para nuestro tiempo* se encarga de alzar otra sinfonía mediante una cuidada selección y equilibrio de voces de psicólogos, políticos, periodistas, profesores, cantantes, ajedrecistas, alcaldes, empresarios o funcionarios, entre otros. Los ecos de ambas sinfonías —la sinfonía de los artistas del pasado sin partitura de la Transición y la de los protagonistas de ahora entrevistados que la miran por el retrovisor— se manifiestan en la luminosa percepción del lector de la obra de que se produjo un inesperado y formidable milagro.

¿Cómo se convencieron de que había que cambiar el silencio, el miedo, la inercia de la alambrada invisible, por un contexto de libertad democrática? ¿Qué generó el felizmente bautizado como “espíritu de la transición”?

Como la creación del sistema solar o las grandes mutaciones de las especies, sucedió por un milagroso azar el que concurriesen circunstancias que propiciaron los ingredientes para generar el milagro de la vida democrática: hastío, ilusión, diálogo y credibilidad. Hastío de un régimen agonizante; ilusión por un futuro mejor para España y los españoles; diálogo sin exclusiones ideológicas ni prejuicios del pasado; y credibilidad en la bondad de la meta democrática y en el compromiso serio de los implicados.

Todos los agentes sociales y políticos con altura de miras estuvieron de acuerdo para tirar del esparadrapo del régimen franquista con suave lentitud, aunque comportase un leve dolor, para favorecer la rápida cicatrización. La mayoría de los protagonistas de primera línea jugaron la carta de la tolerancia y consenso, y ganaron a los que confiaban en el triunfo de los oros o los bastos.

No era fácil dejar el ego personal en la puerta de la “mesa redonda” que afloró los Pactos de la Moncloa. Tampoco lo sería olvidar la trayectoria personal o política del vecino, ni evaluar la resistencia de las viejas estructuras al cambio.

En ese momento, a los artífices de la reforma política les inspiró, sin saberlo, el conocido consejo budista: «Una vez que sabes lo que te impulsa y lo que te frena, decide con prudencia». Eligieron la historia y no ser sus víctimas, pues acertaron al seguir el consejo de Cervantes: «Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades».

En suma, el legado del espíritu de la transición fue una actitud maravillosa y necesariamente exportable en el espacio hacia los regímenes políticos oscuros, y en el tiempo hacia la actual España, donde la tensión, el grito y la visible crispación política no dejan oír las voces ni avanzar hacia un mundo mejor.

Pero mejor que leerme a mí, por favor, escuchen las voces de los protagonistas de “La Transición” en estas conversaciones...

—José Ramón Chaves García
Magistrado y comunicador social.

PREFACIO

José Antonio Hernández de la Moya

Autor de ideas

El presente se caracteriza por un cambio profundo en los paradigmas, marcos de referencia y valores. Utilizando una analogía marítima, estamos situados sobre la “cresta de la ola” que nos arrastra hacia la concepción de un nuevo modo de ver el mundo.

Podemos decir que este momento es lo que José Ortega y Gasset denominó “crisis histórica”. Para este influyente filósofo, una crisis histórica se produce cuando la generación se queda sin las convicciones previas, resultando en un estado de desorientación. En sus palabras:

«Hay crisis histórica cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer porque no sabe qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza con la crisis y tiene el carácter de catástrofe».

Por su parte, el escritor, humanista y economista español, José Luis Sampedro, en un video del año 2011, que se ha hecho viral, titulado *Educados para no pensar* —una auténtica reflexión profunda sobre el sistema educativo y la sociedad contemporánea —nos exhorta a promover el llamado “espíritu

crítico”, como medio para sortear los actuales vientos desfavorables.

En este video, Sampedro critica cómo las estructuras educativas y sociales han moldeado a las personas para que actúen de manera mecanizada y conformista, en lugar de fomentar el pensamiento crítico y la creatividad.

Sampedro señala que el sistema educativo tradicional está diseñado para formar individuos que se adapten a un modelo económico y social en lugar de ser seres autónomos y pensantes. En lugar de estimular la curiosidad y el cuestionamiento, la educación se centra en la memorización y la repetición de información, lo cual limita la capacidad de los estudiantes para desarrollar su propio juicio.

El autor también destaca la creciente deshumanización de la sociedad y cómo la obsesión por la competitividad, el consumo y el beneficio material ha sustituido valores más esenciales, como la solidaridad, la reflexión y el desarrollo integral de las personas. En este contexto, Sampedro lamenta cómo la sociedad actual parece preferir la comodidad y la falta de cuestionamiento antes que enfrentarse a las difíciles preguntas que realmente podrían mejorar el bienestar colectivo.

El mensaje de Sampedro en este video es un llamado a la reflexión y al cambio, abogando por un sistema educativo que fomente el pensamiento crítico y que eduque a las personas para ser verdaderamente libres.

Como José Luis Sampedro, muchos sostenemos la necesidad de fomentar el espíritu crítico; esto implica consultar, contrastar y profundizar en los hechos para adquirir un criterio propio que permita tomar decisiones informadas. Este espíritu se mantiene equidistante de dos extremos: la ciega obediencia a lo impuesto

y el rechazo sistemático. En esencia, el espíritu crítico conlleva analizar sin prejuicios lo que otros proponen, sometiéndolo al escrutinio del raciocinio para aceptarlo, reformularlo o rechazarlo.

Precisamente, esta obra sobre el espíritu de la Transición aspira a fomentar el espíritu crítico para, basándose en el pasado, discernir hacia dónde se dirige la sociedad. La perspectiva no es nostálgica, sino de esperanza hacia el futuro: no busca revisar ni interpretar el pasado, sino extraer de sus experiencias los beneficios para el presente y el futuro.

Sobre la transición política española ya existe una abundante y valiosa documentación para historiadores y estudiosos. Esta obra se centra en el llamado espíritu de la Transición, conformado por valores profundos y compartidos, tales como: la concordia, la generosidad, la empatía, la colaboración, la lealtad, el trabajo por el interés general, la decisión, el entusiasmo, la audacia o el heroísmo.

Sobre esta base, *El espíritu de la Transición* pretende concienciar a las presentes y futuras generaciones de la imperiosa necesidad de dotarse de valores profundos, los mismos que han hecho siempre grandes y prósperas a todas las sociedades, de todos los tiempos y regiones.

Con fines didácticos hemos creído conveniente utilizar la figura comunicacional de la conversación. La conversación o la charla —que hoy parece estar en desuso en favor de los monólogos y los aspavientos— es un diálogo entre dos partes que intervienen alternativamente, expresando sus ideas o afectos sin necesidad de planificación. A través de ellas, hemos tratado de explorar los valores profundos que conformaron ese espíritu de la Transición; también la huella que ha podido dejar en la gente y

en el conjunto de la sociedad, así como las enseñanzas éticas y morales para las futuras generaciones.

Vaya por delante que estas *Conversaciones para nuestro tiempo* sobre la Transición política española no persiguen ningún tipo de revisionismo, lo cual excedería sus humildes pretensiones. Son, más bien, una invitación a contemplar este convulso y significativo período de la Historia con los ojos del alma, permitiendo que los recuerdos y las experiencias discurren libremente por el espacio mental de la Consciencia, sin subterfugios ni componendas.

En suma, nuestro mayor deseo es que esta serie de artículos sobre el espíritu de la Transición sirvan para entender mejor dónde estamos, de dónde venimos y hacia dónde vamos, conscientes de que todas las cosas en el Universo deben su existencia a un propósito.

Hagámoslo con espíritu crítico, teniendo presente la siguiente observación del universal humanista alemán, Johann Wolfgang von Goethe:

«El talento se cultiva en la calma; el carácter se forma en las tempestuosas oleadas del mundo».

José Francisco Adserias Vistué
Director de Acalanda Magacín

En un momento en que el debate público parece dominado por el ruido y la polarización, *El espíritu de la Transición* nos invita a recuperar la serenidad del pensamiento y el valor del diálogo. A través de una serie de artículos que combinan reflexión histórica y mirada humanista, José Antonio Hernández de la Moya propone un viaje a la esencia de lo que fuimos para entender mejor lo que somos y lo que aún podemos llegar a ser.

Desde sus inicios, *Acalanda Magacín* ha querido ser un espacio para el pensamiento libre, el diálogo y la cultura entendida como herramienta de transformación. No buscamos titulares efímeros, sino palabras que dejen huella, reflexiones que inviten a detenerse y mirar con hondura nuestro tiempo.

Por eso, cuando llegaron a mis manos los textos de José Antonio Hernández de la Moya, comprendí que encarnaban exactamente ese espíritu; que no eran solo una serie de artículos bien concebidos sobre el espíritu de la Transición, sino también una mirada lúcida sobre la historia reciente de España y la madurez cívica que aún debemos construir.

También pude comprender que en cada entrega se respiraba respeto, análisis riguroso y el espíritu de entendimiento que hoy resultan tan necesarios. Vi, asimismo, que su lectura no buscaba nostalgia sino conciencia; que no perseguía idealizar el pasado, sino convocarlo para pensar el presente con mayor claridad.

Cuando se inició esta publicación en las páginas de *Acalanda Magacín* en formato multimedia nuestra intención no era simplemente revisar un periodo histórico, sino utilizar la ética

de la Transición —esa capacidad para negociar, ceder y construir— como un espejo frente a la crispación actual. Hemos vivido los últimos años inmersos en una cacofonía digital que confunde la verdad con el volumen de la voz. El proyecto de José Antonio, sin embargo, es un ejercicio de arqueología cívica, que desentierra la sustancia de aquel pacto fundacional y lo pone al servicio de nuestro debate contemporáneo.

En el proceso editorial, más que editar, hemos acompañado y hemos visto cómo los hilos de la historia se conectan con los grandes dilemas humanistas. La edición de los textos, selección de las ilustraciones y la búsqueda de los entrevistados han tenido ese único propósito: convertir la lectura en un acto reflexivo, ofreciendo al lector no solo información, sino también el contrapunto visual y testimonial que dota de cuerpo a la Historia. Esta obra es, en esencia, una invitación a salir de las trincheras ideológicas, a escuchar a aquellos que, desde su diversidad de pensamiento, supieron poner el futuro común por encima de las pequeñas batallas.

En mi calidad de director de *Acalanda Magacín*, tuve también el privilegio de participar activamente en la edición y maduración de los textos, aportando ilustraciones —algunas incluso inéditas— sobre la Transición, y sugerencias sobre posibles voces y conversadores que pudieran enriquecer el diálogo. Ha sido una experiencia compartida de reflexión, amistad y búsqueda de sentido, fiel al espíritu de colaboración que da vida a esta revista.

Y es que, en *Acalanda Magacín* creemos que la cultura debe servir para unir, comprender y recordar que el pensamiento sereno sigue siendo revolucionario. Por eso hoy nos hemos animado a publicar esta obra: porque necesitamos volver a

conversar, y porque todavía hay voces que, como la de José Antonio, nos ayudan a hacerlo con inteligencia y esperanza.

Finalmente, puesto que creemos que la cultura debe servir para unir, comprender y recordar que el pensamiento sereno sigue siendo revolucionario, hemos decidido publicar esta obra en formato libro.

Recordemos que el diálogo no es ruido, es cimiento. Por ello, es la hora de *El espíritu de la Transición*.

Contenido

AGRADECIMIENTOS	IX
PRÓLOGO	XI
Por José Ramón Chaves	XI
PREFACIO	XVII
VOCES DE LA TRANSICIÓN	27
AUTORES	41
José Antonio Hernández de la Moya	41
José Francisco Adserias Vistué	43
EL PODER DE LA PALABRA	45
María Ángeles López de Celis	45
EL PARQUE DE SAN ANTONIO	59
Joaquín Delgado García	59
LA MAGIA DE LA RADIO	77
Andrés Agustín Miranda Hernández	77
HABLA, PUEBLO, HABLA	89
Juan Manuel del Valle Pascual	89
HONOS ALIT ARTES	115
Alberto Romero Guillén	115
DESDE EL TEMPLO DE LA INTELIGENCIA	133
Ana Caro Muñoz	133
JUVENTUD DESPIERTA	159
Eloy Sánchez Sánchez	159
JUGADA MAESTRA	177
Amador González de la Nava	177
LA DESEADA ENTREVISTA	201

Una voz del consenso.....	201
EL PILAR DEL MUNICIPALISMO	229
Juan Ignacio de Mesa Ruiz	229
LA «GENERACIÓN DEL CONSENSO»	257
Alejandro Tabernero Santiago	257
SIETE CARAS DE LA TRANSICIÓN	279
Juan Antonio Tirado Ruiz.....	279
EL ADALID DE LOS DERECHOS DE LA MUJER.....	315
Carmen Quintanilla Barba	315
LIBERTAD SIN IRA	343
Antonio Ángel Ligeró Álvarez	343
DESDE ZARAGOZA CON ESPÍRITU DE ESTADO.....	361
Modesto Lobón Sobrino	361
LOS PACTOS DE LA MONCLOA.....	387
Esther Basilia del Brío González	387
EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO	399
Diego Alcón Espín	399
EL ÚLTIMO ADIÓS	427
José Pulido Navas	427
ADOLFO SUÁREZ: UN ALMA GRANDE	435

VOCES DE LA TRANSICIÓN

Relación de voces por orden de intervención



María Ángeles López de Celis: escritora, psicóloga y funcionaria de carrera, con una trayectoria marcada por el compromiso institucional y la vocación de servicio público.

Formó parte de la Secretaría de los primeros cinco presidentes del Gobierno de la democracia, lo que le permitió conocer de cerca las entrañas del poder, el pulso político de la España contemporánea y los desafíos de una nación en transformación.

Además de testigo privilegiado de la Transición, lo fue también como partícipe activo en los procesos que consolidaron el Estado democrático desde sus estructuras más sensibles.

Su mirada, a la vez técnica y humanista, ha enriquecido el relato político desde una perspectiva íntima y reflexiva.

Reconocida con la Cruz de la Orden del Mérito Civil, su labor ha sido distinguida por su rigor, discreción y contribución al fortalecimiento de las instituciones democráticas.



Joaquín Delgado García: jurista de sólida trayectoria, desempeñó la Presidencia de la Audiencia Provincial de Toledo hasta 1989, año en que fue designado magistrado de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, cargo que ocupó hasta su jubilación.

Su vida profesional estuvo marcada por el rigor jurídico, la vocación de servicio público y el compromiso con la consolidación del Estado de derecho en la España democrática.

Conoció personalmente a Adolfo Suárez durante sus años de juventud y formación universitaria, en un tiempo en que nada hacía presagiar el papel histórico que aquel desempeñaría durante la Transición. Esta cercanía le permitió ser testigo privilegiado del surgimiento de una nueva etapa política, desde una mirada discreta, pero profundamente consciente del momento fundacional en que vivía el país.

Su legado jurídico y humano permanece como parte del entramado institucional que dio forma a la democracia española.



Andrés Agustín Miranda Hernández: político y farmacéutico con una dilatada vida pública, marcada por el compromiso institucional y el servicio a su tierra.

Se le otorgó La Gran Cruz de Sanidad, el mayor reconocimiento de la Sanidad española.

Procurador en Cortes durante los últimos años del régimen franquista, vivió en primera línea el tránsito hacia la democracia, convirtiéndose en uno de los referentes insulares de aquel tiempo de cambio.

Como presidente del Cabildo de Tenerife, desempeñó un papel clave en el desarrollo económico, social y cultural de la isla, apostando por el fortalecimiento del autogobierno y la modernización de las estructuras públicas.

Su trayectoria fue reconocida con la medalla de oro de Tenerife, máxima distinción insular, que honra su legado político y

humano. Aunque perteneció a una generación anterior a la Transición, su experiencia y liderazgo contribuyeron a cimentar los valores democráticos en el ámbito local.

Falleció en Santa Cruz de Tenerife el 1 de marzo de 2024, dejando tras de sí una huella profunda en la historia contemporánea de Canarias.



Juan Manuel del Valle Pascual: integrante del grupo musical «Vino Tinto», que cantó la emblemática canción «Habla, pueblo, habla», para incentivar la participación en el referéndum de la Ley para la Reforma Política.

Más adelante, como director de la Asesoría Jurídica de la Universidad Politécnica de Madrid, canalizó su compromiso con el servicio público y con la aparición de la especialidad jurídica del Derecho Universitario, lo que le valió la concesión de la Orden de Alfonso X el Sabio.

Actualmente, forma parte de la Junta Directiva de la Asociación Pioneros Madrileños del Pop, que reúne a la mayoría de los músicos de los años sesenta: Brincos, Fórmula V, Relámpagos, Íberos, Mismos, Pop Tops, entre otros.

Fue también miembro del grupo Aguaviva, célebre por el disco Poetas Andaluces de Ahora. En el ámbito institucional, integra la Comisión Superior Calificadora de Documentos Administrativos como uno de los cinco expertos designados por el Ministerio de Cultura, convencido de que en los archivos se custodia, en gran medida, la Historia de España.

Su trayectoria, memoria y experiencia vital constituyen un valioso testimonio generacional, imprescindible para

comprender el espíritu de una época que transformó para siempre el rumbo del país.



Alberto Romero Guillén: artista plástico toledano, conocido como «El pintor y escultor de la Historia» por su capacidad para reflejar en sus obras la memoria colectiva y los grandes hitos de la Edad Moderna en España.

Galardonado con numerosos premios y reconocimientos en los ámbitos de la pintura y la escultura, su trayectoria artística se ha nutrido de una profunda sensibilidad histórica y estética.

Durante sus años de juventud, y de la mano de su padre, el doctor Manuel Romero, entró en contacto con destacadas personalidades de la transición política española, acumulando vivencias, recuerdos y anécdotas que lo convirtieron en un observador privilegiado de aquel tiempo decisivo.

Aunque no tuvo un papel político, su trabajo artístico, centrado en figuras y episodios de la Historia de España desde la Edad Moderna, aporta una mirada que enriquece la comprensión del pasado y lo proyecta hacia el presente con un lenguaje plástico propio.



Ana Caro Muñoz: funcionaria de carrera del grupo A1, técnica superior en la especialidad letrada, con casi tres décadas de experiencia en distintas administraciones públicas.

Ha ocupado cargos de responsabilidad jurídica y de gestión en universidades como Burgos, Oviedo y la Autónoma de Madrid, así como en el Gobierno Vasco.

Su trayectoria combina el servicio público con una intensa actividad académica: formación, conferencias, publicaciones y organización de eventos. Especialista en derecho administrativo, laboral, universitario, prevención de riesgos, igualdad y sostenibilidad.

Miembro de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, fundadora de redes jurídicas iberoamericanas y activa defensora del liderazgo femenino en el sector público.

Aunque no forma parte de la llamada «Generación del Consenso», conserva una memoria muy nítida de la Transición política española, vivida desde la infancia y la juventud como una etapa convulsa y profundamente transformadora.

Su trayectoria profesional está marcada por un firme compromiso con la mejora de las instituciones públicas y universitarias, así como con la promoción de valores democráticos y sociales.



Eloy Sánchez Sánchez: abogado comprometido con la defensa de los principios democráticos.

Aunque no pertenece a la llamada «Generación del Consenso» de la Transición política española, su trayectoria está profundamente influida por los valores y el espíritu de aquel periodo fundacional.

Presidente de la Asociación Juvenil «Juventud Despierta», desde donde impulsa el pensamiento crítico, el diálogo intergeneracional y la participación de los jóvenes en la vida pública.

Librepensador y firme promotor de los valores constitucionales, con una vocación clara por fortalecer la cultura cívica y el respeto institucional.



Amador González de la Nava: maestro y entrenador de la Federación Internacional de Ajedrez, profesor y coordinador del MOOC de la Universidad de Salamanca, así como director y organizador de torneos, ha sabido trasladar la lógica estratégica del tablero al análisis de la vida pública.

Articulista de vocación, contempla la transición política española como una auténtica jugada maestra: un proceso calculado y preciso, tejido con movimientos medidos, sacrificios inevitables y una visión de largo alcance que permitió a España pasar de la dictadura a la democracia.

Su mirada, entre lo pedagógico y lo analítico, convierte el ajedrez en metáfora viva de una transformación política ejemplar y pacífica.



Juan Ignacio de Mesa Ruiz: economista y abogado. Primer alcalde democrático de la ciudad de Toledo, cargo desde el cual desempeñó un papel clave en la consolidación institucional de la nueva etapa política.

Además de testigo excepcional de la Transición española, lo fue también como protagonista comprometido que, con sus conocimientos, visión y actitud proactiva, contribuyó de manera decisiva al paso histórico de la dictadura a la democracia.

Fundador de la Federación Empresarial Toledana (FEDETO), impulsó el tejido económico local desde una perspectiva de modernización y diálogo social.

Como vicepresidente de la Confederación Española de la Pequeña y Mediana Empresa (CEPYME), defendió los intereses del empresariado con vocación integradora y espíritu reformista, consolidando su figura como referente en el ámbito político, económico y social de la España democrática.



Alejandro Tabernero Santiago: licenciado en Economía y Química, con formación especializada a través de un Máster en Dirección de Marketing y Comercio Internacional.

Perteneciente a la llamada "Generación del Consenso", encarna los valores de diálogo, apertura y modernización que marcaron el tránsito hacia la democracia en España.

Polímata, viajado y cosmopolita, ha cultivado un amplio bagaje cultural que ha enriquecido tanto su visión profesional como su compromiso cívico.

Ha desarrollado su trayectoria en el sector de la petroquímica, donde ha combinado rigor técnico con una mirada estratégica orientada al desarrollo sostenible y a la internacionalización de la industria.

Su perfil refleja la síntesis entre formación humanista, científica, sensibilidad política y vocación global, en línea con su generación, clave en la consolidación democrática del país.





Juan Antonio Tirado Ruiz: periodista de Radio Nacional de España (RNE) y Televisión Española (TVE), con una trayectoria marcada por el compromiso con la memoria democrática y la reflexión crítica sobre la historia reciente de España.

Autor de *Siete caras de la Transición*, obra en la que narra con lucidez y sensibilidad su experiencia personal del cambio político, afirmando que «la noche de la muerte del dictador se acostó niño franquista y por la mañana se levantó adolescente demócrata y rebelde, sin llegar a airado».

Fue, además de testigo de la Transición, también cronista de sus matices, contradicciones y esperanzas, aportando una mirada generacional que conecta lo íntimo con lo colectivo.

Crítico literario y articulista de la prestigiosa revista Zenda, donde cultiva una prosa reflexiva y comprometida, que entrelaza literatura, política y memoria con una voz propia y reconocible.



Carmen Quintanilla Barba: presidenta nacional de AFAMMER, organización pionera en la defensa de las familias y mujeres rurales en España, con reconocimiento internacional.

Presidenta de la Comisión de Igualdad del Congreso de los Diputados, donde ha prestado sus servicios como diputada durante dos décadas.

Presidenta de la Comisión contra la trata de seres humanos en la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, ponente del

Convenio de Estambul y primera española distinguida como Parlamentaria Permanente y de Honor.

Ha impulsado leyes clave como la de Titularidad Compartida en Explotaciones Agrarias y la de Protección a las víctimas de violencia de género. Logró instaurar el Día Nacional de la Conciliación y la Corresponsabilidad.

Su trayectoria ha sido premiada en múltiples ocasiones, entre ellas el Premio Nacional contra la violencia de género (2011) y el reconocimiento del CESE a la Gran Red Rural Solidaria (2020).

En 2015 fue reconocida entre las 100 mujeres más influyentes de Latinoamérica y ha recibido la Cruz al Mérito de la Guardia Civil. En 2024, la Medalla del Valor de la Igualdad del Ministerio de Igualdad del Gobierno de España.

Actualmente, es Embajadora del Decenio Interamericano por los Derechos de Mujeres, Adolescentes y Niñas en zonas rurales de las Américas.

El lema de su dilatada vocación política y social ha sido: «La acción política desde la vocación y el servicio es hacer posible lo imposible en beneficio de la sociedad».



Antonio Ángel Ligero Álvarez: miembro de “Jarcha”, el grupo musical onubense que dejó una huella imborrable en la memoria colectiva de los españoles durante la época de la Transición política española. Su canción *Libertad sin ira* se convirtió en un himno no oficial de aquel tiempo de apertura, reconciliación y esperanza, poniendo voz y música al anhelo de una sociedad que aspiraba a dejar atrás la confrontación y abrazar la democracia.

Con sus letras comprometidas y su sensibilidad social, el grupo logró trasladar al plano cultural y popular el espíritu de cambio político, convirtiéndose en parte esencial de la banda sonora de una España que despertaba a la libertad.

Además de grandes músicos, fueron cronistas emocionales de una época, capaces de captar el pulso de una ciudadanía que comenzaba a reconocerse en valores como el diálogo, la pluralidad y la justicia.



Modesto Lobón Sobrino: escritor y político aragonés con una sólida vocación pública y humanista.

Consejero del Gobierno de Aragón y fundador del partido Democracia Cristiana Aragonesa, desde donde promovió una visión política centrada en el diálogo, la dignidad humana y el fortalecimiento institucional.

Además de testigo privilegiado de la Transición política española, también fue un actor comprometido que, con sus conocimientos, convicciones y actitud proactiva, contribuyó a hacer posible el gran logro del cambio pacífico desde la dictadura a la democracia.

Su labor como jefe del Consejo Superior de Protección de Menores del Ministerio de Justicia, durante los gobiernos de Adolfo Suárez y Leopoldo Calvo-Sotelo, refleja su sensibilidad social y su firme apuesta por la protección de los más vulnerables en un momento clave de transformación política y jurídica en España.





Esther Basilia del Brío González: catedrática de finanzas de la Universidad de Salamanca, escritora y actualmente senadora de España por Salamanca y portavoz de economía del GPP.

Como investigadora ha sido pionera en España en temas como la educación financiera, la eficiencia fuerte de los mercados, la responsabilidad social corporativa o la presencia de las mujeres en los consejos de administración y la economía en general.

Cuenta con una excelsa trayectoria de investigación en términos de publicaciones científicas indexadas y proyectos de investigación.

Su interés por la cultura y la literatura la han llevado a emprender proyectos culturales sobre violencia de género (“Un beso en la frente” compuesto de relato gráfico, exposiciones y adaptación teatral); sobre grandes mujeres de la historia como Santa Teresa, Clara Campoamor o las Mujeres doctoras honoris causa en la Universidad de Salamanca (de todas ellas hay exposición y libro divulgativo) o Carmen Martín Gaité” (en forma de blog); sobre educación financiera (libro de cuentos y exposición “El bosque de la economía”, o la exposición “Las edades de la inclusión financiera”). Ha recibido premios de poesía y relato; este último por su obra “Clara Campoamor: la mujer más allá del voto”, Premio de la Asociación de la Prensa Parlamentaria en 2023.

En radio, tiene actualmente dos podcasts, “Kabebo” de Radio Universidad de Salamanca y “Más mujer”, en Onda Cero Salamanca.

Su interés en los temas políticos y económicos de la etapa de la Transición española la llevaron a promover el doctorado honoris

causa a Don Blas Calzada en 205; en ese momento el único representante vivo del equipo de Enrique Fuentes Quintana que impulsó los pactos económicos de la Moncloa.

Actualmente está inmersa en la vuelta a sus tareas investigadoras, con nuevos temas de interés, así como en tres proyectos diferentes con Salamanca, la mujer y su liderazgo en perspectiva.



Diego Alcón Espín: consultor de empresas con una sólida trayectoria profesional y una mirada aguda sobre los procesos políticos y sociales de la España contemporánea.

Su estrecha cercanía con el presidente del gobierno Adolfo Suárez le permitió vivir en primera línea el devenir de la transición política española, convirtiéndose en un testigo excepcional de aquel periodo decisivo.

Desde esa posición privilegiada, acumuló vivencias, anécdotas y matices sobre la figura del presidente que rara vez trascendieron a la opinión pública, y que enriquecen la comprensión de su liderazgo y del complejo contexto en que se fraguó el paso de la dictadura a la democracia.

Su testimonio, entre lo íntimo y lo institucional, aporta una perspectiva singular sobre el espíritu de consenso, audacia y transformación que definió aquella etapa histórica.





José Pulido Navas: periodista de Radio Nacional de España (RNE), poeta, crítico literario y articulista.

Ha conjugado la palabra con la crónica de su tiempo, convirtiendo su voz en testimonio lúcido de los grandes momentos de la España contemporánea.

Su obra y trayectoria reflejan una mirada comprometida, capaz de entrelazar el análisis político con la sensibilidad poética.

Testigo excepcional de la última despedida del pueblo abulense al presidente Adolfo Suárez, vivió aquel momento como el cierre simbólico de un ciclo histórico, en el que la memoria de la Transición volvió a latir con fuerza en el reconocimiento popular a uno de sus grandes protagonistas.

Su presencia en ese instante, cargado de emoción y significado, reafirma su papel como narrador de una época que transformó profundamente el país, y cuya huella sigue viva en sus palabras.



AUTORES

José Antonio Hernández de la Moya

Raíces e inspiración cívica

Su percepción del mundo se forjó al nacer en la pequeña localidad abulense de Muñana. En ese contexto, la figura de Adolfo Suárez —paisano ilustre y referente nacional— moldeó profundamente su sensibilidad cívica y su comprensión del compromiso público.

Trayectoria profesional y vocación

José Antonio Hernández de la Moya (Ávila, 1962) es autor de ideas, escritor e investigador independiente. Comparte reflexiones que inspiran, despiertan y transforman, desde la convicción de que las grandes preguntas del ser humano merecen nuevas miradas.

Es licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. Su trayectoria profesional es deliberadamente multidisciplinar, con experiencia en producción audiovisual, periodismo, gestión comercial, formación profesional, desarrollo personal y creación de contenidos culturales.

Su trabajo aúna rigor documental, intuición y pensamiento crítico. Explora la dimensión menos visible de los hechos, las motivaciones profundas y los procesos creativos que configuran la historia y la cultura. Más que narrar acontecimientos, busca comprenderlos y revelar su sentido.

Su obra y trayectoria, reconocidas en distintos ámbitos culturales, reflejan una constante: la búsqueda de la verdad que a menudo permanece oculta tras el silencio de los siglos.

El espíritu de la obra

Su tesis central, y motor de esta obra, es clara: *El espíritu de la Transición* sigue vivo como ideal latente, no solo como un momento histórico irrepetible, sino como una actitud cívica que pervive en todos aquellos que apuestan por el diálogo, la concordia y la construcción colectiva del bien común.

Ese espíritu no se entiende como un recuerdo nostálgico ni como un consenso petrificado en el pasado, sino como una ética de responsabilidad compartida, abierta a la crítica, a la mejora y al permanente perfeccionamiento de nuestras instituciones democráticas.

Como entonces, todo comienza con un gesto sencillo y exigente a la vez: sentarse a escuchar al otro. No para vencerlo, sino para comprenderlo. *El espíritu de la Transición* no habita en los archivos ni en las fechas conmemorativas, sino en cada conversación honesta que se atreve a anteponer el país a la trinchera, el futuro al agravio y la responsabilidad al ruido.

En cada instante en que alguien elige la palabra frente a la ruptura, ese espíritu —silencioso en su forma, pero inquebrantable en su fondo— resurge para volver a marcar nuestro paso y recordarnos el camino compartido. Porque la concordia es, por encima de todo, un ejercicio de coraje.

José Francisco Adserias Vistué

Formación y filosofía científica

Licenciado en Farmacia (Premio Albarelo 1999), posteriormente estudió Neurociencias y complementó su formación con un Máster en Desarrollo de Sistemas para el Comercio Electrónico.

Discípulo de la Escuela del Maestro D. Andrés Chordi, ha dedicado su trayectoria a hacer comprensible lo complejo y convertir el conocimiento en valor humano y social.

Investigación y gestión

Ha colaborado en múltiples proyectos de investigación y docencia en instituciones de alto nivel como el CSIC, el Centro de Investigación del Cáncer, el Hospital Clínico Universitario y la Universidad de Salamanca, donde desde 2001 dirige el Departamento de Sistemas de su Fundación General.

Docencia y divulgación

Ha sido profesor asociado de Bioinformática, y docente en la asignatura Aprendizaje Servicio Vacunas, además conferenciante y promotor de jornadas y congresos, habiendo recibido diversas distinciones nacionales e internacionales que reconocen tanto su labor científica como su compromiso con la difusión del conocimiento. Su pasión, ampliamente difundida en medios digitales, se centra en el estudio y la revitalización intelectual de la figura de Santiago Ramón y Cajal, no solo como padre de la neurociencia, sino también como pensador humanista, educador y referente cultural.

A través de proyectos académicos, actividades divulgativas y eventos científicos, impulsa una visión integral de Cajal que incluye sus descubrimientos neuronales, su pensamiento filosófico y su influencia en la evolución de la tecnología moderna, especialmente en áreas como la inteligencia artificial, la cibernética y los neuro derechos. Su labor apuesta por la construcción de puentes entre ciencia, cultura y sociedad, promoviendo una formación accesible y de calidad, inspirada en el espíritu investigador, creativo y humanista que caracterizó al propio Ramón y Cajal. <https://santiagoramonycajal.org/>

Misión y visión

Concibe la ciencia y la tecnología como caminos de servicio y transformación social, siguiendo una visión en la que el conocimiento solo alcanza su plenitud cuando contribuye al progreso colectivo. Con este propósito fundó y dirige *Acalanda Magacín*, una revista digital independiente dedicada a la divulgación cultural en su sentido más amplio. Este proyecto nace con la vocación de convertirse en un espacio accesible y plural, abierto a la reflexión crítica, al diálogo interdisciplinar y a la promoción de una cultura viva, creativa y comprometida.

Acalanda Magacín promueve un espíritu similar al que defendía Santiago Ramón y Cajal, quien concebía la investigación como un servicio a la humanidad y a su crecimiento intelectual. En ese sentido, la revista fomenta el pensamiento riguroso, la curiosidad científica y el desarrollo del espíritu crítico, integrando publicaciones sobre ciencia, arte, humanidades, tecnología, filosofía y educación. Su misión es ofrecer una plataforma que inspire a nuevas generaciones a explorar, comprender y transformar el mundo desde la ética, la responsabilidad y la libertad del conocimiento.

EL PODER DE LA PALABRA

María Ángeles López de Celis

Me hubiese gustado realizar esta entrevista a mi buena amiga María Ángeles López de Celis de forma presencial, pero, las restricciones por razones sanitarias que hemos vivido nos condicionaron a hacerla telefónicamente. Sus consideraciones con respecto al *espíritu de la Transición*, encarnado por aceptación social generalizada en la figura de Adolfo Suárez, y las enseñanzas éticas y morales que puedan extraer de él las futuras generaciones, son del máximo interés.

María Ángeles López de Celis ha formado parte durante 32 años de la Secretaría de los primeros cinco presidentes del Gobierno de la democracia. Es escritora, psicóloga y funcionaria de carrera. Posee la Cruz de la Orden del Mérito Civil, concedida en atención a sus méritos por su Majestad el Rey en el año 2006.

Nos conocimos en un lugar singular hace ya algunos años: *El Museo de la Palabra*. Sí, han escuchado bien: *El Museo de la Palabra*. Una Casa-Palacio ubicada en el toledano pueblo de Quero, en el corazón de la ruta cervantina, cuya principal razón de ser no es otra que la de poner en valor un concepto universal: La palabra. La palabra como vínculo entre los pueblos, y el lenguaje como la estructura que nos une y nos singulariza como seres humanos. La palabra, pues, como la principal herramienta de la cultura, del entendimiento y la distensión.

Debo aclarar al lector que *El Museo de la Palabra* no expone nada. Es un foro, un lugar de encuentro que apoya y fomenta el diálogo entre las distintas culturas, ideas, religiones y sensibilidades. La existencia de este diálogo es, en sí misma, una pieza museística.

El Museo de la Palabra es el único museo virtual del mundo en el que nada está expuesto y que pervive en la red, realizando y trasladando sus actividades culturales desde esa plataforma a todo el mundo.

El destino quiso que me encontrara con María Ángeles López de Celis en este sacrosanto lugar concebido para honrar la palabra. César Egidio —empresario y promotor cultural y deportivo y presidente de la Fundación que lleva su nombre—, organizó un encuentro con periodistas de diferentes medios en la majestuosa Casa-Palacio “Museo de la Palabra” de Quero (Toledo). El protocolo de este evento determinó que me sentara justo en el centro de una larga mesa, vestida para la degustación de un menú cervantino que, si en alguna ocasión se ven en la obligación de enfrentarse a él, es preferible que vayan en ayunas por varias lunas. Este protocolo había prefijado también que a mi derecha se situara el conocido periodista y analista político burgalés Graciano Palomo, y a mi izquierda, María Ángeles López de Celis, a quien no tenía el gusto de conocer. Frente a mí, José Manuel Oneto Revuelta, más conocido como Pepe Oneto, Sería muy osado por mi parte calificar a Pepe Oneto, porque Pepe Oneto será siempre Pepe Oneto... y punto.

Y un último detalle por mi parte, antes de entrar en materia, sobre el contexto en que se produjo mi primer contacto con María Ángeles López de Celis. Es para salir al encuentro de algún avisado lector que podría estar ya “echando cuentas” y sacar determinadas conclusiones en relación con las

inclinaciones ideológicas de las tres ilustres personalidades anteriormente citadas, con las que tuve el honor de compartir mesa y mantel.

El Sr. César Egido, al que hoy recordamos con enorme afecto, tras su partida de este mundo poco antes de que finalizara el aciago año 2020, era un hombre exquisito en el trato y concienzudo hasta en los más mínimos detalles, pero me cuesta creer que hasta el punto de haber dispuesto la colocación de los comensales en función de sus adscripciones ideológicas. Por lo tanto, y para cerrar definitivamente este trato: cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia en este caso... O, quizás, sí.

No viene al caso que detalle cómo se fue desarrollando aquella suculenta comida cervantina. Dejémoslo en que fue para todos nosotros inolvidable. Para María Ángeles López de Celis y un servidor, además, supuso el comienzo de una gran amistad. Desde entonces —pase lo que pase— siempre nos quedará Quero y *El Museo de la Palabra*.

Siempre que hablo con María Ángeles me viene a la memoria de forma recurrente la imagen del paseo de los plátanos del Palacio de la Moncloa, esos árboles maravillosos que ella vio crecer y ellos a ella envejecer. En su presencia, real o virtual, no veo el edificio político-administrativo que es, sino el Palacio construido por el arquitecto Diego Méndez, siguiendo el modelo de la Casa del Labrador de Aranjuez. En fin, cuando hablo con María Ángeles —y para esto da igual que sea de forma presencial o virtual— siempre contemplo con los ojos del alma este Palacio, morada de nuestros presidentes del Gobierno y sus familias. Desconozco si ella los ha visto en zapatillas alguna vez, pero de lo que estoy seguro, sin embargo, es de que les ha

observado muy de cerca en momentos de felicidad y de triunfo, de desgracia y frustración... ¡Porque ella estaba allí!

— ¿Qué tal, querida amiga? ¿Cómo estás?

—Pues bien. Francamente bien y encantada de regresar a Toledo —telemáticamente, claro está— para hacer esta entrevista tan especial. Muchas gracias, de verdad, José Antonio, por contar conmigo para formar parte de este proyecto tuyo tan atractivo como oportuno.

—Por cierto, después de tanto tiempo de confinamiento por el tema de la pandemia, ¿te has observado algún síntoma psicológico adverso? ¡Qué sé yo... parecido al llamado “Síndrome de la Moncloa”?

—Ja, ja, ja. Tú siempre con tu característica ironía. Pero, bueno, ya que sacas el tema no seré yo quien lo soslaye. Así que te aclaro que el conocido como “Síndrome de la Moncloa” es totalmente cierto. Se trata de un conjunto de síntomas que comienza a aparecer, de una manera paulatina, en toda persona que detenta poder. Forma parte de la naturaleza humana, tan vulnerable a los oropeles del poder y la riqueza. Creo que cualquiera de nosotros, si llegara a ejercer el poder desde la Moncloa, también desarrollaría este síndrome.

—Vamos... que lo de estar encerrados —políticamente hablando, claro— no es bueno para la salud psíquica.

—Efectivamente. Por eso siempre digo que una forma de combatir el cesarismo y el encastillamiento en el que irremediablemente sucumben los inquilinos de la presidencia del Gobierno y les hace olvidarse de sus promesas y buenos propósitos, es salir más a la calle y escuchar a la gente, pulsar sus inquietudes y preocupaciones sobre el terreno.

—Por cierto, hablando de inquilinos de la Moncloa. ¿Cómo crees que tendrían que ser idealmente?

—Pues, verás, José Antonio. Para Ortega y Gasset, el poder debería otorgarse sólo a las personas que dieran muestras inequívocas de verdadero altruismo, que tengan las manos y la mirada limpias y cuyo objetivo sea servir y no ser servidos. Este es, a mi juicio, el prototipo del buen inquilino de la Moncloa.

—No voy a pedirte que me expongas tu opinión acerca de si todos los jefes supremos que tuviste en tu etapa de la Secretaría de la Presidencia del Gobierno reúnen estos requisitos, porque te pondría en serios apuros, pero... ¿podrías señalarme una cualidad humana característica de la personalidad de cada uno?

—Sí, claro... ¡Cómo no! Yo destacaría la calidez de Adolfo Suárez; la coherencia de Leopoldo Calvo-Sotelo; el carisma de Felipe González; la capacidad de trabajo de José María Aznar; y el talante de José Luis Rodríguez Zapatero. No puedo calificar a Mariano Rajoy y a Pedro Sánchez, porque no los he conocido como jefes.

—¿Me permites que te muestre mi “envidia sana” por haber tenido el privilegio de haber podido conocer a estos prohombres de la historia política de España?

—Soy plenamente consciente de este privilegio. A menudo me recuerdo a mí misma durante las tres décadas largas que pasé en el Palacio de la Moncloa al servicio de aquellos hombres que fueron mis jefes y que dirigieron los destinos de España. Y, sí, ciertamente, estoy muy agradecida a la vida por la oportunidad que me ha dado de haber vivido “en vivo y en directo”, como decís los periodistas audiovisuales, la llamada *Transición política española*, una época apasionante de la Historia de

España, junto a sus principales protagonistas. Para mí representa un honor como trabajadora y como española.

—Ya que has pronunciado la palabra trabajadora, dime, por favor, ¿cómo es el Complejo de la Moncloa, para una trabajadora?

—Bueno, lo primero que debo aclarar es que la presidencia del Gobierno de aquellos años de la Transición en que yo empecé a trabajar no tiene nada que ver con el Complejo presidencial que hoy es la sede del Ejecutivo: uno de los espacios más extensos y mejor dotados de Europa. Estamos hablando de un complejo de más de 58.000 m², 14 edificios, 2.500 personas trabajando, helipuerto, búnker. En definitiva, una auténtica miniciudad.

Mira, José Antonio. Cuando yo aterricé en la Moncloa, en 1978, el Complejo constaba solo de tres o cuatro edificios destartalados; viveros y laboratorios pertenecientes al Ministerio de Agricultura; ningún glamur; cero medidas de seguridad, con un terrorismo que nos golpeaba dos o tres veces por semana; autobuses municipales atravesando el complejo... En fin... algo impensable en nuestros días. Pero nuestro entusiasmo era infinito...

—¡Y bien que lo era! Ese entusiasmo infinito fue el que consiguió cambiar la historia de España. La que le permitió a Adolfo Suárez afirmar que *«El futuro no está escrito, porque solo el pueblo puede escribirlo»*.

—Ciertamente, José Antonio. Mi jefe, Adolfo Suárez, en su fuero interno sabía que estaba destinado a protagonizar uno de los episodios más apasionantes de la historia de España: el proceso de transición de la dictadura a la democracia. Esto lo estimulaba de tal manera, que le hacía percibir cualquier obstáculo —y mira que los hubo— más que como una piedra

insalvable en el camino, como una oportunidad para llevar a España hacia un nuevo horizonte de libertades.

—Tú pisaste el complejo de la Moncloa un martes 28 de noviembre. ¿Cómo lo recuerdas?

—Como si fuera ayer. Corría el año 1978, y faltaban tan solo unos días para el referéndum de la Constitución.

Aquel día, el Palacio tenía un aspecto fantasmagórico. Cuando miro hacia atrás siempre me viene a la memoria una estampa puramente otoñal: la temperatura que comienza a descender; las hojas de los árboles que cambian su color verde por los tonos ocre hasta que se secan y caen al suelo. Las aceras y los jardines, cubiertos por aquellas preciosas hojas.

Recuerdo vivamente que llegué acompañada por mi padre hasta la misma verja. Me había puesto un traje de chaqueta gris marengo, probablemente el único que tenía. Era muy temprano, tanto que sorprendí al guardia civil de la garita. Una vez ya dentro del recinto, algunos jardineros y el personal de la cocina, que a su vez iban llegando, me invitaron a tomar un café.

Cuando por fin dieron las nueve, se me indicó que debía esperar en la antesala del secretario general de la Presidencia. Entonces, solo tenía 21 años, estaba muy impresionada y no me atrevía ni a respirar.

Finalmente, me senté con mucho cuidado en uno de esos butacones con telas adamascadas y pan de oro. Coloqué mi bolso sobre las rodillas y tomé uno de los periódicos que había sobre una mesa. De golpe, se abrió la puerta, produciéndome un sobresalto de tal magnitud que cayeron al suelo bolso y periódico. Un militar de altísima graduación había irrumpido de este modo en la sala. ¡Tranquila, hija, tranquila! —me dijo disculpándose—. Siento haberla asustado. En aquellas

circunstancias no supe ni qué contestar, no me salían las palabras y me puse roja como una amapola. Aquel militar no era otro que el teniente General don Manuel Gutiérrez Mellado. Claro que... ¿cómo iba yo a adivinar por entonces que me encontraba en presencia de un hombre para la Historia, crucial en la operación de tránsito diseñada por Adolfo Suárez y S.M. el Rey, Juan Carlos I.

—Madre mía ¡Qué testimonio tan impresionante! Apareció por allí y en aquel preciso instante nada menos que el General Gutiérrez Mellado, otro de los grandes protagonistas de la hazaña de la Transición. Una de las tres figuras que Javier Cercas destaca en su obra *Anatomía de un instante*: aquel instante en que Adolfo Suárez permaneció sentado en su escaño en la tarde del 23 de febrero de 1981, mientras las balas de los golpistas zumbaban a su alrededor en el hemiciclo del Congreso de los Diputados y todos los demás parlamentarios, salvo el general Gutiérrez Mellado y Santiago Carrillo, buscaban refugio bajo sus asientos.

—Eso es. Los tres representan la imagen del valor y la dignidad. La fidelidad del General Gutiérrez Mellado hacia Adolfo Suárez fue inquebrantable hasta el final de su carrera política.

—Vamos, que se podría decir que estamos ante dos hombres y un destino. En este sentido, Javier Cercas comenta en *Anatomía de un instante* que esta fidelidad hay que atribuirle al sentido de gratitud y disciplina de Gutiérrez Mellado a quien Suárez había convertido en el primer militar del ejército tras el Rey y en el segundo hombre más poderoso del gobierno. Sin embargo, al margen de las circunstancias políticas que les unieron, eran dos hombres opuestos en todo.

—Fíjate si les unieron, José Antonio. Te voy a contar una anécdota que refleja gráficamente los momentos de especial

dificultad en los que se tomaban decisiones trascendentales. Por pura casualidad, escuché personalmente una conversación entre ambos, sin duda, con escaso nivel de confidencialidad. Los dos de pie en el salón de columnas del palacio, en lo que parecía una charla informal. Adolfo Suárez le interrogaba al General Gutiérrez Mellado sobre la aceptación del proceso democrático por parte del Ejército: *«Pero, dime, Manolo, de verdad, de verdad, ¿cuántos somos?»* A lo que el General le respondió: *«Seguros, seguros, dos: tú y yo»*. Es de sobra conocido el ruido de sables que inundaba los cuarteles y que, finalmente, dieron lugar a la intentona golpista del 23-F.

—¡Sobrecogedor! Pero volvamos a esos días tan entrañables para ti. ¿Cómo recuerdas tu primera Navidad en la Moncloa?

—La recuerdo con mucho cariño. Todos los trabajadores nos sentíamos como pertenecientes a una pequeña gran familia. Yo, por entonces, tenía 21 años y era “la niña”. No era raro que nuestro jefe, el presidente del Gobierno, tomara café con nosotros y se interesara por nuestras familias y nuestras circunstancias. Y siempre con una sonrisa y su perpetuo agradecimiento. Nos recordaba cada día lo importantes que éramos todos y cada uno de nosotros para conseguir los propósitos que nos conducirían al cambio.

Recuerdo la anécdota ocurrida unos días antes de Nochebuena en la que todos los compañeros fuimos a comer al restaurante Portonovo, cercano al Complejo, para celebrar las navidades. El presidente Suárez excusó su asistencia, pero cuando estábamos en los postres, se presentó de improviso. ¡No pensaríais que me lo iba a perder!, nos dijo. Después brindamos, reímos y hasta cantamos. Por cierto, era la primera vez en mi vida que yo probaba las ostras y me sentaron fatal. Así que tuve que estar durante unos días a base de arroz blanco y manzanillas; pero eso

no fue lo peor; lo peor fue soportar toda clase de bromitas de mis compañeros sobre mi burdo paladar y mi delicado estómago.

—Vaya. Creo que tus compañeros de entonces deberían saber que el trabajo de una secretaria de alta dirección es tragar sapos y culebras con frecuencia y luego poder digerirlos, con grandes dosis de manzanilla.

—¡Y tanto! La secretaria perfecta es aquella en la que su jefe confía plenamente. Y para esta tarea no es suficiente manejar bien el Word o confeccionar elaborados Power Points; y, máxime, cuando hablamos de una época en que la confidencialidad era un valor de la máxima importancia y no contábamos con herramientas ni recursos como los actuales; me refiero a que aún no disponíamos de ordenadores, y los teléfonos móviles no formaban parte de la vida de los españoles, Google no existía, y tomábamos nuestras notas al dictado en taquigrafía... Sé que esto suena al pleistoceno, pero sólo han pasado cuarenta años.

—Claro. Por cierto, tú comenzaste tu trabajo profesional de secretaria de alta dirección precisamente con Adolfo Suárez, cuando era ministro secretario general del Movimiento y Carlos Arias Navarro, presidente del Gobierno. ¿Se vislumbraban por entonces sus anhelos de alcanzar la Presidencia del Gobierno?

—Sí. A Adolfo Suárez sólo le importaban dos cosas en la vida: la política y su familia. Nunca le movió otro tipo de ambición. Su amor por España y su lealtad al Rey, con quien planificó la hoja de ruta que conduciría a nuestro país a la democracia, le impulsaron con determinación hacia la consecución de una “misión imposible”, utilizando una expresión cinematográfica. La alta misión que él protagonizó e hizo posible no fue otra que

acercarnos a Europa y traer un futuro de paz y libertad para España. ¿Quiere alguien decirme si existe algo más importante?

—Los detalles de estos momentos cruciales para la Historia de España los has contado en tu obra *Los presidentes en zapatillas*. ¿Qué te movió a escribir este libro, imprescindible para conocer esos necesarios “trabajos de fontanería” que construyeron el gran edificio de la democracia española?

—Yo diría, con permiso del gran Unamuno, que mi obra *Los presidentes en zapatillas* es una especie de “intrahistoria” porque contiene información sensible y única que nunca recogieron los periódicos de la época, ni tampoco los múltiples libros que se han escrito después sobre la Transición. Pero, en honor a la verdad, he de confesar que la idea no fue mía. La directora de la Editorial Espasa, a través de una amiga común, tuvo conocimiento de mi existencia y fue quien me propuso escribir ese libro, amparada en el argumento de que se trataba de un testimonio para la historia, la historia intramuros de la sede del poder Ejecutivo, que solo podía contar yo. Y eso hice, contar el devenir de tres décadas de la historia reciente de España, desde el punto de vista de una trabajadora. Solo espero que sea útil a las futuras generaciones de historiadores.

—Sí, podría servir como analogía. Nuestro gran humanista de la Generación del 98 decía que lo que cuentan los periódicos podría compararse con la superficie del mar; una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros. Sin embargo, en el fondo de este mar, es donde precisamente se gestan la mayoría de los grandes hitos históricos.

Y, ahora, si te parece, me gustaría que te pusieras en modo “filósofo” o, si lo prefieres, “psicólogo”. Quiero conocer tu opinión sobre la tensa situación política y social actual, no solo en España, sino en el mundo. Y es que hoy vivimos, como bien

sabes, en estado permanente de agresividad, ansiedad e intolerancia nunca antes visto. La gente se irrita por nada, te increpa al menor error, o, aún peor, te ignora. Algo que contrasta con aquella etapa de la Transición convulsa —no cabe duda— pero donde el entusiasmo, la aceptación del diferente y la confianza en un futuro mejor se respiraba por los cuatro costados.

—Ciertamente. Esos tiempos cercanos parecen una historia lejana. El consenso y la búsqueda de soluciones satisfactorias para todos fue lo que caracterizó esencialmente a este periodo tan convulso de la Historia de España. Adolfo Suárez, como líder del partido mayoritario y presidente del Gobierno, encarnó este espíritu, compartido por la mayoría de las fuerzas políticas y la sociedad en su conjunto. Un espíritu que fue más allá de la búsqueda de la armonía y la convergencia, pues alcanzó cuestiones económicas y sociales, algunas de las cuales de elevada urgencia e importancia. Los ejemplos son numerosos, aunque el paso del tiempo haya hecho olvidar algunos y perder matices a otros. Los famosos *Pactos de la Moncloa*, fueron claramente un ejemplo de obra colectiva, y de sentido de Estado por parte de todos sus protagonistas.

—Algo que contrasta con nuestra época actual. Al parecer, estamos viviendo en lo que algunos llaman la instalación de la cultura de la polémica y, otros, la época del enfrentamiento. Hay muchas y buenas pruebas de ello: discursos que se radicalizan; escasez de consenso; pérdida de confianza en cualquier tipo de institución, incluida la que proviene de las comunidades de expertos; disenso sobre la verdad y sobre los procedimientos de verificación; proliferación de realidades alternativas y “fake news”; extensión de los imaginarios sectarios basados en

visiones míticas. ¿Coincides con este análisis de la realidad actual?

—Totalmente, José Antonio. Se habla también de la “rebelión de la sinrazón” que constituye ya un problema mundial. La simple observación popular certifica que nos enfrentamos a ella en la vida cotidiana, plasmada en diversas formas de absolutismo y fundamentalismo que ponen en peligro los cimientos básicos de la civilización. Lo vemos cada día en la uniformidad del pensamiento, en el eclipse de la alta cultura y en la extinción de los valores éticos y morales perennes, y que campa a sus anchas entre una ciudadanía que se ha vuelto totalmente indiferente al sentido profundo de la vida. La inmediatez y la superficialidad están presentes en todos los ámbitos de la vida, polarizando y enfrentando como nunca a dos facciones de una población, que parece no haber superado las dos Españas.

—¿Y ante ello, podemos albergar alguna esperanza?

—Yo creo que sí. No podemos perder la fe en la Humanidad, que ya ha pasado por momentos tan difíciles como estos o, quizás, peores. De lo que se trata es de no perder la perspectiva de lo esencial. Yo creo que los valores éticos, políticos y sociales que inspiraron la Transición española, pueden servirnos de guía para afrontar los numerosos desencuentros que hoy tenemos. Pero, quiero destacar algo al respecto. Esta rivalidad no sólo está presente en la vida política del país, sino que se ha instalado en las familias, en los centros de trabajo y en nuestros círculos de amigos y allegados. No dejemos que esta filosofía del “divide y vencerás” siga extendiendo sus nefastos tentáculos.

—Bueno, pues con este precioso deseo, dejemos, querida María Ángeles, que la vida siga su curso, imbuidos, eso sí, por *el*

espíritu de la Transición. Así que regresemos de nuevo desde la bruma del pasado a los quehaceres del día a día, conservando en nuestra memoria el idílico paseo de los plátanos del Palacio de la Moncloa, la belleza del jardín de la fuente de la que disfrutaron, entre otros personajes ilustres, nuestro universal poeta Antonio Machado....

—Ese lugar secreto, donde el poeta y Pilar de Valderrama, (Guiomar), su último gran amor, se citaban a escondidas los fines de semana, según las investigaciones del historiador Ian Gibson plasmadas en su biografía sobre Machado, *Ligero de equipaje*. Allí se citaban, cuando este bajaba a ver a su amada desde Segovia y se sentaban en ese bellísimo espacio, entonces abierto al público, diseñado por el restaurador, pintor y jardinero Xavier de Winthuysen que, según Gibson, perteneció a la Institución Libre de Enseñanza.

Sin olvidar los intensos encuentros de Goya con la Duquesa de Alba... En fin, siempre será un lugar histórico.

Y, ahora, José Antonio, para cerrar esta conversación, si me lo permites, me gustaría trasladar mi sincero homenaje a toda una generación de españoles que luchamos por la paz y la libertad. Una paz y libertad —verdaderos valores supremos e irrenunciables— que no pudieron disfrutar plenamente nuestros padres.

Confío en que hayamos sabido trasladar a las generaciones futuras que estos importantes valores son la base para la convivencia en armonía. ¡Que así sea!

EL PARQUE DE SAN ANTONIO

Joaquín Delgado García

Mi interlocutor, Joaquín Delgado García, me sugirió una tarde soleada del mes de agosto que mantuviéramos esta entrevista en el emblemático Parque de San Antonio de Ávila, y no solamente porque se encuentra cercano a su vivienda, sino también porque es evocador e invita al análisis y la introspección. A mí me pareció una excelente propuesta.

El Parque de San Antonio es uno de los parques más antiguos de Ávila. La mayoría de las tarjetas postales que han sido editadas desde principios del pasado siglo XX retratan un jardín idílico, con la muchachería alrededor de las fuentes, y el convento de los frailes franciscanos, santificador del lugar. Ha sido también paraje para temas de emotivas narraciones, como la que escribió Antonio Veredas en 1939 mostrando profundos sentimientos comunes a los abulenses:

«El parque encantador de San Antonio es donde triunfa la poesía del color de las estaciones, la poesía de la luz del sol y la luna entre la enramada, la poesía de la música de los trinos y cantos de los pájaros, la poesía del amor de parejas de enamorados que se arrullan entre la frondosidad de los lilos, la poesía de la religión con el humilde convento franciscano, la poesía del arte labrado en la fuente de la Sierpe que refleja lánguidas formas de unos sauces llorones, y la poesía de la vejez de unos álamos milenarios heridos del tiempo. Es aquí donde se oye la voz del viento que juega con las hojas de los árboles, la

voz del agua que resbala por las regueras, la voz de las campanitas que congregan a las niñas casaderas de Ávila, y la voz de la fiesta y la sana alegría en honor de San Antonio de Padua».

Joaquín Delgado fue juez en Lillo, Cebreros, Herrera del Duque y Quintanar de la Orden. Como magistrado, ejerció en San Sebastián y Lleida. Desempeñó la presidencia de la Audiencia Provincial de Toledo hasta 1989, fecha en que fue designado hasta su jubilación magistrado de la Sala Segunda del Tribunal Supremo.

—Muy cerca de donde nos encontramos, en uno de esos bancos —me comentó, tras los saludos de rigor y una breve conversación con preguntas y respuestas de situación, dirigiendo su mirada y apuntando hacia el lugar con el índice de su mano derecha— tuve una interesante conversación con Adolfo Suárez. Yo estaba entonces preparando las oposiciones a la judicatura. Suárez —que por aquellos momentos tenía ya puesta su mirada en la alta política— me preguntó con cierta ironía: ¿Estás probando? ¡No!, le respondí de forma categórica. ¡Yo voy a aprobar!

Mi interlocutor mantuvo luego un profundo silencio que yo respeté, consciente de que esta escena evocaba para él recuerdos entrañables e inolvidables de su juventud. Luego, volviendo al momento presente, me comentó:

—Este jardín donde nos encontramos, que comenzó a funcionar a partir del año 1859, ha sido fruto de numerosas intervenciones y atenciones, así como de continuas renovaciones de fuentes y plantas, arreglos de paseos, y calles. Es un lugar emblemático para cualquier abulense; un idílico paraje de preciosos jardines y abundancia y variedad de árboles que adornan los espaciosos paseos. Nos hallamos en estos momentos en medio del paseo

central, en torno a esta bella fuente con sorprendentes y vistosos surtidores y juegos de agua. La que puedes ver allí —me comentó apuntando nuevamente con su dedo índice hacia el lugar— es la popular fuente conocida con el nombre de “La Sierpe”.

— ¿La Sierpe? —me pregunté internamente, tratando de recordar alguna información estudiada o comentada sobre esta fuente. Instintivamente, al no hallarla, eché mano de mi celular, consultando con Google, que suele tener respuestas para todo.

Con las primeras informaciones me quedé sorprendido. Se trataba de un ingenio hidráulico que mereció en su día la atención y admiración del Rey Felipe II y Margarita de Austria, cuando visitaron Ávila en el año 1600. La obra representa a un ser monstruoso y mítico, encargado por el regidor Alonso del Cárcamo y Haro al maestro entallador Andrés López, autor del trabajo posterior de los sepulcros de los fundadores de la capilla de Mosén Rubí, otro de los emblemas de la ciudad.

—Conocí muy bien, como te he comentado, a Adolfo Suárez y a toda su familia— me dijo, mientras yo trataba de asimilar mentalmente la información suministrada por Google sobre esta fontana—. Conocí a su padre, Hipólito, un procurador de los tribunales y a su madre Herminia y, por supuesto, al resto de sus hermanos: Hipólito, María del Carmen, Ricardo y José María. Adolfo Suárez, el mayor de todos ellos, nació en el 32 y yo en el 37, así que me sacaba cinco años. Adolfo estudió en la Escuela Nacional de Ávila y luego en el Instituto de Enseñanza Media. Él era de la quinta de Juan Carlos, uno de mis hermanos que, lamentablemente, falleció con 63 años.

—Entiendo que tu hermano conoció muy bien a Adolfo Suárez— comenté tratando de reconducir la conversación hacia el propósito principal de esta entrevista.

—Sí, claro. Puedo contarte una anécdota que él me contó y que creo que te va a sorprender. Verás. Mi hermano Juan Carlos era marino mercante. Llegó a ocupar el puesto de práctico de puerto militar en las Palmas de Gran Canarias. Es un trabajo que conlleva una gran responsabilidad en la que está en juego la seguridad de la navegación. Es esencial en las operaciones de ataque y desataque en puerto de barcos de grandes dimensiones.

El práctico es el encargado de asesorar al capitán en las maniobras de entrada y salida del puerto, por lo que deberá conocer muy bien los pormenores de aquellos puertos donde trabajan y disponer de una larga experiencia en la maniobra de buques de gran tonelaje. Eso sí, la última decisión la tiene el capitán.

—Oye, Juan Carlos: ¿A dónde te gustaría llegar dentro de tu profesión? —le preguntó Adolfo Suárez en cierta ocasión.

—Pues, verás, ahora me estoy preparando para las oposiciones de práctico civil. Son oposiciones muy exigentes, pero merece la pena intentarlo porque el puesto conlleva mejores retribuciones económicas. ¿Y tú, Adolfo? ¿A qué aspiras? Fue la pregunta que le formuló mi hermano, muy probablemente pensando en que la respuesta de Adolfo estaría relacionada con las oposiciones al Cuerpo Jurídico de la Armada en las que él estuvo metido. Sin embargo, su respuesta le desconcertó.

—Pues, mira, Juan Carlos —le respondió Adolfo Suárez con la gallardía que le caracterizaba: tú llegarás a ser práctico civil algún día, como yo presidente del Gobierno de España. Así se lo soltó a mi hermano Juan Carlos, cuando aún no era nada dentro de la alta política. Es algo que corrobora que este hombre tenía muy arraigada en su cabeza a dónde quería llegar. En algún libro he leído que *«solía descubrirse a sí mismo escribiendo en*

trozos de papel su nombre y el destino profesional que acariciaban sus sueños: futuro presidente del Gobierno».

—Un sueño que logró finalmente —asentí. Concretamente, la designación de Adolfo Suárez por S.M. el Rey Don Juan Carlos para el cargo de presidente del Gobierno tuvo lugar el 3 de julio de 1976. Una decisión que, por cierto, constituyó una sonora sorpresa, provocando desilusión y rechazo, no sólo entre destacados personajes del franquismo, sino también entre los rupturistas.

Pero, bueno, ese tema es, como se dice por nuestras ascéticas tierras abulenses, “harina de otro costal”. Así que dejemos, si te parece Joaquín, este asunto para el análisis dentro de otros foros y volvamos de nuevo al origen: ¿Qué tipo de relación mantuviste con este ilustre abulense que ya ha entrado en la Historia de España por derecho propio?

—A Adolfo Suárez y a mí nos une una personalidad dentro del mundo del derecho: Don Mariano Gómez de Liaño. Era nuestro preparador. Nos orientaba, aconsejándonos sobre los libros que teníamos que estudiar, y tomándonos las lecciones una o dos veces por semana. Luego, nos examinábamos por libre en la Universidad de Salamanca. En esta modalidad formativa, a Salamanca sólo íbamos a examinarnos. Generalmente nos trasladábamos en tren, pero estábamos abiertos a otras opciones. Yo he ido hasta allí hasta en moto y, por cierto, recuerdo que en una ocasión se me averió en “A veinte”, un pueblecito a 20km de Ávila; y ya te puedes imaginar la odisea que tuve que vivir hasta llegar a Salamanca para examinarme.

—Un mismo preparador en común, pero un destino bien diferente —interpreté.

—Pues sí, así es la vida. En ciertos momentos los hombres transitamos el mismo camino hasta que se bifurca en otros. Yo elegí el camino de la justicia; Adolfo, el de la política. Cuando terminé la carrera de derecho me animé a opositar, con la intención, como le dije en este parque donde nos encontramos, de aprobar, no de probar. Él, sin embargo, al año siguiente de licenciarse emprendió las milicias universitarias en Zamora, seguidas de seis meses de prácticas en las que desempeñó, al parecer, el cargo de alférez en Melilla. Su fulgurante carrera política dio comienzo cuando su mentor político, Fernando Herrero Tejedor (Gobernador Civil de Ávila por aquella época), lo nombró jefe de la Sección Primera del Gobierno Civil de Ávila y delegado Gubernativo de la provincia. A partir de este momento, inició una carrera política imparable hasta alcanzar su gran sueño: la Presidencia del Gobierno.

Un nuevo y profundo silencio se hizo entre los dos.

Pareciera como si el tiempo se hubiera detenido en una época lejana en la que, caminando por el paseo del Rastro, oteando el horizonte del Valle Ambles nos sentíamos defensores de la ciudad desde el adarve de la muralla; compradores de frutas y verduras en el mercado de los viernes en “El Chico”; transeúntes por el “Mercado Grande”, y las calles aledañas repletas de gente ensimismada, la mayoría procedentes de los pueblos de la provincia, corriendo de allí para acá, tratando de gestionar en el menor tiempo posible los innumerables asuntos que les habían traído hasta la capital; visitantes absortos en la calle de “la muerte y la vida”, también conocida como Calle de la Cruz Vieja, escenario de algunas curiosas leyendas, que va desde la Catedral hasta la Plaza de Adolfo Suárez; o caminantes nocturnos dentro de una ciudad amurallada donde se escuchan los silencios y huele a santidad.

En todo momento, aquel profundo silencio como la eternidad no fue perturbado ni siquiera por el griterío de una muchachería alegre y vital que, como en el cuento del “Gigante egoísta”, de Oscar Wilde, hacía que los pájaros revolotearan y parlotearan con deleite y las flores rieran, elevando sus cabezas sobre el césped. Pero, como la vida tiene sus propios mecanismos para atraernos hasta el momento presente, el sonido del móvil de mi entrevistado, Joaquín Delgado, rompió el hechizo de la recreación de una idílica estampa abulense, concebida dentro de nuestro imaginario.

—Disculpa, José Antonio, es Teresa, mi mujer.

Yo le hice un gesto de asentimiento para que atendiera con toda libertad esta llamada. Luego, tras un breve intercambio de palabras entre ambos cónyuges, Joaquín se volvió hacia mí y, tratando de justificar la interrupción, me comentó:

—Me llamaba mi mujer. Quería saber a qué hora regresaría a casa para cenar. Le he comentado que estoy muy a gusto en el Parque de San Antonio charlando con un periodista abulense sobre Adolfo Suárez y aquellos maravillosos años de nuestra juventud. Así que, si te parece, podemos seguir hablando hasta las 9, como habíamos convenido.

—Perfecto. Son las 8 de la tarde, así que nos queda una hora más para perfilar algunos importantes aspectos sobre la cuestión. Aunque mi fuerte no es precisamente el periodismo rosa, si no tienes inconveniente, me gustaría saber algo sobre vuestra relación. ¿Cómo os conocisteis?

—Pues nos conocimos con 16 o 17 años en el grupo de “Coros y Danzas”, de aquí, de Ávila. Era lo que había entonces. Se trataba de una iniciativa perteneciente a la Sección Femenina de FET y de las JONS, una organización fundada en el año 39, por

Doña Pilar, hermana de José Antonio Primo de Rivera. Lo pasábamos muy bien, y de estos encuentros surgieron muchos matrimonios como el mío. Es verdad que el régimen franquista utilizó “Coros y Danzas” como instrumento propagandístico para trasladar hacia el exterior un claro mensaje de amabilidad y buena voluntad; pero, al mismo tiempo, no cabe duda, de que tuvo su utilidad social. Con la idea principal de recoger, recuperar y conservar los cantos y los bailes autóctonos, muchos de los cuales estaban en trance de desaparición, nos permitió a muchos hombres y mujeres de aquel entonces viajar por España e, incluso, por el mundo.

—Que ahí es nada —apostillé.

—Pues sí. Fue un medio muy útil para abrirnos a la vida dentro de un país ensimismado.

—Un país ensimismado, o replegado sobre sí mismo que por aquellos años tuyos, deseaba abrirse al mundo —volví a apostillar.

—Pues sí —se reafirmó. En este sentido, creo que Adolfo Suárez, al igual que otros políticos de la época, comenzaron a vislumbrar por entonces un futuro diferente para España y los españoles.

—Cierto. Tengo entendido que el embrión de este futuro diferente para España se formó durante la semana del 7 al 15 de enero del año 1969 en Segovia. Incluso, se ha llegado a asegurar que somos herederos de las decisiones tomadas durante esa semana. Adolfo Suárez llevaba por entonces unos meses de Gobernador Civil de Segovia. Concretamente juró su cargo el 11 de junio de 1968 a las once de la mañana, tomando posesión del mismo diez días después. En Segovia permanecerá hasta el 7 de noviembre de 1969, en que se despide de la ciudad para

ocupar el puesto de director general de TVE. Durante este breve lapso de tiempo —año y medio— intensificó sus relaciones con el Príncipe Don Juan Carlos, se ganó el favor de Franco con motivo de diversas inauguraciones que tuvieron lugar en Segovia, desplegó una labor populista por toda la provincia, superó políticamente la catástrofe de Los Ángeles de San Rafael, y demostró su audacia destituyendo al presidente de la Diputación y al alcalde de Segovia.

—Bueno, esto no nos sorprende a los que tuvimos el privilegio de conocerle personalmente, porque ya, de joven, apuntaba maneras.

—Eso creo, pero volvamos, Joaquín, si te parece, a la escena de esa transcendental semana segoviana para el futuro de España. Se ha dicho, utilizando una analogía meteorológica, que, durante esos días, nevaba en Segovia, había borrascas en el alma del Príncipe y cielos despejados en el horizonte político de España.

El día anterior, es decir, el 6 de enero, Adolfo Suárez se encontraba en Cebreros, su pueblo natal, pasando las fiestas navideñas, siendo representado en su puesto de gobernador el secretario general del Gobierno Civil. Inmediatamente le traslada el comunicado de que los príncipes, Don Juan Carlos y Doña Sofía, junto con los reyes de Grecia, Constantino y Ana María, tenían previsto visitar los lugares emblemáticos de Segovia —El Alcázar, El Real Sitio de San Ildefonso de La Granja y el Palacio de Riofrío— el 7 de enero.

—... por lo que entiendo que Adolfo Suárez se puso en guardia, activando todo el dispositivo para estar, como no podía ser de otro modo, en esta real e importante visita a Segovia —me comentó Joaquín, haciendo una deducción lógica de los hechos del momento.

—En efecto. Según cuentan las crónicas periodísticas de entonces, cuando los príncipes y los reyes de Grecia llegaron a Segovia eran las 12,45 de la mañana, del 7 de enero, y empezaban a caer los primeros copos en la ciudad. Para entonces, Adolfo lo tenía ya todo organizado. Por cierto, ese día en Madrid se produjo una borrasca, y no precisamente de carácter climático, sino político. Y es que, el Príncipe, había concedido una entrevista el día anterior a EFE, publicada ese mismo día por todos los medios nacionales e internacionales. Como te puedes imaginar, la bomba informativa fue de grandes proporciones porque Don Juan Carlos rompe, no solo con su padre Don Juan, sino con la línea sucesoria, algo que suponía un torpedo en la línea de flotación para la legitimidad monárquica. El Príncipe justificó sus declaraciones entonces con el argumento de que la Monarquía debía estar al servicio de la Nación, y no a la inversa; y que a los españoles de 1969 no se les podía hacer planteamientos históricos carentes de sentido.

—No cabe duda —me razonó— de que aquel encuentro de Adolfo Suárez con el Príncipe se produjo en un contexto de “cumbres borrascosas” de carácter político. Por cierto, siempre suele salir a relucir la trascendental comida en el restaurante Cándido, famoso por sus succulentos cochinillos.

—Sí, así es —confirmé. Al parecer, según cuentan las crónicas periodísticas del momento también, cuando los visitantes realizaron todas las visitas programadas, se desplazaron hasta el restaurante Cándido, todo un referente de la cocina castellana. *El Adelantado de Segovia* escribió, por ejemplo, que la mesa fue presidida por los reyes de Grecia; que, al lado de la reina, Ana María, se sentó Adolfo; y que Cándido llevaba en sus hombros la tradicional manta de paño segoviano, a la que el mesonero mayor de Castilla era tan aficionado. La leyenda, como bien

sabes, se produce en los cafés donde —supuestamente— Don Juan Carlos anota la visión de Adolfo Suárez sobre las reformas que tendría que emprender una vez que se convirtiera en jefe del Estado. En este punto existen dos versiones: una, que el Príncipe apuntó las ideas de Suárez en unos folios que había recibido durante sus visitas en Segovia; otra, procedente de los descendientes de Cándido, asegurando que fue en la propia carta del restaurante.

—En todo caso —fue su deducción lógica a partir de los hechos expuestos— parece que aquel acontecimiento fue una especie de pistoletazo de salida para iniciar la carrera de la transformación política.

—Pues, sí —asentí—, así lo creo yo también. Luego, a partir de este importantísimo día, los acontecimientos transcurrieron a una velocidad de vértigo. Al día siguiente, 8 de enero, Franco recibe a Suárez en audiencia, donde éste le da cuenta con todo lujo de detalles de la visita. También, ese mismo día, Laureano López Rodó, que ocupaba la cartera de ministro Comisario del Plan de Desarrollo, plantea que había que agilizar los trámites previstos en la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, una vez que han quedado rotas las ataduras que unían a don Juan Carlos con su padre. Y, en la tarde del 15 de enero de 1969, ocho días después de visitar Segovia y de las explosivas declaraciones del Príncipe, Franco le comunica su decisión de nombrarle sucesor en el curso de aquel año.

De nuevo se estableció entre nosotros otro profundo silencio.

No cabía duda de que el Parque de San Antonio que, aún sigue conservando el aire romántico de antaño, era el escenario ideal para rememorar momentos históricos de nuestra historia reciente. Y lo estábamos haciendo de manera espontánea, al modo en que le gustaba a Unamuno, que pensaba que la Historia

con mayúsculas no es un relato de intrigas, sino el reporte de la cotidianidad, que puede despertar interés sin que se venda envasada en escándalos.

—Por cierto —pregunté, tratando de reanudar la conversación— ¿solía venir mucho por este Parque de San Antonio Adolfo Suárez?

—Creo que sí. Como te he comentado, es un lugar muy frecuentado por todos los abulenses. Probablemente, pasaba por aquí para ver a su amigo de la infancia, Fernando Alcón, un conocido empresario abulense que continuó la tradición familiar empresarial dirigiendo desde principios de los años 60 la concesión de automóviles Pegaso, de los autocamiones ENASA, y de la British Leyland (ahora Rover).

Fernando Alcón fue un importante hombre de negocios abulense y de referencia a nivel nacional. Llegó a ser presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Ávila y presidente de la Asociación Española de Concesionarios de Pegaso y de la Federación Española de Automoción (FEDAUTO). Además, podemos decir que fue un hombre de la Transición política española. Como puedes imaginarte, entró en política de la mano de Adolfo Suárez, llegando a liderar la lista de diputados por la Provincia de Ávila del partido Unión de Centro Democrático (UCD) en las primeras elecciones democráticas libres del 15 de junio de 1977. Todo un gran acierto, y no solamente porque saliera elegido diputado, sino también porque obtuvo un gran éxito al conseguir, para UCD, los 3 diputados posibles de la provincia: un exitoso resultado que repitió en las Elecciones Generales de marzo de 1979.

—Está claro que Adolfo Suárez tenía un “ojo clínico” para elegir a los mejores candidatos —comenté.

—Sí, no cabe duda de que era un gran líder, que sabía elegir a los mejores para acometer las tareas y objetivos que en cada momento eran precisos afrontar.

—¿Sabes si se mantuvo en el tiempo esta relación de profunda amistad entre ambos? —pregunté con curiosidad.

—Pues sí. La amistad se mantuvo plenamente. Como sabes, tras la desaparición de la UCD, Adolfo Suárez fundó el 29 de julio de 1982 el Centro Democrático y Social (CDS). Para esta nueva aventura política Suárez rescató a los exministros Agustín Rodríguez Sahagún, Rafael Calvo Ortega y Manuel Jiménez de Parga, y a amigos procedentes de la extinta UCD de la talla de José Ramón Caso, Jesús María Viana, Joaquín Abril Martorell o Fernando Castedo. La carrera política de su amigo íntimo, Fernando Alcón, continuó. Estuvo muy involucrado en la creación del nuevo partido político y, pocos meses después de las elecciones de junio de 1986, fue nombrado secretario nacional de Organización del CDS, desempeñando su cargo hasta 1990. En 1991 abandonó la política, volviendo a sus actividades empresariales.

—Y, bueno, otra pregunta relacionada con el modo de ser de Adolfo Suárez. ¿Cómo le sigues recordando tú?

—Muy simpático; ¡era muy simpático!; alguien que atraía por su viveza, simpatía y empatía. No alcanzó, como sabemos, muchas matrículas de honor en los estudios, pero sí en encanto personal. Le gustaba jugar al fútbol, un deporte muy querido por los chicos de aquella época. Llegó a jugar en el Dinamita de Ávila y luego en el Deportivo de la Coruña. Le gustaba también la interpretación, el toreo y el boxeo. Y otro detalle: se sentía muy orgulloso de ser abulense. Creía que los abulenses éramos buena gente, luchadora, sencilla, sincera y honrada.

—Tengo entendido que participó en la grabación de *Orgullo y Pasión*, una película basada en la guerra de la independencia española donde un grupo de guerrilleros españoles se encarga de llevar un enorme cañón, junto con sus aliados británicos, para hacer caer Ávila que, por entonces, era el cuartel general de los franceses.

—Bueno, es que la grabación de esta película de Stanley Kramer fue un acontecimiento social de primer nivel para Ávila y todos los abulenses. Para la grabación vinieron incluso gente de los pueblos próximos. Yo también participé, junto con mi mujer, mi madre y mi cuñado Fernando. Nos pagaban 50 pesetas diarias a cada uno, que en aquella época era un dinero. Recuerdo que hacíamos de asaltantes de la ciudad. Adolfo —según creo— actuando como como defensor, tras las murallas, en la parte alta de la ciudad, con otro tipo de vestuario.

Mi entrevistado me cuenta estos detalles como si los estuviera viviendo hoy mismo. Compruebo su “orgullo y pasión” por una ciudad que, como escribió Azorín es, entre todas las ciudades, la más importante del siglo XVI. Hoy podemos comprobar esta afirmación sobre el terreno, al contemplar el gran número de mansiones y palacios de este siglo que aún se conservan en la ciudad. Aunque su declive industrial y poblacional llegó durante el siglo siguiente con la expulsión de los moriscos, volvió a resurgir en el siglo XIX, con el ferrocarril.

Ciertamente, mi entrevistado, Joaquín Delgado, lleva a Ávila en su ADN genético y vivencial. Su bisabuelo, Don Carmelo Delgado, fue director general de Tabacalera en Sevilla y alcalde de la Ávila y hoy se le sigue recordando por el importante paseo que lleva su nombre. Su padre fue durante muchos años secretario de la Diputación Provincial de Ávila. Además, mantuvo una relación de amistad desde la más temprana

juventud con el abogado abulense Antonio Sánchez González, más conocido en Ávila como “Toñines”. Un personaje muy popular en su época, que llegó a ser alcalde de Ávila y con quien Adolfo Suárez fraguó una profunda amistad. Y hasta puede presumir de su relación familiar y de amistad con Don Claudio Sánchez Albornoz, un prestigioso historiador, considerado como uno de los medievalistas españoles más importantes del siglo XX, catedrático de Historia en Barcelona y Madrid, ministro durante la Segunda República y presidente de su Gobierno en el exilio entre 1962 y 1971. Nació en Madrid, pero falleció en Ávila el 8 de julio de 1984 en Ávila, donde residió en el tramo final de su vida.

—Recuerdo perfectamente la fecha del fallecimiento de don Claudio —comenté cuando mi entrevistado pronunció el nombre de Claudio Sánchez Albornoz— porque yo tuve el privilegio de conocerlo personalmente, unos días antes de su partida de este mundo. Fue un hombre muy grande. El listado de títulos y reconocimientos nacionales e internacionales es interminable. Tuvo conmigo la gentileza de firmarme una de sus múltiples e importantes obras: *España, un enigma histórico*. Llegué hasta él a través de un amigo mío que deseaba despedirse de él, barruntando su próxima partida de este mundo.

—Tengo entendido que el libro que me citas constituye una de las aportaciones más serias y documentadas que se han hecho sobre la Edad Media Española. También tengo entendido que lo escribió a raíz de la publicación del libro *España en su historia*, de Américo Castro. Es que Sánchez Albornoz tuvo, como bien sabrás, sonoras discrepancias con Américo Castro.

—Sí, eso creo —respondí. Ambos sabios de la Historia de España mantenían concepciones diametralmente opuestas. Claudio Sánchez Albornoz, concebía la historia como cambio,

como una marcha hacia la libertad, cuestionando el determinismo histórico. Américo Castro, sin embargo, afirmaba que el carácter español quedó plenamente formado con un hecho histórico: el descubrimiento de América en 1492. Don Claudio, claro está, se opuso rotundamente a esta interpretación de la Historia. Escribió: *«Aceptarlo sería aceptar un determinismo suicida que afecta no sólo a la historia medieval española, sino que puede condicionar la historia actual y futura de España»*.

—En el caso que nos ocupa —comentó Joaquín—, la Transición política española, fue un esfuerzo colectivo por la estabilidad política. La grandeza, a mi juicio, de este proceso fue que no hubo ruptura violenta, sino continuidad, ya que la Transición de la dictadura a la democracia se realizó desde dentro.

Creo también que una de las claves principales para hacerlo posible fue la figura de Don Juan Carlos. La elección de Juan Carlos como sucesor contaba, según Franco, con muchos puntos a su favor: pertenecer a la dinastía borbónica, haber demostrado en todo momento su lealtad a los principios y las instituciones del Régimen, estar estrechamente relacionado con el ejército y su alta preparación para el cargo que habría de ocupar, con una exigente preparación durante los últimos veinte años. Claramente —según el General Franco— en su persona podrían perpetuarse los principios del “Movimiento Nacional”, quedando asegurada su continuidad.

—Sí, totalmente de acuerdo. Al respecto yo he escrito que, si hubiera que resumir a su mínima expresión todo el complejo proceso de la Transición Política Española, podría hacerse con una frase de once palabras: *«De la Ley a la Ley, a través de la Ley»*.

Aunque nos pueda parecer un trabalenguas o un eslogan publicitario, esta frase es realmente un tesoro jurídico y político

de valor incalculable. Fue formulada, como sabes, por Torcuato Fernández-Miranda, otra de las personalidades claves del proceso de la Transición, en cuya persona se aunaban los aspectos teóricos de la política —era Catedrático de Derecho Político— y los prácticos como político que conocía al dedillo la estructura del Régimen y cómo desmontarlo.

—Indudablemente, la expresión *«De la Ley a la Ley, a través de la Ley»* de Torcuato Fernández-Miranda, a la que te acabas de referir, sintetiza perfectamente el criterio de legalidad que presidió todo el proceso de la Transición política española, conducido magistralmente por Don Juan Carlos, el eminente jurista y político, Torcuato Fernández-Miranda, que conocía muy bien los entresijos del Régimen, y Adolfo Suárez que, procedente del Sistema, estaba decidido a desmontarlo.

—Para —apostillé— según sus propias palabras:

«Elevar a categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal».

—En fin: ¿Quién me iba a decir a mí que, este abulense empático y de enorme simpatía, don de gentes y saber estar, que yo conocí durante mi juventud, llegaría a convertirse en uno de los hombres más relevantes de la Historia de España del siglo XX?

—¡Y que tú conociste muy bien! —exclamé.

—Pues sí. Mira, todavía recuerdo vivamente que, aquí, en este Parque de San Antonio, en uno de estos bancos, me dijo:

«Joaquín, tú qué intenciones llevas: ¿Vas a probar o aprobar?»

LA MAGIA DE LA RADIO

Andrés Agustín Miranda Hernández

En cierta ocasión, Luis del Olmo, uno de los grandes protagonistas de la radio española y referencia periodística de todos los tiempos, afirmó, «*Esto es lo que me gusta de la radio: el no saber qué va a ocurrir*».

Yo mismo he podido comprobar la veracidad de esta afirmación, procedente del hombre que dirigió durante más de 40 años el programa radiofónico *Protagonistas*, el más longevo de la historia de la radio española. A mi estilo, y desde mi humilde estrado, yo también puedo corroborarles que, esencialmente, la magia de la radio consiste siempre en que nunca sabes lo que va a ocurrir; por lo que les sugiero, si no les parece mal que, como botón de muestra, escuchen mi propio testimonio.

Una mañana otoñal de septiembre del 2014, tras la emisión de mi programa radiofónico especial *Adolfo Suárez: seis meses después*, elaborado para “Radio 5, Todo Noticias”, de RNE, concebido para seguir recordando la figura política y humana del primer presidente de la democracia actual, seis meses después de su fallecimiento, recibí varias llamadas telefónicas de felicitación de familiares, compañeros y amigos por este trabajo periodístico. En fin, lo habitual en estos casos. La gente que te conoce y te quiere, desea darte un abrazo virtual de ánimo y valoración por lo que has hecho.

Como pueden suponer, para este proyecto me había empleado a fondo desde el mismo instante en que me fue encomendado. El tema lo requería sobradamente. Se trataba de abordar, con la máxima precisión de un gran cirujano, la impronta dejada en la sociedad española por uno de los hombres más relevantes del siglo XX, querido y respetado por la gran mayoría del pueblo español. Era plenamente consciente de que, para este empeño, no se trataba de salir del paso, sino de poner en ello toda la carne en el asador, buscando la excelencia. Así que, traté de estar a la altura requerida: bebiendo en las mejores fuentes de la información, elaborando con mimo el guión, contactando con los mejores analistas y supervisando toda la posproducción hasta conseguir que este producto radiofónico quedara niquelado.

Aún así, aquel día, cual torero que se tiene que enfrentar cada tarde al toro, o el actor de teatro a la crítica de su público cada noche, sentí temor por lo incierto de los resultados. Los que ya peinamos canas en este apasionante mundo de lo audiovisual sabemos por experiencia que cualquier mínimo error en estos casos puede llegar a ser letal para tu reputación profesional y, lo que es peor, para un medio informativo del prestigio de RNE. Por lo tanto, no queda otra que hacerlo bien, sí o sí. Para mí, además, este programa era mucho más que un reto profesional: lo había concebido para mis adentros como aportación personal —como español y abulense— al merecido reconocimiento del hombre que había contribuido decisivamente a que la concordia entre todos los españoles fuera posible.

Entre todas las llamadas que recibí, dentro de la media hora siguiente a la conclusión del programa, recuerdo una que me sorprendió especialmente. El número que aparecía en la pantalla de mi móvil no la tenía registrada en la base de datos del

teléfono, por lo que pensé que podría tratarse de un error, o de alguien que deseaba solicitarme algún tipo de información. Para mi sorpresa, no se trataba ni de lo uno ni de lo otro. La voz de mi comunicante era cálida, dinámica y vigorosa; una voz que reflejaba el espíritu de un hombre de mundo y con gran seguridad en sí mismo. Mi imaginación recreó instantáneamente la figura de un hombre que no sobrepasaba los sesenta años. También, por su acento, el prototipo de hombre descrito por Mercedes Sosa y Lolita Torres en su canción “Es Sudamérica mi voz”.

—Hola, buenos días, ¿hablo con José Antonio Hernández? —me preguntó.

—Sí, yo soy. ¿En qué puedo ayudarle? —le respondí.

—Verá, es que acabo de escuchar su programa sobre Adolfo Suárez y me ha emocionado. He llamado a Radio 5, Todo Noticias y me han comentado que este programa ha sido realizado desde el Centro Territorial de Castilla-La Mancha, del que usted es su director. Ellos son los que me han facilitado su número de teléfono.

—¡Ah!, pues muchas gracias, caballero. Entiendo que es usted un admirador de don Adolfo Suárez —le interrogué.

—Sí, por supuesto, pero también fui compañero suyo, en la época del régimen anterior —me respondió.

—Pero ¿cómo es posible? —le pregunté algo perplejo, pensando que este buen hombre me estaba tomando el pelo. Adolfo Suárez falleció hace seis meses, con 81 años, y usted rondará los sesenta —rematé.

—Gracias, pero no es lo que parece. Yo tengo en estos momentos ya 80 años, aunque no se reflejen en mi voz —me aclaró.

—Pues en ese caso le doy mi enhorabuena por haber sido capaz de llegar a esta cota de edad con tanta plenitud física y mental.

—Bueno, no crea, uno tiene lo suyo. Eso sí, sigo con el espíritu dinámico de siempre a pesar de que pertenezco a una generación que pasó hambre en la posguerra y que vio cómo muchos de nuestros familiares y amigos emigraban con destino a América y Europa.

—Pero, perdone —le interrumpí —¿es usted sudamericano?

—No, que va. Soy canario. Nací en el 34, en el barrio de Salamanca Chica, en Santa Cruz de Tenerife. Me llamo Andrés Agustín Miranda Hernández, pero todo el mundo me conoce como “Chicho Miranda”. He tenido una vida pública muy intensa. En 1971 fui nombrado presidente del Cabildo de Tenerife. Ahora estoy pasando unos días en Ciudad Real, donde tengo familiares.

—Pues qué bien. Le quedo muy agradecido por su llamada. Muchas gracias, Sr. Miranda, por su positiva valoración del programa —le comenté tratando de finalizar esta comunicación. Creo que a ambos nos une el afecto por Adolfo Suárez, a pesar de no pertenecer a la misma generación.

—Si le parece, me gustaría conocerlo personalmente —insistió. Tengo la intención de pasar unos días más en Ciudad Real. Iré muy pronto a Toledo, para resolver ciertos asuntos. Así que cuando me disponga a ir, le llamaré para concretar una cita.

—Por mí, perfecto. Creo que será un placer mutuo poder conversar con tranquilidad sobre Adolfo Suárez, que tan buen legado político y humano ha dejado para todos nosotros.

Poco tiempo después de esta entrañable conversación telefónica, mi deformación profesional me llevó a investigar sobre la trayectoria vital de este hombre que aseguraba haber sido compañero y amigo de Adolfo Suárez. Pude saber que había nacido el 14 de noviembre de 1934 en Santa Cruz de Tenerife; que era Licenciado en Farmacia por la Universidad de Granada; que había ocupado los principales puestos de responsabilidad política en la administración local, insular y nacional entre la primera mitad de los años 60 y los años 80; y que, años más tarde, con el proceso de transición a la democracia, fue elegido diputado autonómico canario.

El compromiso que ambos asumimos para vernos no se quedó en agua de borrajas o, más propiamente, en agua de cerrajas. Y es que don Andrés Miranda o, mejor aún, Chicho Miranda, es de una generación —la misma a la que perteneció Adolfo Suárez— en que la palabra dada es como si fuera ley y ello, como cantaba Vicente Fernández, con dinero o sin dinero.

De sus padres, don Agustín y doña Concepción, mamó los valores de la laboriosidad e integridad. Todavía recuerda perfectamente que su padre se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para dar las directrices correspondientes a los obreros de una finca dedicada al cultivo y comercialización de frutas y verduras, mientras que, durante el resto del día, lo empleaba en su agencia de automóviles, un negocio que conocía muy bien de su época de emigrante en Uruguay. En el dato de profesión del carnet de identidad de su madre figuraba el genérico de aquella época: sus labores. Al parecer, doña Concepción se había dedicado fundamentalmente a las labores

de la casa y atención a la familia, pero también a dirigir la producción y venta —¡ahí es nada! — del negocio de las frutas y verduras de la finca, un importante complemento económico para la economía familiar.

Así que, siguiendo el orteguiano principio filosófico del “yo soy yo y mis circunstancias”, Chicho Miranda, que heredó de sus padres el amor por el trabajo y el cumplimiento del deber hasta el mínimo detalle, no podía pasar por alto nuestro compromiso de quedar para vernos y charlar sobre un hombre singular, dedicado casi íntegramente durante toda su vida al servicio público.

Pueden ustedes adivinar fácilmente, a partir de la breve referencia biográfica que acabo de exponer de Don Andrés Miranda (Chicho Miranda), que la cita a la que nos comprometimos se llevó finalmente a cabo. Se celebró muy pronto, en cuanto que él se vio en la obligación de tener que viajar hasta Toledo para realizar determinadas gestiones.

De ese encuentro, y de nuestras numerosas conversaciones telefónicas mantenidas desde entonces por diferentes razones, creo haber podido extraer un perfil político y humano bastante exacto del primer presidente de la democracia española tras la dictadura.

Chicho Miranda conoció a Adolfo Suárez en las Cortes Españolas en 1967, ambos como procuradores en Cortes: un órgano superior de participación del pueblo español en las tareas del Estado, que pretendía dar continuidad a la tradición parlamentaria española, cuya función principal era la elaboración y aprobación de las leyes.

Chicho Miranda lo sería en su condición de procurador elegible en representación del Tercio Familiar, junto con Rafael Arteaga

Padrón, por la provincia de Santa Cruz de Tenerife; Adolfo Suárez en su condición de procurador designado por Ávila, hasta ser nombrado Gobernador Civil de Segovia al año siguiente. El primero se centró en aspectos de gestión relacionados con lograr para las Islas Canarias la consecución de un gran número de acciones y proyectos; el segundo en cuestiones de índole política, relacionado con el Movimiento Nacional.

Al preguntar a Chicho Miranda qué era lo que más le impactó del Adolfo Suárez de aquella época, me respondió sin dudarle:

—Tenía un carácter humano muy interesante. Me llamó mucho la atención entonces su capacidad para el diálogo y la escucha activa. En algún encuentro que mantuvimos me mostró un gran interés por Canarias. Me dijo que deseaba viajar a nuestras islas para mantener un contacto directo con los canarios, con el fin principal de conocer su día a día. Nos veíamos con frecuencia —me recuerda con nostalgia— en la cafetería de las Cortes, gestionada entonces por Chicote donde, como todos nosotros, se tomaba un cortadito.

—Bien, ¿y cómo se comportaba en ese entorno? ¿Era hablador? ¿Contaba chismes? —pregunté con cierta curiosidad.

—Escuchaba mucho, diría yo —me respondió sin dudarle. Esto es lo que yo destacaría de mi observación desde la barrera de toriles.

—¿Pensabas en algún momento que Adolfo Suárez podría llegar a ser algún día el presidente del Gobierno de España?

—No, en absoluto. Yo nunca pensé que un compañero nuestro que, como yo, había llegado a ser procurador en Cortes, pudiera acceder a tan alta magistratura del Estado. Vamos, que por mi cabeza nunca pasó que un muchacho de mi época pudiera llegar

—como llegó finalmente— tan lejos. Nosotros siempre pensábamos que la presidencia del Gobierno estaba reservada para políticos de la talla de Alejandro Rodríguez de Valcárcel, Torcuato Fernández Miranda, Fernando Herrero Tejedor, Carlos Arias Navarro o Carrero Blanco.

—Ya sabes, Chicho, mejor que yo, por tu larga experiencia personal, política y profesional que, en la vida, aun teniéndolo todo en contra, el poder de la voluntad de un hombre es capaz siempre de conseguir lo que se proponga —razoné.

En este sentido, siempre me gusta citar al gran poeta y escritor mexicano, Amado Nervo que, con su pluma sublime, escribió: *«No te resignes antes de perder definitiva, irrevocablemente la batalla que libras. Lucha erguido, y sin contar las enemigas huestes. Mientras veas resquicios de esperanza no te rindas. La suerte gusta de acumular los imposibles para vencerlos en conjunto con el fatal y misterioso golpe de su maza de Hércules»*.

Y así fue. La carrera política de Adolfo Suárez, desde aquella escena como procurador en Cortes fue fulgurante. En 1968 fue nombrado Gobernador Civil de Segovia y a petición del príncipe Don Juan Carlos, el 6 de noviembre de 1969 director general de Televisión Española, permaneciendo en este cargo hasta 1973. Se considera que fue el precursor de una política administrativa bendecida por sus sucesores que abrió el camino de la creación del ente público que hoy conocemos. Luego, sin dejar su vinculación con el Movimiento Nacional es nombrado ministro secretario general del Movimiento el 11 de septiembre de 1975, tras el trágico fallecimiento de su mentor, Fernando Herrero Tejedor. Su camino ascendente continuó, llevándolo a situarse en la famosa terna de candidatos, junto con Federico Silva y Gregorio López Bravo, a la Presidencia del Gobierno de España.

Al parecer, tras siete horas de deliberación y varias votaciones se produjo la “fumata blanca”, que el presidente de la Cortes de aquel momento, Torcuato Fernández Miranda, comunicó públicamente con su ya histórica frase: *«Estoy en condiciones de ofrecer al Rey lo que me ha pedido»*. De este modo, Adolfo Suárez fue nombrado presidente del Gobierno el 3 de julio de 1976, para encargarse de pilotar la transición política hacia un régimen democrático.

Andrés Miranda Hernández —Chicho Miranda—, otro muchacho de la misma generación e inquietudes que las de Adolfo Suárez tuvo también una carrera política notable que superó el marco insular, convirtiéndose en uno de los de mayor relevancia pública en Canarias en los últimos cincuenta años. Un hombre y un político que, como su compañero de fatigas Adolfo Suárez, ha concebido siempre la política como un servicio a los demás; un principio este —el del servicio a los demás— que en el caso de Chicho fue inoculado directamente en sus células durante sus años de formación en el colegio de los Escolapios Quisisana de Santa Cruz de Tenerife; y en el Adolfo por su mentor Fernando Herrero, al lado del cual aprendió que las creencias y las convicciones hay que traducirlas en actos; que el hombre vale por lo que hace; que la vida y el quehacer público alcanzan su sentido más pleno cuando se desarrollan en servicio a los demás; y que uno de los valores más importantes que un hombre puede cultivar a lo largo de su vida es el de la conciencia recta y la coherencia personal.

Afortunadamente, la trayectoria humana y política de Andrés Miranda, siempre presidida por este espíritu de servicio a los demás, no ha pasado desapercibida para todos aquellos a los que sirvió. Y, aunque no se considera amante de homenajes y reconocimientos, rehuyéndolos incluso cada vez que le ha sido

posible, se siente orgulloso de que una calle del municipio tinerfeño de El Tanque lleve su nombre, un justo reconocimiento en consideración por su esfuerzo y dedicación del bienestar de los canarios. No ha sido el único reconocimiento, pues muchos otros le han llegado, desde diferentes instancias.

—Pero, José Antonio, la vida sigue —me afirma con un enorme entusiasmo, muy característico en él. Sí, querido amigo, la vida continúa siempre. Es verdad que a nadie le amarga un dulce, pero uno no puede quedarse apoltronado, pegado al asiento, recordando sus viejas hazañas del pasado, así como tocando la lira, cual emperador romano. Es que yo pertenezco a una generación de políticos —me aclara— que no llegaron a la política para quedarse. En nuestra época, concebíamos la política como un servicio, por lo que accedíamos a ella repletos de ideales y respaldados generalmente por una vida profesional más o menos asentada.

Chicho Miranda, tras su jubilación —de la vida política y profesional, se entiende, ya que este hombre, pertenece a una generación concienciada para partir de este mundo con las botas puestas —se ha interesado con pasión por el mundo del automóvil: una afición heredada directamente de su padre, un exitoso vendedor de automóviles. Y hoy, próximo a la cota noventa de su vida, continúa participando con el mismo entusiasmo que ayer en diversas áreas públicas de influencia, tratando de compartir su experiencia con las nuevas generaciones.

—Por cierto, Chicho. Si te preguntaran los jóvenes actuales quién fue Adolfo Suárez ¿Qué les dirías?

—Pues, sencillamente, que fue un hombre que, en un contexto muy difícil y hostil, fue capaz de llevar a España hacia un Estado

Social y Democrático de Derecho —me responde con un tono muy pausado y reflexivo.

Luego, tras unos segundos de profundo silencio, y con la intención de completar su reflexión, exclamó:

—... ¡Y que amó profundamente España y a todos los españoles en todo momento!

—Bien. Y, ahora, imaginemos que Adolfo Suárez se encuentra en un foro de debate con jóvenes, y que alguno de ellos le solicitara un consejo para la vida. ¿Qué crees que le respondería?

—Yo creo que le respondería con una cita suya muy inspirativa. Dice así:

«La vida te ofrece siempre dos caminos: el fácil y el difícil; elige siempre el difícil porque, de este modo, tendrás la seguridad de que no ha sido la facilidad la que ha elegido por ti»

También, creo que le diría que esté siempre dispuesto a escuchar a los demás sin ningún tipo de apriorismos, que sea decidido y valiente, y que apunte siempre alto, con nobles ideales y la firme voluntad de querer alcanzarlos.

HABLA, PUEBLO, HABLA

Juan Manuel del Valle Pascual

Querido nieto: Abre tus ojos y tus oídos, pues deseo contarte una bonita historia. Déjate llevar por ella, permitiendo que te abrace amigablemente. Así que, siéntate, por favor, y escúchame con atención.

Hace muchos años, cuando tú aún no habías nacido, en este país llamado España, situado —como te habrán enseñado en el colegio— al sur de Europa Occidental y al norte de África, se produjo un acontecimiento político que asombró al mundo: el cambio de un régimen no democrático a otro democrático, de un modo tranquilo y sin violencia. ¿Y cómo se consiguió?, me preguntarás. Pues, aunque te resulte increíble, mediante un amplio consenso entre la mayoría de los partidos políticos y los ciudadanos de aquella época. Verás, te daré algunos detalles que te sorprenderán.

Comienzo con una curiosidad: ¿Te has preguntado alguna vez por qué, a veces, utilizamos la expresión “La España del blanco y negro”? Pues, sencillamente, la empleamos para referirnos a una España en la que, desde nuestra perspectiva actual, es percibida del mismo modo en que fue retratada por la fotografía hasta la década de los años 70, es decir, generalmente en blanco y negro. Al mismo tiempo, esta expresión es un eufemismo, es decir, un modo suave o decoroso de manifestar ideas, que sustituye a otra que, dicha de forma recta y franca, podría resultar dura o malsonante. A sí que, “La España del blanco y

negro”, alude a un momento histórico de casi 40 años, en el que España estaba gobernada por un régimen dictatorial, sin pluralismo político y ciertos derechos básicos de los que hoy gozamos. Este momento histórico que, también conocemos como “Franquismo”, en referencia al nombre del dictador, el General Francisco Franco, tuvo lugar exactamente desde el 1 de abril de 1939, fecha en que anunció la finalización de la Guerra Civil, hasta el 20 de noviembre de 1975, fecha de su fallecimiento.

Curioso, ¿verdad? Como ya te comenté en otra ocasión, los colores tienen significados simbólicos y suponen por sí mismos un lenguaje. ¿Recuerdas el significado de las luces de los semáforos? La luz roja de un semáforo significa que los vehículos no deben rebasarlo; la amarilla, precaución; y la verde, vía libre. De igual modo, por los colores sabemos qué partidos políticos se esconden tras el azul, el rojo, el verde, el morado, el naranja o el amarillo. También, por los colores, identificamos a organismos internacionales como la Cruz Roja o los Cascos Azules. Pues, siguiendo con este mismo lenguaje de los colores, “La España del blanco y negro” dio paso a otra en color, tras el fallecimiento de Franco. Decimos que nuestra España actual es colorista porque es diversa desde innumerables puntos de vista, como el arcoíris, ese puente entre el Cielo y la Tierra, tan insólito y de tanta belleza. También como nuestra casa, donde cada estancia está pintada con un color: el beis para el salón; el blanco para la cocina; el amarillo para el despacho; el violeta para los dormitorios; el gris para los baños...

¿Y fue fácil pintar la casa común de todos los españoles? —me preguntarás. Pues, realmente, no. Es que, como podrás imaginarte, cada cual deseaba pintar esta casa del color de su preferencia. Así que, hubo que echar mano de mucha

creatividad, actitud mental positiva, paciencia, empatía y altura de miras.

¿Recuerdas lo de al mal tiempo, buena cara pon?, y que ¿el que canta sus males espanta? Pues bien, este dicho popular, asociado a la actitud positiva que todos debemos adoptar siempre para superar cualquier problema o vencer una adversidad, fue uno de los recursos que utilizaron las personas de aquel momento, designadas para realizar el tránsito político desde un régimen a otro. Y, además, como estamos en España, un país soleado y de celebraciones, nada mejor que hacerlo con vino pues, como afirma un acertado consejo del refranero popular: “Al vino y al niño hay que criarlos con cariño”.

Habla, pueblo, habla, fue una de las canciones de referencia de la Transición, interpretada por el grupo musical *Vino Tinto*: Uno de tantos recursos para alcanzar la concordia entre todos nosotros. Esta canción —preciosa y pegadiza— consiguió dar a conocer a todos los españoles la importancia de votar. Animaba a participar en un referéndum para ratificar la Ley para la Reforma Política: una llave de oro para abrir la puerta de la nueva casa diseñada para todos los españoles, donde cada estancia podría tener un color de preferencia y a nadie se le preguntaría sobre su ideología, religión o creencias.

La canción, no cabe duda, consiguió que todo el pueblo español empezara a sentir que él era el auténtico protagonista de su destino, en línea con la afirmación del presidente del gobierno, Adolfo Suárez, de que «*El futuro no está escrito, pues solo el pueblo puede escribirlo*».

¿Te animas a cantar el estribillo de esta canción conmigo? ¿Sí?, pues vamos...

Habla, pueblo, habla. Tuyo es el mañana. Habla y no permitas que roben tu palabra. Habla, pueblo, habla. Habla sin temor. No dejes que nadie apague tu voz. Habla, pueblo habla, este es el momento. No escuches a quien diga que guardes silencio. Habla, pueblo, habla. Habla, pueblo, sí. No dejes que nadie decida por ti.

¿Y qué ocurrió?, te preguntarás Pues que fue un completo éxito. Tras la aprobación por las Cortes franquistas del Proyecto de Ley para la Reforma Política, en noviembre del 76, se convocó a todo el pueblo español a un referéndum un miércoles 15 de diciembre de ese mismo año. Se nos preguntaba a todos los españoles sobre la aprobación o no de esta Ley que permitía cambiarlo todo.

La pregunta planteada fue: «¿Aprueba el Proyecto de Ley para la Reforma Política?» El resultado final fue la aprobación del proyecto, al recibir el apoyo del 94,17 % de los votantes. Luego, las elecciones generales, cuarenta y un años después de las últimas anteriores, se celebraron alegres y esperanzadas otro miércoles de junio del año 1977 para elegir a los miembros que iban a constituir las Cortes, compuestas por el Congreso de los Diputados y el Senado. Fue un acontecimiento histórico. Y es que eran las primeras elecciones libres que se celebraban en España desde los tiempos de la Segunda República.

Un año después de estas elecciones —prosiguiendo con el relato— las Cortes Españolas redactaron una Constitución con un amplio consenso, sometida a la aprobación del pueblo español un miércoles 6 de diciembre de 1978. Fue un día lluvioso en buena parte del país, pero la Constitución fue aprobada por el 88,54% de los votantes, con una abstención del 32,89%, algo superior a lo esperado para una nueva España en tiempos difíciles, no te creas. Como podrás imaginarte, las

anécdotas no faltaron. Al líder socialista, Felipe González, se le olvidó el cumpleaños de su hijo David y al ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, el carné de identidad. Santiago Carrillo, el líder del partido comunista, acudió a votar con 39 de fiebre, por una tremenda bronquitis. Pero no podía faltar nadie.

¿Final feliz de esta la historia?, pensarás Pues, eso es lo que a la mayoría nos hubiera gustado que hubiera pasado; sin embargo, hubo muchos momentos difíciles, y hasta un incidente dramático pudo acabar con todas nuestras esperanzas. Resulta que, tres años después, el 23 de febrero del año 1981, un golpe militar intentó acabar con la democracia. Se trata de una fecha marcada a fuego en el inconsciente colectivo de los españoles. A este golpe se le conoce con el nombre de “El 23 de febrero”.

El dramático incidente ocurrió durante una sesión en el Congreso de los Diputados. Verás. En Madrid, a las 18:23 horas, un numeroso grupo de guardias civiles a cuyo mando se encontraba el teniente coronel, Antonio Tejero, asaltó el Palacio de las Cortes durante la votación para la investidura del candidato a la Presidencia del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, que sustituía a Adolfo Suárez. Los diputados y el Gobierno de España al completo fueron secuestrados en su interior. Aquel fatídico incidente convulsionó a todo el país. Hoy, muchos seguimos recordando vivamente la imagen de un guardia civil con un inolvidable bigote, pistola en mano, gritando: *¡Quieto todo el mundo! ¡Al suelo todo el mundo!*, una inquietante conminación que derivó en una batería de disparos y otros actos violentos.

También hoy, en el imaginario colectivo, sigue muy viva la estampa del presidente del gobierno, Adolfo Suárez, valiente y sereno, de su vicepresidente, el General Gutiérrez Mellado, que resistió que le intentaran derribar, y de Santiago Carrillo, el líder

del PCE, firme en su escaño; los tres, con la dignidad de no arrodillarse ante los golpistas. Afortunadamente la negativa del rey Juan Carlos I a apoyar el golpe permitió abortarlo a lo largo de la noche. El propio monarca se aseguró, mediante gestiones personales y de sus colaboradores, la fidelidad de los mandos militares.

Al día siguiente se produjo una gran manifestación. Una reacción reivindicativa de la mayoría de los españoles y los grupos políticos en favor de la democracia. Un punto de inflexión. Un hecho histórico que allanó el camino para que España se abriera al mundo.

Si me pidieras que te resumiera a la mínima expresión lo que para mí significa la Transición, lo haría con estas tres palabras: Acuerdos, Democracia y Libertad. Tres palabras que invadieron todos los aspectos de nuestras vidas. Las vimos muy presentes, por ejemplo, en la cultura.

Yo aún recuerdo el singular movimiento de *la movida madrileña* que se estrenaría poco después, como un aire fresco y nuevo, como si lo de antes no hubiera existido. Pero, bueno, creo que este asunto lo podemos abordar otro día. Ahora debo dejarte, pues he quedado con Juan Manuel del Valle Pascual, uno de los cantantes que puso voz a la histórica canción de la que hemos hablado, *Habla, pueblo, habla*, junto con el resto de sus compañeros del grupo *Vino Tinto*.

Hasta que volvamos a vernos puedes ir repasando los 7 puntos más significativos del proceso de la Transición.

- Primero: Muerte del General Franco en el año 1975 y toma de posesión de Juan Carlos I, como Rey de España;

- Segundo: Nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno el 3 de julio de 1976;
- Tercero: Ley de Reforma política; legalización de partidos políticos y convocatoria de elecciones democráticas, en 1977;
- Cuarto: Elaboración por las Cortes de una Constitución;
- Quinto: Aprobación en referéndum de esa Constitución, el 6 de diciembre de 1978;
- Sexto: Fracaso del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981;
- Séptimo y último: Consolidación de nuestra democracia.

Juan Manuel del Valle ha publicado recientemente un libro muy sugerente: *Acaso haya esquinas sin embustes (las universidades del 68 y de siempre)*. Se trata de una ficción histórica. Relata cómo los turbulentos años 1968/70 llevan a Daniel Samper de Valencia a Madrid para encontrar, entre mentiras y verdades, la universidad que cambiaría los tiempos, su propia vida y la de toda una generación. La novela se mueve entre el amor, el humor, la historia, la política, la música, la sociedad de su tiempo y un enigma histórico aún sin resolver con aires de “thriller”.

Juan Manuel me ha sugerido que nos veamos en la Residencia de Estudiantes de Madrid. A mí me ha parecido una excelente propuesta. Siempre he considerado que los entornos físicos predisponen decisivamente a nuestra mente y nuestro espíritu hacia una determinada dirección. Seguramente, de este principio estaba al corriente el legendario Rey Arturo, creador de la famosa *Tabla Redonda*, una mesa mítica de Camelot, alrededor

de la cual el rey y sus caballeros se sentaban para discutir asuntos cruciales para la seguridad de este reino imaginario y donde, según algunas versiones, el mago Merlín también tenía un asiento. También, probablemente, lo conocía el agustino Fray Luis de León, convencido de que, para alcanzar la paz de espíritu hay que huir del mundanal ruido:

«¡Qué descansada vida —escribió— la del que huye del mundanal ruido y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!»

Así pues, siguiendo este principio del entorno, la Residencia de Estudiantes de Madrid me ha parecido un lugar ideal para la reflexión y la introspección. Podemos considerarlo como un Templo del Saber. Fue fundada en 1910 por la Junta para Ampliación de Estudios: una plasmación de las ideas renovadoras que había iniciado en España el krausista Francisco Giner de los Ríos, con la fundación en 1876 de la Institución Libre de Enseñanza. Inicialmente se concibió como un complemento educativo de la universidad, con el fin de que se formaran los hijos de las clases dirigentes liberales. Desde 1910 a 1939 fue uno de los principales núcleos de modernización científica y educativa de España. En nuestros días, el conjunto de pabellones que lo conforman fue declarado, en el año 2014, Patrimonio Europeo.

Metidos ya en harina, le hago la primera pregunta obligada.

—Juan Manuel: *¿Qué te motivó a escribir Acaso haya esquinas sin embustes?*

Sus casi tres décadas como Director de la Asesoría Jurídica de la Universidad Politécnica de Madrid le ponen automáticamente en modo jurista y me contesta —con el fin de contextualizar— que la universidad es el campo de siembra y laboratorio de la

sociedad, donde surgen y se prueban las ideas con las que se construyen las personas; la cuna de la inteligencia creativa, la sangre del saber y el contraste de ideas; luego, me comenta con pasión que ha tratado de describir con esta obra unos tiempos difíciles, con una juventud emergente, reventona de ideales, junto con una sociedad decadente, dentro de un mundo inmerso en profundos cambios.

—Muy interesante —le comento, interrumpiendo su disertación.

Inmediatamente retoma su hilo argumental y me dice:

—La democracia que tenemos ha salido en buena parte de las aulas, de los colegios mayores; de una juventud vitalista insatisfecha con el mundo que va a heredar y que considera que es conveniente cocinar otro distinto. En fin, en la universidad se ha fraguado la democracia mediante un fructífero debate dialéctico.

—Bien, pero... ¿cómo se puede contar esta realidad de modo que sea atrayente para el lector de hoy?

—Conviene contarlos de una manera divertida —me comenta—, con personajes interesantes donde se mezcla la realidad con la ficción, lo serio con lo entretenido. Evidentemente, una obra de este tipo contiene también una profunda reflexión sobre ciertos valores que una sociedad robusta debe tener siempre presentes.

—¿Cuáles? —le pregunto intrigado.

—Mi conocimiento de la realidad universitaria me ha llevado a afirmar que la universidad es refugio de muchas virtudes; también, siendo rigurosos, de defectos, si bien, muchos pensamos que pesan más los primeros que los segundos. Por ejemplo, la versión española del movimiento universitario del

mayo del 68 fue un horno donde se comenzó a cocinar el interesante proceso de la Transición.

—Sí, yo lo creo así también. De hecho, históricamente, y de un modo especial en nuestro mundo contemporáneo —comencé a argumentar—, la Universidad ha sido un foro para la reflexión y la actividad política; una especie de cantera de donde han surgido los intelectuales y los dirigentes que colaboraron en la modernización de los países. De ahí que las universidades y las dictaduras hayan mantenido una tensa relación a lo largo del siglo XX.

—En efecto. No cabe ninguna duda de que el Movimiento Estudiantil Universitario durante las décadas de 1960 y 1970 —me reafirmó mi interlocutor— fue un instrumento crucial de creación de espacios de libertad en la España de la dictadura franquista.

—¡Qué tema más interesante! —exclamé. Desde mi época como estudiante de Derecho en la Universidad Complutense me he interesado por la apasionante cuestión de los movimientos estudiantiles. Según tengo entendido, fueron los partidos ilegales y clandestinos —especialmente, el Partido Comunista de España— los que comenzaron a organizar a los intelectuales y a los estudiantes universitarios en la universidad madrileña. También, que los graves enfrentamientos entre estudiantes de aquella época se saldaron con la muerte de un joven falangista y la detención de buena parte de los organizadores de la protesta. Las consecuencias políticas no se hacen esperar: Franco cesa al Rector de la Universidad de Madrid, Pedro Laín Entralgo, y al ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez, al considerarlos excesivamente liberales.

—Indudablemente, José Antonio, este primer choque con la estructura oficial de la universidad, pese a su carácter incipiente,

98

daría un fuerte impulso al Movimiento Estudiantil en los años siguientes.

—Cierto, Juan Manuel. En este sentido la labor del Sindicato Español Universitario (SEU), creado durante la Segunda República por José Antonio Primo de Rivera, fue crucial. Desde 1943 tenía la condición de órgano universitario y era obligatoria la afiliación al mismo para quienes quisieran acceder a la formación superior y obtener becas. Después, como bien sabes, a partir de los años 60, comienza la penetración de estudiantes con inquietudes democráticas en las filas del SEU, impulsándolo con actividades culturales, creación de boletines y revistas que, en cierto modo, escapaban a la censura; también publicando encuestas e informes críticos sobre la marcha de las clases en las aulas universitarias, siendo elevados a las autoridades académicas. Pero es que, además, se inician contactos con obreros y campesinos a través del *Servicio Universitario del Trabajo* —sector especializado del SEU—, que, al parecer, constituyeron formas diversas de concienciación, de construcción y de práctica de ciudadanía democrática.

—Efectivamente. En aquellos años se produce una clara dialéctica entre las viejas estructuras del Régimen, inmersas en el SEU y el incipiente movimiento estudiantil, nacido al abrigo del despegue económico del país; un movimiento que comenzaban a interrelacionarse con el movimiento obrero, influido a su vez por los partidos políticos de la oposición; y que van creando la idea y la convicción de que la situación de la universidad y del país podía y debía cambiar.

—Por cierto, que uno de los más significativos dirigentes de este sindicato universitario fue Jesús Aparicio-Bernal. Auspiciado por Manuel Fraga, entonces ministro de Información y Turismo,

este jurista llegó a ser director general de RTVE, desde el año 1964 a 1969. Durante esta etapa incorporó para su equipo de trabajo en RTVE a antiguos colaboradores del SEU, de la talla de Adolfo Suárez, Rodolfo Martín Villa, Juan José Rosón, Jesús Sancho Rof, Eduardo Navarro y otros. Personajes que, como muy bien sabes, fueron determinantes durante la Transición política española; una información que nos confirma el papel fundamental de la universidad española en los cambios sociales y políticos que tuvieron lugar en España desde los años 60.

Y ahora que hemos pronunciado la palabra clave “Transición” te pregunto: ¿Qué es y qué significa para ti la *Transición política española*, Juan Manuel?

—La Transición ha sido para mí uno de los momentos más fructíferos de la historia de España; un tiempo en el que prevaleció la necesidad de entenderse sobre la de disentir; de escuchar y comprender al adversario; en que las discordias no llegaron a mayores por el valor humano de los personajes que la hicieron posible; por comprender las ideas de los demás, por saber que los maximalismos son un error; y que, juntos, se construye mejor que en solitario.

—¿Qué papel representó vuestro grupo *Vino Tinto* dentro de aquel contexto político tan convulso?

—*Vino Tinto* era un grupo murciano; por lo tanto, de provincias. Por aquella época nuestro grupo no estaba políticamente posicionado de un modo especial. Vinimos a Madrid con la tarjeta de presentación de una buena representación anterior dentro *La Gran Ocasión*, un programa de Televisión Española que, curiosamente, dirigía por entonces Adolfo Suárez.

—*¡La Gran Ocasión!* —exclamé. Lo recuerdo perfectamente. Lo presentaba Miguel de los Santos. Se trataba de un concurso

de descubrimiento de jóvenes talentos para el mundo de la canción. El espacio alternaba las actuaciones de los aspirantes a estrella con la presencia de cantantes consagrados, como Nino Bravo, Massiel, Víctor Manuel, Rocío Jurado, Mari Trini, Chavela Vargas, Juan Pardo, Carmen Sevilla o Mocedades. En la parte humorista aparecían figuras de la talla de Tony Leblanc. Para mí, este programa musical, es uno de los antecedentes — junto con *Salto a la fama* y *Gente joven* —de *Operación Triunfo*.

—Fue un gran programa, no cabe la menor duda. De él salieron grandes artistas como Isabel Pantoja, una de las grandes de la copla; Sergio de Salas, excelente barítono de gran proyección internacional; o Ricardo Jiménez vencedor de la primera edición de este programa en 1972, un cantante de Pontevedra afincado en Madrid que, posteriormente, se dedicaría a la zarzuela y a la ópera.

Y, bueno, modestia aparte, también nosotros: *Vino Tinto*.

—... Así como emblemáticas presentadoras de la popularidad de Marisa Abad —comenté tratando de arrimar la ascua a mi sardina.

Luego, hice la pregunta obligada:

—¿Qué crees que pudo simbolizar *Vino Tinto* para la España de aquel histórico momento?

—Yo creo que *Vino Tinto* pudo simbolizar el futuro de una nueva sociedad, abierta, que precisaba de gente de todas partes. De ahí que nuestra canción más popular, *Habla, pueblo, habla* se acogiera favorablemente, como algo de todos, neutral y esperanzadora. El gran escritor Manuel Vázquez Montalbán llegó a afirmar que nuestra canción sirvió para ganar un referéndum.

—¡Ahí es nada!! Y es que no estamos hablando de cualquier referéndum, sino del que propició que quedara expedito el camino hacia la democracia plena en España. Y, por cierto: ¿Cuál fue tu papel dentro de este grupo?

—Yo procedía de otro grupo, *Aguaviva*. Interpretábamos poemas de poetas españoles como Blas de Otero, Federico García Lorca, Rafael Alberti o León Felipe. Como puedes suponer, algunas de nuestras canciones fueron censuradas y prohibidas por el Régimen franquista. Me incorporé a *Vino Tinto* cuando se trasladó a Madrid, con el marchamo de haber participado en el programa televisivo *La Gran Ocasión*, como voz, guitarra y compositor; eso sí, dejando la puerta abierta a cantar canciones de otros como *Habla, pueblo, habla*, nuestra canción más popular, la que sigue permaneciendo en el imaginario colectivo.

—¡Un bombazo musical! Que decimos, utilizando la jerga musical —fue mi particular valoración.

—Una canción que ha trascendido nuestras propias fronteras —apostilló él.

En Panamá, por ejemplo, se usó como un símbolo de libertad, y hoy sigue muy viva en las mentes de los panameños.

—Ya lo creo, Juan Manuel. El siguiente recorte de prensa de la época habla por sí solo de este gran éxito. Te leo:

«Vino Tinto, los cantantes que han grabado el reclamo músico-vocal del referéndum se han convertido, de la noche al día —en justa compensación —en las personas más mimadas de RTVE: en sólo tres días han aparecido en imagen no menos de seis veces (dos de ellas en directo), e infinitas “in voce”. Suponemos que se nos va a oír bastante, ha manifestado con admirable

candidez uno de ellos ante las cámaras, y que esto nos va a hacer resurgir bastante».

—Sin duda que fue un gran éxito esta canción, catapultando a *Vino Tinto* a la fama. Pero, como bien sabes, José Antonio, no todo es oro lo que reluce. Nosotros tratamos desde el primer momento de desentendernos de su contenido y utilización. De ahí que, Guillermo, uno de nuestros compañeros del grupo, saliera al paso y comentara públicamente que el grupo no se consideraba involucrado ni comprometido en la campaña de este referéndum. Además, dejó muy claro que cada uno de los miembros del grupo éramos libres de votarlo o no.

—Sin embargo, tengo entendido que algunos no apreciaron vuestra sincera neutralidad...

—Cierto. De hecho, algunos nos dijeron de todo, menos bonito: vendidos, que estábamos condenados a cantar en el Frente de Juventudes y otras lindezas más gruesas que, por decoro, no reproduzco en estos momentos. Nosotros, entonces, nos defendimos respondiendo amablemente, que tendrá que ser el gran público el que nos juzgue por nuestro trabajo musical en su conjunto y no sólo por esta canción que, con la perspectiva del tiempo, sirvió a un noble propósito: animar a votar, algo absolutamente imprescindible en democracia.

—¿Y hacer caja?, le pregunté con cierta ironía a mi interlocutor. Una pregunta que no hubiera deseado hacer, porque pensaba que se extralimitaba del ámbito y el espíritu de esta conversación. Pero, ya saben, el espíritu es fuerte, pero la carne débil... y aún más la curiosidad.

—¡No! —me respondió rotundamente. El grupo *Vino Tinto* aceptó este trabajo como punto de partida de su próximo lanzamiento o, mejor dicho, relanzamiento discográfico. Puedo

asegurarte, José Antonio, que no percibimos esas cantidades de las que se hablaban en los tabloides de aquel momento.

—Te creo completamente, Juan Manuel. En este caso, el dicho de “hacer una cosa por amor al arte” encaja como anillo al dedo en esta cuestión de los emolumentos por vuestro trabajo musical. Pero, oye, cuéntame, cómo surgió la idea de esta canción tan emblemática.

—Pues, te voy a sorprender. Tiene mucho que ver con el género publicitario.

—Cuenta, cuenta, que esto me interesa mucho. Como sabes, el mundillo publicitario no me es ajeno. Además de mi experiencia como productor audiovisual y periodista en RTVE desempeñé el puesto de delegado Comercial, un trabajo que me permitió estar en contacto con grandes anunciantes y empresas de publicidad.

—Pues en este caso, allá voy. *Habla, pueblo, habla*, fue creada por la agencia de publicidad “Clarín”, un referente en el sector publicitario. Fue fundada en el año 1950 por Juan Manuel García de Vinuesa en sociedad con Torcuato Luca de Tena. Se cuenta como anécdota graciosa que ambos emprendedores encontraron y alquilaron con el dinero que llevaban encima, “oficina con secretaria”, en la calle Hortaleza 20, por la que en ese momento transitaban.

—¡Vaya!, un modo muy curioso de comenzar la exitosa andadura de la agencia Clarín —comenté.

—Ciertamente. Torcuato Luca de Tena, miembro de la conocida familia Luca de Tena, ocupó la dirección de la empresa familiar ABC entre 1962 y 1975. Por lo tanto, es una figura clave para entender los entresijos de la Transición. Durante estos trece años mantuvo una estrecha relación con políticos tecnócratas del

renombre de Gonzalo Fernández de la Mora —a quien, por cierto, incorporó como editorialista y jefe de colaboraciones de ABC —o Laureano López Rodó, promotor de la conveniencia de aplicar la Ley de Sucesión y la designación de Juan Carlos I en el entorno de Carrero Blanco. Intervino en política como Procurador en Cortes durante el Régimen franquista desde 1964, si bien, con una cierta actitud irónica, que reflejaba en sus crónicas como periodista.

Juan Manuel García era un hombre polifacético: ingeniero, jurista, militar, técnico de publicidad y creatividad, periodista y, por supuesto, empresario. Llegó a ser jefe del Gabinete de Información y Difusión de RENFE, impulsando las primeras campañas publicitarias de RENFE y consejero delegado del periódico *El Alcázar*, uno de los principales periódicos editados en Madrid durante la década de los años 60.

—Interesantes, muy interesantes los detalles que me acabas de aportar en torno a la agencia Clarín. Yo creo que daría para tesis doctoral la cuestión del papel que jugó la prensa y la comunicación publicitaria en el proceso político de la Transición. Confiemos en que, algún día, alguien se atreva a hincarle el diente a este tema, abordándolo en profundidad.

¿Dónde estábamos, por cierto? ¡Ah, sí! me comentabas que, inicialmente, *Habla, pueblo, habla* fue, en realidad, una creación publicitaria.

—Debemos atribuir a los publicitarios Manuel García Cuadrado, La Iglesia y Luis Figuerola-Ferretti, publicitarios de la agencia *Clarín*, la autoría de este tema.

Figuerola-Ferretti compuso —entre otras hazañas profesionales— el famoso e inolvidable tema publicitario navideño de *Las muñecas de Famosa se dirigen al portal...*; y

luego formaría dúo humorístico con el conocido humorista, presentador de radio y televisión, Javier Capitán. Por su parte, García Cuadrado, creador de la tercera parte del texto, ha defendido claramente que la idea de hacer esta canción fue de su agencia y no del patrocinador; también que se eligió este medio —la canción— por su factor de aprehensión, por creer que era un facilitador con la capacidad de hacer comprensible para todo el mundo el mensaje de promover la importancia de ir a votar el referéndum del 15 de diciembre de 1976.

—Entendido... ¿Y la música? ¿Quién puso la música al texto?
—pregunté con curiosidad.

—Esta tarea le fue encomendada a Álvaro Nieto, exmiembro de *Los Pasos* y de *La Compañía*, así como productor discográfico de grupos como *Desmadre-75*. Según declaró él mismo a la prensa, de lo que se trataba era de elaborar únicamente un single de 30 o 45 segundos; luego, como el tema gustó mucho, se pensó en hacer una canción, con la perspectiva de su comercialización. Y aquí entramos nosotros, *Vino Tinto*.

—Pues llegados a este punto... ¿qué te parece si tomamos un vino tinto? —le pregunté con cierta ironía para hacer más distendida la conversación, porque —añadí— como dice un proverbio popular “*Nada puede ser más frecuente que un vaso de vino ocasional*”.

—O también —fue su respuesta a mi envite— como escribió Pablo Neruda, en su famosa *Oda al vino*:

*«El vino mueve la primavera, crece como una planta la alegría,
caen muros, peñascos, se cierran los abismos, nace el canto»*

—Y para rematar la faena —comenté tratando de redondear la reflexión vinícola —como escribió Ortega y Gasset:

«El vino da brillantez a las campiñas, exalta los corazones, enciende las pupilas y enseña a los pies la danza».

Así que, sigamos por el sendero del vino, pero no de uno cualquiera, sino el que nos atañe en estos momentos: *Vino Tinto*.

—Pues *Vino Tinto* se presentó como grupo en un festival de músicas populares de la Universidad de Murcia en noviembre de 1970, poco después del emblemático mayo francés, con el interés por la música popular y con sabía del “altiplano” murciano. Tres de sus fundadores, Marita, Pascual y Pepe habían nacido en Yecla, Guillermo en Jumilla, Chema en Murcia, y Salvador en Alhama. Cuando tuvieron un repertorio consolidado, César Oliva, mítico director del Teatro Universitario de Murcia, les preparó una escenografía para el café teatro “La Habana”, de Murcia, donde cosecharon un éxito inesperado y sorprendente para ellos. Poco después, en mayo del mismo año, estuvieron presentes en el Festival Universitario de Toledo. A partir de ahí se sucedieron las actuaciones por toda la geografía española, en residencias universitarias, colegios mayores, salas de conciertos, clubs populares y festejos varios. Y, en 1972 vino el contrato con la casa de discos EMI–Odeón, tras la intervención en el concurso televisivo *La Gran Ocasión*, que catapultó al grupo a la fama.

—Tu incorporación fue, según me has comentado, cuando pasaron por “los madriles”.

—En efecto, la primera generación del grupo, muy centrada en el “folk”, en la que la mayoría de los primitivos componentes optaron por seguir diferentes caminos profesionales, dio lugar a una segunda, siempre con Pepe Ruiz (hasta que nos dejó en 2010) y Guillermo Duarte como genuinas almas del proyecto.

Durante esta segunda etapa se incorporan Pilar Carrasco, Flora Pino, un servidor y otros músicos que grabaron un segundo LP y han ido manteniendo el nombre del grupo y su presencia en escenarios especializados, prácticamente hasta la actualidad. Con el movimiento de *Pioneros del Folk* se abrió de nuevo el proyecto de revitalización de la presencia de “Vino Tinto” en el panorama musical español; pero ésta ya es otra historia... que está por escribir.

—¿Alguna anécdota o curiosidad? ¡Dígala, o calle para siempre, reverenciado profesor y admirado artista! —pregunté y exclamé al mismo tiempo.

—La digo, porque la hay y es digna de mención. Como puedes imaginarte, anécdotas e incidentes siempre hay muchos en la vida de un grupo de personas que recorren un tiempo turbulento. Quizás, una de las más reseñables surgió a propósito del tema *América, América*, que fue grabado por *Vino Tinto* antes de que las compañías discográficas decidieran que lo incorporara a su repertorio Nino Bravo, tras sus éxitos con *Libre, o Un beso y una flor*. Creo que vale la pena escuchar las dos versiones, como curiosidad histórica.

—Ya creo que merece la pena —comenté. La canción *América*, interpretada por Nino Bravo es todo un hito musical, no solo para España sino para el mundo. La hemos escuchado tantas veces que la tenemos grabada profundamente en todas nuestras mentes y en todos nuestros corazones. Es pronunciar *América* y cantar automáticamente su inolvidable estribillo:

«*América, es América. Todo un inmenso jardín, eso es América. Cuando Dios hizo el edén, pensó en América*».

Así que, será para mí un inmenso placer escuchar vuestra versión, la de *Vino Tinto*.

—¡Un placer y un descubrimiento! —sentenció. Verás. Cuando *Vino Tinto* grabó *América, América*, propuso cambiar la frase de “... *cuando Dios hizo el Edén pensó en América*, por la de “... *un desierto y un jardín, eso es América*. Sin embargo, a pesar de ser aceptado este cambio por los autores, Herrero y Armenteros, no obtuvimos —muy a nuestro pesar— la exclusividad.

Por cierto, que a Nino Bravo —que la había grabado antes que nosotros— no le terminaba de convencer. Ya sabes, paradojas de la vida o curiosidades de la historia. Pero —y aquí entra la fuerza del destino— al ser el único tema que tenía grabado de él la casa discográfica, antes de fallecer en el trágico accidente de circulación que convulsionó a toda la sociedad española, fue lanzado con el consiguiente éxito mundial. Evidentemente, la versión de Nino Bravo eclipsó a la nuestra.

Y otra curiosidad. Nosotros, *Vino Tinto*, además de mantener lo grabado, con las mismas bases musicales, compuso otra canción completamente diferente en letra y música, bajo el nombre de *Despierta América*, con música de Ramón Arcusa —el del Dúo Dinámico—, que era nuestro productor musical. Por cierto, tenemos el honor de ser los primeros artistas producidos por él antes que otros, de la talla de Julio Iglesias.

—¡Qué interesante! Y, ahora, si te parece, hablemos un poco de ti —comenté cambiando de tercio. Y puedes estar tranquilo a este respecto porque no voy a hacerte la pregunta de Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina: ¿Y en el asunto de mujeres cómo te trata la vida? Para que tú me respondas: *me definiendo, me definiendo, como gato panza a arriba*.

—Ja, ja, ja... ello me tranquiliza y no poco, que yo soy muy celoso en lo que respecta a mi vida privada.

Pues verás. Un buen día decidí dar por concluida mi etapa musical —sin olvidarla— emprendiendo un nuevo sendero vital: el del derecho y la educación.

En mi cuenta de LinkedIn he escrito que la titulación de la Licenciatura en Derecho me la otorgó la Universidad Complutense de Madrid, pero que la paliza de estudiar me la di luego. Durante casi 30 años desempeñé el cargo de director de la Asesoría Jurídica de la Universidad Politécnica de Madrid —quien más tiempo ha desempeñado esta función en la función española contemporánea— hasta que me destinaron al Área de Apoyo a la Innovación Tecnológica en el campus de Monte Gancedo. Antes, durante un breve tiempo, había trabajado como secretario de Sala de la Audiencia Territorial de Madrid.

Como educador, te indico que comencé a escribir sobre cuestiones jurídicas en la revista *Escuela Española*. Luego he tenido ocasión de infundir la pasión por lo jurídico como conferenciante, impartidor de cursos, seminarios y publicaciones. He creado, junto con otros responsables de Derecho Universitario la *Asociación para el Estudio del Derecho Universitario (AEDUN)* que, por cierto, cuenta con un himno (compuesto por mí, medio en serio, medio en broma) cantado y tocado.

—Bueno, bueno, no cabe duda, Juan Manuel que eres toda una caja de sorpresas. ¿Y dónde se puede escuchar este himno? —pregunté con enorme curiosidad.

—Está colgado en la página web de esta asociación. En estos momentos ya es conocido por Iberoamérica, a través de la Red Iberoamericana del Derecho Universitario (RIDU); y, bueno, hay que destacar que, cuatro de estas personas que han sido las precursoras de estos espacios del debate universitario, hemos

obtenido un importante reconocimiento por este trabajo: *La Orden de Alfonso X, el Sabio*.

—Pues... ¡mi enhorabuena! Siempre he creído que los reconocimientos son un guiño que te hace la vida por confiar en ella, por aceptarla como es y haber aprendido las lecciones que te ofrece.

¿Y ahora... ¿A qué dedicas tu tiempo libre, siguiendo la letra de la canción de José Luis Perales?

—En estos momentos, como bien sabes, estoy jubilado, tras más de cuarenta años de servicio público de carácter jurídico. A este balance debo sumar la impartición de algunos cursos y talleres, así como conferencias y publicaciones, tanto en España como en Europa. Una experiencia vital que me ha permitido descubrir la utilidad del derecho para ayudar a la gente con problemas.

—... que, como ha escrito sobre ti a propósito de tu jubilación, José Ramón Chaves —apostillé— uno de los juristas más apasionados y vitalistas que yo conozco, en su blog “delajusticia.com”:

«Atrás quedan los expedientes, las horas enfrascado en problemas administrativos, el teléfono canalizando órdenes de abajo arriba o a la inversa, los libros amarillentos, las entrevistas a puerta cerrada para solventar problemas y los pasilleos y las esperas o las participaciones en sesiones de órganos colegiados, unas tediosas y otras tensas, según se terciaba. Las horas muertas, las horas vivas, las moribundas, las de zafarrancho por los tirones políticos, las de angustia o sueños...»

—Así es. Pues como ha escrito también en este artículo que citas:

«La administración, como Saturno, acaba devorando a sus hijos. Y convierte al funcionario en una pieza más del engranaje, que se utiliza, y cuando se desgasta, se repone».

No obstante, aun comprendiendo que esto es así, mi lema profesional, inspirado en una famosa frase de J. F. Kennedy ha sido:

«No preguntes a la administración que puede hacer por ti, sino qué puedes hacer tú por tu administración».

—Excelente lema que todos deberíamos de adoptar. Estoy convencido de que seguirá bien arraigada en tu corazón en tus nuevos menesteres; porque, como bien sabemos, la vida sigue, siempre sigue, y tu forma inquieta de encarar la vida, te estarán empujando a dar el siguiente “golpe”, ja, ja, ja —musical o de otro tipo, aclarámoslo—.

—Haces bien en puntualizar lo de mi siguiente “golpe”, pues esta palabra evoca emociones negativas como impactos, roturas, toma por la fuerza del poder político, robos... mi siguiente “golpe” (ja, ja, ja) es edificante.

Estoy actualmente inmerso en diversas iniciativas colectivas, además de seguir abordando ciertos asuntos universitarios y jurídicos y desarrollando mi faceta de escritor, desde otros ángulos.

—¿Me puedes comentar alguna de esas iniciativas colectivas?

—Sí, claro. La *Junta Directiva de la Asociación de Pioneros Madrileños del Pop*, que acoge a músicos de los años 60/70 del pasado siglo, es uno de ellos. Creo que la música, no solamente la clásica, sino también la popular, es una manera de educar a la juventud, un medio de infundir valores profundos, algunos de

los cuales hicieron posible, por ejemplo, que todos los españoles transitáramos por espacios de libertad y pluralidad.

—De acuerdo con estos valores profundos que sugieres: ¿Qué le aconsejarías a cualquier político de nuestros días?

—Pues, muy sencillamente: que trate de hallar el punto de encuentro con su oponente; que se centre en servir antes que en servirse; que tenga altura de miras, guiando su mirada hacia el futuro, pensando en satisfacer las verdaderas necesidades de los ciudadanos; que, en el debate político utilice un lenguaje moderado, de concordia y conciliación, del que tanto hizo gala nuestro primer presidente del gobierno democrático, Adolfo Suárez. Y, finalmente, que sea el diálogo y no la confrontación lo que prime en todas sus actuaciones políticas.

—Por cierto, Juan Manuel, ya que citas a Adolfo Suárez: ¿Le votaste?

—Pues, verás, José Antonio. Este país, como bien sabemos, es muy ingrato con sus grandes hombres y mujeres. En este sentido, te confieso que, aunque siempre he respetado y admirado a Adolfo Suárez por su encantadora personalidad y magna labor de concordia entre todos los españoles, no le voté. Sí, en efecto, no le voté.

—Bien. El corazón tiene razones que la razón ignora, por lo que no te preguntaré por qué no le votaste —comenté de modo comprensivo.

Luego, tirando de sentido del humor y la disposición de rebajar algo la solemnidad generada por la pregunta sobre su sentido del voto —quizás una impertinencia por mi parte—, comenté:

—En todo caso, creo que, con toda seguridad, serás absuelto por la autoridad, humana o divina que corresponda, apelando a la

sentencia del conocido refrán español de que, *pecado confesado, medio perdonado*.

—Bueno, esto me tranquiliza —me comenta, siguiendo estoicamente mi retranca.

—Además, si te sirve de consuelo —sentencié, no fuiste el único.

Te recuerdo que, durante la noche de las elecciones municipales y autonómicas de 1991, Adolfo Suárez pronunció una de sus últimas frases célebres. Fue en su despacho, una habitación señorial del palacete que su partido tenía alquilado junto a la Puerta de Alcalá, en Madrid. En este entorno, rodeado de sus fieles, casi con lágrimas en los ojos, desconcertado por los malos resultados obtenidos en aquellas elecciones, dijo:

«A mí me quieren, pero no me votan».

HONOS ALIT ARTES

Alberto Romero Guillén

Busco a Alberto Romero Guillén por la sala de exposiciones de su magna exposición *Alfonso X, Tres Culturas, Un Rey*, creada específicamente para conmemorar el VIII centenario del nacimiento del Rey Sabio. Una muestra ubicada en el emblemático Centro Cultural San Marcos, de Toledo, en otros tiempos iglesia de San Marcos, perteneciente al convento de la Santísima Trinidad, levantada de nueva planta durante el siglo XVII.

—¡Uf, José Antonio, me he llevado un susto tremendo! —me confiesa. Es que, con el espacio tan grandioso de la iglesia, mi concentración en la música medieval de fondo y el fotografiado de los detalles de este cuadro de las Cantigas de Santa María, al girarme me he sobresaltado al verte inopinadamente junto a otras personas.

Luego, tras volver en sí, me explica que ayer fue un buen día para esta exposición, por el interés mostrado por su obra por algunos visitantes procedentes de diferentes partes del mundo; y que, en ese momento, se hallaba tomando fotografías de detalle para una persona de origen brasileño, que había mostrado especial interés por la obra de las Cantigas, por su expresividad, texturas, colores, delicadeza y el detalle de cómo sale el instrumento musical fuera del bastidor.

Alberto Romero me traslada su plena satisfacción por la excelente acogida y valoración de sus 42 obras en torno a la figura del Rey Sabio. La gente le comenta que, a través de sus cuadros, reciben buenas vibraciones, repletas de vida, de luz y de felicidad; además —le dicen—, nos vamos contentos al leer y reflexionar sobre las frases inmortales de este gran personaje colocadas estratégicamente, inspiradoras y motivadoras, que nos ayudan a comprender mejor el verdadero sentido de la vida.

Yo creo que hablar del artista plástico toledano Alberto Romero Guillén es hablar de España. Su extensa obra está poblada de personajes egregios de nuestra historia como Alfonso X el Sabio, Carlos V, los Reyes Católicos, el Gran Duque de Alba, el Cardenal Cisneros, Cristóbal Colón o Felipe II; escritores de la talla de Cervantes, Quevedo o Bécquer; artistas plásticos de renombre universal como El Greco, Picasso o Dalí; personajes inolvidables de la cultura mexicana como Maximiliano I, Emilio Zapata, Pancho Villa, Benito Juárez o Frida. Especial mención merecen sus trabajos artísticos en torno a la figura de Doña Cayetana de Alba, su gran musa.

Cuando le saludo observo que tiene las manos ásperas, de artista que trabaja el barro y la madera, el bronce y el hormigón. Compruebo también su elevada sensibilidad, que le capacita para modelar sus estilizados personajes de tendencia expresionista, captando la realidad sustancial del motivo, intensificándolo y realizándolo con premeditada intención. Sus procesos de metamorfosis y descomposición de la anatomía humana nos ponen en relación directa con el más puro y radical barroco español del siglo XVIII.

A quienes me preguntan por Alberto Romero les digo que, esencialmente, es un artista toledano contemporáneo, coherente con sus raíces y sus tradiciones. Un visionario del arte, de plena

actualidad hoy y mañana, pues los personajes que interpreta seguirán velando por todos nosotros desde el Olimpo de la Historia.

—Es un honor para mí poder trasladarte mi visión sobre el llamado espíritu de la Transición —me comenta con la humildad que le caracteriza. Luego me añade:

—Pero, deseo hacerlo con mi alma de artista, ese que siempre busca sentido a todo lo que le rodea, y ve en todo lo creado una obra divina.

—¡Fantástico! —le respondo. Precisamente, «Honos alit artes», es decir, el honor alimenta siempre las artes, y a los artistas como tú.

—Espero estar a la altura de las circunstancias. La Transición fue un período poliédrico muy complejo —me comenta, tratando de rebajar mis expectativas.

—Estoy convencido de que vas a estar a la altura de las circunstancias, Alberto. La conversación que vamos a mantener en torno al espíritu que se conformó durante este periodo histórico no tiene por objeto revisar ni interpretar nada; tampoco tener que dirigir una mirada nostálgica hacia el pasado; solo verlo con los ojos del alma; con un alma de artista como el tuyo.

—Por mi parte, si es como dices, adelante. Será para mí un honor contemplar *El espíritu de la Transición* con los ojos del alma, que siempre trata de ver la belleza en todo lo que contempla.

Alberto Romero vivió muy intensamente, desde su más tierna infancia, el llamado espíritu de la Transición. Sus ojos y oídos infantiles y juveniles del gran artista que es captaron escenas en las que estuvieron presentes hombres y mujeres claves de este

periodo, así como acontecimientos que forman parte de la Historia de España.

—¡Claro que lo viví! — exclama, cuando le pregunto si vivió el periodo de la Transición. Yo tenía 10 años cuando el general Franco murió en el 75. Por lo tanto, estaba finalizando mi etapa infantil y comenzando la de mi adolescencia. Recuerdo perfectamente ese momento crucial del cambio de Régimen; las primeras elecciones generales de 1977, un miércoles 15 de junio para elegir a los miembros que iban a constituir las Cortes; los protagonistas de ese momento: El Rey Don Juan Carlos I, Torcuato Fernández Miranda, Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Felipe González, Manuel Fraga... Los partidos políticos: UCD, PCE, PSOE, ALIANZA POPULAR... Recuerdo, por supuesto, “La Matanza de Atocha”, un atentado terrorista en el centro de Madrid, la noche del 24 de enero de 1977, que se cobró la vida de cinco abogados laboristas del Partido Comunista de España (PCE) y de Comisiones Obreras (CCOO); y, cómo no, el golpe de Estado del 23-F, en el 81.

—Acontecimientos generales, todos ellos grabados en el imaginario colectivo de todos los españoles —le comento.

—Sí, claro, pero también tuve el privilegio de vivir acontecimientos más particulares, producidos por la enorme tensión política y social propia de aquella época tan convulsa.

—¿Podrías compartir alguno?

—¡Claro! Hay uno que no podré olvidar jamás, relacionado con el terrorismo de ETA. A toda la familia nos sobrecogió la amenaza de muerte por parte de esta organización terrorista a mi padre, Manuel Romero Martínez, más conocido en Toledo como “El Dr. Romero”.

—¿Y, se puede saber cuál fue la causa de esta amenaza de muerte hacia tu padre, “El Dr. Romero”? — pregunté muy intrigado.

—Por supuesto. En aquella época mi padre ocupaba el cargo de jefe de Traumatología del Hospital Nacional de Paraplégicos, un centro inaugurado por los Príncipes, Don Juan Carlos y Doña Sofía, en 1974, para prestar servicios de salud y rehabilitación integral a las personas con lesión de la médula espinal; también para la formación de personal cualificado y la realización de investigaciones científicas y técnicas en el campo de las neurociencias y las lesiones medulares.

Las amenazas de muerte que recibió mi padre por parte del entorno de ETA se iniciaron al solicitar que se retiraran determinados signos que hacían apología del terrorismo, de una habitación donde se encontraban varios enfermos de la organización.

—¿Olvidando la atención sanitaria requerida? —volví a preguntar, más intrigado todavía.

—No. En absoluto. Mi padre, por encima de todo, era un profesional de la medicina que creía firmemente en el juramento hipocrático, por el que se sentía obligado en todo momento a atender cualquier necesidad humana.

—Bien. ¿Y cómo terminó aquel peligroso suceso?

—Pues, aunque te parezca increíble, dimitiendo de su cargo. Creo que no le quedaba otra opción. Es que él no podía aceptar en su fuero interno actitudes de este calibre.

—Algo que le engrandece —apostillé. ¿Y cómo vivió el resto de la familia este peligroso suceso?

—Como puedes imaginarte, mi padre trató de minimizarlo, para que no nos preocupáramos. Más tarde, al analizar las diversas cartas y postales amenazantes recibidas, pudimos comprender que fueron momentos muy duros y peligrosos para todos nosotros.

Al recordar estos dolorosos sucesos, observo que Alberto Romero cierra suavemente por unos instantes sus ojos, no sé si para tratar de recordar, olvidar o comprender por qué el hombre puede llegar a ser, en determinadas circunstancias, un verdadero lobo para el propio hombre con su odio a la convivencia y a la propia vida. Al abrir sus ojos no observo en él ningún signo de rencor en su rostro. Sí de tristeza e impotencia.

Entonces, retomo la conversación para preguntarle por Licinio de la Fuente, le gran promotor del Hospital Nacional de Parapléjicos, a la sazón ministro de Trabajo.

—¿Le llegaste a conocer? —pregunté, haciendo que nuestro profundo silencio de respeto y homenaje a todas las víctimas del terrorismo se fuera difuminando paulatinamente, del mismo modo en que la más larga y oscura noche va dando paso a la claridad de un nuevo día.

—Yo no. Mi padre bastante. Ten en cuenta que mi padre ocupó durante 16 años el cargo de presidente del Colegio de Médicos de Toledo, y posteriormente, el de Castilla-La Mancha.

Según nos comentaba era un hombre excepcional, nacido en Noez, un pueblecito de Toledo, en el seno de una familia de agricultores.

Hijos: Estamos ante un hombre que se ha hecho así mismo —nos decía.

Mirad: En su juventud trabajó como camarero y linotipista en la Editorial Católica para poder pagarse sus estudios y ayudar al sostenimiento familiar. Luego quiso estudiar arquitectura, pero por falta de recursos tuvo que estudiar Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, consiguiendo licenciarse en 4 años, en lugar de los 5 de rigor. Además, se costeó la carrera— esto nos lo subrayaba especialmente —gracias a becas económicas, sólo reservadas para expedientes académicos muy brillantes como el suyo.

El resto de su brillante trayectoria profesional y política es muy conocida: consiguió ser abogado del Estado, empresario y ministro. Por cierto, muy bien valorado por Franco, por su gran capacidad de trabajo y eficacia en la gestión. En el último año del régimen ocupó el puesto de vicepresidente Tercero del Gobierno, bajo la Presidencia de Carlos Arias Navarro.

En fin, creo que cualquier toledano como yo tiene que sentirse muy orgulloso de este hombre tan brillante, eficaz, audaz y de relevantes y fructíferas iniciativas...

—Como la que acabamos de comentar de la promoción del Hospital Nacional de Paraplégicos, hoy referente en el mundo —comenté, tratando de completar su exposición.

—Pues sí. Pero es que, además, este hombre fue un firme defensor de los derechos laborales de los trabajadores, promocionando las magistraturas de trabajo, consiguiendo que la participación en una huelga no fuera constitutiva de causa de despido.

¡Ah! y tampoco deberíamos olvidar sus esfuerzos en el plano de la igualdad de la mujer.

—Sí, efectivamente. Esto lo recuerdo yo perfectamente porque lo estudiábamos en la carrera de Derecho. Un decreto suyo del

año 70 decía en su artículo primero: *«La mujer tiene derecho a prestar servicios laborales en plena situación de Igualdad jurídica con el hombre y a percibir por ello idéntica remuneración»*.

En fin, la legislación promovida por Licinio de la Fuente en materia social y laboral fue muy avanzada, numerosa y decisiva.

—Y también en el impulso de la protección sanitaria —me amplió.

—¡Claro!, también. En fin, de Licinio de la Fuente podríamos seguir hablando durante muchas horas, pues su legado político es ingente. Fue, claramente, un prohombre del régimen anterior; pero, también una figura clave en el proceso de la Transición política española.

—Algo que mucha gente desconoce —me matizó.

—Cierto. Muy pocos saben, por ejemplo, que Franco deseaba que Licinio de la Fuente fuera el presidente de las Cortes Españolas al expirar el mandato de Alejandro Rodríguez de Valcárcel, antes que Torcuato Fernández-Miranda porque, según Franco, los dos eran muy inteligentes, pero Licinio tenía menos antipatías. Franco, sin embargo, no pudo ver cumplido este deseo, al fallecer seis días antes de la elección. El nuevo jefe del Estado, S.M. el Rey, don Juan Carlos, se inclinó finalmente por Torcuato Fernández-Miranda en la terna propuesta por el Consejo de Estado donde, además de Fernández-Miranda, estaban Licinio de la Fuente y Emilio Lamo de Espinosa.

—Observo que tú eres, como mi padre, otro gran admirador de Licinio de la Fuente.

—Lo soy. Es que me entusiasma la brillante biografía política y humana de este hombre. Por cierto, que el padre de Licinio de la Fuente se llamaba como el mío: Eugenio y, además, los dos eran agricultores con recursos limitados. Sé que a mi padre le hubiera gustado que yo hubiera llegado a ser ministro, pero, en aquellos años de la dictadura y, luego, durante los primeros de la democracia, estos altos puestos estaban reservados para los más brillantes, como era el caso de Licinio de la Fuente.

¿Sabías —y esto es una curiosidad que también pocos saben— que en su etapa de ministro de Trabajo medió para que los famosos «Payasos de la Tele» (Gaby, Fofó y Miliki) pudieran trabajar en España?

—Pues no. Esto es muy curioso.

—Como sabes, alcanzaron un grandísimo éxito. Hoy les seguimos recordando con mucho cariño y admiración. Fueron contratados por Televisión Española en 1972 para cubrir la franja infantil con el programa *El gran circo de TVE*, sustituyendo a los inolvidables *Los Chiripitífaluticos*.

—Yo tenía entonces 7 años, así que me encontraba entonces en plena etapa infantil. Hoy les sigo recordando muy vivamente. Es que, José Antonio, quién puede olvidarse del *¿cómo están ustedes?*

—¡Biennnnnnnn! — exclamé, respondiendo a la pregunta de *Los Payasos de la Tele*, muy bien representados en este momento por Alberto Romero. ¿Y por qué? —le pregunto en plan retador.

—¡Porque esto es una barbaridad muy bárbara!, ja, ja, ja— me responde sonriente con una de las archiconocidas frases de nuestros simpáticos amigos de la tele. En fin, no cabe duda — me comenta con cierta nostalgia— de que estos artistas cómicos

fueron un auténtico fenómeno sociológico en España durante los años setenta, logrando que todos fuéramos más felices.

—¡Que es mucho! —exclamé. En realidad, la clave de su éxito fue saber trasladar a la televisión sus espectáculos cómicos, tal como lo hacían en sus actuaciones en teatros y circos. Y no sólo se ganaron la admiración y el cariño del público infantil y juvenil, también del adulto. Precisamente, ahora mismo me viene a la memoria el recuerdo de las enormes carcajadas del cura de mi pueblo —don Amador— viendo un día en mi casa, con mis padres y mi hermano, uno de sus programas. Me imagino que tú tendrás también muchos recuerdos entrañables de este estilo.

—¡Claro! Yo también te podría contar muchas anécdotas y situaciones graciosas que vivimos en familia disfrutando con estos grandes artistas, fichados, según me comentas por Licinio de la Fuente.

—Sí. Así fue. Gaby, uno de estos payasos, ha contado que Licinio les preguntó en cierta ocasión, medio en broma, que, si querían trabajar en España, a lo que él le contestó: ¿No es usted el ministro de Trabajo? Pues lo que queremos es trabajar en España, que llevamos casi treinta años fuera de nuestra tierra. Y el atrevimiento dio resultado; a la semana recibimos una oferta para actuar en Televisión Española” .

—Vamos, dicho y hecho.

—Es que Licinio de la Fuente —para muchos seguirá siendo don Licinio— era un hombre de Estado, con una clara vocación de servicio público, que se entregó en cuerpo y alma durante toda su vida al servicio de España y de todos los españoles. Por cierto, otro dato menos conocido también sobre él es que se

especuló con que pudiera ser nombrado por el Rey presidente del Gobierno.

—Sí, es verdad. De esto no se ha hablado mucho, como tampoco de que fue una figura clave en el proceso de la Transición política española. ¿Has oído hablar de los “Siete magníficos”? —me pregunta.

—Sí, claro. Se les llamaba así a los siete partidos que se integraron en Alianza Popular —le respondo.

—Pues uno de estos siete magníficos era *Democracia Social*, un partido fundado precisamente por Licinio de la Fuente.

Pues bien, luego, como bien sabes, Alianza Popular se fusionaría con el Partido Demócrata Popular (PDP) y el Partido Liberal (PL), derivando en el actual Partido Popular (PP).

—Tengo entendido que tu padre, El Dr. Romero, además de su clara vocación como médico, también realizó algunas incursiones en la política de aquella época.

—Sí, así es. Mi padre en aquella época estaba considerado como un traumatólogo de reconocido prestigio en Toledo y esto hizo que políticos de la talla de Manuel Fraga Iribarne, Federico Silva Muñoz, Laureano López Rodó, Gonzalo Fernández de la Mora, etc se fijaran en él para representar al partido Alianza Popular. Mi padre entonces dio un paso al frente, llegando a ocupar el puesto de secretario de Alianza Popular por Toledo.

Debo decirte que en esta responsabilidad política nos involucró a sus siete hijos, de un modo u otro. La verdad es que aquella decisión de mi padre de participar en la política activamente tenía su aquel: es que no estaba del todo bien visto por entonces pertenecer o simpatizar con un partido más escorado a la derecha que la Unión de Centro Democrático (UCD), liderado

por el carismático Adolfo Suárez. Por cierto, que llegó a ser senador por Toledo por unos días, tras las elecciones de octubre de 1982. Te acabo de decir que por unos días porque, como consecuencia de unas impugnaciones, fue desposeído del cargo, por tan solo una decena de votos.

—¿Cómo era tu padre, el Dr. Romero, desde un punto de vista político?

—Muy abierto y dialogante. Sus posiciones ideológicas de carácter conservador bien conocidas no fueron nunca un obstáculo para mantener una gran amistad hasta el final de su vida con Jerónimo Ros Campillo, un histórico dirigente socialista. Ros Campillo —médico, también como mi padre— llegó a ser diputado por Toledo en las primeras Cortes Constituyentes, entre 1977 y 1979, diputado regional y presidente del PSOE en Toledo.

—Oye, por cierto: ¿Llegaste a conocer personalmente a Manuel Fraga Iribarne, el líder nacional de Alianza Popular, germen de lo que hoy es el Partido Popular?

—Pues sí. Mi padre tuvo una relación muy intensa con don Manuel Fraga. Recuerdo perfectamente que estuvo en nuestra casa en varias ocasiones; incluso, llegó a dormir en ella; y hasta pudimos disfrutar de sus famosas queimadas, que a él tanto le apasionaban.

—¿Cómo lo recuerdas?

—Pues como un señor que imponía. Como un hombre con una enorme personalidad, y muchísimo carisma. Como un político honrado que amaba profundamente a España. Yo lo veía muy parecido a mi padre, por su seriedad, honradez y fuerte personalidad.

—Oye, Alberto, seguramente que tendrás muchas anécdotas de aquella época.

—¡Sí, claro! Puedo confesarte hasta un pecado de juventud. Recuerdo que en más de una ocasión cogí uno de los teléfonos (teníamos 3 o 4) para escuchar las conversaciones que Fraga mantenía con mi padre.

—¡Uf, Alberto! Esto es espionaje en toda regla y objeto de las más severas sanciones gubernativas, que deja a la altura del betún al mismísimo comisario Villarejo —comenté en tono jocoso.

¿Te llamó la atención algo importante, que puedas comentar?

—No. Nunca pude captar conversaciones que pudieran comprometer altos intereses del Estado, ja, ja, ja. Ya me hubiera gustado a mí —me responde sarcásticamente.

Lo que yo pude escuchar entonces eran conversaciones referidas a la organización del partido, a nivel local, provincial o regional.

—¿Eras consciente, a pesar de tu juventud, de que en esos encuentros y conversaciones telefónicas con don Manuel Fraga se estaba cocinando algo muy importante?

—Sí, claro. Yo era muy consciente de la máxima relevancia de la figura de Fraga Iribarne en la España de aquella época. Que había sido varias veces ministro con Franco; luego diputado y senador; padre de la Constitución Española y presidente de Alianza Popular. Fraga me parecía un grandioso parlamentario. Me emocionaba y hasta me hacía levantarme de mi asiento. Cuando se quedaba en nuestra casa a dormir, lo hacía con las sábanas que yo utilizaba (limpias, evidentemente) y esto me hacía sentir como un muchacho muy importante. Recuerdo también que estuvo en nuestra casa el notario y político, Félix

Pastor Ridruejo, muy amigo de Fraga, que tuvo un papel fundamental en la reorganización de la derecha española tras la muerte de Franco. ¡Ah, también a Jorge Verstrynge!

—¡Jorge Verstrynge! ¡El todopoderoso secretario general de Alianza Popular, Jorge Verstrynge! — exclamé.

¿Cómo lo recuerdas?

—Como un político joven y dinámico, muy unido a Fraga. Verstrynge, representaba entonces la juventud y la modernidad dentro del partido. Luego, ¿quién se podía imaginarse que daría un cambio tan radical a su vida, desde el punto de vista ideológico?

—Pues sí. De hecho, según él mismo ha confesado en su libro *Memorias de un maldito*, durante su juventud en Francia, sus ideas políticas convivían a la vez con las posiciones contrapuestas del neofascismo francés y el nacional-bolchevismo. Y, aquí, en España, comenzó siendo admirador del ministro falangista José Antonio Girón de Velasco; luego, durante sus estudios de Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid vio en su profesor, Manuel Fraga, a un gaullista, populista y socialdemócrata, colaborando con él dentro del Gabinete de Orientación y Documentación de esta universidad.

—Y fundando, como seguramente sabrás, de la mano de Fraga, claro, la Asociación Política, *Reforma Democrática*, considerada como un embrión de lo que luego sería el partido Alianza Popular —me comenta tratando de complementar mi información sobre la figura de Jorge Verstrynge.

—Bueno, en realidad, te confieso que este dato lo tenía algo olvidado; sin embargo, recuerdo vivamente toda su intensa trayectoria política y mediática posterior de: Diputado y

Secretario de Alianza Popular; la fundación de su propio partido *Renovación Democrática*, tras sus enfrentamientos con Fraga; los rumores de su integración en el CDS de Adolfo Suárez; su ingreso en el PSOE en el 93, dándose de baja posteriormente; sus trabajos de asesoramiento para el Partido Comunista de España e Izquierda Unida; y, recientemente, sus simpatías por Podemos.

—Sí, es verdad, Verstrynge es una figura intelectual y política controvertida que encarna, a mi juicio, un momento político complejo, dinámico y cambiante, de luces y sombras, de avances y retrocesos.

—¿Alguna anécdota más sobre estos personajes relevantes de la Transición, Sr. Romero? Dígala, por favor, o calle para siempre— pregunté con cierta retranca, tratando de aflojar la carga emocional que todos estos análisis y emotivos recuerdos podían estar provocando en él.

—Te la diré encantado, por supuesto, José Antonio. Nos la contó nuestro padre en diversas ocasiones. Él nos relataba muy orgulloso —y hay fotografías que lo atestiguan— que, con 18-19 años, en su época de estudiante de medicina, que tuvo que compaginar con el Servicio Militar, en su tienda de campaña de la milicia estuvieron López Rodó y Fernández de la Mora.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¿Y cómo los recordaba?

—Los recordaba con las características de lo que posteriormente llegaron a ser: hombres de una gran estatura intelectual y política.

—¿Alguna otra?

Pues, verás, José Antonio. Recuerdo perfectamente que, con 12 años, durante las primeras elecciones generales del 77, fui

cogido de la mano de mi padre a la Plaza de toros de las Ventas a un mitin cierre campaña de Alianza Popular. ¡Me pareció impresionante! En este mitin participaba Carlos Arias Navarro, que se presentaba como senador por Madrid y Fraga Iribarne. Hoy sigo recordando vivamente la imagen de mi padre, emocionado y feliz, durante todo el recorrido hasta que llegamos al coche, tras escuchar los elocuentes discursos de Fraga y Arias Navarro.

—Está claro que tu padre te inculcó desde muy pequeñito la pasión por la política.

—Pues sí. Él me solía llamar tiernamente “El pequeño”; y los dirigentes políticos de aquel momento, con los que yo tuve el privilegio de relacionarme, de la mano de mi padre, “Romerito, el político”.

Llegados a este punto, comprendí que era el momento de emprender con Alberto Romero un nuevo sendero dialéctico; uno en el que él se mueve como pez en el agua: el de la cultura y el arte. Así que, sin más dilaciones, le pregunté:

—He escrito en diversas ocasiones que hablar de Alberto Romero es hablar de la Historia de España. ¿Hay algún periodo de la Historia de España que a ti te llame especialmente la atención?

—Pues sí, claramente la época de Alfonso X, El Sabio, un monarca considerado como el mayor cronista de la España Medieval, que reinó en Castilla y León entre 1252 y 1284; tuvo que enfrentarse de lleno a la crisis económica presente en Europa desde mediados del siglo XIII y a la rebelión de la nobleza. Hoy es conocido por haber sido un rey interesado por la cultura, la historia y la ciencia.

Me apasionan también los Reyes Católicos, considerados como dos de los monarcas más importantes de la Historia de España, pues con la conquista de Granada y la anexión de Navarra pusieron las bases de la futura monarquía hispánica y su hegemonía mundial.

Siento también atracción por la figura de Carlos, el hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca, que recibió una de las mayores herencias de todos los tiempos. Sus dominios incluían media Italia, Austria, los Países Bajos, España y los territorios recién descubiertos en América.

Tampoco puedo dejar de mencionar a Felipe II. Con Felipe II, con quien España llegó a ser la primera potencia de Europa y el Imperio español alcanzó su máximo apogeo. Y es que, por primera vez en la historia, un imperio integraba territorios de todos los continentes habitados.

Y, por supuesto, me apasiona el llamado *Siglo de Oro español*, por ser un periodo histórico en que florecieron las artes y las letras de un modo extraordinario; una época coincidente, por cierto, con el auge político y militar del Imperio español.

Como bien sabes, *El Siglo de Oro* no se enmarca en fechas concretas, aunque generalmente se considera que duró más de un siglo: entre 1492, año del fin de la Reconquista, el Descubrimiento de América, y la publicación de la Gramática castellana de Antonio de Nebrija, y el año 1659, en que España y Francia firmaron el Tratado de los Pirineos. También se apunta como final de esta época el año 1681, año del fallecimiento del gran escritor Pedro Calderón de la Barca. Evidentemente, mi obra recoge mi gran interés por estos periodos y sus personajes principales.

—¿Y la Transición política española? ¿Qué interés te merece desde el punto histórico, cultural y artístico?

—Como te he venido comentando, en nuestra casa vivimos todos intensamente este periodo. Mi padre, “El Dr. Romero”, nos inculcó en vena su pasión por la cultura y la historia. Yo creo que nos transmitió con mucha pasión lo que España y los españoles nos jugábamos en ese momento: la concordia entre todos los españoles. Desde un punto de vista cultural y artístico, no podemos dejar de citar a la famosa *Movida madrileña*, un movimiento que claramente implicó a la juventud como grupo social diferenciado, con sus propios valores, símbolos y bajo una manera particular de vivir, cuestionando radicalmente el modo de ver la vida hasta ese momento. Claramente, la música, el cine, la estética, el diseño, la moda, los lugares de encuentro, etc., se vieron afectadas por esta nueva cultura.

Finalicé esta intensa conversación con Alberto Romero sobre la Transición con un fuerte y sincero abrazo. Es que Alberto es muy amigo de sus amigos y su elevada sensibilidad de artista le lleva siempre a ser pródigo en demostraciones externas de afecto como la que me trasladó a mí. Luego, mientras abandonaba su imponente exposición dedicada al rey sabio, Alfonso X, del Centro Cultural de San Marcos, observaba cómo diversos visitantes contemplaban extasiados su magnífica obra. Al salir a la calle Trinidad tomé una bocanada de aire fresco y, antes de continuar mi camino, no pude evitar girarme para contemplar, una vez más, la evocadora fachada de este Centro Cultural. Verdaderamente —pensé:

«Honos alit artes. El honor alimenta las artes».

DESDE EL TEMPLO DE LA INTELIGENCIA

Ana Caro Muñoz

Ana Caro Muñoz me sugirió mantener nuestra conversación sobre *EL ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN* en un lugar con un significado especial para ella: la calle de Francisco Tomás y Valiente, ubicada en el Campus de Cantoblanco, de la Universidad Autónoma de Madrid. Ana Caro es actualmente la Coordinadora de Programas de esta prestigiosa Universidad y me pareció perfecto su deseo de realizar nuestra charla dentro de su hábitat natural: la Universidad, *El templo de la inteligencia*, según Unamuno.

Pronunciar el nombre de Ana Caro es hablar de formación continua en materia de gestión pública, educación, gestión de estructuras universitarias y científicas, derecho administrativo, derecho del trabajo y derecho universitario, así como con la prevención, la igualdad y la sostenibilidad.

Tras licenciarse en Derecho por la Universidad de Burgos, su trayectoria profesional, en el mundo de la educación en general y la educación superior en particular, en el ámbito de la gestión pública y los servicios inherentes a ella, ha sido dilatada, extensa y variada, por las distintas administraciones para las que ha prestado servicios, y por las diversas localidades en las que éstas estaban enclavadas. Y es que, durante un cuarto de siglo ha conformado un extenso y variado currículo, del que cabe destacar su compromiso con el servicio y la gestión públicas, y

con la generación de soluciones para las instituciones para las que ha prestado servicios, con una voluntad clara de mejora de las estructuras y procesos.

Ciertamente, su elección de mantener esta conversación en el Campus de Cantoblanco, situado dentro del Parque Regional de la Cuenca Alta del Manzanares no ha podido ser mejor, ya que su entorno invita a la introspección y la reflexión claramente. Cantoblanco, además, forma parte de un Espacio Natural Protegido por la Red Internacional de Reservas de la Biosfera, y considerado uno de los 24 campus medioambientalmente sostenibles del mundo.

Ana me pide que nos sentemos a conversar en un banco situado junto al conjunto escultórico *In Memoriam* dedicado a Don Francisco Tomás y Valiente, vilmente asesinado un 14 de febrero de 1996 por la banda terrorista ETA, en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid.

—Es que —me aclara— conversar en este lugar, dedicado a un hombre que encarnó, y sigue encarnando, los preciados valores de la convivencia, la paz y la libertad, tiene un profundo significado para mí desde un punto de vista moral y emocional. Creo también que constituye un grandioso regalo para nuestra conciencia y nuestra alma. Luego, ambos guardamos unos instantes de silencio para reverenciar su figura y herencia ética y moral.

Durante este breve, pero intenso silencio —el silencio es siempre profundo como la eternidad— observo con detenimiento este conjunto escultórico de tres piezas: la central, con la efigie de este grandioso jurista, historiador, escritor, profesor y presidente del Tribunal Constitucional; y otras dos, una a su derecha y otra a su izquierda, con inmortales pensamientos de su legado ético y moral. En la de su derecha

leo que: «*Tal vez la tolerancia de nuestro tiempo haya de ser entendida como el respeto entre hombres igualmente libres*»; y en la de su izquierda que: «*La vida y el prestigio de las instituciones depende tanto de lo que ellas hacen como de lo que hacen con ellas*».

Quizás, por determinado condicionamiento cultural vino a mí, de forma holística, el eterno mensaje que contiene la imagen poderosa y universal de las tres cruces clavadas en el Monte Calvario, del perdón y la reconciliación.

Es verdad que, generalmente, pasamos delante de una escultura sin advertirla, absorbidos por las prisas, nuestras cuitas y quehaceres cotidianos; pero, también, no es menos cierto que, alguien, en algún momento, se para a contemplarla tratando de hallar en ella lo que representa, más allá de su belleza artística y para el realce del entorno. En este sentido, Ana y yo fuimos persuadidos por el poder de tres grandes placas de hierro fundido, creadas *In Memoriam*, con capacidad para hablar a los que “tienen oídos para oír y ojos para ver”.

Y es que, efectivamente, este monumento escultórico, con sus tres elementos, *In Memoriam* de Don Francisco Tomás y Valiente, un alma grande, comprometido íntegramente con la concordia y la libertad, han quedado absorbidas por un espíritu repleto de valores éticos y morales perennes. Unos valores que, como escribió Antonio Fernández de Buján, Director del Departamento de Derecho Privado, Económico y Social de la Universidad Autónoma de Madrid, cuatro días después de su llorado y despreciable asesinato, son propios del pensamiento racional, la lucidez, la tolerancia, el compromiso vital, la coherencia ideológica, de la vida en paz y en libertad, de la legítima discrepancia, de la ilusión, de la esperanza, de la convivencia, de la moral individual, de la ética política, de la

conciencia cívica, de la memoria histórica, del talante universitario, en las ideas y en el comportamiento, de la inteligencia, de la solidaridad, de la justicia, de los principios constitucionales y de la decencia; unos valores que Don Francisco Tomás y Valiente encarnó de un modo excepcional.

—¿Dónde naciste, Ana? —Fue mi primera pregunta de situación. Una pregunta que trataba de “romper el hielo”, generado dentro de un entorno y una situación de la máxima solemnidad.

—Nací en Burgos, pero me críe en Cilleruelo de Abajo, un pueblo de la Ribera del Arlanza, donde vivían mis padres, Candi y Puri. Luego, con cinco años, se nos unió Alberto, mi único hermano.

—¿Cómo recuerdas aquellos años de tu infancia y adolescencia?

—Los recuerdos muy vívidos, como recién salidos del calendario, de mi calendario; algunos de ellos me marcaron profundamente.

—Pues, por mi parte, te animo a que no te quedes con “la canción dentro”. Ya sabes que los psicólogos nos aconsejan liberar sentimientos y emociones, por ser buena terapia curativa.

—Sí, yo también creo que la liberación de sentimientos y emociones supone una buena terapia curativa. Puedo adelantarte que, hasta cumplir los trece años, mis primeros pasos por el sendero de la vida transcurrieron por las calles y veredas de Cilleruelo de Abajo, y los riscos y los viñedos de Terradillos de Esgueva, un pueblecito de la Ribera del Duero, donde vivían mis abuelos maternos.

Mis primeros estudios los realicé en la Escuela Municipal; luego pasé a la Comarcal, en la Villa de Lerma; esto provocó una “rebelión infantil”. Recuerdo que todos los niños y niñas de la escuela, al conocer que teníamos que trasladarnos a estudiar a la Villa de Lerma, decidimos manifestarnos con una pancarta, recorriendo las calles del pueblo, emulando a los personajes de *Verano Azul*, la famosa serie de TVE. Me acuerdo que gritábamos: «¡De la escuela de Cilleruelo, no nos moverán!; ¡de la escuela de Cilleruelo, no nos moverán!... por aquí tenemos buenas escueeeelasss, no nos moverán!»

—¡Qué interesante! —exclamé. Todo lo que me acabas de comentar nos lleva a pensar que el incipiente espíritu democrático estaba llegando a todos los rincones de la España Peninsular, sin ningún tipo de cortapisas —comenté luego con cierta ironía.

Así que, *Cuéntame cómo pasó...*, es decir, ¿cómo viviste tu siguiente periodo vital?

—Fue a los trece años cuando mis pasos me llevaron a la que sería mi etapa adulta. Me fui de casa de mis padres a vivir a Burgos. Primero en residencias de niñas, después a una vivienda, pero ya no regresé al hogar familiar.

—Veo que abandonaste el hogar familiar muy joven, lo que denota una personalidad dotada de autoestima y autoconfianza.

—Bueno, debo confesarte que mi madurez personal y fortaleza se han ido forjando paso a paso, con templanza, y, también, por desgracia, con dureza. Antes de aquel momento sufrí uno de los episodios más traumáticos de mi vida: mi sonambulismo, que me llevó a caerme por la ventana de un segundo piso. Las secuelas físicas fueron tremendas, como puedes imaginarte.

Pero las logré superar. Creo que esta mala fortuna me hizo más fuerte, más madura, forjando mi personalidad.

—Por lo que, consciente o inconscientemente, asumiste uno de los principios esenciales de la Actitud Mental Positiva: el que toda adversidad lleva en su seno un beneficio equivalente o mayor.

—Efectivamente, comparto tu apreciación.

—Mira, Ana, todos hemos escuchado alguna vez, total o parcialmente, la famosa Sinfonía n.º 9 en re menor, op. 125, también conocida como “Coral”, del compositor alemán Ludwig van Beethoven —comenté, tratando de explicarle a mi modo, con un ejemplo cómo la adversidad o la mala fortuna, pueden transformarse a la larga en una bendición. Como sabes, esta obra está considerada como una de las obras más trascendentales, importantes y populares de la música y el arte. Es tan importante que, desde 1985, es el himno de la Unión Europea; y en 2001, la partitura original de la sinfonía se inscribió en el Registro de la Memoria del Mundo de la UNESCO, donde forma parte, junto con otros sobresalientes monumentos, de la herencia espiritual de la Humanidad. ¡Ahí es nada! Pero pocos conocen, sin embargo, que Beethoven compuso esta extraordinaria sinfonía —la última completa— afectado por una grave sordera. Quizás, sin esta adversidad —la sordera— hoy el mundo no estaría disfrutando de tan sublime creación musical.

Hecha esta aclaración prosigamos con tu beneplácito, para entrar plenamente en la temática que nos ha concitado hasta este lugar: *El templo de la inteligencia*; y al del espíritu de un hombre excepcional: Don Francisco Tomás y Valiente.

Todos solemos relacionar el periodo de la Transición asociándolo con algún hecho, suceso, acontecimiento histórico o personal. ¿Con qué relacionas tú la Transición?

—Pues, verás, José Antonio. Yo vengo relacionando la Transición con un momento en que nuestro país cambiaba a pasos agigantados y el mundo nos veía con una moderna línea de AVE cruzando nuestro territorio, uniendo la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona. Yo, por entonces, estaba avanzando en mi carrera de Derecho.

—Los acontecimientos que has señalado son, sin lugar a duda, muy significativos —comenté, con la idea de seguir profundizando aún más en el tema. Se podría debatir si forman parte o no de nuestra Transición Política.

Algunos autores —ha comentado María Ángeles López de Celis, testigo excepcional de este momento— consideran que el periodo de la Transición se inició el 20 de noviembre de 1975, tras el fallecimiento del jefe del Estado, el General Francisco Franco, y la consiguiente proclamación de Juan Carlos I como Rey de España, dos días después. Sin embargo, otros creen que este periodo debería adelantarse al 20 de diciembre de 1973, fecha del asesinato del presidente del Gobierno, Carrero Blanco, dada la relevancia de su figura en la estructura del régimen y el impacto que supuso su desaparición. Y, con respecto a su final, las divergencias son mayores. Unos lo sitúan el 15 de junio de 1977, fecha de celebración de las primeras elecciones democráticas; otros lo retrasan hasta la aprobación de la Constitución, en diciembre de 1978; y unos terceros lo prorrogan hasta la celebración de los primeros comicios celebrados bajo la nueva Ley de 1979.

Están también los que consideran que la finalización de la Transición habría que situarla en el 23 febrero de 1981, fecha

del intento de golpe de Estado, un hecho que puso de manifiesto la inestabilidad de nuestra democracia. Un sector más amplio, prolonga la duración del proceso transitorio hasta la celebración de las elecciones generales de octubre de 1982, que dieron el triunfo al Partido Socialista Obrero Español. E, incluso, los hay que consideran que el ingreso de España en estructuras internacionales como la OTAN y la Comunidad Económica Europea serían los hechos que cerrarían el círculo de nuestro periodo transitorio, dando origen a nuestra actual democracia parlamentaria.

A esta larga lista de propuesta de finales de la Transición deberíamos añadir la tuya... ¿por qué no?: 1992, con el AVE y los Juegos Olímpicos de Barcelona.

—Te agradezco tu deferencia, José Antonio. Puedo afirmar que la Transición me resulta un periodo de interés, para el estudio y para la reflexión; de ahí que considere incluidos también estos hitos temporales; compartiendo, además, que el conjunto de hechos históricos que has enumerado también deben conformar lo que hemos dado en denominar Transición política española.

—¿Qué te parece si hacemos un viaje retrospectivo en el tiempo? ¿Qué te dice la fecha del 20 de noviembre de 1975?

—Yo tenía tres años. Recuerdo perfectamente las imágenes televisivas del acontecimiento de la muerte del General Franco, en blanco y negro. La imagen del presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, y su «*españoles, Franco ha muerto*» es imborrable. También los silencios en mi casa y en mi pueblo, así como las calles vacías, el frío y la niebla.

Se trata, sin duda ninguna, de una de las fechas más significativas de la Historia de España del último tercio del siglo XX. La muerte de Franco supuso la caída definitiva del

Régimen franquista y la oportunidad de establecer en España un régimen democrático. Con la sucesión en el trono del príncipe Juan Carlos se abrían nuevas esperanzas políticas para el país y su posible incorporación a las líneas de actuación europeas. La prueba de fuego llegó con las votaciones del Referéndum de la Ley para la Reforma Política, un 15 de diciembre del año 1976.

De aquel momento tan especial recuerdo la gran difusión por todos los medios de comunicación de la canción *Habla, pueblo, habla*, interpretada por el grupo musical *Vino Tinto*. Años más tarde la vida me haría un gran regalo: la amistad de Juan Manuel del Valle Pascual, uno de los integrantes de aquel emblemático grupo musical.

—¿Alguna otra fecha que a ti te gustaría resaltar?

—Sí, claro, tengo varias, que te relaciono por orden cronológico, con mis propias imágenes mentales y emociones asociadas:

La matanza de Atocha de 1977, cometida por terroristas de extrema derecha en el centro de Madrid la noche del 24 de enero de 1977, en el marco del llamado terrorismo tardo-franquista. Fueron asesinados los abogados laboristas Luis Javier Benavides, Enrique Valdevira, Javier Sauquillo, Serafín Holgado y Ángel Rodríguez, quedando malheridos sus compañeros Alejandro Ruiz-Huerta, Luis Ramos, Dolores González y Miguel Sarabia. Aquella matanza convulsionó a todo el país.

Recuerdo los silencios y las calles de Madrid, la manifestación multitudinaria, los empujones, la amalgama de deseos y de rabia. Y también aquí la historia, mi historia, me hizo otro regalo.

Iniciada mi carrera de Derecho uno de mis profesores, que luego fue amigo — admiradores ambos de ambos—, sería uno de los supervivientes de aquel atentado. Alguna vez hablamos de ello. También conocí, y fuimos muy amigos, a personas que le acompañaron en su refugio rural: Alejandro Ruiz-Huerta. Hoy, el último superviviente.

La legalización del partido comunista de España, un 9 de abril de 1977. Aún mantengo vívido el recuerdo de Santiago Carrillo, un símbolo de la izquierda comunista, de la Guerra Civil, del Exilio, estrechando la mano de Adolfo Suárez.

Y, de nuevo, la vida me vuelve a regalar, ya ejerciendo mi profesión de jurista y gestora universitaria, el trabajo y trato con uno de sus hijos, Rector de la Universidad Complutense. En una de las múltiples reuniones que mantuvimos para vehiculizar la gestión de uno de nuestros instrumentos de transferencia de conocimiento y relaciones con el tejido empresarial, me dijo: *«¡Cuánto me recuerdas a mi padre, eres igual que él en muchas cosas!»*

Las primeras elecciones democráticas del 15 de junio de 1977. Pasquines; carteles; altavoces subidos en los seiscientos; mítines; canciones... Todo ello resumido a la perfección por la excelsa pluma del escritor castellano Miguel Delibes, en su obra *El disputado voto del señor Cayo*. Un trabajo literario que vio la luz un año después de este acontecimiento y que fue llevado al cine por Giménez Rico, mostrándonos la realidad de aquel momento, entre la belleza de mi tierra burgalesa. Carrillo, Dolores Ibárruri, Ignacio Gallego, Marcelino Camacho, Alberti, en el Congreso. Imágenes que yo retengo en mi memoria, las atesoro por lo magnífico de aquellos personajes caminando en blanco y negro en mi TV; y tomando la palabra, como antes

tomaron la pluma; y antes, las armas. No-Do: Elecciones 15 junio de 1977.

El 30 de mayo de 1982. España se convirtió en el miembro número dieciséis de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Esto está difuso en mi memoria. Me hace jugar con los recuerdos. Ya había más color. Hoy sé que era necesario. España ingresa en la OTAN (1982).

La inolvidable Copa del Mundial de Fútbol de 1982. Magnífico verano de cromos de Naranjito. El color, por fin, inunda España. Por los análisis posteriores del acontecimiento deportivo, sería de aplicación el dicho popular de “Lo que mal empieza, mal acaba”. Y es que la Copa del Mundial de Fútbol de España tuvo un sorteo patético y un mal papel de ‘La Roja’, pero dejó momentos inolvidables.

Las elecciones generales del 28 de octubre de 1982, que gana el PSOE con mayoría absoluta. Yo tenía 10 años entonces. Visualizo perfectamente las imágenes de unos pletóricos Felipe González y Alfonso Guerra. También la esperanza y la inmensa alegría por ganar el futuro. Es una fecha histórica que, para algunos estudiosos, supone el fin de la Transición política española. Los resultados electorales fueron espectaculares: El PSOE consiguió 202 de los 350 escaños del Congreso, 134 en el Senado y casi la mitad del total de sufragios válidos emitidos. La imagen de miles de personas echados a la calle para celebrar este histórico triunfo forma ya parte integrante del imaginario colectivo de todos los españoles. Felipe González celebra la victoria socialista en 1982.

La Firma del Tratado de Adhesión de España para entrar en la Unión Europea, un 12 de junio de 1985, en el Salón de Columnas del Palacio Real de Madrid. Esta incorporación se realizó al mismo tiempo que la de Portugal, entrando en vigor el

1 de enero del año siguiente. Tras esta adhesión, se produjo en España un increíble período de prosperidad económica, en el que durante cinco años seguidos logró el mayor índice de crecimiento de toda la Comunidad Europea. Esta adhesión, además del progreso económico, supuso la salida del aislamiento internacional que padecía España desde la Declaración de Potsdam, en agosto de 1945 y la estabilización de la recién instaurada democracia. La adhesión española a la CEE.

Y, finalmente, indico la fecha del 14 de diciembre de 1988, en la que se produjo la primera huelga general en España, como momento significativo de la convulsa época de la Transición política española. Me estremezco cada vez que la recuerdo. Yo, por entonces, vivía en una residencia de niñas. Mis recuerdos son de miedo, de mucho miedo y de silencios. La perspectiva del tiempo me ha hecho comprender la existencia de realidades paralelas. La primera huelga general.

En el momento de afirmar que la perspectiva del tiempo le había hecho comprender la existencia de realidades paralelas, volvió a nuestra interesante conversación un profundo silencio. Pareciera que el tiempo se hubiera quedado congelado en aquel preciso momento, trayendo a nuestras memorias imágenes, sonidos, olores, sabores y sensaciones táctiles propias de otra época, ya muy lejana.

—En estos momentos —me comenta Ana, rompiendo este largo y profundo silencio— estoy escuchando internamente: *Canto a la libertad*, de Labordeta; *Al Vent* de Raimon; *Libertad sin ira*, de Jarcha. *Para la libertad*, de Serrat. También resuenan en mi interior aquellas inolvidables canciones de los años ochenta y parte de los noventa, formando parte integrante de mi vida y de mi ser: *La chica de ayer*, de Nacha Pop; *Cadillac solitario*, de

Loquillo; *Déjame*, de Los Secretos; *Maneras de Vivir*, de Leño; *Bienvenidos* de Miguel Ríos...

¿Y, cómo no? mis verbenas en el pueblo, mis sábados de Llanas burgalesas, así como *¿A quién le importa?*, de Alaska, mi motor y mi empuje para subir, con trece años, una escalera, peldaño a peldaño, hasta alcanzar un cuarto piso y después ir arrastrando una maleta colmada y pesada hasta mi habitación de una residencia de niñas, al tiempo que —en un acto de fortaleza— me iba mordiendo los labios para no llorar, y que no me vieran llorar.

—Es que los años 80 estuvieron marcados por enormes contrastes, tensiones y tragedias, pero también por grandes avances —comenté tocando con mi mano derecha uno de sus hombros, tratando de mostrar mi empatía hacia sus sentimientos de dolor y confusión durante su etapa de adolescente, en un contexto nacional e internacional convulso. Luego, prosiguió con su emotivo recordatorio.

—Sigo recordando —como si fuera hoy mismo— viéndome en una alfombra del salón con apenas dos años, frente al televisor, totalmente concentrada. Me veo a mí misma sobrecogida, al contemplar las duras fotos e imágenes de los atentados de ETA; interesada por los enjundiosos debates, entre el humo de puros y cigarros de *La Clave*, dirigida y presentada por el tristemente fallecido esta semana José Luis Balbín; aterrorizada con las perturbadoras *Historias para no dormir* de Chicho e Narciso Ibáñez, Estanis González, Lola Lemos, Fiorella Faltollano, Blanca Estrada y otros tantos; dibujos animados, Heidi, D'Artacán y los tres mosqueperros, Los Picapiedra, Scooby-Doo, Vicky el vikingo, Pipi Calzas Largas, Jackie y Nuca, Marco, Don Quijote de la Mancha, Érase una vez... el hombre, La Abeja Maya, La vuelta al mundo de Willy Fog, Candy

Candy (...); Películas, Sandokán, Tarzán, y programas como *La Bola de Cristal* (...), y obnubilada con el ingenio, las cantinelas y el colorido de *Un, dos, tres*, el considerado mejor programa-concurso de la historia de la televisión, dirigido por Chicho Ibáñez.

—¡Que genio Chicho Ibáñez Serrador! ¡Que maravillosa Ruperta! ¡Qué fantásticos los sufridores! ¡Qué gran programa, el *Un, dos, tres*! —exclamé interrumpiendo su interesante resumen televisivo. Luego, me empleé a fondo, trasladando a mi interlocutora mis conocimientos sobre este histórico programa: 10 temporadas, 411 programas, 32 años en la pequeña pantalla.

Comenzó en 1972 y supuso una revolución en la forma de hacer televisión en España. Desde la cultura, en la primera parte del programa, hasta las actividades físicas con ‘la eliminatoria’ pasando por las habilidades sociales y mentales que exigía ‘la subasta’. Claramente, el gran Chicho consiguió aunar en un solo programa de entretenimiento los concursos que se habían emitido hasta entonces. Decorados nuevos, actores, humoristas, artistas invitados, las famosas secretarías e inolvidables presentadores de la talla de Kiko Ledgrad, Mayra Gómez Kem, Jordi Estadella, Miriam Díaz Aroca, Josep Maria Bachs o Luis Larrodera.

¡Ay, la televisión! —volví a exclamar. Por cierto que, por aquellos años 80, donde los niños y las niñas como tú veían esos maravillosos programas de entretenimiento, enjundiosos debates e impactantes informativos, ya habían transcurrido más de 20 años desde la primera emisión de TVE, en la que el ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias-Salgado, pronunció aquel histórico: *«Hoy, día 28 de octubre, domingo, día de Cristo Rey, a quien ha sido dado todo poder en los Cielos*

y en la Tierra, se inauguran los nuevos equipos y estudios de la Televisión Española».

—Una televisión —me comentó interrumpiendo mi exposición— que conformó mi personalidad, interesada por el conocimiento, el debate de ideas o la confrontación de perspectivas. Una televisión que me ayudó a analizar y comprender la realidad; una realidad, a veces en blanco y negro y otras en color; unas amable y otras amarga; unas comprensible y otras incomprensible. En aquella época me formé la idea de ser algún día informadora, presentadora, política o meteoróloga.

—Una educación a través de la televisión —añadí— que complementaste con la de los libros.

—Sí, en efecto, libros, siempre libros, auténticas torres de libros. Era tal la pasión por la lectura que yo misma me proponía leer cada mes el mayor número de libros posibles. Devoraba colecciones completas del estilo de *“Las aventuras de los Cinco”*, *Las Mellizas en Santa Clara*, *Los Hollister* o *Resuelve el misterio*.

Los leía con fruición, en horas hábiles e inhábiles, o esperando al Bibliobus. Los pedía con motivo de mi comunión o por cualquier otro motivo, justificado o injustificado. Mis estanterías, mis maletas, mis bolsos y mis coches estaban repletos de libros, es decir, de saber, conocimiento, fantasía, creatividad, ilusiones y esperanzas. En fin, libros, siempre libros. Cada vez más. Una bella pasión por la lectura —con la que creo haber venido a este mundo con innumerables libros debajo del brazo—, porque, hoy, recuerdo con gran emoción que, cuando en mi casa no había libros y yo apenas comenzaba a leer, cogía los catálogos del trabajo de mi padre y juntaba letras y construía frases.

Un nuevo y largo silencio paró nuestra conversación, invitándonos a la reflexión. Ahora en torno al significado profundo de unos grandes maestros de la vida: los libros. Esos maestros que nos enseñan de forma divertida y amena; que nos hacen viajar hacia lugares a veces inexplorados; a comprender la realidad que nos ha tocado vivir; a producir emociones; a ayudarnos a crecer como personas; inculcarnos valores con sus historias y enseñanzas; a traer a nuestra memoria recuerdos que teníamos sepultados en lo más profundo de nuestro inconsciente; y, también, cómo no, a formar un espíritu crítico para, en la línea que apuntó el filósofo José Ortega y Gasset en su emblemática obra, *La rebelión de las masas*, conformar personalidades selectas como la de Ana, mi interlocutora, a la que, por la fuerza del destino, he tenido el privilegio de conocer. Rompo este silencio con una pregunta que le formulo a bocajarro.

—¿Existe algún período de tu vida que te haya marcado especialmente?

—Bueno, yo creo que todos los periodos de nuestra vida tienen su propio significado —me responde de un modo pausado y reflexivo, consciente de que mi pregunta no puede ser respondida, así como así.

—Sí, claro —asentí. Yo también creo que todas y cada una de nuestras etapas vitales son como peldaños que nos hacen subir hasta donde nos encontramos en un momento dado. Algunas son muy intensas; otras, sin embargo, más anodinas. Pero, todas, sin excepción, son imprescindibles para entender lo que somos y deseamos. Así que, por estos derroteros va mi nueva pregunta.

—Pues, en este sentido que me indicas, voy a hablarte de un periodo de mi vida que yo calificaría de extraordinario y emocionante. Para mí fue un gran privilegio poderlo vivir. Lo

sitúo entre mayo del año 2009 y octubre del 2012, aunque lo podría alargar hasta avanzado enero del año 2013. Estoy hablando de la IX Legislatura del Parlamento Vasco.

Te tengo que aclarar que mi relación con esta magnífica tierra del País Vasco y la de Navarra, es muy estrecha, pues gran parte de mi familia, tanto materna como paterna, emigraron allí; también mis padres. Mi madre, por un periodo más corto; el de mi padre fue durante largos años. Hoy, las nuevas generaciones continúan haciendo de punto de unión entre nuestra tierra burgalesa, la vasca y la navarra.

Yo viví por largas temporadas con mis tíos en Rentería. Vi, oí y olí, el enfrentamiento diario que se vivía en aquellas calles... los incendios, las piedras, los lanzamientos de objetos, basura, y líquidos, a través de las ventanas... yo viví el odio y el miedo; pero, también, las risas, el olor a mar, los paseos en la vespa de mis primos, y el calor del hogar.

Por eso, y por más, cuando recibí la llamada para formar parte del Gobierno del recién elegido Lendakari Patxi López, me embargó la alegría, la ilusión y las ganas. Sabía que podía aportar a aquel Gobierno mi trabajo, mis conocimientos, mis ideas, mis proyectos, mi profesionalidad, mi tiempo y mi vida. Sabía que era un momento histórico y que formaría parte de él.

—Patxi López —comento tratando de contextualizar el momento—, ha sido el primer Lehendakari del Gobierno vasco no nacionalista, jurando su cargo un jueves 7 de mayo del año 2009, en la Casa de Juntas de Gernika, bajo el roble, haciendo uso de una fórmula nueva. Alcanzó esta alta e histórica responsabilidad con el apoyo de su grupo, del PP y UPyD, sumando 39 de los 75 votos del Parlamento Vasco. El otro candidato, Juan José Ibarretxe, sumó 35 (30 de su grupo, el

PNV, 4 de Aralar y 1 de EA. Por su parte, EB, tal y como había anunciado con antelación, se abstuvo.

—¿Te llamó la atención que afirmara ese día que «*Yo seré el Lehendakari que estará cada día frente a ETA?*»

—Me pareció coherente y consecuente con su trayectoria.

—Plenamente consciente —añadí yo, con la intención de seguir contextualizando aquel momento— de que el terrorismo ha marcado la historia reciente de España, desde los años sesenta, violando los principios democráticos, reduciendo las posibilidades de participación política de forma libre e igual; originando grandes costes materiales y de seguridad; deteriorando la convivencia al atacar nuestros derechos humanos más elementales; y, evidentemente, afectando brutalmente a sus víctimas, la consecuencia más trágica del empleo de la violencia. En fin, en nuestra memoria personal y colectiva quedarán grabadas con fuego las personas asesinadas, heridas, secuestradas, extorsionadas y amenazadas y sus repercusiones dentro de su entorno de familiares y amigos.

—Así es. Con este objetivo principal marcado por nuestro nuevo Lendakari me embarqué ilusionada a trabajar, trabajar y trabajar, tratando de gestionar lo mejor posible las tensiones, los enfrentamientos, las imposibilidades y las imposiciones. No había nada entonces que se interpusiera en el camino que yo me había trazado: ni el arduo trabajo, ni las reuniones sin fin, ni las muchas horas delante del ordenador, ni de las conversaciones y negociaciones interminables, ni las visitas con acuerdos y desacuerdos; tampoco el traslado diario de Burgos a Vitoria, de una hora de ida y otra de vuelta, con nieblas, hielos, viento, lluvia y sol.

—Unos momentos, sin duda, difíciles y estresantes —comenté.

—Pero la vida, como bien sabes José Antonio, tiene también momentos gratos y cálidos, que yo tuve el privilegio de disfrutar. Así que, también recuerdo gratamente los homenajes, los congresos, las entregas de premios, los actos, y nuestras fructíferas reuniones de la Lehendakaritza; así como los brindis con Txakoli. La amistad, sí la amistad, la profunda amistad y los afectos y los arropes, necesarios hoy y siempre.

—¿Alguna curiosidad, anécdota, algo que comentar y que no te gustaría dejar en el tintero o para otro momento? —pregunté. Ya sabes, Ana, que los periodistas siempre estamos a la caza y captura del titular.

A lo que, tras unos breves instantes de reflexión me respondió:

—Sí, creo que te puedo proporcionar uno. Se produjo dentro del contexto del penúltimo atentado de la banda terrorista ETA, un 29 de julio de 2009, en la Casa-Cuartel de la Guardia Civil en Burgos. En ese momento dormían en su interior 118 personas, de las que 41 eran niños. Afortunadamente, no hubo que lamentar víctimas mortales, pero el infame atentado dejó muchos afectados. Entonces le pregunté a mi consejera, la señora Isabel Celaá (que luego, como sabes, ocuparía los cargos de ministra de las carteras de Educación y Formación Profesional y de Portavoz del Gobierno de la Nación, entre los años 2018 y 2021) si los Cuerpos y Miembros de la Seguridad del Estado estaban al tanto de mis desplazamientos, de madrugada y ya avanzada la noche, entre Burgos y Vitoria. Es que, por primera vez en mi vida, había sentido miedo.

Antes de aquello, había amigos y familiares que ya tenían reticencias en ir a mi lado y montarse en mi coche. Aunque me sentía segura por convicción, al disponer de un coche del gobierno, diferente cada mes por razones de seguridad, así como de un servicio de escoltas, para determinadas operaciones dentro

del desarrollo de nuestro trabajo, debo admitir que la realidad era otra.

—¡Y bien que lo era! —exclamé.

—Es que las acciones terroristas no cesaban. En el año 2009 se produjeron dos atentados con víctimas en Arrigorriaga y Calviá. Este último, donde murieron dos guardias civiles, se perpetró al día siguiente del intento de una masacre en Burgos. Mi ciudad ya había vivido momentos terribles por causa de ETA. El 1 de julio de 1997 vimos salir de un vehículo a Ortega Lara, después de pasar 532 días encerrado en un zulo en Mondragón. Ortega era mi vecino, vivía frente a mi casa.

—¿Qué recuerdas especialmente de aquel trágico día?

—Recuerdo perfectamente que aquel día salimos a la puerta de la sede del gobierno en Vitoria. Isabel Celaá sustituía a Patxi López por encontrarse fuera de España en viaje institucional. Me pidió que me colocara a su lado. La imagen, el momento, se reprodujo en todos los medios de comunicación. Mi familia, mis amigos y los hijos de mis amigos, me vieron; y sé que tuvieron miedo.

—Pero un día, todos pudimos vislumbrar la luz al final del túnel...

—Sí. En el año 2010 se produjo el último atentado con víctimas en Dammarie-les-Lys. Y fue aquel inolvidable 20 de octubre de 2011, cuando la organización terrorista anunció *el cese definitivo de la actividad armada*.

Esos momentos, ese ambiente, ese ánimo, esas miradas, esos abrazos, esas lágrimas, forman parte mí. Todos y todas contribuimos un poco. Otros lo dieron todo, hasta su propia vida.

Al terminar, cuando a finales de enero de 2013 regresé a Madrid, dejaba mucho y bueno hecho. Reformas de calado. Normas avanzadas. Acuerdos necesarios. Dejaba un parte de mí. Me llevaba amistades para siempre e imágenes únicas e irrepetibles.

—¡Uf! —exclamé—, permíteme, querida Ana, que, por unos instantes sosiegue mi alma. Te confieso que me vendría bien llorar un poco con el fin de serenar mi alma, al contemplar tanta maldad y dolor perpetrado. Si no lo hago en este preciso momento no es por no tener ganas, que las tengo y a raudales; ni tampoco porque sea de la generación de “los hombres no lloran”; es que, como a la mayoría de los españoles, ya casi no me quedan lágrimas que derramar, después de tantos años de dolor y de miedo. Pero, eso sí —esto sí que puedo hacerlo— pedir la palabra para escribir, con el mismo deseo auténtico del poeta vasco Blas de Otero, *En defensa del reino del hombre y su justicia*.

—«Escribo —empezó a recitarme Ana, sorprendiéndome una vez más con su erudición, con los versos sublimes de Blas de Otero— *en defensa del reino del hombre y su justicia. Pido la paz y la palabra. He dicho “silencio”, “sombra”, “vacío” etcétera. Digo “del hombre y su justicia”, “océano pacífico”, lo que me dejan. Pido la paz y la palabra*».

De nuevo, otro silencio, éste de carácter sepulcral. Tenía la convicción de que Ana ya me había trasladado lo esencial de su bagaje —rico, intenso, interesantísimo— personal y profesional. Sin embargo, no podía dejar de pasar esta oportunidad para que me trasladara su visión de la figura humana, política y jurídica de D. Francisco Tomás y Valiente; y también, cómo no, de cómo influyó en el proceso de la Transición su asesinato.

—Pues, verás, José Antonio. Francisco Tomás y Valiente había afirmado en cierta ocasión que *«Cada vez que matan a una persona, nos matan a todos un poco»*. Cuando él mismo fue asesinado en su despacho de catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid tenía 63 años de edad y hacía cuatro años que había dejado de ser presidente del Tribunal Constitucional. Su asesino, Jon Biezobas Arretxe, alias “Karaká”, disparó sin misericordia contra el expresidente del Constitucional mientras hablaba por teléfono. Aquel brutal crimen consumado el “Día de los enamorados” del 14 de febrero de 1996, ocasionó una extraordinaria reacción popular en forma de manifestación multitudinaria, reuniendo a más de 850.000 personas para exigir el fin de la violencia de ETA. En el año 2007, Biezobas fue condenado por este crimen a 30 años de cárcel por la Audiencia Nacional.

—Ahora ya sólo nos queda seguir recordándole, a través de su legado, intelectual, jurídico, ético y moral. También, con honores y reconocimientos.

—Así es. Francisco Tomás y Valiente ya ha recibido innumerables honores y reconocimientos, como La Orden del Mérito Constitucional. Por su parte, El Centro Superior de Investigación y Promoción de la Música de la Universidad Autónoma de Madrid, en colaboración con la Fundación Cultura de Paz y la Facultad de Derecho, organiza el concierto —homenaje a Francisco Tomás y Valiente todos los años, por febrero. Se trata de un reconocimiento póstumo a todo lo que él representó en vida: como persona, como jurista, como humanista y como referente moral.

—Ciertamente, hablar de Francisco Tomás y Valiente es hablar de un jurista de una talla excepcional, tanto en lo profesional

como en lo humano —comenté, apostillando su entrañable reflexión.

—Sí, efectivamente —asintió. A pesar de su ausencia, tenemos la suerte de contar con su grandioso legado intelectual, jurídico, ético y moral. Su archivo personal fue donado por sus herederos al Tribunal Constitucional, en cuyo Archivo General se conserva. También pueden resultar de interés sus columnas y tribunas, publicadas en *El País*: *ETA y nosotros*, *A vueltas con la Transición*, *Sobre la tortura y otros males menores*, *Razones y tentaciones del Estado*, etc.; todos ellas dan muestra, más que elocuente, de la elevada talla intelectual, jurídica, ética y moral de este gran hombre y personaje público.

Cuando sentí que casi ya todo estaba dicho y consumado, le pedí a Ana, con la que he tenido el inmenso placer de mantener esta intensa e interesantísima conversación en torno al *EL ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN*, ante la atenta mirada del espíritu impregnado en el conjunto escultórico *In Memoriam* de Don Francisco Tomás y Valiente, un cierre inolvidable, un broche final, un recuerdo imborrable, una reflexión final inapelable, respondiendo libremente a mi última pregunta.

—¿Consideras que podemos hablar del llamado *ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN*? ¿Qué es para ti? ¿Qué queda en nuestros días de él? ¿Qué enseñanzas éticas y morales (o de otro tipo) conlleva ese “espíritu” para las nuevas generaciones? ¿Crees que es trasladable a otros contextos, dentro y fuera de nuestro país?

—Te respondo encantada, José Antonio. Creo que todas estas preguntas sobre la Transición política española que me acabas de formular contienen el mismo trasfondo, pudiéndolas situar en un mismo paralelo. Para tal fin, y como no podía ser de otra manera, haciéndome eco de una de las Tribunas de Francisco

Tomás y Valiente, la que él publicó en el diario El País, el 31 de octubre de 1995, titulada “A vueltas con la Transición”. Te leo algunos extractos:

«La Transición fue una sinfonía coral sin partitura, que se interpretó en un concierto sin espectadores, porque nadie se quedó fuera del escenario, sino que cada cual, o tocaba un instrumento, o coreaba con su voz aquello de Libertad».

«Como no hubo partitura, nadie pudo actuar como director del concierto, cuya función consiste en eso, en interpretar la música escrita. No hubo un hombre solo que llevara en su mano la batuta. Ni siquiera el Rey»

«Quienes vivimos aquello rememoramos con orgullo y sin arrepentimiento: la viva solidaridad que entonces hubo entre todos los españoles demócratas. El grito antes recordado se clamaba por igual en Salamanca o en Madrid, en Barcelona o en Valencia, con la única hermosa variante de la lengua en que se decía. Todas las gargantas sabían lo que pedían»

«No obstante, entre todos, conseguimos la mayor parte de lo que entre todos nos propusimos. Recordémoslo como obra colectiva, como algo que nos une, cuando todo o casi todo parece, enfrentamos como si no tuviéramos raíces comunes».

«Si partitura no hubo, lo que sí sabíamos muy bien todos los españoles, salvo unos cuantos poderosos energúmenos que nunca han de faltar, es que queríamos pasar de la dictadura a la democracia sin violencia. Esa fue la esencia de la Transición, la fórmula unánime que subía desde abajo».

«Aquel proceso histórico fue único y es irrepetible»

—¡Magnífico! ¡Qué más se puede decir al respecto! —exclamé.

Sí, creo que con ello quedaría dicho todo y más sobre la Transición. Aun así, me vas a permitir que haga más otras palabras: las de Julián Casanova autor, junto a Carlos Gil Andrés, de la magnífica obra *Historia de España en el siglo XX*. Rescato la siguiente certera reflexión que, comparto y expongo, para seguir dando respuesta a tu pregunta:

«La Transición, conducida desde arriba por las élites políticas procedentes de la dictadura, empujada desde abajo por la oposición democrática y una amplia movilización social, puede ser modelo de muchas o pocas cosas, dependiendo del relato, pero será difícil encontrar las virtudes de su supuesto espíritu de pacto, y de superación de los intereses partidistas, en aquellos Gobiernos. A no ser que se defienda la leyenda rosa del pasado ejemplar».

JUVENTUD DESPIERTA

Eloy Sánchez Sánchez

¡Qué no, que no...! Que aquel famoso programa musical de TVE se llamaba *La juventud baila* y, no, *Juventud despierta*. Y concreto más: en puridad, *La juventud baila* no era un programa, sino un espacio dentro del emblemático *Aplauso*, un espectáculo musical que fue emitido por Televisión Española entre los años 1978 y 1983.

Me siento obligado a aclararlo no sea que, usted, amigo lector, se esté haciendo la idea de que este capítulo que he titulado *Juventud despierta* tiene alguna relación con el mundo del espectáculo. O, quizás, sí, ¿quién sabe?, pues los designios del Señor son inescrutables. Por si acaso, permítame que haga un salto en el camino y me refiera, aunque sea brevemente —ya que me he metido yo solito en el charco— a *Aplauso*, y una de sus secciones más recordadas: *La juventud baila*.

Al parecer, *Aplauso*, fue una decisión del Gobierno provisional que, por aquel tiempo, estaba redactando la Constitución Española junto con la mayoría de las fuerzas políticas. Su propósito principal era promover un programa específico para jóvenes, cubriendo un hueco dentro de la programación, donde tuvieran cabida las tendencias musicales del momento. No pretendía explorar tendencias minoritarias y de “contracultura” del estilo de *Popprograma*, emitido por TVE-2, con históricos comunicadores como Carlos Tena, Moncho Alpuente, Ramón Trecet, Ángel Casas o Diego A. Manrique, sino que fue una

apuesta por difundir la música más comercial, la que estaba en las listas de ventas, explorando al mismo tiempo el fenómeno sociológico incipiente de “los fans”.

Aplauso comenzó a emitirse un miércoles 9 de junio del año 1978, bajo la dirección inicial del mítico José Luis Urribarri y la realización de Hugo Stiven. Recuerdo vivamente que los presentadores, cuyos nombres y rostros siguen hoy en día para muchos españoles presentes en el imaginario colectivo (Urribarri, José Luis Fradejas, Silvia Tortosa, Nacho Dogan, María Salerno, Mercedes Rodríguez, María Casal, Amparo Larrañaga, Adriana Ozores etc) manejaban una revista de papel, para hacer visible al telespectador que este programa tenía una estructura parecida al de este medio: portada, páginas centrales, póster central y contraportada.

Los que ya peinamos canas seguimos recordando con nostalgia aquel inolvidable programa de la Transición, pensado para entretener al público infantil y juvenil las tardes de los sábados. Y es que, aquel inolvidable programa musical, simboliza toda una época, caracterizada por los cantantes melódicos, ídolos de quinceañeras y una estética de pantalones campana y chaquetas de amplias solapas.

Seguimos recordando especialmente *La juventud baila*, una sección conducida por José Luis Fradejas que, aun siendo su única experiencia televisiva, continúa siendo uno de esos rostros de la televisión asociado a una época. Por cierto, no puedo pasar por alto que esta sección del programa supuso el debut televisivo de la popular actriz y presentadora Miriam Díaz-Aroca. Tampoco que, dentro de la página infantil, se produjeron los lanzamientos de grupos y cantantes tan recordados como Parchís, Enrique y Ana, Teresa Rabal o Regaliz. Y, en la del humor, los históricos Fernando Esteso, Andrés Pajares, Bigote

Arrocet, Martes y Trece, Arenas y Cal, Miguel Gila, Lussón y Codeso, Los Hermanos Calatrava, Zori y Santos o las Hermanas Hurtado.

Tras el cambio de Gobierno, en diciembre de 1982, la nueva dirección de RTVE decidió pasar página, sacándolo por última vez de la programación el día de Año Nuevo de 1983.

A primera vista, esta curiosidad —finalización del programa musical *Aplauso*— no parece que pueda generar interés alguno para un historiador o estudioso de la Transición, al ser irrelevante para determinar el final de esta época histórica; sin embargo, suscita la siguiente pregunta: ¿Se podría inferir que el final de este emblemático programa infantil y juvenil marca también el final de la llamada época de la Transición?

Evidentemente, la respuesta debe ser negativa. Sería muy exagerado afirmar que el final de este programa televisivo constituye un hecho histórico en sí mismo que clausura la llamada época de la Transición; sin embargo, sí podemos convenir que fue uno de los innumerables efectos colaterales del cambio de gobierno que se produjo, tras las elecciones de octubre de 1982; un hecho histórico que, para algunos, sí marcó el final de la Transición política española.

Nosotros hoy vamos a sacar a *Aplauso* con su sección *La juventud baila* del “baúl de los recuerdos”, por motivos que a continuación les expongo.

Una de las frases inolvidables de la película *Gladiator*, inspirada en una obra sobre los gladiadores del escritor estadounidense Daniel P. Mannix, estrenada el 5 de mayo del año 2000, afirma que: «*Lo que hacemos en la vida tiene su eco en la eternidad*». Desconozco si uno de los principales artífices de la Transición, Adolfo Suárez, la vio; de lo que sí estoy seguro es de que durante

toda su trayectoria vital tuvo siempre presente este principio universal de que lo que hacemos en la vida tiene su eco en la eternidad, tanto en este mundo como el siguiente.

A través de innumerables testimonios, podemos constatar que, desde muy joven, tenía un sueño muy arraigado: llegar a ser presidente del Gobierno de España. Entre estos testimonios, leemos en la obra *Los que le llamábamos Adolfo*, de Luis Herrero que «*Solía descubrirse a sí mismo escribiendo en trozos de papel su nombre y el destino profesional que acariciaban sus sueños: futuro presidente del Gobierno*».

Sus discursos pausados, sensatos, analíticos y audaces; su cercanía en el trato personal, con el que era capaz de singularizar a cualquier interlocutor, haciendo que se sintiera la persona más importante del mundo; sus frases inmortales, entresacadas de sus grandes discursos parlamentarios o declaraciones públicas, donde aquilataba cada una de sus palabras hasta desposeerlas de impurezas indeseables con el fin de impactar, no solamente al auditorio del momento, sino también del futuro; su radiante personalidad, conformada a base de ciertas virtudes como a nobleza, gallardía, coraje, valentía, audacia, enorme intuición, patriotismo, capacidad de sacrificio, integridad moral y honestidad nos descubren a un hombre y a un político consciente de que todos nuestros actos tienen su eco en la eternidad.

En este sentido, siempre he creído que su histórico discurso de dimisión — minuciosamente elaborado— del 29 de enero de 1981, para explicar a la sociedad española las razones que le llevaron a presentarla de modo irrevocable, estaba pensado en clave de juicio para la historia. Entre estas razones se encontraba la de haber llegado al convencimiento de que su marcha era más beneficiosa para España que su permanencia en la Presidencia, aclarando que no se iba por cansancio, ni por haber sufrido un

revés superior a su capacidad de encaje; tampoco por temor al futuro; se iba, en fin, porque las palabras parecían no ser ya suficientes y era preciso demostrar con hechos lo que somos y lo que queremos.

En un interesante artículo de opinión titulado *Adolfo Suárez, una personalidad irrepetible*, Enrique Castaños, profesor de Historia del Arte de la Universidad de Málaga, afirma que:

«El fallecimiento de Adolfo Suárez dejó a España sumida en una verdadera orfandad, pues los valores humanos, cívicos y políticos que él encarnó de modo irrepetible e inmarcesible, ni se han dado posteriormente en ningún personaje público español, ni se dan en las actuales circunstancias históricas, y es muy posible que con extrema dificultad se vuelvan a dar en el futuro, si es que alguna vez— ¡Dios lo quiera! —surge en España un hombre de su talla, de su valía y de su grandeza. Esta grandeza se ha ido acentuando y consolidando con el paso del tiempo, no como una entelequia retórica y vacía, sino como una característica real e incontestable de Adolfo Suárez como hombre, es decir, como persona y como servidor público».

Pues bien, compruebo que esta reflexión del profesor Castaños, realizada para homenajear la figura de Adolfo Suárez, vuelve a ser de plena actualidad. Y es que, resulta que *La Juventud Despierta*, una asociación de estudiantes de la Universidad Carlos III, ha conseguido hacer viral la publicación de un fragmento de una entrevista realizada por la periodista Mercedes Milá a Adolfo Suárez, dentro del programa de TVE, *Jueves a jueves*, que fue emitida el 22 de mayo de 1986.

En esta entrevista, Suárez, dibujaba fielmente un panorama político muy parecido al que podemos contemplar en nuestros días. ¿Se situó entonces el conductor de la Transición en “modo Gladiator”, pensando en que algún día sus palabras fueran

recordadas para que sirvieran de inspiración para las posteriores generaciones?

Mercedes Milá, la periodista que innovó el género de la entrevista con sus preguntas directas e incisivas, y tuvo el privilegio de hacerle esta histórica entrevista, ha comentado que no le resultó sencillo entonces que Adolfo Suárez se la concediera porque, como gran conocedor del mundo audiovisual, sabía perfectamente lo que podía ganar, pero también lo que podía perder. Finalmente, me la dio —ha declarado— ya ‘in extremis’, siendo emitida en mi programa *Jueves a jueves*, el jueves anterior al comienzo de la campaña electoral.

La entrevista en cuestión no tiene desperdicio. Al visualizarla de nuevo nos encontramos con estas profundas reflexiones:

«Hay que hacer muchas transformaciones hacia las metas e ideales de justicia porque, si no, nos instalamos en un pragmatismo en el que vale todo con tal de continuar en el poder».

«Hemos transmitido, mal quizá, la imagen de que no nos importa más que conseguir el poder o permanecer en él».

«Los valores son imprescindibles cualquiera que sea la ideología que tenga un ciudadano, por una razón muy sencilla: si no, no alcanzaremos jamás la modernidad ni conseguiremos que España sea un país respetado y respetable en el interior, y respetado y respetable fuera».

Con estas y otras perlas de sabiduría política, Adolfo Suárez pretendía, lógicamente, ganarse la confianza de su electorado; pero, quién sabe, si también fueron pronunciadas por él para dejar una impronta, una huella, un eco para la posteridad.

La batalla electoral se celebró el domingo 22 de junio de 1986. El presidente del Gobierno, Felipe González, había firmado el 28 de abril el decreto de adelanto electoral, aprovechando el éxito político del Gobierno obtenido en el Referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, celebrado el 12 de marzo.

En estos comicios, el PSOE logró revalidar la mayoría absoluta obtenida en 1982, aunque con 18 escaños menos y la pérdida de más de un millón de votos. Alianza Popular de Manuel Fraga se consolidaba como la segunda fuerza política, tras la definitiva desaparición de UCD en 1983. El CDS de Adolfo Suárez se convirtió en la tercera fuerza política, con 19 diputados. Y la llamada “Operación Roca”, el proyecto político novedoso liderado por el político catalanista, Miquel Roca, creado para ocupar el espacio político del centro, fue un rotundo fracaso, al no conseguir ninguna representación parlamentaria.

De aquella época se sigue recordando el incidente televisivo, producido tres días antes de las elecciones, en el que, en un resumen del partido España-Dinamarca correspondiente al Mundial de fútbol “México-86”, de la segunda edición del Telediario de Televisión Española, se sobreimprimió la palabra “PSOE”, en el primer gol de la selección española, marcado por Emilio Butragueño. El incidente trajo cola, siendo considerado por diversos sectores como manipulación informativa.

Desde aquellos años apasionantes, en los que se sentaron las bases de nuestro actual sistema democrático, ha llovido mucho, como solemos decir. Lamentablemente, hoy, contamos ya con innumerables opiniones autorizadas que nos alertan de un ataque permanente a los pilares esenciales de la democracia. Y la sociedad civil, percibiendo una degradación muy seria de estos fundamentos esenciales que rigen la convivencia entre todos los españoles, está empezando a alzar su voz.

Juventud Despierta es una de las innumerables voces de la sociedad civil. Sus miembros se describen como una agrupación juvenil que surge contra la manipulación política, la tergiversación histórica y la polarización social; además, consideran que su asociación está alejada de ideologías y con una visión crítica, transversal y renovadora de nuestra sociedad.

—No pretendemos ocupar ningún espacio político —me comenta con absoluta convicción Eloy Sánchez, presidente de *Juventud Despierta*, en un encuentro que mantenemos en la Universidad Carlos III de Madrid—, sino hacer que estos espacios políticos sean ocupados por la razón, sofocando los incendios provocados por las ideologías políticas que, en lugar de centrar sus esfuerzos en la búsqueda de puntos que unen, lo hacen en los que desunen.

—¿Pero entonces —le pregunto— partís de la base de que las ideologías son perjudiciales “per se” para la sociedad?

—Cuando hablamos de ideologías —me aclara— no nos estamos refiriendo a las ideas basadas en profundos fundamentos filosóficos, sino a esas ideas vagas, vacías de contenido, concebidas sólo y exclusivamente para conquistar el poder. Esas que tienen la facultad de adaptarse al entorno, al contexto histórico y social del momento con el propósito principal de alcanzar objetivos políticos. En este sentido creemos que el expresidente Adolfo Suárez se refirió a ellas en su famosa entrevista con Mercedes Milá. Nos advirtió de los peligros de “instalarse en el pragmatismo”, un modo de entender la política en el que todo vale, con tal de permanecer en el poder.

—Aceptando este evidente estado de cosas, en el que la política ha dejado de ser un instrumento para mejorar las condiciones de los ciudadanos... ¿Qué labor pueden hacer las nuevas

generaciones para revertir esta situación que no beneficia a la sociedad en su conjunto?

—Somos conscientes de que revertir la actual situación en la que se ha instalado esta vieja política no es fácil. Sabemos que no podemos irnos a dormir por la noche deseando fervientemente que las cosas cambien para bien, y despertarnos a la mañana siguiente viendo cumplido el sueño deseado. Somos conscientes de que hay mucho por hacer, pero como dice un viejo proverbio: *«Todo largo camino comienza con un primer paso»*. Creemos que nuestra asociación “Juventud Despierta” ya ha dado este primer paso, determinando en nuestros estatutos combatir la polarización social como objetivo esencial.

—¿Por qué consideráis que la polarización social debe ser el principal objetivo que se debe combatir?

—Porque somos plenamente conscientes de que ningún país dividido y fragmentado ha alcanzado altas cotas de progreso y bienestar social. Por este motivo, es necesario fomentar desde los primeros años una educación basada en la tolerancia y la comprensión del que piensa diferente a nosotros.

Porque, en esencia, ¿en qué consiste la democracia? Hoy parece que consiste en vencer al adversario político; a construir mayorías para aplastar políticamente a las minorías. Sin embargo, la verdadera democracia no consiste en vencer hasta eliminar, sino en convencer hasta sumar. En este sentido, podemos considerar a Adolfo Suárez como una clara encarnación del espíritu democrático por su tolerancia y capacidad de diálogo con todo el mundo.

—Sí, en efecto, Adolfo Suárez, llegó a decir que: *«A su juicio, la Transición fue, sobre todo, un proceso político y social de reconocimiento y comprensión del distinto, del diferente, del*

otro español que no piensa como yo, que no tiene mis mismas creencias religiosas, que no ha nacido en mi comunidad, que no se mueve por los ideales políticos que a mí me impulsaban y, que, sin embargo, no es mi enemigo sino mi complementario, el que completa mi propio yo como ciudadano y como español, y con el que tengo necesariamente que convivir porque sólo en esa convivencia él y yo podemos defender nuestros ideales, practicar nuestras creencias y realizar nuestras propias ideas».

—Por esto mismo nuestra *Juventud Despierta* —me explica— pretende alertar sobre los peligros que tiene para la democracia la polarización. Estamos totalmente en contra de las etiquetas o generalizaciones del tipo: “tú eres un rojo” o “tú eres un facha”; tú eres de derechas y tú eres de izquierdas; o tú estás conmigo o tú estás contra mí. Muy al contrario, estamos firmemente convencidos de que se deben construir puentes entre los diferentes modos de ver la vida; que hay que integrar en lugar de dividir. Porque, como muy acertadamente afirmó el expresidente Suárez la verdadera democracia se basa en el reconocimiento y comprensión del distinto, del otro español que no piensa como yo y que, sin embargo, no es mi enemigo sino mi complementario.

—Sí, conforme, a mí también me parece que la tolerancia y la comprensión del que no piensa como uno son esenciales para articular una sociedad plenamente democrática, pero me asalta una duda de orden filosófico. ¿Qué tipo de tolerancia es la que debemos de promover? Te lo digo porque el escritor ruso Dostoyevski escribió que llegará un día en que la tolerancia será tan intensa que se prohibirá pensar a los inteligentes para no molestar a los imbéciles. ¿No crees, Eloy, que ese día ha llegado ya?

—Ciertamente. No cabe la menor duda de que ese día ha llegado ya. Lo observamos cada día en la radicalización de los discursos; en la falta de consenso; en la pérdida de confianza en cualquier tipo de institución, incluida la que proviene de las comunidades de expertos; en la proliferación de realidades alternativas y “fake news”; en los análisis televisivos y radiofónicos de la información, donde cada analista defiende su tesis sin ni siquiera escuchar y evaluar la de su compañero; lo vemos de igual manera en los magazines, donde los platós se convierten en jaulas de grillos, en auténticas batallas campales entre los tertulianos que, como auténticos sabuesos, no permiten que nada ni nadie les arrebate su hueso... en fin, el panorama es desolador.

—Lo es, sin duda —le confirmo. Se podría afirmar, incluso, que estamos ya inmersos en un estado social deshumanizado donde cada cual campa por sus respetos, convencido —erróneamente— de que es libre, cuando no lo es; ignorante de que se halla enjaulado, en una especie de “Matrix”; en un confinamiento físico y mental; en un ecosistema alimentado por la “hipermediatización”.

—Una “hipermediatización” —me comenta recogiendo el guante de mi reflexión anterior— que condiciona (manipula, sería la palabra más apropiada) a las masas en una dirección determinada, la diseñada por ciertas élites.

Compruebo que coincidimos totalmente en el análisis de la situación por la que atraviesa, no sólo España, sino el mundo en su conjunto. Por ello, desde nuestra asociación, *Juventud Despierta*, estamos denunciando que, incomprensiblemente, en nuestro siglo XXI se sigue ejerciendo la censura más brutal para acallar al discrepante, algo que parece más propio de otros tiempos que creíamos ya superados; que estamos instalados en

una cultura de la sinrazón, donde predomina el poder de las masas, dispuestas —si fuera preciso— al linchamiento mediático.

—Interesante, muy interesante, tu análisis. ¿Sabías que el filósofo español, José Ortega y Gasset, ya escribió sobre este previsible panorama en el que ya estamos inmersos?

—¿A sí?

—Sí. Expuso esta tesis en su famosa obra, *La rebelión de las masas*. Un libro —le explico— en el que analiza la crisis política y social que sufría Europa en su época. Evidentemente, no fue el único pensador en detectarla, pero su análisis fue especialmente importante, ya que para él las causas de tal situación radicaban en la generalizada distribución del poder social entre las masas, un aspecto del que vosotros, los jóvenes de *Juventud Despierta* os habéis percatado.

Pues bien, creo que su análisis de entonces es válido para los tiempos de hoy. Porque, a mi juicio, *La rebelión de las masas* no es un fenómeno privativo del siglo XX, ya que se ha abierto paso hasta el XXI y, además, está cobrando impulso.

—Vaya, me alegra mucho que nuestra percepción de la presente realidad social y política coincida esencialmente con lo que Ortega y Gasset pronosticó. No cabe duda —porque salta a la vista— que la llamada “rebelión de la sinrazón” es ahora un problema mundial. Nos enfrentamos a ella en la vida cotidiana, plasmada en diversas formas de absolutismo y fundamentalismo que ponen en peligro los fundamentos básicos de la civilización. Lo vemos cada día en la uniformidad del pensamiento, en el eclipse de la alta cultura y en la extinción de los valores éticos y morales perennes.

—... lo que hace que la intolerancia reine en todos los ámbitos de la sociedad y la política —apostillo.

—Pues sí. Los sociólogos han denominado a esta intolerancia “censura horizontal” o “cultura de la cancelación”, un fenómeno muy extendido ya en nuestra sociedad que consiste en retirar el apoyo —financiero, digital, social, etc.—, a aquellas personas u organizaciones que se “salen del tiesto”, esto es, que no comulgan con el pensamiento generalizado, haciéndolo patente mediante opiniones, comentarios o acciones calificadas como “políticamente incorrectas”. Y lo más sangrante de todo: que esta brutal demonización se produce con independencia de su veracidad o falsedad, ya que la maquinaria represiva se pone en marcha automáticamente, una vez que esas personas o instituciones resultan ser incómodas para “El Sistema”.

—¡Uf! —exclamo. Un panorama muy distópico u orwelliano...

—Lo es, sin duda. De igual modo que George Orwell describe en su famosa novela *1984* una sociedad distópica, es decir, ficticia e indeseable en sí misma, no libre y abierta, controlada por la propaganda, la vigilancia, la desinformación, la negación de la verdad y hasta del pasado, hoy contemplamos una sociedad alienada en la que se acalla sistemáticamente al discrepante, con un brutal linchamiento mediático. Una demonización que, alentada generalmente por políticos, personajes públicos, “influencer” y medios de comunicación, conduce irremediablemente a la sociedad a la intolerancia, la polarización y al enfrentamiento.

—Nuevamente sale a relucir en tu reflexión la palabra tolerancia. Y llegados a este punto voy a tratar de ponerte en cierto aprieto intelectual. Te haré una pregunta, de esas que a veces ponen los profesores universitarios para subir nota.

Verás. Cuando te pregunté si pensabas que ya había llegado el día en que la tolerancia había alcanzado un cierto grado de intensidad —siguiendo a Dostoyevski— capaz de prohibir pensar a los inteligentes para no molestar a los imbéciles, me respondiste que no cabía la menor duda de que ese día ha llegado ya, con un razonamiento para mí muy convincente. Sin embargo, me surge una duda relacionada con la esencia de la tolerancia. ¿Es deseable en las presentes circunstancias?

—Sí. Yo creo firmemente en que siempre es deseable fomentar la tolerancia. En esencia, la tolerancia, consiste en respetar las opiniones, ideas o actitudes de las demás, aunque no coincidan con las propias. Pero ello no debe implicar que, para no molestar a los imbéciles —de acuerdo con el planteamiento de Dostoyevski— se prohíba pensar a los inteligentes.

En estos momentos la verdadera tolerancia brilla claramente hoy por su ausencia. Nuestros políticos, por lo general, no la fomentan; muy al contrario; dirigen sus mensajes, discursos y acciones hacia una masa —su target o público objetivo—, enrocada en la dicotomía de izquierda o derecha. Masas sociales movidas por las emociones más primarias, que prevalecen por completo sobre la razón. Por desgracia, la capacidad de discernimiento queda reservada a unos pocos discrepantes con la docilidad ideológica. Con este modus operandi al que lamentablemente hemos llegado es cuestionable afirmar que en España existe la democracia.

—Correcto —asentí. Mira, precisamente, el economista, escritor y humanista, José Luis Sampedro, en un video del año 2011 que se ha hecho viral, titulado *Educados para no pensar*, afirma sin rodeos esto mismo que tú acabas de comentar: que en España no existe la democracia. Tampoco fuera de nuestras fronteras, según Sampedro. Porque, se pregunta en este video:

«¿Es aceptable la elección de Berlusconi como presidente de Italia, por el pueblo italiano?; ¿Es aceptable que el pueblo norteamericano reelija a George Bush, tras haber quedado demostrado que el ataque militar ordenado al Régimen de Iraq por, supuestamente, contener armas de destrucción masiva, no estaba basado en la verdad?; ¿Es que la gente está loca? No — se responde—, yo creo que no, lo que está es manipulada».

Así que, la llamada “opinión pública” no surge del pensamiento reflexivo de la gente. Esto pasa, a juicio de José Luis Sampedro, por dos razones:

1ª.- Porque no estamos educados para pensar. No estamos educados para formar lo que él llama el “pensamiento crítico”. La gente, por lo general, no piensa ni razona. Las decisiones electorales se hacen de forma visceral, por las características del que habla o por las mentiras que cuenta.

2ª.- El poder económico es el que domina los medios de comunicación, de los que se sirve para inculcar en la gente sus ideas. Por eso, la gente hoy juzga (interpreta la realidad) de acuerdo con lo que ve por televisión, oye por la radio o lee en los periódicos. Y ello sin ser consciente de lo que la ocultan.

En fin —según José Luis Sampedro— no se forma para ser verdaderos ciudadanos conscientes. La educación y los medios de comunicación, además de asentar aún más nuestros condicionamientos adquiridos a lo largo de la vida, modulan la llamada opinión pública para servir a los intereses del poder.

—Totalmente de acuerdo con el análisis de este eminente humanista. Nosotros también somos conscientes de que en nuestro actual panorama político se polariza para manipular, se manipula para polarizar y continuamente se miente. Un círculo vicioso absolutamente inaceptable. Por ello, desde nuestra

asociación *Juventud Despierta* tratamos de descubrir las intenciones e intereses ocultos tras los discursos políticos. Y, así, hemos comprobado que los etiquetados como partidos políticos de izquierdas mantienen —aparentemente— una postura contraria a la unidad nacional, cuando en realidad, lo que pretenden es postularse como una opción moderada frente a los nacionalismos más radicales; por su parte, los partidos políticos catalogados de derechas apelan continuamente a la unidad nacional, pero, por lo bajini, están dispuestos a realizar concesiones que la debilitan.

En definitiva, se ha llegado en España —y también en el resto del mundo— a lo que Adolfo Suárez llamó «*instalarse en el pragmatismo con el fin de permanecer en el poder a costa de lo que sea*».

—Bien. En las presentes circunstancias de clara degradación de la vida política y social: ¿Qué soluciones proponéis desde “*Juventud Despierta*” para superar este distópico escenario?

—Nuestra posición al respecto es muy clara. Nosotros deseamos que se supere de una vez por todas esta perpetua polarización política y social, y se fomente la tolerancia y el diálogo. Para ello, nosotros creemos hay que volver a promover la diversidad de ideas, el pensamiento crítico y la razón como vigas maestras que sostienen el edificio de nuestra convivencia. También, cuestionando los dogmas imperantes, así como las creencias y prejuicios. En fin, la cada uno de nosotros —siguiendo a José Luis Sampedro— debe desarrollar el pensamiento reflexivo con el fin de crear una “opinión pública” madura.

—¿Tenéis algún método de trabajo para desarrollar este pensamiento reflexivo?

—Pues sí. Primeramente, con la duda metódica. Una de nuestras principales máximas procede del filósofo francés, René Descartes, y dice: *«Para investigar la verdad es preciso dudar, en cuanto sea posible, de todas las cosas»*.

Sobre esta base —la duda, el cuestionamiento, el no dar nada absolutamente por sentado, tratamos de buscar respuestas por medio del debate y la reflexión. Nos preguntamos, por ejemplo: ¿Los jóvenes vivirán mejor que sus padres? ¿Qué futuro le espera a una juventud sin pensamiento crítico? ¿Qué sociedad se puede permitir una juventud crítica sin futuro? ¿Hemos analizado las promesas incumplidas o las mentiras descaradas en campaña? ¿Quién reflexiona sobre el futuro de nuestra sociedad? ¿Hasta cuándo será sostenible esta proyección social cortoplacista?

—Bien. Entiendo que como “jóvenes despiertos” (y reflexivos) que sois, ya os habéis planteado cómo conseguir una sociedad madura y reflexiva.

—Pues, sí. Creemos que ese ideal de sociedad madura y reflexiva se puede alcanzar a través de la educación permanente en valores profundos como la tolerancia, el respeto, la empatía, la responsabilidad, la solidaridad, la compasión; también por supuesto, el amor, el perdón o la gratitud.

Estamos firmemente convencidos de que la educación en valores profundos constituye una de las principales columnas que sostienen el edificio de una sociedad madura. Esta educación debe, además, fomentar, desde los primeros años de nuestra vida, el espíritu crítico. Todo ser humano debe desarrollar la capacidad para evaluar y cuestionar, si fuera necesario, los principios, valores y normas que tiene en su entorno, formando un criterio propio —su propio criterio— para después tomar las mejores decisiones, en armonía para todo el

mundo. Indudablemente, en la formación de este espíritu crítico la lectura de libros elevadores, la reflexión, el debate y el contraste de ideas son buenos consejeros.

También, creemos que los «mass media» deben dar un giro de 360 grados en su forma de informar, educar y entretener. Sus programaciones deben ir dirigidas a informar verazmente, no a desinformar o a manipular; a formar personalidades selectas, no masas aborregadas irreflexivas; a entretener de modo saludable, desterrando la violencia gratuita y otras de carácter pernicioso y no edificante.

En fin, conscientes de que los «mass media» tienen un papel fundamental en la formación del espíritu crítico, deben ser coadyuvantes en la formación de una sociedad madura.

—Así debería de ser, porque, como escribió Ortega y Gasset en un memorable artículo publicado en el diario *El Sol*, en el año 1922, titulado *Patología Nacional*:

«Mientras no corriamos este quid pro quo no adelantaremos un paso en la inteligencia de lo social».

JUGADA MAESTRA

Amador González de la Nava

El martes 11 de julio de 1972 yo tenía 9 años y vivía con mis padres en Muñana, un pueblo pequeñito de la provincia de Ávila. Me encontraba a dos meses y dieciséis días de abandonar mi etapa infantil y comenzar la adolescencia: un nuevo periodo vital de florecimiento, de proyectos, de descubrimiento de mí mismo y del entorno. Ese día comenzó una final de ajedrez que paralizó al mundo. Evidentemente, mi mente infantil, labrada en una zona rural de la España profunda, no estaba capacitada para comprender la dimensión de este significativo acontecimiento, celebrado en Reikiavik (Islandia), calificado posteriormente como “El Juego del Siglo”.

La bruma del pasado me impide reproducir los detalles de aquel momento; sin embargo, hoy, frisando ya los 60 otoños, recuerdo con nostalgia la escuela rural del pueblo, idéntica a la que describe Antonio Machado en su poema “Recuerdo infantil”:

«Una tarde parda y fría de invierno los colegiales estudian. Monotonía de lluvia tras los cristales. Es la clase. En un cartel se representa a Caín fugitivo, y muerto Abel, junto a una mancha carmín. Con timbre sonoro y hueco truena el maestro, un anciano mal vestido, enjuto y seco, que lleva un libro en la mano. Y todo un coro infantil va cantando la lección: mil veces ciento, cien mil, mil veces mil, un millón. Una tarde parda y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía de la lluvia en los cristales».

También viene a mi memoria —sin herir— que aquel año España participó en el Festival de Eurovisión con una canción de Jaime Morey, un cantante melódico, muy al gusto de aquella época, obteniendo el décimo puesto; y que, en la radio, el padre Peyton, comenzó a rezar el rosario a través de las ondas, y el serial “*Simplemente María*”, una historia que narraba las desventuras de María, una joven que se ve abocada a abandonar su Santander natal para instalarse en Madrid como sirvienta, hacía furor.

Presumiblemente disfruté de aquel caluroso martes del mes de julio de 1972, dentro del contexto de una España rural “en blanco y negro”, ayudando a mis padres en las labores agrícolas y ganaderas —su principal medio de vida—, con la mirada mental y emocional puesta en mi próxima etapa formativa —los estudios de EGB— que tendría lugar a partir de septiembre, en un colegio de Salamanca de los escolapios. Y, mientras bullía por todo mi ser el anhelo infantil de lo que vendrá, se estaba produciendo un encuentro (“choque”, sería más apropiado) ajedrecístico entre el campeón defensor Borís Spassky, de la antigua Unión Soviética, y el retador Bobby Fischer, de los Estados Unidos.

Hoy he podido comprender la enorme trascendencia de esta pugna deportiva: ambas superpotencias, distanciadas por la llamada “Guerra Fría”, habían encontrado un medio seguro y al alcance de la mano para dirimir sus enormes diferencias. Y es que “La Guerra Fría” —un enfrentamiento político, económico, social, ideológico, militar e informativo iniciado tras finalizar la Segunda Guerra Mundial entre el bloque Occidental (occidental-capitalista), liderado por los Estados Unidos, y el bloque del Este (oriental-comunista), liderado por la Unión

Soviética—pugnaba por instaurar un modelo planetario, bajo la constante amenaza de misiles intercontinentales.

Evidentemente, “El Juego del Siglo” era un símbolo, es decir, la escenificación de un trabajo diplomático previo orientado a solventar las abismales diferencias entre ambos bloques antagónicos.

En uno de sus libros, Richard Nixon, el presidente norteamericano de aquel momento, escribió: *«Ésta fue una semana que cambió el mundo, tal como hemos dicho en el comunicado; una base para construir un puente sobre 16.000 millas y 22 años de hostilidades, que nos han dividido en el pasado»*.

La semana a la que se refería Nixon era la del 21 al 28 de febrero del año 1972, durante la cual visitó la República Popular China, con el fin principal de normalizar las relaciones sus relaciones. Para los estadounidenses, aquella visita fue una acción audaz inesperada, impropia de un político al uso. Por el reportaje internacional de la cobertura de este evento, Max Frankel, de The New York, recibió el Premio Pulitzer y más tarde, en 1984, John Adams, escribió la ópera “Nixon in China”. No era para menos si tenemos en cuenta que aquel encuentro Nixon-Mao sentó las bases para el mundo globalizado que hoy conocemos.

A esta audacia —Alejandro Magno afirmó que *«La fortuna favorece a los más audaces»*— le siguió otra, y no menor: conseguir que la bandera de EE. UU. ondeara durante nueve días en el Kremlin, un gesto inaudito ordenado por el mismísimo Leonid Ilich Brézhnev.

Este acontecimiento histórico —primera visita de oficial de un presidente norteamericano— se produjo desde el 20 al 29 de mayo de 1972, logrando disminuir la tensión entre EE. UU. y la

URSS. Además de firmar ocho documentos importantes, entre ellos el Tratado ABM y el Tratado SALT I, un acuerdo de no injerencia en los asuntos internos de la otra parte y otro bilateral de cooperación en materia de ciencia, espacio, medicina y protección del medio ambiente, se formalizó un contrato entre el gobierno soviético y la empresa Pepsico para construir una planta de Pepsi-Cola cerca de Sochi a cambio del derecho exclusivo de vender vodka Stolichnaya en EE UU. Sin embargo, no pudo llevarse a buen puerto el deseo de los escolares soviéticos de construir una fábrica de chicles, al ser interrumpida la distensión en 1979, con la invasión soviética de Afganistán.

En fin, ya saben, todos los conflictos siempre los pierden los poetas... y los niños que, por cierto, por aquellos tiempos revueltos, solo podían acceder a comer huevos cuando fueran padres, según prescribía la cultura formativa familiar de entonces.

Conforme, pero a lo que íbamos: ¿qué pasó en el Match del siglo? ¿quién ganó aquella partida? Me gustaría decirles que el resultado final de este “choque” fue lo de menos, en línea con una máxima, contenida en *El Quijote* que determina que más importante que la posada es el camino.

Aun así, para satisfacer alguna curiosidad, les diré que Fischer se convirtió en el primer estadounidense en ser campeón mundial, despojando a los soviéticos de la corona ajedrecística, con la que habían reinado sin interrupciones desde 1948. Lo de menos, como he dicho, es quién ganó; y es que aquella histórica batalla deportiva era, en realidad, un enfrentamiento simbólico en plena “Guerra Fría” de dos modos diferentes de concebir el mundo.

Al año siguiente, concretamente el 20 de diciembre de 1973, un tren procedente de Salamanca con destino Madrid-Atocha hizo escala —según lo previsto— en la estación de Ávila. Era una mañana fría y de nieve. Yo venía en este tren, recién iniciada mi adolescencia, junto con otros compañeros, para pasar las navidades con mi familia. Mientras cogía mi maleta del estante del vagón pude comprobar que mi padre me esperaba en la estación, visiblemente nervioso. Tras el emocionado reencuentro —habíamos estado separados más de 3 meses—, mi padre no pudo controlar ni un segundo más su perturbación, exclamando:

—Hijo: ¡Han matado a Carrero Blanco! ¡Han matado a Carrero Blanco!

Con mis recién 11 años cumplidos lo más que sabía de aquel hombre al que habían asesinado es que era el presidente del Gobierno de España. Ni podía imaginarme entonces el hondo impacto que provocó en la sociedad española de la época aquel suceso: el mayor ataque contra el Régimen de Franco desde el final de la Guerra Civil en 1939.

Mi padre me tomó de la mano y me acompañó hasta un bar próximo a la estación para descansar del viaje hasta que llegara la hora de salida de la línea de autobuses que nos tenía que dejar en nuestro pueblo.

Recuerdo perfectamente que, una vez aplacados los imperativos indomables de la naturaleza humana, mi padre empezó a entablar una conversación con el camarero de aquel bar sobre el trágico acontecimiento. Están diciendo por la radio —le escuché decir a mi padre— que ha sido ETA.

— ¡Pero, coño, pero coño! ¿Cómo ha podido pasar esto? — comentó el camarero. ¿Y qué va a hacer ahora Franco?

—Se va a preparar gorda, pero que muy gorda— fue la rápida predicción que hizo mi padre en aquellos momentos sobre las consecuencias que tendría previsiblemente aquel cruel y dramático atentado contra uno de los hombres de la absoluta confianza de Franco. Luego añadió: Según están diciendo por la radio, el atentado se ha producido sobre la 9 y media de esta mañana. Al parecer, Carrero Blanco iba en su vehículo camino del Despacho de la Presidencia del Gobierno, tras haber asistido a su habitual misa diaria, en una iglesia de la calle Callao de Madrid. También están diciendo que el vehículo que lo trasladaba ha quedado hecho añicos.

Ciertamente, la trascendencia política de este atentado —que mi mente adolescente no podía comprender— coincidente, por cierto, con el juicio que se estaba celebrando contra 10 militantes del sindicato Comisiones Obreras —el histórico “Proceso 1001”), era evidente: con el nombramiento en junio de 1973 del almirante Carrero Blanco como presidente del Gobierno, Franco ponía al frente del mismo a la persona de su máxima confianza, la más adecuada —según los sectores inmovilistas del Régimen— para dar continuidad a la Dictadura.

Años más tarde supe que este brutal atentado había afectado notablemente a Franco, hasta tal punto que, al conocer la noticia, exclamó: *«Me han cortado el último lazo que me unía al mundo»*.

A partir de ese momento se abrió una crisis profunda y definitiva del Régimen franquista. Durante los días siguientes al atentado, Torcuato Fernández Miranda, secretario general del Movimiento y vicepresidente del Gobierno, asumiría provisionalmente la Presidencia del Gobierno, antes de que Franco se decantara por Carlos Arias Navarro.

El atentado del Almirante Carrero Blanco supone un punto de inflexión histórico: por un lado, con respecto al comienzo de la descomposición del Régimen de Franco; por otro, por ser considerada la fecha del 20 de diciembre de 1973, fecha del asesinato del presidente del Gobierno, Carrero Blanco por algunos autores, como el inicio de la Transición política española, dada la relevancia de su figura en la estructura del régimen y el impacto que supuso su desaparición.

La Transición de la Dictadura a la Democracia ha sido para algunos estudiosos un trabajo de ingeniería política modélico; una obra política que asombró al mundo; una jugada maestra. Hoy, la Transición política española ya ha sido abordada desde innumerables puntos de vista. Yo me propongo hacerlo —a partir de este instante— desde una atalaya inexplorada: la de la Transición como jugada maestra, siguiendo los principios contenidos en el ajedrez.

Para tal propósito he buscado y hallado a uno de los mejores teóricos del ajedrez que existen en nuestros días en el mundo: alguien que es capaz de hacer fácil lo difícil; un viajero infatigable que considera que viajar es la mejor escuela de vida; un amante de la Historia; un ser humano que vive con gran pasión todo lo que hace; que viene ejerciendo con maestría los oficios de periodista, escritor, comunicador y conferenciante; y, en fin, que está plenamente convencido de que el ajedrez es el mejor gimnasio para la mente.

Porque... ¿alguno de ustedes —pregunta de un modo retador con frecuencia ante cualquier auditorio— conoce otra herramienta pedagógica, además de la música, que pueda ser tan lúdica, divertida y eficaz transmitiendo innumerables valores en poco tiempo?

Mi interlocutor tiene un gran sueño: mejorar el sistema educativo de España y del mundo con lo que él considera el mejor gimnasio para la mente: el ajedrez. Un gimnasio mental donde el alumno aprender a perder, un aspecto, por cierto, muy mal visto en nuestros tiempos de hoy; sin embargo, según él — y yo le creo firmemente— perder es imprescindible para poder aprender y progresar.

Así que, me insiste en que el ajedrez es una herramienta educativa de primer orden; un espejo donde se refleja la vida; ¡ah! y también un medio para crear milagros, como el que se produjo el 11 de febrero del año 2015 en el Congreso de los Diputados: conseguir poner de acuerdo a todos los políticos en promover el ajedrez como herramienta educativa.

Llegados a este punto, quizás alguien de ustedes se esté preguntando por qué, llevando ya casi dos mil palabras escritas, no he revelado aún el nombre de nuestro conversador: un maestro teórico de ajedrez que nos irá exponiendo los principios sobre los que —a su juicio— se cimentó la Transición política española.

La razón se asienta sobre una palabra: paciencia. Sí, paciencia, una virtud poco común en nuestro tiempo actual, caracterizado por la urgencia y la inmediatez y que, sin embargo, la podemos encontrar a raudales en el ajedrez. Así que, les ruego que se armen de paciencia, respiren profundamente, se relajen, y sigan leyendo hasta que acaben por comprender por qué la Transición fue una jugada maestra de estrategia política.

Cuando le escuché decir a mi conversador por primera vez que el ajedrez desarrolla la paciencia pensé instantáneamente en un bambú japonés que, aunque requiere de los cuidados normales de cualquier semilla, no sale de la tierra hasta pasados 7 años.

Una vez que sale a la luz no para de crecer hasta que, en tan solo 6 meses, puede llegar a alcanzar una altura de 30 metros.

Afortunadamente en el ajedrez no tenemos que esperar 7 años para conseguir alcanzar un “jaque mate”, pero te obliga pronto a darte cuenta de que los resultados no llegan cuando uno quiere, sino cuando corresponde.

Y es que en el ajedrez —me asegura mi venerado maestro— las situaciones hay que idearlas, provocarlas y madurarlas, y luego esperar pacientemente a que lleguen los frutos. En este sentido la Transición fue una operación que requirió de paciencia, de mucha paciencia. Se trataba de resolver un problema nacional de convivencia, derivada de una antigua confrontación cruenta, para el cual, en lugar de cortar de un tajo el nudo gordiano del mismo se optó por utilizar el imperio de la ley rechazando completamente el “*inter-armas silent leges*” (en tiempo de armas, las leyes callan). Algo que indudablemente requiere de grandes dosis de paciencia.

— *«Señor, el hombre político que soy quiere ser presidente del Gobierno, pero le seré más útil en la Presidencia de las Cortes»*, fue la respuesta largamente meditada de Torcuato Fernández Miranda, el hombre designado por el Rey don Juan Carlos para diseñar la obra de ingeniería política que hizo posible el tránsito desde la dictadura a la democracia.

Fernández-Miranda, una vez en la Presidencia de las Cortes —cargo que ocupó desde diciembre de 1975 hasta mayo de 1977— se centró en sacar adelante la que fue su gran obra jurídica y política: la Ley para la Reforma Política. Un desafío, por cierto, no apto para impacientes. Y es que aquella operación requirió de grandes dosis de paciencia, ya que había que convencer a cada uno de los procuradores de las Cortes Españolas (540, nada más y nada menos) para que avalasen con

su voto esta Ley que, en la práctica suponía la derogación formal del franquismo. De hecho, la prensa del momento bautizó a aquella operación como el “harakiri”.

Si hubiera que resumir a su mínima expresión todo el complejo proceso de la Transición Política Española, podría hacerse con la histórica frase de once palabras formulada por el propio Torcuato Fernández-Miranda: «*De la Ley a la Ley, a través de la Ley*».

Aunque nos pueda parecer un trabalenguas o un eslogan publicitario, esta frase es realmente un tesoro jurídico y político de incalculable valor. Desconozco si Fernández-Miranda llegó a leer a Gustave Flaubert, pero no tengo la menor duda de que tenía el mismo convencimiento de este escritor francés de que se llegan a hacer cosas hermosas a fuerza de paciencia y de larga energía.

—Verás, José Antonio —me comenta mi interlocutor— la lista de virtudes, valores y habilidades que desarrolla el ajedrez es muy larga. Me he referido al de la paciencia, tan importante en nuestros días; pero hay muchos más: la comunicación, por ejemplo.

—¿La comunicación? —le pregunto intrigado. ¿Es que hay comunicación en el ajedrez? ¿Pero si los ajedrecistas casi ni se hablan?

—Esto es lo que puede parecer a primera vista: que no existe comunicación durante una partida de ajedrez; sin embargo, el ajedrez es, quizás, la única actividad humana que permite que dos personas puedan mantener una comunicación muy intensa sin tocarse ni hablarse.

Inmediatamente vino a mi memoria la histórica exclamación «*¡Este tío tiene cojones!*» de Santiago Carrillo, líder del Partido

Comunista en la clandestinidad cuando la pronunció. Una frase “typical spanish”, muy utilizada, por cierto, para describir emociones o referirnos a personas determinadas.

Aclaro que no fue empleada en el contexto de una intensa partida de ajedrez, pero sí entre dos contrincantes provistos con herramientas de combate muy diferentes: uno, con una hoz y un martillo; el otro, con un yugo y cinco flechas cruzadas apuntando al cielo.

El match, se celebró frente a frente, un domingo 27 de febrero de 1977. Algunos estudiosos del proceso de la Transición consideran que, en realidad, fue cuando se produjo la legalización del PCE, en lugar del famoso “Sábado Rojo”, 9 de abril de ese mismo año, que figura en los libros de historia.

En todo caso, sin la legalización del enemigo número uno del Régimen —el PCE—, llevada a cabo por “este tío tiene cojones”, parafraseando a Santiago Carrillo, las primeras elecciones democráticas celebradas en España el 15 de junio de 1977, no hubieran gozado de ninguna legitimidad; tampoco podríamos señalar como al “15-J”, como fecha del comienzo de la partida para conducir a España desde la dictadura a la democracia.

El histórico encuentro, si bien poco conocido, se produjo en secreto en el chalet Santa Ana, situado en Pozuelo de Alarcón (Madrid), propiedad del abogado y presidente de la Agencia Europa Press, José Mario Armero y de su esposa, Ana María Montes.

Los contrincantes tenían algunas cosas en común, a pesar de proceder de mundos completamente opuestos. La primera: su condición de fumadores empedernidos. Según hemos podido saber, Suárez se fumó ese día, una cajetilla de “Canarios”, y

Carrillo, dos paquetes de “Peter Stuyvesant”, marca con nombre holandés procedente de Sudáfrica; la segunda: ambos habían contemplado en múltiples ocasiones las fauces del miedo; Suárez, en la figura del Jefe del Estado, el General Francisco Franco, con sus penas de muerte; Carrillo, en la de los jerarcas del comunismo soviético e internacional, ante los cuales sentía —como alguna vez comentó— que cabía la posibilidad de saber por dónde y cómo entraba, pero no por dónde, para dónde o cómo saldría.

La partida se jugó bajo el principio “Do ut des”, es decir, “te doy para que me des”. Carrillo le exigió a Suárez presentarse en las primeras elecciones con las siglas del partido. Suárez, por el contrario, le planteó concurrir con otras siglas, como independiente.

— *«¡Esto es innegociable, señor Suárez! —le respondió Carrillo—Usted tiene que darme la legalidad si quiere tener la legitimidad de su reforma política».*

Además, el líder comunista pidió libertad para organizar sus sedes; legalidad para todos sus militantes; excarcelación de sus presos políticos; pasaporte para él y para quienes vivían en el exilio, como Dolores Ibárruri (“La Pasionaria”), entre otros muchos. Suárez, por su parte, puso sobre el tapete, para el caso en que pudiera ser legalizado el PCE, condiciones innegociables como: reflejar en los estatutos del partido la subversión del Estado, la aceptación de la bandera rojigualda, el respeto por la Monarquía, la defensa de la unidad de España, así como la ruptura con la dependencia orgánica, económica y estratégica con sus homólogos internacionales.

Se podría decir que este encuentro secreto e histórico Suárez-Carrillo finalizó “en empate por tablas”, si se me permite utilizar una estrategia del ajedrez. Aclaro que esto de “en empate por

tablas”, según me ha matizado mi interlocutor, se da cuando existe mutuo acuerdo entre los dos jugadores, con la condición de que ambos deben haber realizado al menos un movimiento, de acuerdo con el artículo 5.2.3 de las Leyes del Ajedrez.

No obstante —me comenta, introduciendo un nuevo matiz— hay que tener también en cuenta el artículo 9.1.1, que prescribe que las bases del torneo pueden prohibir a los jugadores ofrecer o aceptar tablas, bien antes de un número concreto de movimientos, o bien en ningún caso, sin el consentimiento del árbitro.

Evidentemente, aquella emocionante partida de tablero político se efectuó tras muchos movimientos con el resultado de “en empate por tablas”. Ambos interlocutores utilizaron, consciente o inconscientemente el “win-win” (“ganar-ganar”), el mejor paradigma de interacción humana según la ciencia psicológica, sociológica y pedagógica, aconsejable para aplicar siempre en multitud de circunstancias como la resolución de conflictos, negociaciones profesionales, estrategias de marketing o dinámicas de grupos. Con él ambas partes salieron plenamente satisfechas.

El acuerdo quedaría sellado con un fuerte apretón de manos, seguido —seguramente— de un abrazo, un gesto muy utilizado por Adolfo Suárez para trasladar a su interlocutor su afecto y consideración. Suárez —según se ha escrito— volvió a la Moncloa en un pequeño Seat blanco, satisfecho, pero preocupado.

—Hay serios obstáculos; la legalización no depende de mí ni del Rey —le dijo a Carrillo—, sino de otros poderes que son muy hostiles, en referencia a los militares. Carrillo, por su parte, salió de aquel chalé de Pozuelo de Alarcón muy satisfecho; tanto que pidió a su anfitriona y choferesa Ana, que le acercara a la

embajada de Rumanía en Madrid, para contarle por teléfono a Ceauşescu el resultado de la reunión.

Al comentar con mi interlocutor este increíble episodio me vuelve a recordar que el ajedrez es un espejo de la vida. Me insiste en que los principios que contiene y las virtudes que desarrolla pueden ser de aplicación en todos los ámbitos de nuestra vida. En el de la política se puede observar claramente en situaciones difíciles como la del encuentro clandestino Suárez-Carrillo en las que hay que negociar bajo presión y tomar decisiones con rapidez. Luego me formula una pregunta de un modo provocativo:

— ¿Sabías que el ajedrez es una herramienta magnífica con capacidad crear una Alianza de las Civilizaciones?

—¡Hombre! —exclamé —te acepto tu afirmación de que el ajedrez es uno de los mejores gimnasios para la mente; que es una gran herramienta educativa; que desarrolla la paciencia y la comunicación; que te hace comprender que cuando pierdes aprendes y, por lo tanto, creces; que es un juego muy divertido apto para todas las edades; también un arte porque crea belleza en todas sus partidas e, incluso, que puede ayudar a mejorar las relaciones diplomáticas siguiendo el ejemplo del “Juego del Siglo” entre Borís Spassky, de la antigua Unión Soviética, y el retador Bobby Fischer, de los Estados Unidos... pero que, además, tiene la capacidad para crear una Alianza entre Civilizaciones, ¿no crees que es una afirmación algo exagerada?

—No lo es y te daré las razones. Alfonso X el Sabio escribió en el año 1283 un libro sobre el ajedrez titulado: *Juegos de ajedrez, dados y tablas con sus explicaciones ordenadas por el rey Alfonso el Sabio*.

Se trata del libro más antiguo sobre el ajedrez que nos ha llegado, escrito bajo esta premisa: El ajedrez es una magnífica herramienta para la buena convivencia entre judíos, musulmanes y cristianos.

—¡Qué sorpresa! Es que yo siempre he relacionado a Alfonso X con los libros y el mecenazgo cultural, pero nunca me había planteado que este rey sabio se hubiera interesado por el ajedrez.

—Este gran rey castellanoleonés, hijo de Beatriz de Suabia, una mujer políglota de elevado nivel cultural se interesó por todas las manifestaciones culturales del momento, entre las que se encuentra el ajedrez. Y, como sabes, a él le debemos la apertura de la primera institución educativa europea en obtener el título propiamente de Universidad: Salamanca; y el impulso de la Escuela de Traductores de Toledo, una iniciativa de calado trascendental para dar consistencia a la nueva prosa castellana.

—¿Y lo de la Alianza de Civilizaciones? —pregunté intrigado.

—Evidentemente, el Rey Alfonso X propuso la Alianza de Civilizaciones dentro del espacio peninsular de la época, como se refleja en el conocido dibujo de la tienda real, en el que aparecen dos lanzas verticales juntas mirando hacia el cielo, queriendo significar un elevado interés superior, evocador de concordia. Setecientos años más tarde, la URSS consiguió este propósito implantando el ajedrez de forma obligatoria en 1924, como herramienta multidisciplinar en todas sus repúblicas.

— ¡Equilicué! —exclamé al ser consciente de la sabia reflexión de mi interlocutor en torno a la figura del Rey Alfonso X el Sabio, su herencia cultural y su relación —para mí desconocida— con el ajedrez.

Pero es que, además, no pasaron desapercibidas dos palabras claves y significativas para mí: Salamanca y concordia; dos

vocablos expresados en contextos diferentes por mi interlocutor que, por arte de birlibirloque, mi mente analítica me llevó a juntarlos, trayendo a mi memoria la histórica expresión: «*La concordia fue posible*».

«*La concordia fue posible*» —me recordé— es una sentencia inapelable que reza como epitafio sobre la lápida de la tumba de Adolfo Suárez en la Catedral de Ávila y en los muros de la Universidad de Salamanca, recordando a uno de sus alumnos más relevantes del siglo XX. Una expresión que, a mi juicio, lleva en su seno una fuerza, una energía, un espíritu: “El espíritu de la Transición”.

Generalmente, cuando pronunciamos la sentencia «*La concordia fue posible*» pensamos automáticamente en las desavenencias profundas entre españoles durante la Segunda República Española, que derivaron en una cruenta guerra civil, y a continuación en una larga dictadura que no integró a quienes pensaban de otro modo. Sin embargo, yo creo que esta sentencia debería ser aplicable con carácter retroactivo, al comprobar que España contiene una historia de conflictos, anteriores a los del año 36, que, fuera de nuestras fronteras suele asociarse con los grabados de Goya, es decir, con el dogmatismo, el autoritarismo y el atraso.

Indudablemente, el cambio político surgido tras el 20 de noviembre de 1975, impulsado por *El espíritu de la Transición*, ha conseguido que España se haya transformado en un modelo democrático estable, con una alta renta anual per cápita y una calidad de vida excepcional, que la sitúan entre los países más privilegiados del mundo; y ello en menos de un cuarto de siglo.

Dicho lo cual, nos hacemos la perpetua pregunta retórica: ¿qué fue primero, el huevo o la gallina?, es decir, ¿los valores prevalecientes, destilados a lo largo de los siglos impulsaron los

192

cambios, o los cambios impulsados por *El espíritu de la Transición* generaron unos nuevos valores en la sociedad española que consiguieron llevar a España hasta los actuales niveles de desarrollo en todos los ámbitos de la vida?

En una primera lectura, muy probablemente nos decantemos por la segunda hipótesis, es decir, la de que la calidad de vida de la que gozamos hoy en día sea la consecuencia de los cambios impulsados desde el 20 de noviembre de 1975; sin embargo, con lecturas posteriores, entrando en detalles y con mayores niveles de reflexión, debemos inclinarnos por la primera, esto es, la de que experiencia acumulada a través de los siglos propició el aprendizaje en el cambio de las sociedades, y muy especialmente entre las clases dirigentes que son, en definitiva, las que adoptan las decisiones que posteriormente validan y asumen la sociedad en su conjunto.

Y, así, Inglaterra, por ejemplo, antes de alcanzar un estatus de alto valor democrático tuvo largos periodos de intolerancia y persecuciones, terribles guerras civiles y religiosas y hasta con reinas y reyes decapitados. Y por lo que respecta a EE. UU., a la que consideramos el paradigma de la libertad y la democracia... ¿han alcanzado estos parámetros de alta cultura democrática por tradición cultural propia o como herencia de unos valores y principios aprendidos de su “madre” anglo hispano, con una historia previa de violencia y frustraciones?

«El pasado no nos dirá lo que debemos hacer —escribió el filósofo español José Ortega y Gasset—, pero sí lo que deberíamos evitar». También que *«La historia de la Humanidad es la historia de sus errores, la larga experiencia destilada a través de los siglos»*. En este mismo sentido, mi interlocutor, del que os hablaré muy pronto, una vez superado el examen de paciencia logrado por aquellos que han sido capaces de leer

pacientemente mis humildes reflexiones sobre el ajedrez y *El espíritu de la Transición*, me ha comentado que, precisamente, el ajedrez nos enseña a aprender de nuestros propios errores.

Y es que en el ajedrez —me insiste— no le puedes echar la culpa de tu derrota al árbitro, ni a que está lloviendo o que el terreno de juego no es el apropiado; tampoco a la suerte. De hecho, muchos grandes ajedrecistas han afirmado que para llegar a lo más alto de este deporte hay que asumir muy bien los errores, los propios errores. Cuando uno pierde, ha de preguntarse: ¿Dónde me he equivocado? ¿Qué tengo que hacer la próxima vez para no cometer un error parecido a ese? Es decir, para llegar a ser un excelente ajedrecista hay que desarrollar un pensamiento autocrítico de manera permanente.

«He llegado al convencimiento de que hoy —declaró Adolfo en su solemne comunicado por televisión a todos los españoles, el 29 de enero de 1981, con motivo de su dimisión irrevocable—, y, en las actuales circunstancias, mi marcha es más beneficiosa para España que mi permanencia en la Presidencia... Me voy, pues, sin que nadie me lo haya pedido, desoyendo la petición y las presiones con las que se me ha instado a permanecer en mi puesto, con el convencimiento de que este comportamiento, por poco comprensible que pueda parecer a primera vista, es el que creo que mi patria me exige en este momento».

Un ejemplar comportamiento de autocrítica, sin duda. Una impecable declaración en la que no culpa ni a nada ni a nadie. En fin, un modelo de liderazgo.

Aquel gesto heroico de dimisión, en el que asume completamente la derrota, ha quedado ya totalmente fijado en el inconsciente colectivo de todos los españoles. Desconozco si Suárez jugaba al ajedrez; sin embargo, sí sabemos que era un consumado jugador de mus, un juego de ingenio, inteligencia y

194

empatía con el compañero. Un juego que, como el ajedrez, te enseña a perder y que perdiendo se crece y, por ende, se gana.

Aquella histórica dimisión no fue un hecho aislado. Más tarde, el primer presidente de la democracia española volvería a demostrar a todos los españoles que el «*errare humanum est*» forma parte de la naturaleza humana y como tal hay que asumirlo.

«*Debo asumir —declaró con gesto grave, tras el varapalo de los resultados de las elecciones regionales y locales de mayo de 1991— la responsabilidad absoluta de este resultado y, por lo tanto, presento mi dimisión como presidente del CDS*».

A continuación, añadió:

«*Esto es lo que debe hacer un líder de un partido con una estructura presidencialista, cuando obtiene un varapalo de esta magnitud*».

Lo podría haber dicho más alto, pero no más claro. Con esta declaración, Adolfo Suárez, ofreció a todos los españoles un nuevo mandamiento político último, antes de retirarse definitivamente de la contienda política:

«*Que las creencias y las convicciones hay que traducirlas en actos, así como que la vida y el quehacer público alcanzan su sentido más pleno cuando se desarrollan en servicio a los demás*».

—Me parece que fue un gran mandamiento que todos los políticos deberían tener muy presentes en todas y cada una de sus actuaciones —me apostilla mi interlocutor. Un mandamiento, por cierto, que también está presente en el ajedrez al estimular la toma de decisiones, al reforzar la madurez emocional, o al fomentar la tolerancia, permitiendo que otras

personas piensen de forma diferente. En fin, el ajedrez, como todo juego donde se contemplan unas reglas, implica tener un respeto por las ideas de los demás, y enseña que las decisiones que se toman traen consecuencias inesperadas.

—Pues, sigamos por este maravilloso sendero del ajedrez, algunas de cuyas reglas estuvieron presentes en esa época histórica convulsa que hemos convenido en llamar “La Transición”. Y a ver si somos capaces —comenté expresando un anhelo muy sincero— de que sirvan para concienciar a las presentes y futuras generaciones de la imperiosa necesidad de dotarse de valores profundos, todos ellos inherentes en el ajedrez; los mismos que hicieron posible la concordia entre todos los españoles; los mismos que han hecho grandes y prósperas a todas las sociedades de todos los tiempos y regiones.

Y ahora sí. Ya no me es posible mantener oculto por más tiempo —el tiempo, por cierto, es una pieza más del ajedrez desde 1861— el nombre de mi interlocutor o conversador, con el que he mantenido esta conversación en torno a los valores del ajedrez y de la Transición de manera virtual, dado que su condición de viajero infatigable le sitúan siempre por esos mundos de Dios.

Su nombre —por fin despejo este enigma que les ha tenido a todos ustedes en vilo—es Amador González de la Nava. Nació un 12 de diciembre de 1972 en Salamanca, el año en que se celebró el llamado “Juego del Siglo”, un choque ajedrecístico con amplio significado político al que me he referido al inicio de este texto entre el campeón defensor, Boris Spassky, de la antigua Unión Soviética, y el retador Bobby Fischer, de los Estados Unidos.

En esta fecha el presidente de EEUU era Richard Nixon y por el mundo se escuchaban las canciones “Me And Mrs. Jones” y 196

“My Ding-A-Ling” de Chuck Berry; se veía “Avanti”, la considerada mejor película de Billy Wilder y se leía la novela de suspense, “The Odessa File”, de Frederick Forsyth.

El año en que nació mi interlocutor, Amador González de la Nava, Salamanca seguía siendo la ciudad del “arte, el saber y los toros” o, en expresión actualizada, del “turismo, las universidades y el ibérico”. Una urbe cuyos orígenes se remontan a la primera Edad de Hierro, presumiendo, entre otros muchos alicientes, de albergar la Universidad más antigua de España y, en cierto momento histórico, la más prestigiosa de Occidente.

También de ser la cuna del ajedrez moderno. Sí, han oído bien: Salamanca, cuna del ajedrez moderno. Y es que, entre los años 1495-1497, las reglas del ajedrez, que se habían mantenido inalterables durante siglos, sufrieron una gran transformación al incorporar la figura de la dama al juego en sustitución del firzan o alferza, pieza que tenía una escasa capacidad de movimiento. Según reconocidos especialistas, la nueva figura de la dama pudo inspirarse en la reina Isabel I de Castilla, una pieza poderosa en honor de una reina poderosa. Estas nuevas reglas fueron recogidas en un tratado intitulado: *Arte de ajedrez con ciento cincuenta juegos de partido*. Se trata de un incunable, uno de esos primeros libros producidos desde Salamanca con la nueva tecnología creada por el orfebre y herrero alemán Johannes Gutenberg.

Así que, no debería de extrañarnos que, en este entorno del máximo interés por el saber y de vinculación con el ajedrez, haya surgido un gran maestro y entrenador de la Federación Internacional de Ajedrez, que recuerda con mucho agrado las tablas conseguidas frente al campeón del mundo Garri Kaspárov en partida simultánea a 8 tableros en Salamanca, en el año 1997.

Antes de despedirme, permítanme que les haga una confesión. Creo que les será de gran utilidad. Se trata de una decisión personal, tomada con consciencia y determinación mientras escribía este texto, probablemente influido por la pasión y sapiencia que contagia el maestro Amador González de la Nava por el ajedrez. Es la de volver a retomar la práctica del ajedrez de un modo habitual, para seguir creciendo y madurando en todos los aspectos como persona. Es que, el ajedrez —suele comentar a menudo Amador González de la Nava— ha forjado mi carácter.

Anímense, pues, y hagan como yo; que tendrán mucho que ganar y nada que perder. Les recuerdo que, aunque pierdan, con el ajedrez se aprende a aprender y el valor de la capacidad de la tolerancia a la frustración. Y, para el caso de que alberguen algún género de dudas, hagan también como yo: coloquen en lugar visible la siguiente relación de beneficios que puede aportarles la práctica habitual del ajedrez.

- Ayuda a desarrollar el cálculo y a visualizar.
- Ejercita el cerebro para la resolución de problemas.
- Fomenta el rigor mental y el orden en el pensamiento.
- Ayuda a pensar de forma lógica.
- Estimula la toma de decisiones.
- Refuerza la madurez emocional.
- Incentiva la paciencia.
- Promueve la tolerancia.
- Desarrolla las cinco inteligencias de Gardner: matemática, espacial, lingüística, interpersonal e intrapersonal.
- Cultiva todos los cinco aspectos de la inteligencia emocional de Goleman: Autoconciencia; Autorregulación; Motivación; Empatía; Habilidades Sociales.

Y, sobre todo, recuerden siempre que el ajedrez, como el amor y la música, tiene el poder de hacer felices a los hombres.

LA DESEADA ENTREVISTA

Una voz del consenso

Cruzaba por la puerta del Palacio de Piedras Albas —el Parador de Ávila—, situado dentro del casco antiguo de la ciudad, a las diez y dos minutos de la mañana de un sábado de finales del mes de abril de un año cualquiera. Había quedado a las diez de la mañana con un ilustre personaje, un abulense de pro para desayunar y hablar de Adolfo Suárez y analizar la importancia que su figura política había alcanzado en el devenir de nuestra historia reciente, por lo que irremediablemente llegaba tarde a la cita.

No es que yo crea que la impuntualidad sea un delito penado por la ley; pero sí que la puntualidad es honradez y que presentarse tarde a una cita es hurtar un tiempo a otros y una falta de respeto intolerable. A mi padre, Eugenio Hernández, labrador y ganadero de profesión, aunque comercial de vocación, siempre le escuché decir que era preferible llegar diez minutos antes a una reunión, aunque tengas que esperar, que dos minutos más tarde y que te tengan que esperar a ti.

En ese instante, su consejo paternal resonaba en mí memoria tan vivamente que parecía que había vuelto del Más Allá para enmendarme la plana. Y es que esta no era una cita cualquiera. Era el encuentro con un ilustre personaje de la ciudad mejor amurallada del mundo y en la que todavía se pueden escuchar los silencios. Una urbe Patrimonio de la Humanidad, donde se

conjuga la mística, la historia, el patrimonio, la cultura y el arte, las fiestas y la naturaleza.

Con estos pensamientos de autorreproche por mi inaceptable tardanza llegué de forma apresurada hasta la recepción de este majestuoso Parador, preguntando a bocajarro a los recepcionistas (un chico y una chica) dónde se encontraba el comedor, lugar donde había quedado con mi interlocutor.

—Le acompaño yo hasta allí —me comentó amablemente la recepcionista.

Mientras caminaba hasta el comedor, guiado por la recepcionista de este Parador, observando su interior intimista y acogedor, me seguía angustiendo la idea de llegar tarde al encuentro con mi interlocutor. Quizás —me dije— él también se retrase, con lo que el entuerto será menor. Sin embargo, mi ilustre personaje se encontraba en el punto de encuentro convenido con rigurosa puntualidad británica a la entrevista, esperando mi llegada junto a la puerta del comedor.

La persona con la que deseaba realizar esta entrevista —que, por cierto, había preparado a conciencia, por “tierra, mar y aire” con la ayuda de algunos amigos— era un prohombre de la Transición; un superviviente de una generación de luchadores por la libertad, la igualdad, la fraternidad y la concordia; una encarnación de todo este convulso periodo; un libro abierto; alguien que vivió intensamente esta época crucial de nuestra historia reciente y que hoy, en el atardecer de su vida, deseaba gustosamente compartir sus vivencias y conocimientos.

Mi entrevistado era un hombre de porte elegante y pulcro; con el aspecto de un perfecto galán de cine americano; ese de traje, corbata, sombrero y rostro bronceado. Alto de estatura y de complexión fuerte. Bronceado de tez al aire libre y un aspecto

físico relajado y rejuvenecido. Me llamó la atención también sus zapatos, que parecían recién pulidos por un limpiabotas. Caminaba de una manera resuelta, denotando seguridad en sí mismo. Su voz era armoniosa y calmada. Era una persona vital, tenaz, aguda, rápida siempre en sus reacciones y sus ideas; de esas que atraen y arrastran por su viveza y actitud entregada, desprendida y generosa. Todo un señor, provisto de una potestad natural, cierta nobleza y connotaciones de heroicidad.

Cuando hablaba lo hacía reposadamente, eligiendo cada palabra, cada frase y cada pensamiento meticulosamente convencido, como Máximo Décimo Meridio (“Gladiator”, leal servidor del emperador Marco Aurelio), de que lo que hacemos y decimos en esta vida tiene su eco en la eternidad. Cuando me escuchaba lo hacía activamente, singularizándome de tal manera que conseguía que me sintiera la persona más importante de este mundo.

—Buenos días, señor, disculpe mi retraso. Imperdonable por mi parte haber llegado tarde —le comenté algo atropelladamente.

—Por favor, José Antonio, nada que disculpar —me dijo con una franca sonrisa, tratando de quitar importancia a mi retraso de algunos minutos que, aunque entraban dentro de los convencionales diez minutos de cortesía, no dejaban de ser clamorosos minutos de retraso.

Luego, tratando de sellar nuestra amistad me dio un fuerte abrazo, un gesto muy característico en él, que realiza de forma espontánea, sin ningún tipo de afectación. En estos primeros instantes de las distancias cortas, donde cualquiera se la juega, observé un detalle que no pasó desapercibido para mí: en su mano derecha llevaba mi ópera prima literaria, “Apuntes de sabiduría”. También examiné otro aspecto significativo: el libro que llevaba en su mano —mi libro— llevaba consigo un

separador de páginas, con lo que deduje que este hombre había comenzado su lectura, es decir, se había interesado por mi obra.

—Pasamos, si le parece, José Antonio, al comedor para desayunar y hablar de Adolfo Suárez y la Transición, como me ha pedido.

—Me parece muy bien. ¡Claro que sí! A esto es a lo que hemos venido. Le agradezco enormemente el que me haya hecho un hueco dentro de su apretada agenda —le comenté, tratando de ir calentando el ambiente de este deseado encuentro.

Nada más pasar al comedor de este legendario castillo del siglo XVI nos atendió inmediatamente un camarero. Mi entrevistado le explicó que veníamos a desayunar y a charlar un ratito, interesándose por la demanda turística en las últimas fechas.

—Bien, vamos bien —le respondió. No nos podemos quejar. Parece que, a pesar de la pandemia, la situación se va animando. El turismo está empezando a responder. Hay buenas perspectivas de cara al futuro. Gracias, señor, por su interés.

—Me alegro mucho —comentó mi interlocutor. A ver si pasamos pronto página a esta situación negativa para el turismo de la ciudad. Luego, exclamó: ¡Ávila os necesita! Vosotros sois en realidad el motor de esta ciudad.

—Gracias, señor, gracias por su apoyo —fue la respuesta de agradecimiento del camarero.

—En esta ocasión vengo a desayunar con José Antonio Hernández, un productor y periodista de RTVE. Él es de Muñana. Ha escrito este interesante libro, *“Apuntes de sabiduría”* —le explicó mostrándole el libro—. ¿Dónde le parece que nos sentemos?

—Pueden sentarse donde les parezca. Pero, en esa mesa de ahí, junto a los ventanales, podrán disfrutar de unas vistas excepcionales —le respondió el camarero señalando la mesa que, a su juicio, era la ideal para apreciar la belleza del jardín con sus restos arqueológicos. Luego, nos ofreció la carta para que solicitáramos la comanda.

—Yo no tengo intención de desayunar —respondí sin mirar la oferta de la carta. Es que ya vengo desayunado de casa. Así que me tomaré una infusión.

—¿Qué tipo de infusión desea? —Podemos ofrecerle un té verde, rojo, de manzanilla...

—Suelo tomar habitualmente té verde; pero hoy me tomaré uno rojo, que hace tiempo que no la bebo. Gracias.

—Pues yo tomaré una tosta de tomate y jamón serrano y un café con leche —fue la petición de mi entrevistado.

—Gracias. Ahora les traigo lo que me han pedido —resolvió el camarero tomando nota.

Una vez que el camarero se dio la vuelta para gestionar nuestro pedido, mi interlocutor me sugirió que nos tuteáramos porque —me comentó— si vamos a hablar largo y tendido sobre alguien que llegó a decir que la libertad es algo que ni siquiera Dios puede negar a los hombres, es mejor que lo hagamos sin corsés.

Tan sólo me pidió que no desvelara su nombre pues deseaba seguir permaneciendo en el anonimato. Es que, en este caso, lo importante no es el quién, sino el qué —me aclaró. A continuación, me interrogó de un modo irónico, que yo interpreté como un pequeño tirón de orejas.

—¿Pero, bueno, José Antonio, no habíamos quedado para desayunar en el Parador?

—Sí, es verdad, pero es que estoy tratando de adaptarme a la alimentación frugal, la misma que llevó toda su vida Adolfo Suárez... ya sabes, la de la tortilla francesa bien pasada.

—Ja, ja, ja... Excelente ironía. Pero si es como dices, haces muy bien, que hay que cuidarse, aunque de vez en cuando es conveniente salirse de la norma para poder degustar la rica oferta culinaria que ofrece nuestro país por cada uno de sus rincones.

Y, sí, Adolfo Suárez comía de forma frugal —me puntualizó. Lo que poca gente sabe —ampliando su puntualización— es que, además de la consabida tortilla francesa bien pasada que comentaba, le gustaba mucho las patatas con carne o bacalao, las lentejas y el cocido madrileño. Y, según el famoso cocinero de la Moncloa, Julio González de Buitrago, una de sus cenas favoritas en su época de presidente del Gobierno eran los garbanzos sobrantes del cocido, que freían para él.

Este comentario me alertó de que mi deseada entrevista iba a ser altamente jugosa debido al sobrado conocimiento que mi interlocutor poseía sobre de la figura política y humana de Adolfo Suárez y el convulso periodo de la Transición. Intuí que solía venir muy a menudo por aquí, por el grado de familiaridad que todo el equipo del Parador de Ávila le mostraba.

Mientras llegaba el desayuno me comentó que el equipo de este Parador estaba llevando a cabo un trabajo impecable, poniendo de relieve la riqueza de la cocina castellana, así como otros tantos detalles del servicio que ofrecía este Parador.

—Si vienes a comer algún día aquí —me explicó— no puedes perderte unas buenas patatas revolconas para abrir boca. A

continuación, debes catar los pucheretes teresianos, el cochinillo asado o el chuletón de Avileña negra ibérica.

—Está claro, que eres el mejor embajador de esta ciudad —le comenté interrumpiendo su explicación.

—No lo creo —me respondió. Los mejores embajadores de la ciudad son personas como este camarero que cada día ponen la carne en el asador para que los turistas se lleven las mejores impresiones de nuestra oferta turística, rica en historia, patrimonio y encanto en cada plaza, en cada calle y en cada esquina.

De alguna manera estaba esperando esta respuesta de mi amable entrevistado. Quienes le conocen bien siempre destacan su gran humildad y disposición para ensalzar al otro, destacando alguna virtud o algún logro. A continuación, como precalentamiento, y antes de entrar en profundidad sobre el tema que nos había traído hasta aquí —la huella de Adolfo Suárez y su participación en la gran obra política de la Transición— le trasladé mi agradecimiento por su interés en la lectura de mi libro.

El siguiente “entrante” dialéctico versó sobre Ávila. El amor que sentía por esta ciudad que le vio nacer no parecía conocer límites.

—Es verdad que amo esta ciudad. Me hace sentir abulense por los cuatro costados —me comentó con la máxima contundencia. Te confieso que, aquí, en mi querida Ávila, nunca me he sentido agraviado por nada; tampoco me he tenido que ver en la tesitura de “La Santa” que, según cuenta una leyenda, se quitó sus sandalias a la altura de lo que hoy conocemos como “Los Cuatro Postes”, sacudiéndolas y gritando que de esta ciudad no quería ni el polvo, enfadada por no poder expresar su religiosidad como ella quería. Eso sí, años después volvería a esta recogida y

austera ciudad, ya convertida en una gran fundadora de conventos y de orden religiosa.

Cuando sentí que el clima interpersonal era óptimo con mi interlocutor, me animé a dispararle —dialécticamente hablando, claro—, con una pregunta enjundiosa relacionada con la situación política actual. Así que, ni corto ni perezoso, le pregunté:

—¿Cómo ves la actual situación política?

—Bueno, verás... parece evidente que últimamente se está imponiendo un criterio de corrección política bastante restringido. Se habla incluso de la tiranía de la corrección política. Esto hace que algunos nos sentimos menos libres ahora que entonces.

En alguna parte he leído que, en general, Occidente ha sucumbido a la tiranía de la ideología. Quizás esta afirmación tenga su fundamento. Con el paso de los años venimos asistiendo perplejos a la consolidación de diversos grupos moralistas que se han autoproclamado defensores de determinadas minorías —supuestamente oprimidas de la sociedad— que nos dicen cómo tenemos que hablar, sobre qué debemos debatir, qué debemos pensar y, quién sabe, si algún día, nos exigirán de qué podemos reírnos y de qué no.

Y, de verdad, yo me resisto. Los valores que representaba Adolfo Suárez y la época de la Transición, que algunos tuvimos el privilegio de vivir eran, a mi juicio, otros bien distintos a los actuales. Ciertamente, había posiciones políticas irreconciliables en apariencia, pero, ya ves, al final, la concordia entre todos los españoles fue posible; y a mí me parece que fue posible —valga la redundancia— gracias a valores como la generosidad o la empatía.

—Por cierto, a cierto representante político, estrechamente ligado a la figura de Adolfo Suárez —asentí— le escuché decir en cierta ocasión que los llamados valores de la Transición eran, realmente, los propios valores de Adolfo Suárez.

—Yo también comparto esta misma opinión. Adolfo Suárez fue un personaje excepcional, en una etapa excepcional. Creo que su personalidad y liderazgo fueron cruciales para conseguir poner de acuerdo a todas las partes, con sensibilidades políticas antagónicas. En este sentido me parece que no sería exagerado afirmar que los valores de la Transición son los propios valores que Adolfo Suárez llevaba incorporados en su ADN psicológico.

—¿Qué valores? —pregunté.

Mira, en cierta ocasión, con motivo de un acto de homenaje a la Constitución española, Suárez afirmó que, a su juicio, la Transición fue, sobre todo, un proceso político y social de reconocimiento y comprensión del distinto, del diferente, del otro español que no piensa como yo, que no tiene mis mismas creencias religiosas, que no ha nacido en mi comunidad, que no se mueve por los ideales políticos que a mí me impulsan y que, sin embargo, no es mi enemigo, sino mi complementario, el que complementa mi propio yo como ciudadano y como español y con el que tengo necesariamente que convivir porque solo en esa convivencia él y yo podemos defender nuestros ideales, practicar nuestras creencias y realizar nuestras propias ideas.

—¡Uf! —exclamé. Se puede decir más alto, pero no más claro.

—Sin duda —asintió mi interlocutor. Adolfo Suárez en generosidad, empatía y valentía para decir lo que pensaba es y yo creo que sigue siendo un ejemplo para seguir.

—¿A sí?

—Pues sí. Creo que esta anécdota te convencerá de las profundas convicciones democráticas de Adolfo Suárez y de su anhelo de que España fuera una democracia plena, donde la convivencia entre todos los españoles fuera posible. ¡Ah! Y de su valentía, porque a veces dijo cosas que para decirlas hay que tener lo que hay que tener.

Verás. A los pocos días de que Adolfo Suárez fuera nombrado presidente de la Asociación política denominada *Unión del Pueblo Español* (UDPE), impulsada desde la secretaria general del Movimiento, se produjo un encuentro en El Pardo con el jefe del Estado, el General Franco. Previamente, el jefe de la Casa Civil, Fernando Fuentes de Villavicencio, como era menester, le había solicitado una copia del discurso que iba a pronunciar durante la audiencia; sin embargo, él obvió este requerimiento; digamos que se hizo un poco el sueco y nunca llegó a dársela.

—Pero ¿qué dijo? —le interrumpí, impaciente por conocer qué había dicho Adolfo Suárez en aquella audiencia ante el jefe del Estado.

—Pues dijo algo que sorprendió mucho a los allí presentes con unas palabras que hay que tener muchas agallas para decirlas. Dijo:

«Esta Asociación Política no es más que un embrión imperfecto e insuficiente del pluralismo político que será inevitable cuando se cumplan las previsiones sucesorias».

—¡Joder! —exclamé sin poder refrenar mi sorpresa por unas palabras que debieron caer como una bomba de relojería en aquel foro de elevada solemnidad.

¿Y cómo reaccionó el General Franco ante este atrevimiento?

—Pues, mira, el General Franco, al parecer, no se inmutó. Se despidió de los asistentes uno a uno, estrechándoles la mano y cuando llegó el turno de Suárez, le dijo: Suárez, quédese un momento.

Cuando estuvieron solos, el jefe del Estado le preguntó por qué había mostrado tanto empeño en hablar de la inevitabilidad de la democracia. Adolfo le respondió:

«Porque estoy convencido de que es así, Excelencia. La llegada de la democracia será inevitable porque lo exige la situación internacional. La gente respeta a Franco, pero no quiere esta situación. La gente quiere homologarse con lo que hay fuera, y cuando Franco falte ese deseo de un futuro democrático para España será inevitable».

—¡Me dejas perplejo! —exclamé. Hay que echarle mucho valor para ser capaz de decirle al mismísimo Franco que, una vez que él ya no estuviera, se tendría que abrir un nuevo camino, basado en un sistema político homologable con las democracias occidentales. ¿Y se sabe cómo vivió este momento el propio Adolfo Suárez?

—Pues sí. Confesó a alguno de sus hombres de su círculo de máxima confianza que en aquel momento sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Afortunadamente, aquel incidente no tuvo consecuencias negativas para su trayectoria política. Franco, al parecer, después de su severa inspección visual, le dejó con la boca abierta. En ese caso —le dijo— también habrá que ganar para España el futuro democrático. ¿Te esperabas este desenlace, José Antonio?

—Pues francamente no, no me lo esperaba. Es una anécdota que, te confieso, no conocía. Sin duda constituye un embrión de su determinación inquebrantable para realizar el cambio político

que España estaba preparada para afrontar. Pero... ¡uf! en aquel instante, Adolfo se la jugó. Su audacia pudo costarle muy caro.

—Sin duda. En aquel momento Suárez era un político joven con gran ambición. El órdago que echó en aquella difícil partida de mus político pudo acabar definitivamente con toda su prometedora carrera política. Podría haber truncado el pronóstico que le hizo a su suegro, don Ángel Illana, durante la pedida de la mano de su hija Amparo:

«Seré gobernador civil, director general, subsecretario, ministro y, antes de cumplir los cincuenta años, presidente del Gobierno».

—Por cierto. Se ha hablado mucho sobre la enorme ambición política de Adolfo Suárez. El mismo dijo sin ningún tipo de rubor que desde muy joven había soñado con ser presidente del Gobierno y que el poder le encantaba. ¿Crees que fue esta ambición su principal talón de Aquiles?

—No, no lo creo. La sana ambición es indispensable para un político. La tuvo Cánovas, no le faltó a Sagasta y la poseyó Silvela. También la tuvo Abraham Lincoln. La ambición de este hombre permitió, no sólo liberar a su pueblo de sí mismo, sino que abrió un camino hacia la libertad del ser humano. Lincoln, no cabe duda, iluminó en su tiempo y seguirá iluminando al mundo. Hoy le seguimos recordando por su incomparable legado. El Monumento a Lincoln (“Lincoln Memorial”), situado en uno de los extremos horizontales del Nacional Mall de Washington D. C. fue precisamente creado para honrar la memoria del presidente de este “ambicioso” político. Y Suárez, hoy, en España, tiene el respeto general en torno a su persona y su obra política.

Adolfo Suárez nació en Cebreros, un pequeño pueblo abulense, sin privilegios de ninguna clase; pero, gracias a su noble ambición y de servicio a España contribuyó de forma decisiva a la reconciliación de todos los españoles. Obtuvo en vida el premio Príncipe de Asturias de la Concordia por su ejemplar comportamiento político en la fundación de nuestra democracia. Y, hoy, su nombre aparece en innumerables centros cívicos, calles y plazas de España.

—Y en Aeropuerto más importante de España y de referencia en Europa y en el Mundo por tráfico de pasajeros, carga aérea y operaciones —comenté interrumpiendo su argumentación y, probablemente, anticipándome a lo que él ya tenía pensado decirme.

—¡Claro! El Aeropuerto de Madrid-Barajas, hoy renombrado *Adolfo Suárez Madrid-Barajas*. Todo un “Suárez Memorial”.

—¡Bien merecido! —exclamé apostillando su comentario.

—Pues sí, bien merecido. Se podría decir que, además del bien merecido homenaje que tú bien señalas, es un recuerdo permanente a la concordia entre todos los españoles. Muchos creemos que Adolfo Suárez simboliza mejor que nadie la superación de las dos Españas.

Al pronunciar lo de las “dos Españas” se hizo un profundo silencio entre los dos. Noté que mi interlocutor se había quedado absorto en sus pensamientos, recordando probablemente momentos y hechos de un momento épico de la Historia de España; reencontrándose mentalmente quizás con aquellos hombres y mujeres que apostaron decididamente por la convivencia, la reconciliación, la concordia y el consenso desde el respeto al pluralismo democrático en nuestro país. Traté de

que mi interlocutor volviera al momento presente con una pregunta abierta de fácil respuesta.

—Indudablemente esta magna obra de ingeniería política no se debe a un solo hombre. ¿Qué otros actores crees que fueron relevantes para este profundo cambio de las estructuras del Estado?

—Claramente S.M. el Rey don Juan Carlos y Torcuato Fernández Miranda —fue su clara y rotunda respuesta. También Santiago Carrillo y Felipe González. Y, por supuesto, muchos otros, cada uno representando un papel fundamental que hizo posible este milagro. Todos ellos —a mi juicio— fueron capaces de ayudar al personaje central, una especie de director de orquesta encargado de hacer que sonara con armonía todos los instrumentos musicales.

Adolfo Suárez, este director de orquesta al que me acabo de referir, es un personaje que hoy, con la perspectiva del tiempo, atrae de forma mayoritaria o, en todo caso, no deja indiferente a nadie.

—Salta a la vista tu fascinación por el hombre que hoy encarna por méritos propios el llamado *ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN*.

—Sí. Así es. Yo siempre he sentido fascinación por él. He visto en él a un hombre que se hizo a sí mismo. Alguien que mantenía la convicción y el talante de pertenecer a una mayoría de ciudadanos que deseaba hablar un lenguaje moderado, de concordia y conciliación. Es verdad que no brilló en los estudios, pero esta carencia la suplió sobradamente con su gran carisma personal basado en su viveza, cercanía, capacidad de diálogo, escucha activa, empatía y sencillez. ¡Ah! y su plena

convicción de que la actividad política debe ser siempre un servicio a los demás.

—Sí, esto fue así. Según he leído Adolfo Suárez sostenía que la vida y el quehacer público alcanzan su sentido más pleno cuando se desarrollan en beneficio de los demás. Un principio que fue capaz de llevar hasta sus máximas consecuencias. Porque, efectivamente, toda su larga e intensa vida política fue presidida por este principio de servicio a los demás, algo que, según él mismo reconoció, aprendió junto a su padre político Fernando Herrero Tejedor. Hoy, sin embargo, la política se ha convertido en una lucha cruenta de intereses en el que unos y otros se lanzan acusaciones mutuas con un objetivo electoralista, amplificadas por los medios de comunicación. Mientras tanto, el ciudadano, más informado que nunca, queda al margen.

—Sí, esto en gran medida es verdad. Es un hecho constatable que hoy, en casi todas las democracias occidentales hay un gran descontento hacia los políticos y los partidos. En fin, a pesar de ello, debemos seguir manteniendo la esperanza de que la política con mayúsculas sea un medio de servicio a los demás, tal como fue concebida por Adolfo Suárez.

Por cierto: ¿Le llegaste a conocer?

—Sí, tuve el privilegio de conocerle en persona. Mi aprecio y valoración por Adolfo Suárez me viene desde pequeño. Mi padre le llamaba “Adolfito”, en términos siempre cariñosos y respetuosos. Tuve la ocasión de mostrarle mi aprecio y admiración durante una cena de Navidad en Madrid del CDS, al que yo estaba afiliado. Le pedí a un compañero de Televisión Española, que lo conocía personalmente y me acompañaba ese día, que me lo presentara porque deseaba trasladarle el agradecimiento de toda mi familia por haber sido tan decisivo

en nuestras vidas. Recuerdo vivamente que, tras su discurso de felicitación navideña a todos los afiliados y simpatizantes del partido, y solicitarnos el tradicional brindis, se situó en una mesa presidencial preparada para la ocasión, junto con altos cargos del partido, para recibirnos y charlar con nosotros. Cuando llegó nuestro turno, mi amigo me lo presentó diciéndole que yo trabajaba en TVE. Inmediatamente me comentó que conocía perfectamente a nuestro actual director general de RTVE, José María Calviño, pues había sido el jefe del Departamento Jurídico del Ente Público durante su etapa en la que él lo dirigió.

—Claro, claro, es que Adolfo Suárez fue el director general de RTVE...

—Sí, el nombramiento de Adolfo Suárez como director general de Radio Difusión Española se produjo el 6 de noviembre de 1969. Durante esta etapa —le continué explicando, Adolfo Suárez impulsó la autonomía presupuestaria de Radio Televisión Española, dando origen a un servicio público centralizado. Así que, se puede decir que fue el precursor de una política bendecida por sus sucesores que abrió el camino para la creación del mayor grupo audiovisual de España.

—¡Qué interesante! Un detalle de buen gestor poco conocido. ¿Oye, cuéntame, aprovechaste, por fin, esta ocasión para trasladarle tu agradecimiento?

—En ese momento no. Tras ese breve comentario sobre su relación con RTVE me firmó una dedicatoria que, por cierto, aún conservo; luego me retiré para permitir que otros afiliados y simpatizantes departieron con él. Tuve la ocasión de mostrarle mi agradecimiento en representación de mi familia en un momento posterior, cuando la gente empezaba a abandonar el restaurante. Cuando lo consideré oportuno me acerqué hasta él con mi amigo y le dije: presidente deseo transmitirle, en nombre

de mi familia, mi agradecimiento por lo que usted ha hecho por nosotros.

—¿Y qué respondió él?

—Mientras le trasladaba este mensaje de agradecimiento notaba que su atención sobre lo que yo le estaba diciendo era plena. Pero enseguida se escuchó por megafonía un aviso que le reclamaba con urgencia para atender a un medio de comunicación. Así que se despidió de mí dándome un fuerte abrazo, tan fuerte y con tanta humanidad que no podré olvidarlo jamás.

—Emocionante, José Antonio. Pero, dime, por favor: ¿por qué fue tan importante para vuestra familia Adolfo Suárez?

—Verás, mi hermana Pilar estaba trabajando en un ministerio por aquella época en que Adolfo Suárez era director general de Radio Televisión Española. Se enteró por una amiga que en esta empresa pública se ganaba algo más que en el ministerio donde trabajaba y que estaba prevista una próxima convocatoria de plazas para diferentes categorías, por lo que le pidió a mi padre que recabara información sobre estas convocatorias. Lo hizo encantado durante uno de los viajes de negocios que solía hacer cada viernes a Ávila. El punto de encuentro era generalmente la famosa cafetería “Pepillo”. Yo lo recuerdo como un local oscuro, bajo los soportales del Mercado Grande (hoy Plaza de Santa Teresa); una puerta con una escalera de escasos peldaños, acristalada y con grabados esmerilados sobre el vidrio. Un interior de fin de siglo. Gran mostrador. Divanes en las paredes; columnas con las clásicas bolas donde se guardaban diversos utensilios. En fin, “Pepillo” era “Pepillo”: el principal punto de encuentro de todos los abulenses; café, tertulias, algún pequeño espectáculo de varietés, citas de todas las clases, sobre todo de negocios.

—¡Pepillo, todo un símbolo de esta mística y preciosa ciudad!
—exclamó nostálgico mi interlocutor, interrumpiendo mi relato.

—Pues en “Pepillo” —comenté, prosiguiendo con mi relato— mi padre consiguió un relevante contacto, que le permitió a hermana Pilar acceder a una entrevista con Adolfo Suárez, el hombre generoso del que, por entonces, se comentaba que ayudaba a la gente de Ávila.

Mi hermana Pilar todavía recuerda perfectamente cómo aquel hombre que, por entonces, “mandaba más que algunos ministros de Franco”, la recibió como si ella fuera la persona más importante del mundo.

—Dígame, por favor, señorita —le preguntó Adolfo Suárez a mi hermana Pilar en su despacho: ¿Qué estudios tiene? También, por favor, ¿podría indicarme su experiencia laboral?

Una vez que mi hermana le trasladó su interés en trabajar en RTVE, comentando con él su formación académica y experiencia laboral, junto con una breve conversación sobre su adaptación a la vida de Madrid, le confirmó la inminente convocatoria de oposiciones para diferentes categorías, sobre la que sería informada puntualmente al respecto desde su secretaria. Una vez concluida esta reunión, Adolfo Suárez se despidió de mi hermana acompañándola hasta la misma puerta de su despacho, en un gesto de consideración y cortesía.

—Un gesto que, indudablemente, habla de su gran caballerosidad...

—Ciertamente. Adolfo Suárez era, como bien sabes, un gran caballero. A mi hermana Pilar, una chica tímida de provincias que, por aquel entonces trataba de labrarse un cierto futuro profesional, aquel gesto le impactó de un modo extraordinario

e, incluso, hoy, con la perspectiva del tiempo, le sigue impactando aún más.

Es que, ¡Así, era Adolfo!, como ha escrito Luis Herrero, en su obra *Los que le llamábamos Adolfo*.

«Cuando Adolfo se humanizaba, era irresistible. No se trataba de lo que decía, sino de su manera de hacerlo. Te singularizaba de tal modo que llegabas a creerte por unos instantes que eras el único ser sobre la tierra que de verdad le importaba».

Y, por cierto. ¿Recibió tu hermana la carta prometida? —me preguntó deseoso de conocer cómo terminaba este emotivo testimonio.

—¿Tú qué crees? Adolfo Suárez era un hombre de palabra y la palabra para él era ley.

—No me extraña en absoluto. Adolfo era un abulense de pro, de los que presumía que *«Los de Ávila somos buena gente: recia, luchadora, sencilla, honrada y sincera»*.

Y, sí, puedo asegurarte de que era un hombre que trataba de cumplir siempre lo que prometía. Su célebre frase “puedo prometer y prometo” hoy ya está asociada íntegramente a su figura. Lo que poca gente conoce es que en las profundidades de esta aparente frase gancho de político que pretende ganarse el voto de los electores, se hallaba un compromiso firme con todo el pueblo español.

Hoy podemos leer en el libro *Puedo prometer y prometo* de Fernando Ónega:

«No puedo asegurar que se arreglen rápidamente problemas que se vienen arrastrando desde hace muchos años aunque la mayor libertad de ahora los haga aparecer como nuevos. Y no puedo asegurarles nada de esto, porque somos un país con

recursos limitados, con deficientes estructuras, con desigualdades irritantes, con una legislación que no se acomoda a la realidad de 1977. Pero si ustedes nos dan su voto, puedo prometer y prometo que...»

—Por lo tanto, ¡claro que mi hermana recibió la carta prometida! Yo la conservo en “un cofre de siete llaves”. Se trata de una carta redactada por la secretaria de la Dirección General de RTVE firmada por el propio Adolfo Suárez.

—¿Y qué pasó, finalmente? ¿Aprobó tu hermana Pilar aquellas oposiciones para RTVE? —me preguntó intrigado mi interlocutor.

—Sí, en efecto, las aprobó y, al parecer, con buena nota. Recuerdo que mi hermana se preparó unas oposiciones de auxiliar administrativo —acordes con sus estudios— a conciencia. Yo mismo fui testigo de ello, así como el permanente estímulo paternal de nuestro padre que, cual espada de Damocles, le recordada con frecuencia: ¡A ver si vas a dejar en mal lugar al Sr. Suárez!

Pero, además, hay un detalle que no podemos pasar por alto. Al poco tiempo, la persona que facilitó a mi padre la entrevista de mi hermana Pilar con Adolfo Suárez, le trasladó que el director general de Radiotelevisión Española le había llamado para comunicarle que había aprobado aquellas oposiciones. Un ejemplo inapelable de cómo los grandes líderes —Adolfo Suárez lo era— revisan hasta el más mínimo detalle todos los asuntos —por nimios que estos sean— de la existencia, en línea con la afirmación de la psicología de que el carácter se revela en todas las actividades de la vida.

Al pronunciar la palabra vida ambos guardamos silencio durante unos instantes, mirando instintivamente absortos el jardín de

este precioso Parador donde la tradición afirma que Santa Teresa, de pequeña, venía a visitarlo. Contemplando este silente jardín, me hice más consciente del lugar donde me encontraba, trayendo a mi memoria la imagen de las murallas de Ávila, su impresionante catedral gótica, los conventos teresianos y los palacios adosados a la muralla, parecidos al de Piedra Albas, donde me encontraba, como segundo cinturón defensivo, atestiguando antiguas gestas y sugiriendo la necesidad de conocer leyendas e historias que cuentan con agrado los guías y actores encargados de mostrar esta mágica ciudad.

—Si te parece, José Antonio, podemos continuar nuestra interesante conversación sobre Adolfo Suárez en un salón muy tranquilo de este Parador —me dijo, haciéndome regresar hasta el presente. Es el salón de Campanar. Un sitio que invita al sosiego y la reflexión. De este modo facilitamos que el servicio del Parador continúe con su labor de preparación del salón para las comidas del mediodía.

—Me parece perfecto. El tema lo requiere.

El salón de Campanar es un lugar muy especial, donde se respira historia y cultura. Fue utilizado como biblioteca por Don Bernardino de Melgar, IX Marqués de Benavites, VII de San Juan de Piedras Albas, VI de Canales de Chozas y Señor de Alconchel, jurista, político, historiador, bibliófilo y coleccionista. Un personaje querido y respetado en la ciudad.

Fue un destacado protagonista de la vida cultural abulense de la primera mitad del siglo XX porque puso —y mantuvo— abiertas al público una inmensa biblioteca; una ingente colección y unos pioneros Museos Taurino y de Arte Popular que había instalado en su palacio de Ávila, hoy reconvertido a Parador de Turismo. Libros y piezas que, además, con el tiempo, pasaron a formar parte de los fondos de la Biblioteca Pública y

del Museo de Ávila, donde continúan configurando de manera notable la gestión cultural de Ávila que el Marqués —por antonomasia— ya ejerció de forma pionera y altruista, cuando ni siquiera se había definido tal labor.

—¿Qué viste en Adolfo Suárez? ¿Quizás la figura de un político ligado a ciertos principios de ética política? —fue mi primera pregunta en la nueva ubicación para esta entrevista.

—Sí. Sé que fue una persona honesta, humilde, sencilla y cercana. También trabajadora. Por esto, Adolfo Suárez era un referente para mí, un camino a seguir. Pero, además, con una actitud esencial: sin miedo alguno. Sin miedo al poder establecido; sin miedo a la “partitocracia”; y sin miedo a lo que pudieran decir. Y todo esto con un fin bien definido en su mente: la defensa del interés general.

—Creo que alguna vez Adolfo Suárez —le comenté, tratando de ampliar su profunda reflexión— afirmó que no hay que tener miedo a nada, si acaso al miedo mismo. Con esta predisposición mental logró que España transitara desde la incertidumbre hasta la concordia, centrando siempre su mirada en todo aquello que podía unir a todos los españoles. A mí me recuerda este planteamiento, de algún modo, al dicho bíblico de que el que pone su mano en el arado y mira hacia atrás no es apto para el reino de Dios.

—Es que la Transición, José Antonio, estuvo presidida por valores muy profundos: la paz y la convivencia; la reconciliación, la aceptación del que pensaba de modo diferente... y, en todo caso, con una mirada siempre puesta en el presente y en futuro, haciendo real el dicho bíblico al que te has referido de que no es bueno mirar hacia atrás.

—Hoy decimos que las cosas están muy difíciles —le comenté preparándolo para la siguiente pregunta. De igual modo que ciertas personas religiosas se encomiendan a sus santos de preferencia, ciertos dirigentes políticos de renombre se han encomendado a figuras políticas de mucha altura para que, de alguna manera, les inspiren en la toma de una decisión importante.

¿Te has tenido que encomendar al “santo” (lo digo con comillas y respetuosamente) Adolfo Suárez?

—Está bien la precisión porque la cuestión de encomendarse ha de referirse exclusivamente a los santos. Te lo dice alguien que ha llevado en su pecho durante toda la vida a la ciudad de los cantos y los muchos santos. Así que, en respuesta a su pregunta, he de confesarte que, en varias ocasiones de mi larga vida política, me he preguntado:

¿En esta situación, qué haría mi amigo, el presidente Adolfo Suárez?

—Y en esas difíciles situaciones... ¿qué habría hecho el presidente Suárez? —le pregunté algo intrigado.

—Lo primero, escuchar a todas las partes: escuchar sus necesidades e inquietudes; y luego, una vez conocidas esas necesidades e inquietudes, pausar, es decir no tomar las decisiones en caliente, en el fragor de la batalla. Es algo que siempre han tenido muy en cuenta los grandes líderes, muy conscientes de las consecuencias de sus actos. Siempre pensando —y esto quiero recalcarlo— en todos: no solamente en la mayoría, sino también en la minoría, de tal forma que nadie se quede fuera de una importante decisión política.

—Sí —le amplié— en línea de lo que escribió el poeta León Felipe:

«Voy con las riendas tensas y refrenando el vuelo porque no es lo primero que importa llegar solo ni pronto, sino llegar con todos y a tiempo».

—Exactamente. De esto es de lo que se trata: de no dejar a nadie atrás, pensando siempre en el interés general. Dicho de otro modo: lo que un servidor público debe desarrollar en todo momento es la llamada “altura de miras”.

Nuestra conversación sobre el legado ético y moral de Adolfo Suárez continuó dentro de este emblemático salón del Parador hasta casi la una de la tarde. Allí podríamos haber seguido mucho más tiempo si no hubiera sido porque tenía a esta hora un compromiso público ineludible.

Durante este tiempo hablamos largo y tendido de Adolfo Suárez desde un punto de vista humano y político; pero, también desde una dimensión espiritual, como no podía ser de otra manera.

Y es que, en esta ciudad, de la que Adolfo Suárez es Hijo Predilecto, se escribieron algunas de las páginas más sobresalientes de la mística hebrea, islámica y cristiana. Nombres como Teresa de Cepeda y Ahumada, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara, Mosé de León, Nissim Ben Abraham o el Mancebo de Arévalo, así lo corroboran.

No cabe duda de que en esta ciudad se respira santidad por todos los poros. La misma que con toda seguridad respiró Adolfo Suárez, el primer presidente de la democracia de España, tras la dictadura, sintiendo de una manera muy profunda la huella de “La Santa”, una de las figuras más representativas de la espiritualidad española. Sí, Ávila, la ciudad de la infancia, juventud y madurez de Santa Teresa de Jesús; la ciudad de sus años de ilusiones y proyectos, punto de partida y retorno de sus

fundaciones. En fin, Ávila, siempre Ávila, la ciudad de Santa Teresa de Jesús y hoy también la de Adolfo Suárez.

«Soy de Cebreros. El hijo de la Herminia y el nieto de la tía Josefa».

Esta era su conocida carta de presentación. Con su simpatía arrolladora y mirada firme, ejerció con orgullo de abulense, distribuyendo sus descansos veraniegos entre Palma de Mallorca, la Coruña y, cómo no, su querida Ávila.

En esta ciudad permanece hoy vivo el recuerdo de un hombre que dejó una huella imborrable en la historia de nuestro país. La Escuela Nacional de Policía, el estadio de fútbol del Real Ávila, que lleva su nombre, el famoso “Puente de la Estación” que para los abulenses es clave porque hasta que fue construido parecía que había dos ciudades, son algunos ejemplos. Y, por supuesto, no podemos pasar por alto tampoco el número 1 de la calle de los Telares. Aquí, a escasos metros de la Casa Natal de Santa Teresa, se erige un coqueto palacete de piedra. Sus paredes fueron testigo de algunos episodios clave de la Transición, puesto que en ella pasó parte de sus veranos el presidente Suárez con su mujer, Amparo Illana y sus cinco hijos.

En el despacho de esta casa recibió a Santiago Carrillo para negociar la legalización del Partido Comunista en 1977 y se redactaron algunos borradores de la Constitución. Tristemente, acuciado por los problemas de salud de sus seres queridos, el presidente Suárez se vio obligado a desprenderse del inmueble. Luego, sus nuevos propietarios, los hermanos Diego y Hugo Ortega, del grupo hotelero Fontecruz decidieron abrir un hotel bautizado como *La Casa del presidente*.

—¡Yo coincidí con Suárez! —exclamó mi interlocutor, trayéndome de vuelta al histórico lugar en que me encontraba,

tras un breve instante de absorción mental. Muchos abulenses que saben que estuve ligado política y humanamente a Adolfo Suárez me paran a menudo por la calle para comentarme que tuvieron el privilegio de conocerlo, recordando algún momento inolvidable a su lado.

—Momentos inolvidables, sin duda, que, aún conservas vivamente en tu memoria. ¿Podrías compartirme alguno?

—Sí, por su puesto. Por aquí, es muy conocida la anécdota de que en las primeras elecciones democráticas el presidente Suárez vino a celebrar con su gente la victoria a Ávila y cogió en sus brazos a un hijo pequeño de un buen amigo suyo, durante tanto tiempo que acabó orinándose sobre él.

Pues bien: El presidente Suárez, lejos de protestar malhumorado diciendo, ¡vaya, me ha meado el niño!, respondió a la llamada de la naturaleza infantil, diciendo, *«por favor, no me lo quitéis, dejad que siga conmigo porque así no tendré que explicar por qué es»*.

Tras escuchar esta emotiva anécdota de cercanía y humanidad del primer presidente constitucional de nuestra etapa histórica reciente, ambos mantuvimos unos instantes de silencio, tratando de comprender el significado profundo de su gesto. Luego, mi interlocutor prosiguió con esta reflexión final.

—Ahora otros deben asumir la labor señera de enseñar a las nuevas generaciones la importancia de la figura del primer presidente de la etapa democrática de España, tras la dictadura. Un trabajo de concienciación para que comprendan que la libertad, la democracia o el llamado “estado de convivencia” fue recuperada, como diría Winston Churchill, *«con sangre, sudor y lágrimas»*.

El interlocutor de mi deseada entrevista se despidió de mí, apremiado por un compromiso público, con un fuerte abrazo y una franca sonrisa, un gesto humano y humanizador muy característico de él; el mismo que me dio en su día a mí, y que hoy sigo recordando vivamente el propio Adolfo Suárez.

EL PILAR DEL MUNICIPALISMO

Juan Ignacio de Mesa Ruiz

La Historia nos presenta con frecuencia la ligazón, la íntima relación de un personaje con la ciudad que le vio nacer, crecer o dejar su legado. Así, por ejemplo, Miguel Hernández, el poeta y dramaturgo de enorme relevancia en la literatura española del siglo XX, con Alicante; Nicolás Salmerón, Presidente de la Primera República Española, con Almería; Santa Teresa de Jesús, “La Santa”, seguirá estando vinculada por los siglos de los siglos a la ciudad de Ávila; Rodrigo Díaz de Vivar, ‘El Cid’, a Burgos; Salvador Dalí a Gerona; Federico García Lorca a Granada; Santiago Ramón y Cajal a Huesca; Camilo José Cela a La Coruña; Gonzalo de Berceo, considerado primer poeta de la lengua castellana, a La Rioja; Miguel de Cervantes a Madrid; Pablo Picasso a Málaga; Agustín de Betancourt, uno de los científicos más relevantes del siglo XIX, a Santa Cruz de Tenerife; Unamuno a Salamanca; Francisco de Goya a Zaragoza...

Para la ciudad de Toledo se vienen citando varios nombres de la talla de Alfonso VI, conquistador de la ciudad en el año 1085 y Garcilaso de la Vega, uno de los grandes exponentes del Siglo de Oro español. Yo propongo —si me lo permiten— actualizar este ranking para el caso de la ciudad de Toledo, con un tercer nombre: el de Juan Ignacio de Mesa Ruiz, uno de los grandes artífices del municipalismo moderno en España.

Para quienes consideren que esta propuesta es disparatada, provocadora e irreverente y, por sí misma, motivo suficiente para rasgarse las vestiduras, les ruego que escuchen todos mis argumentos a favor de la misma hasta el final de este texto. Quizás, algunos de los que ahora piensan que mi propuesta carece de fundamento, tras escuchar mis razonamientos, la abandonen.

El llorado presidente norteamericano, John F. Kennedy, llegó a afirmar que *«A una nación se la conoce por los hombres que produce, pero también por los hombres a quienes honra»*. España puede presumir al menos de una de estas dos cosas: que la lista de figuras insignes que ha producido es innumerable, tanto por la relevancia de sus los personajes como por la cantidad de campos que abarcan. De la segunda —por los hombres a los que honra— vamos a dejarlo, si les parece, para otro momento, pues no estoy seguro de que existan amplios consensos al respecto.

Juan Ignacio de Mesa Ruiz, nacido durante la posguerra en el barrio de Santo Tomé un 19 de agosto de 1947, es un toledano de pro que lleva permanentemente a su ciudad en el corazón. Cursó sus estudios primarios y de bachillerato en el Colegio San Servando de Toledo. A continuación, se trasladó a Madrid para licenciarse en Ciencias Económicas por la Universidad Complutense, regresando en el año 1972 para iniciar su actividad empresarial y profesional.

Su espíritu inquieto y emprendedor le llevó a fundar la Federación Empresarial Toledana (FEDETO) en el año 1976, ocupando dos años después el cargo de vicepresidente de La Confederación Española de la Pequeña y Mediana Empresa (CEPYME).

Como Aristóteles, cree firmemente en que “El hombre es un animal político” que vive en sociedades organizadas políticamente, en cuyos asuntos públicos participa en mayor o menor medida, con el objetivo de lograr un noble objetivo: el bien común, la felicidad de los ciudadanos. Esta creencia completamente arraigada dentro de su forma de ser y de actuar le llevó a ser el primer alcalde democrático de Toledo durante el periodo 1979-1983, matizándose que hay que distinguir entre el político profesional y el político por vocación. El primero —citándose al economista, sociólogo, jurista y politólogo alemán, Max Weber— es el que hace de esta noble actividad una carrera para mejorar su status social, mientras que el segundo, sin embargo, está al servicio de ideales relacionados con la mejora de vida de sus conciudadanos.

Con este espíritu de emprendimiento y de servicio de ideales relacionados con la mejora de la vida de sus conciudadanos promovió la constitución de la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP), ocupando el cargo de vicepresidente 1º durante el periodo 1981-1983; un cargo que compaginó con los de Primer vicepresidente español del Le Conseil des communes et régions d'Europe (CCRE), en París y el de Miembro de la Conferencia de Poderes locales del Consejo de Europa, en Estrasburgo.

Con la disolución de su partido, la Unión de Centro Democrático (U.C.D.), liderado por Adolfo Suárez, abandonó la militancia política —que no la política por vocación, completamente impregnada en sus genes— para dedicarse a sus actividades empresariales y profesionales como economista y auditor.

Su exitosa trayectoria profesional y de servicio al bien común desde entonces puede consultarse en su cuenta actual de LinkedIn.

—Porque aquí —me comenta, al preguntarle por qué lo había elegido para mantener nuestra conversación sobre la Transición—, en este centenario restaurante toledano de Venta de Aires, fundado en el año 1891, donde acudían los obreros de la cercana Fábrica de Armas, los devotos del Cristo de la Vega, los pescadores y bañistas del Puente de San Martín y algún que otro caminante en busca de alivio, empezó todo.

—¿Aquí, en Venta de Aires, donde nos encontramos empezó todo? ¡Qué interesante! —pregunté —.

—Sí, verás. Todo empezó aquí de la mano de Agustín Rodríguez Sahagún, un abulense como tú nacido en el año 1932, hijo de un antiguo dirigente de Izquierda Republicana y amigo de Don Claudio Sánchez-Albornoz. Se licenció en Derecho por la Universidad de Valladolid y en Ciencias Económicas por la de Deusto. Desarrolló una carrera empresarial exitosa antes de dedicarse a la alta política. Fue promotor de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), donde llegó a ser vicepresidente de la misma, así como promotor y presidente de la Confederación Española de la Pequeña y Mediana Empresa (CEPYME). En el año 78 fue ministro de Industria. Otro dato relevante de su biografía es que fue el primer civil que se hizo cargo de una cartera militar, produciéndose durante su gestión el golpe de estado del 23-F. En las elecciones generales de octubre de 1982 (II legislatura) fue elegido diputado nacional por Ávila, ya con el Centro Democrático y Social (CDS), y en el 89 alcalde de Madrid.

—Está claro que estamos ante un prohombre de la Transición, una figura clave de este periodo —apostillé—.

—Sí, lo fue, dejando una fructífera obra y el recuerdo de una persona respetada por su honradez y abnegación, valores que nunca le negaron ni siquiera sus contrincantes políticos en vida.

—En fin, una figura política y humana de primer nivel que tú tuviste el privilegio de conocer aquí, en Venta de Aires. ¿Cómo surgió este encuentro?

—Este encuentro —me explicó— fue promovido por Paco Neri, un conocido directivo de Banesto. Yo en aquel momento estaba en Toledo dedicado a mis cosas y a meterme en muchos charcos. Es que, a mediados de los años 70 si no eras una persona indiferente te metías, por un motivo u otro, en charcos.

Pues bien, un día Paco Neri me llamó para comentarme que estaba seleccionando a un grupo de personas para mantener una comida con un señor de Madrid que nos quería plantear algunas cosas. Esta comida se produjo aquí, en este restaurante de Venta de Aires, y el señor en cuestión era nada menos que Agustín Rodríguez Sahagún.

—¿Y qué cosas venía a plantearos este señor llamado Agustín Rodríguez Sahagún? —pregunté intrigado—.

—Pues este señor venía a contarnos una obviedad: que con la muerte de Franco se iba a producir un inevitable proceso de cambio de la sociedad española; que este proceso de cambio se tendría que hacer a través de modelos representativos: en el ámbito político, a través de los partidos políticos, y en el social, por medio de los sindicatos y las organizaciones empresariales; que, bajo el paraguas jurídico de la Ley de Asociaciones, había que promover una estructura jurídico-administrativa montando asociaciones sectoriales, representativas de diversos sectores empresariales como base para crear organizaciones de ámbito

sectorial, provincial, nacional y europeo; y que esto era imprescindible.

—¿Y cuál fue la respuesta de los comensales de aquella crucial reunión?

—Como puedes imaginarte, tras este planteamiento inicial surgió un amplio debate entre todos nosotros. Ciertos empresarios se manifestaron en contra, partidarios de seguir manteniendo la estructura del sindicato vertical; otros, sin embargo, pensábamos que lo que había era un anacronismo, y que no era posible abrirse a Europa empresarialmente con lo que teníamos; que había que adaptarse sí o sí a la nueva situación política.

—¿Y cómo quedó finalmente este intenso debate? —pregunté intrigado—.

—Al parecer, mi intervención y planteamientos llamaron especialmente la atención de Agustín, sucediéndome lo que ocurría en la mili: que el voluntario siempre se queda de cuadra. Así que, al día siguiente me llamó para mantener con él una reunión en su despacho, con el fin de plantearme mi disposición para promover una asociación empresarial en Toledo.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—Le respondí que no era fácil, pero que lo intentaría; que haría todo lo posible para llevarlo a buen puerto. Así que, con un grupo de empresarios me recorrí la provincia declarando la buena nueva. Hablé con el sector de la madera, la cerámica, la construcción, el metal, etc.

—Seguramente que metido en estos “charcos” te surgieron algunas anécdotas.

—Sí, claro, algunas hasta divertidas, como la que realicé en un restaurante a la entrada de Illescas, donde me topé con una pareja de la guardia civil delante. Es que, por aquel entonces, reunirse sin el permiso de la autoridad competente era una ilegalidad. En mi caso, lejos de caer en el desánimo por este ambiente de oposición, me sirvió de acicate. Me estimuló hasta el punto de conseguir crear la Federación Empresarial Toledana (FEDETO), ocupando el cargo de presidente. Al mismo tiempo participé con Agustín en la constitución de CEPYME y, por mis conocimientos en francés, tuve el honor de acompañarle en las reuniones que teníamos que mantener en Francia para llamar a la puerta de las organizaciones europeas, a fin de tener la representación que nos correspondía.

—Así que te metiste en este gran lío, o en este gran charco, por Agustín Rodríguez Sahagún.

—Así fue. Aquí empezó todo y por Agustín. En este histórico restaurante de Venta de Aires, fundado en el siglo XIX por Dionisio Aires Glaria y Modesta García-Ochoa, por el que han pasado ilustres personajes procedentes de todos los ámbitos de la vida.

—Me consta —asentí—. Yo mismo he tenido el privilegio de cotejar el libro de firmas de este centenario establecimiento por gentileza de su directora, la siempre encantadora Cuca Díaz de la Cuerda. Con mis propios ojos he podido contemplar —maravillado— las firmas de personalidades de la alta política nacional e internacional de la categoría de los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, de Jordania, Italia o Yugoslavia; del General Franco, el Duce Benito Mussolini o el presidente norteamericano Richard Nixon; del ámbito de la cultura y del arte de la talla de Luis Buñuel, Federico García Lorca, Salvador Dalí o Rafael Alberti; de la interpretación del glamour de Cary

Grant, Ava Gardner o Catherine Deneuve; del virtuosismo de Xavier Cugat o María Dolores Pradera; del pensamiento de la altura de José Ortega y Gasset y Gregorio Marañón; del Premio Nobel de Medicina, Alexis Carrel; de la olímpica Nadia Comăneci...

—La relación de personalidades que han pasado por este histórico establecimiento de comidas para degustar su rica gastronomía casera y celebrar importantes e históricas reuniones es innumerable.

—Y en la que siempre ha estado presente el delicioso plato típico de Venta de Aires: La perdiz a la toledana —puntualicé—

.

—Efectivamente. Por cierto, la perdiz a la toledana —me aclara— es una reminiscencia de la época romana. Es que, como sabes, Toledo fue una importante ciudad del Imperio Romano que integró en sus recetas culinarias a esta ave, muy abundante por nuestras tierras.

Tras finalizar este interesantísimo apunte histórico referido al centenario restaurante toledano de Venta de Aires, instintivamente ambos hicimos una breve pausa para tomar un pequeño sorbo de café, en su caso, y de té verde, en el mío. Unos pequeños y estimulantes sorbos de café y de té que, junto con la contemplación de la exquisita mezcla decorativa de sabor histórico y las últimas tendencias contemporáneas del interior del restaurante, nos transportaron repentinamente —por unos instantes— a otros tiempos, del mismo modo en que las famosas magdalenas mojadas en una taza de té transportaron repentinamente al escritor francés, Marcel Proust, a los veranos de su infancia en Combray, un pueblito al noroeste de Francia.

Luego, retomando la conversación con mi excelente conversador, Juan Ignacio de Mesa, de enorme bagaje cultural y experiencial, tomé la palabra para trasladarle el recuerdo que de Agustín Rodríguez Sahagún mantenía Antonio Regalado Rodríguez, un compañero y amigo periodista —ya jubilado— al que había conocido de cerca como jefe de Prensa del Ayuntamiento de Madrid en esa época.

—A Agustín le conocí en situaciones difíciles, con una salud precaria y altibajos en su carácter, ocasionados por la fuerte medicación que tenía que llevar. Era un hombre muy culto. Llegó a adquirir obras de grandes pintores como Picasso o Miró.

Como alcalde de Madrid tuvo la visión de transformar la capital de España con grandes obras como las autopistas subterráneas de conexión de la A6 con la A3 (A Coruña-Valencia) y la A5 con la A2 (Extremadura-Barcelona). La obra más representativa de su gestión fue la del túnel de Cristo Rey, que visitaba casi todas las noches para observar su evolución.

Pidió a la Policía Municipal que se le informara personalmente de los atentados que se producían en Madrid, una ciudad especialmente castigada por el terrorismo. Siempre era el primero en presentarse en el lugar de la tragedia para solidarizarse con los familiares.

Buscaba en todo momento los apoyos que fueran necesarios para sacar adelante los postulados centristas. Pactaba a menudo con el PCE, algo que evidentemente no gustaba a los populares.

Recuerdo vivamente que era muy meticuloso en la preparación de las ruedas de prensa de los viernes, para las que movilizaba a todo el equipo de comunicación y a los concejales, con el fin de ofrecer siempre respuestas claras y contundentes.

En fin, Agustín Rodríguez Sahagún dejó una impronta por su particular forma de gestionar, caracterizada por la entrega, la honradez, la imaginación, la disciplina y la plena dedicación a los asuntos del pueblo de Madrid.

—Coincido esencialmente con este análisis del periodista Antonio Regalado sobre Agustín Rodríguez Sahagún. Ciertamente, Agustín, era un hombre culto y generoso, que donó varias obras al Museo de Arte Contemporáneo de Toledo, situado en la Casa de Las Cadenas: hoy, por cierto, cerrado y sus obras dispersas. También autoexigente que, por los tiempos de cambios que se estaban viviendo en España por aquellos días pedía compromisos.

—Culto, generoso, autoexigente y honrado —apostillé—. Subrayo lo de honrado con cierto conocimiento de causa, basándome en el testimonio de un compañero mío —Nacho Ayllón—, informador gráfico de TVE, destinado en nuestros Servicios Informativos en Madrid.

Resulta que hace pocos días, al enterarse de que estaba escribiendo estas *Conversaciones para tiempos de hoy* sobre la transición política española, me comentó que deseaba compartir conmigo un episodio conmovedor, que no había compartido hasta ahora con nadie, relacionado con Agustín Rodríguez Sahagún durante su etapa como alcalde de Madrid.

Verás. Tras finalizar una entrevista para TVE —una de las últimas, por cierto—, realizada en el despacho de la Alcaldía, Agustín Rodríguez Sahagún invitó al equipo a charlar un ratito más. Al parecer, deseaba compartir con ellos —ya fuera de cámara— algunas reflexiones.

Comenzó comentándoles que para él era un gran honor ser el alcalde de Madrid, pues, tras su paso por el Ministerio de

Industria y Energía y del Ejército, su gran sueño era trabajar por esta ciudad para transformarla socialmente. Pero —les aclaró— no me está resultando nada fácil llevar a cabo todas mis ideas, ya que me estoy encontrando con fuertes oposiciones desde diferentes ámbitos, algunas de carácter muy grave.

—¿De carácter muy grave? Esta fue la pregunta que resonó en el ambiente y en el interior de todos ellos, generando una tensión que podría cortarse con un cuchillo, según mi compañero Nacho Ayllón. Luego, tras este breve, pero inquietante silencio, el alcalde, ya algo más distendido, tomó nuevamente la palabra para decirles que había sido presionado de un modo inimaginable, incluso para alguien como él con una larga e intensa trayectoria política.

—En este despacho —les ejemplificó con una enorme tristeza, visiblemente reflejada en su rostro— me han llegado a poner un arma encima de la mesa, conminándome a que accediera a la concesión de determinadas exigencias de carácter urbanístico.

Creemos que lo del arma —me ha aclarado mi compañero Nacho Ayllón— no nos lo comentó en sentido metafórico, sino literal; si bien todos nosotros comprendimos que se trataba, no tanto de una amenaza directa contra su vida, sino de una estrategia coactiva para recordarle quién mandaba realmente en Madrid; por lo que, se puede inferir que en aquel despacho pasaron ciertas cosas inconfesables; tan inconfesables y abrumadoras que, para un político íntegro de la talla de Rodríguez Sahagún, eran inasumibles.

Pero esto no fue todo. Inopinadamente, Agustín —de acuerdo con la confesión de mi compañero— rompió a llorar de un modo sobrecogedor, generando un total desconcierto entre los miembros del equipo. Cabizbajo y con los ojos hundidos, parecía implorarles comprensión ante una labor que, como

pronto se vería después, él sentía que nunca podría llegar a culminar.

¿Lloró de impotencia?; ¿de tristeza?; ¿de frustración?; ¿de todo ello un poco? ¿Quién sabe? Quizás, sobre todo, de soledad. De una soledad amortiguada brevemente por el calor humano de unos desconocidos, a los que en ese instante pudo llegar a ver como una pequeña representación del pueblo de Madrid, al que imploraba compasión por el hecho de no haber podido estar a su altura.

Yo no sabría decirte, José Antonio —me confesó mi compañero Nacho Ayllón— por qué aquel gigante de la política se vino abajo en aquel momento, abriéndonos su corazón de par en par, sin ningún tipo de complejos. De lo que sí puedo dar fe es de que, para todos los que le vimos llorar de esa manera tan desgarradora no supuso un signo de debilidad sino de grandeza. La grandeza de un hombre solo. La grandeza de una “rara avis” de la fauna política de su tiempo.

Poco tiempo después de este episodio nos sorprendió a todos la noticia de su muerte repentina. En el diario *El País* del 14 de octubre de 1991 leímos:

«Agustín Rodríguez Sahagún, de 59 años, ex alcalde de Madrid murió sorpresivamente ayer en París a las 14.30. Su familia calificó de “inesperado” este desenlace, que también sorprendió a muchos de sus amigos y compañeros en la política».

—Un interesante testimonio, sí señor, que demuestra, una vez más, la talla política y humana de Agustín; un político singular, comprometido al máximo con el bienestar de la gente.

—¿Cómo fue tu relación con él?

—Mi relación con él fue en todo momento muy fluida y completa. Recuerdo que siempre nos insistía en que había que dar un paso al frente, pues no era aceptable que, en un proceso de Transición política de esa magnitud, no estuviéramos manifestando nuestro apoyo explícito, al nivel que cada cual pudiera comprometerse; que era fundamental que la sociedad tirara del carro para proceder a ese cambio político inevitable y sustancial en España. Y yo creo que ese mensaje claro y rotundo lo percibieron grandes sectores de la sociedad.

—Con la perspectiva que da el tiempo, basándote en tus propios recuerdos: ¿Cómo crees que se realizó ese cambio político inevitable y sustancial en España?

—Desde mi punto de vista, la mejor definición de cómo se realizó el proceso de cambio político de la dictadura a la democracia es de Torcuato Fernández Miranda, en aquel momento presidente de las Cortes Españolas, *De la Ley a la Ley, a través de la Ley*, es decir, utilizando las propias herramientas del sistema para hacer posible ese deseado cambio de régimen.

Esto que nos parece tan obvio hoy —me matiza—, no lo era tanto en la España de Franco de los años 70, aunque ya muchos comenzábamos a vislumbrar por entonces lo inevitable de los cambios profundos que se estaban gestando. Yo lo pude observar durante mi época de estudiante en la Facultad de Ciencias Económicas, un hervidero de todo, donde pude contrastar criterios y opiniones, así como durante mis viajes a Francia para mejorar el francés.

Ciertamente, por aquellos años el mundo estaba cambiando y, España, a su manera, también. La cadena de protestas, principalmente universitarias y sindicales, que se llevaron a cabo, sobre todo en París, durante los meses de mayo y junio de 1968, no cabe duda de que detonaron una serie de cambios

sustanciales en Europa en todos los ámbitos de la vida. Y, aquí, en España, una cada vez más influyente clase media, que no era del todo ajena a estos vientos de cambio, a pesar de todas las restricciones impuestas por el Régimen franquista, también los estaba demandando.

—De ahí que —apostillé—, Adolfo Suárez, durante la defensa en las Cortes de la Ley para la Reforma Política —técnicamente, Ley 1/1977, de 4 de enero, para la Reforma Política— ideada para eliminar las estructuras de la dictadura franquista desde un punto de vista jurídico, afirmara que de lo que se trataba era de *Elevar a categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal*.

—Efectivamente. Algunos por entonces ya nos estábamos dando cuenta de que existía un desfase entre el modo de ver la vida de la sociedad española con respecto a lo que ofrecía el régimen. Te pongo dos ejemplos ilustrativos.

El primero tiene que ver con la cinematografía. En mi época de estudiante, pasando un fin de semana en Toledo, asistí a la proyección de *El sirviente*, la emblemática película británica dirigida por Joseph Losey, reflejo de la corrupción moral y del universo decadente donde se movían sus personajes, en el cineclub del antiguo casino de la plaza de la Magdalena. Todos los que estábamos allí sabíamos quién era Losey; quienes no debían de saberlo eran los censores del sistema, que habían dado previamente su visto bueno a la proyección de este film. Pues bien, recuerdo que resultaba kafkiano ver a Eulogio, que todos sabíamos que era de *La Secreta* que, cumpliendo con su obligación, se tenía que ver la película, y luego poner los cinco sentidos en el debate propio de un cineclub para hacer el correspondiente informe.

El segundo, con las obras literarias. Verás. También, en mi época de estudiante de Ciencias Económicas tuve que hacer un trabajo relacionado con la historia de las doctrinas, consistente en hacer una comparativa entre las teorías del marxismo y el momento en que Carlos Marx escribe *El Capital*. Con este propósito, aprovechando que mi facultad estaba cerrada por orden gubernativa por ciertos altercados, me personé en la biblioteca pública de Toledo, ubicada en el Miradero, para consultar este texto teórico fundamental en la filosofía, economía y política.

Pues bien, cuando le solicito al empleado de la biblioteca esta obra, me pide que espere un momento pues tiene que hacer una consulta. Algo lógico —pensé— tiene que comprobar si la tienen en el depósito o en alguna estantería. Mi asombro surgió cuando supe que esta consulta era con la Comisaria de Policía, a la que tuve lógicamente que dar las explicaciones correspondientes: es que estoy estudiando Ciencias Económicas, es que mi facultad está cerrada por orden gubernativa, es que me han pedido que haga este trabajo comparativo, es que...

—Vaya, Juan Ignacio, dos anécdotas —comenté— que hoy nos generan cierta hilaridad, pero que ilustran perfectamente que en aquellos momentos había una realidad en Toledo y en España que no se correspondía con la realidad social de finales del siglo XX del resto de Europa; que había un desfase entre “la normalidad” del Régimen con respecto a la “normalidad” de la calle.

—Sí, efectivamente, lo había. Esto es una obviedad. Lo había en el cine, en la formación, en la prensa y, en general, en todos los ámbitos. Por este motivo, cuando yo llegué a Toledo en el año 72, habiendo finalizado mis estudios universitarios, y con la

experiencia de haber trabajado en el Servicio de Estudios del Banco Urquijo, al observar que no teníamos la posibilidad de leer *Triunfo*, una revista de información general que, en los años 60 y 70 —dos décadas cruciales—, encarnó las ideas y la cultura de la izquierda de nuestro país, y símbolo de la resistencia intelectual al franquismo y *Cuadernos para el diálogo*, fundada por Joaquín Ruiz Jiménez, con un ideario político democristiano y referente de la cultura progresista, varios toledanos, con ciertas inquietudes e iniciativas, pusimos en marcha una librería: Fomento Cultural, S.A. (FOCUSA), ubicada detrás del Gobierno Civil, en la calle Santa Fe, para poder traer estas publicaciones y organizar debates y reunirnos para debatir libremente sobre cualquier tema.

—¿De cualquier tema? —pregunté intrigado.

—Sí, de cualquier tema. FOCUSA, sirvió, por ejemplo, para reunir al grupo de defensa del Tajo y plantear la primera manifestación en contra del trasvase Tajo-Segura en el año 77, para la que, por cierto, pedimos autorización para subir desde La Vega hasta Zocodover, y no se nos autorizó. Solo se nos permitió hacerlo desde la Avenida de Barber hasta la Puerta de Bisagra. Luego, una vez constituida la primera Corporación democrática en el año 79, desde el Ayuntamiento aprobamos en pleno, por unanimidad, convocar una manifestación en contra de la Ley de Aprovechamiento Conjunto del Trasvase Tajo-Segura, con un recorrido desde Zocodover hasta la Plaza del Ayuntamiento.

—Veo que viviste de lleno el llamado *espíritu de la Transición*. ¿Crees que existió o, sencillamente, es un bonito nombre para una bella entelequia intelectual?

—Yo creo que sí, que existió. Lo hubo porque, desde distintos puntos de vista y planteamientos ideológicos, había un

convencimiento en aquella generación de que había que proceder a un traspaso de un régimen implantado por el franquismo a otro homologable con las democracias europeas.

—Y en tú caso: ¿Cuándo recuerdas que surgió en ti el convencimiento de que había que hacer política “de la buena”, la que se hace por vocación, al servicio —según Max Weber—, de ideales relacionados con la mejora de vida de sus conciudadanos?

—Mi vocación por “la política de la buena”, como tú dices, surgió en mí desde muy jovencito. Verás.

Yo entro por cuestiones de todo tipo en la Graduada de San Servando, ubicada en la Diputación Provincial, por la amistad que mis padres tenían con don Matías Martín Sanabria, un fantástico y activo maestro y pedagogo, que ejercía también como delegado del Frente de Juventudes y profesor de Prácticas de Magisterio. Tengo una foto de pequeñito con él vestido con todos los correaes del Régimen, a propósito de una visita de rigor que realizó el ministro del ramo para comprobar por sí mismo los excelentes estudiantes que éramos.

Yo allí aprendí muchas cosas, como la disciplina, crucial para mi formación del carácter. Tengo el grato recuerdo de haber sido formado por unos maestros fantásticos. Eso sí, en un momento dado, en sexto de bachillerato, tuvimos como director a un personaje “curioso”, dicho amablemente, que provocó a un núcleo de mi curso, entre los que yo me encontraba, para plantearle y reivindicarle ciertas cuestiones. Pues bien, la actitud tan particular que tuvo con nosotros al recibirnos nos llevó al convencimiento de que había que tomar decisiones. Una toma de decisiones que, vista con la perspectiva que te da el tiempo, también forma parte de la política, de la “buena política”.

Luego, ya en la Facultad de Ciencias Económicas, te encuentras con un montón de información, hipótesis, trabajos y gentes que te aporta una enorme influencia para la formación y consolidación de tu propio carácter. Recuerdo de aquella época a Manolo Portela, una especie de padrino que me ayudó a acceder a determinadas lecturas, claves para formar un criterio propio sobre muchas cosas. También a Ángel Melguizo, un maravilloso toledano de un curso superior al mío, al que considero mi amigo íntimo de toda la vida, para todo y en todo. Por él entré en el Seminario de Estructura Económica, dirigido por el catedrático de Estructura e Instituciones Económicas, Rafael Martínez Cortiña. Y, claro, ese mundo te hace estar en política; y el que diga que no está en política, cuando uno está comprometido con el entorno en el que se encuentra, o está sordo o está ciego.

—Pues ahora, si te parece, Juan Ignacio, sigamos con los cinco sentidos hablando de política. ¿Cómo ves la política de entonces en relación con la de ahora?

—Para responderte a esta pregunta, debemos distinguir dos aspectos diferenciados: el de la política y el de la forma de hacer política. En relación con el primero —la política— yo creo que pueden y deben existir planteamientos ideológicos diferentes para encontrar soluciones a los mismos problemas, así como el establecimiento de prioridades diferentes, en función de cada paradigma ideológico. En cuanto al segundo aspecto —la forma de hacer política— yo no diré que todo tiempo pasado fue mejor, conforme a la poético y nostálgica reflexión de Jorge Manrique, pero no creo que ahora se esté haciendo algo mejor que se hacía en nuestro tiempo, tanto por el talante como por *El espíritu de la Transición* que tú estás planteando; y esto lo digo con gran pesadumbre.

Y es que, este *espíritu de la Transición* —me aclara— hacía que todos los que estábamos involucrados en aquella época remáramos hacia una misma dirección, buscando soluciones, aportando nuestras ideas de cómo encontrar esas soluciones, con independencia de nuestros propios planteamientos ideológicos. Ahora, sin embargo, observamos atónicos cómo la política está orquestada para poner determinados palos en la rueda, provocando que el carro de la vida de los ciudadanos no circule correctamente.

—Lo que me recuerda —apostillé— a la popular definición del genial humorista Groucho Marx: «*La política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados*».

—Pues sí, lamentablemente en esto, quizás, es en lo que se ha convertido hoy en día “la política con minúsculas”: tantas veces en el arte de buscar problemas y aplicar remedios equivocados; una percepción cada vez más arraigada en las mentes de los ciudadanos.

—Y que, por cierto, parece venir de lejos.

—Pues sí. Se ve que en nuestro ADN hay un componente que nos obliga, una y otra vez, a resucitar la escena del cuadro “Duelo a garrotazos” o “La riña” de Francisco de Goya.

—Una especie de maldición nacional que, con la fuerza de *El espíritu de la Transición*, parecía ya superada.

—Sí, efectivamente, nos parecía que, con la fuerza de *El espíritu de la Transición* habíamos podido superar esta histórica maldición; que, con su poder, el disenso permanente había dejado paso al consenso duradero; y que, con su autoridad, la concordia entre todos los españoles fue posible para siempre.

—Sin embargo, hoy, después de más de 40 años, parece que ha vuelto “la maldición” de siempre, provocando nuevos “Duelos a garrotazos” entre españoles, dentro de un contexto político, social y económico, nacional e internacional, endiablado. ¿Qué se hizo entonces que no se está haciendo ahora?

—Yo creo que se dio un mensaje claro y rotundo a la ciudadanía de que había soluciones realistas para los graves problemas que padecíamos y que, al mismo tiempo, existía la plena voluntad por parte de la mayoría de las fuerzas políticas de llevarlas a cabo.

Una de esas soluciones realistas que, con el paso del tiempo, han demostrado su gran eficacia fueron los llamados *Pactos de la Moncloa*. Se firmaron el 25 de octubre de 1977, a instancias del Gobierno presidido por Adolfo Suárez, siendo ministro de Economía Enrique Fuentes Quintana, muñidor de los acuerdos de carácter económico, en un momento en el que la inflación golpeaba el bolsillo de los españoles con un 26,39% de incremento. A dichos acuerdos se adhirieron los principales partidos con representación parlamentaria: UCD, PSOE, PCE, PSP, así como los partidos nacionalistas. Alianza Popular firmó el acuerdo económico, pero no el político. Las asociaciones empresariales y el sindicato CC.OO. se adhirieron desde el principio; UGT lo hizo más tarde.

Hoy, sin embargo, en lugar de fomentar un espíritu constructivo, generador de consensos, predomina la descalificación y el enfrentamiento con el contrario.

—... por lo que, si te parece, Juan Ignacio, regresemos a “la buena política”, a “la política con mayúsculas”, la que tú tuviste el honor de ejercer por vocación, bajo la premisa de ser útil al conjunto de los ciudadanos.

Una actividad que dio comienzo para ti un 19 de abril del año 1979, cuando fuiste proclamado alcalde de Toledo: ¡El primer alcalde democrático de Toledo! ¿Cómo encontraste a tu amada ciudad de Toledo en aquel momento?

—Vaya por delante que Toledo ha sido, es y será siempre una ciudad única y maravillosa desde un punto de vista histórico, patrimonial y cultural. Otra cuestión es la situación financiera que yo me encontré en ese momento de falta de recursos económicos; en fin, nada nuevo bajo el sol, la misma que tenía cualquier ayuntamiento de España.

—¡Vaya! —exclamé—

—Nada de lo que haya que sorprenderse. Es la tradición. En Toledo se mantenía la historia viva de lo que venía siendo el municipalismo de este país. Ya en su tiempo el hijo de El Greco, Jorge Manuel Theotocópuli, tuvo que ir a la cárcel por insolvente, por no poder pagar algunos de sus compromisos adquiridos; una insolvencia generada mayormente al no percibir en tiempo y forma los emolumentos que le correspondían por las obras que dirigía como arquitecto del Ayuntamiento de Toledo.

Lo que yo me encontré entonces, financieramente hablando —me continúa explicando—, fue que la deuda viva era superior al presupuesto ordinario del Ayuntamiento. Había dificultades incluso para pagar las nóminas del mes de abril de aquel año de 1979; pero, debo aclarar que no era culpa de los gestores municipales que me precedieron, sino de un sistema que había dejado a los ayuntamientos como la hermanita pobre de todas las administraciones.

Hubo que gestionar recursos para pagar las nóminas de los funcionarios, el recibo de la luz, las infraestructuras, etc. En fin,

de todos los servicios imprescindibles que cualquier ciudad precisa. Suelo recordar también que por aquella época el 20% de la población no contaba con agua corriente, y el 15% de las calles no estaban urbanizadas. Tampoco había bibliotecas municipales ni asistencia social municipal, como ahora. Las carencias y deficiencias de entonces eran desde la perspectiva actual alarmantes. Los problemas eran innumerables y los medios y recursos escasos.

—¿Y cómo fueron resueltos tantos y tan variados problemas?
—pregunté.

—Pues, con voluntad, con buena voluntad y complicidad. Los alcaldes, independientemente del signo político al que pertenecíamos, éramos conscientes de que teníamos que hacer una piña para lograr sacar adelante lo que cada uno de nuestros ayuntamientos precisaba. De esta buena voluntad surgió el germen del asociacionismo municipal en España.

—¡Un nuevo charco para ti, que no eran pocos! De aquí surgió la creación de la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP). ¿Qué te impulsó a promoverla?

—Pues verás. Por una serie de factores tales como la proximidad a Madrid, mi perfil de persona dinámica y emprendedora, experiencia de gestión por mi actividad profesional, mis conocimientos de idiomas, etc., fui propuesto, desde la Secretaría de Acción Municipal de UCD, para interactuar con todos los movimientos municipalistas que se estaban llevando a cabo en esos momentos. Sencillamente, lo que me impulsó a promover la FEMP fue un reto; un nuevo desafío que, por cierto, yo acepté con entusiasmo.

—¿Y cómo lo viviste?

—Me resultó apasionante. Los primeros pasos, antes del primer congreso en Torremolinos, se dieron por iniciativa de los alcaldes de las grandes ciudades, exceptuando Madrid y Barcelona, que no estaban por razones de diversa índole.

En esta fase inicial se decidió una junta directiva representativa de todas las ciudades de España. Con este criterio, por UCD eligieron al de Toledo, es decir, a Juan Ignacio de Mesa. Por el PSOE a Pedro Aparicio, y por el PCE a Julio Anguita.

—¿Y qué pasó? ¿Qué tal os entendisteis?

—Muy bien. Nos hicimos automáticamente cómplices desde las primeras reuniones que mantuvimos. Comprendimos que teníamos esencialmente los mismos problemas, que debíamos afrontar con coherencia, con “programa, programa y programa”, según el slogan popularmente conocido de Julio Anguita y una acción política en común de cara a la administración central como la de la reforma de la Ley de Bases de Bases del Régimen Local; y, sobre todo, la de Financiación de las Administraciones Locales.

Este buen “feeling” entre nosotros se tradujo en compartir ideas y experiencias para sacar adelante todos nuestros proyectos municipales. Así que, se generó una relación de amistad y lealtad, al darnos cuenta de que todos teníamos los mismos problemas y las mismas ganas de solucionarlos.

—Una relación de amistad y lealtad que, según tengo entendido, fue a más, con el siguiente reto o “charco”: el de la integración en el municipalismo europeo.

—Pues sí. Así fue. España por entonces estaba excluida totalmente de toda representatividad en los organismos europeos, salvo con algún sillón en la Unesco.

No estábamos en la Conferencia de Poderes Locales, ni en el Parlamento Europeo. Incomprensiblemente, nos encontramos con una oposición radical de algunos grupos políticos europeos como el de los “gaullistas”, liderados por entonces por el presidente francés, Valéry Giscard d’Estaing; pero, lejos de disuadirnos con esta dura oposición nos empujó a unirnos más aún, encontrando muy pronto un valedor en Europa: el del séptimo presidente de la República Italiana, Sandro Pertini, un auténtico artífice de la construcción europea.

—En fin, queda claro que existía entre todos vosotros una gran cohesión, compañerismo y lealtad. ¿Alguna discrepancia con respecto a algún punto?

—No recuerdo ninguna reunión de aquella Junta primigenia en las que se generara cualquier tipo de discrepancia, salvo en un punto: el papel que deberían tener las Diputaciones Provinciales dentro de este marco.

UCD quería incluirlas, sin embargo, el PSOE no era partidario de esta inclusión. Así que, salvo este punto de vista diferente, había un completo consenso entre todos nosotros porque éramos conscientes de que con una sola voz éramos más fuertes y podíamos conseguir muchas más cosas para beneficio de nuestros conciudadanos. Para tal noble propósito llegamos, incluso, a repartirnos los papeles de cara a muchas negociaciones.

—¿Y cómo se veía desde el Gobierno de la Nación lo que vosotros estabais haciendo?

—Había complicidad entre ambas administraciones con comprensibles reticencias y diferencias en cuanto a las prioridades. Es que debemos entender que en aquel momento

había una situación, como bien sabemos, muy difícil, con enormes problemas de toda índole.

Por aquellos días se estaba desarrollando un programa muy ambicioso de construcción de centros de enseñanza para poder escolarizar a la llamada generación del “baby boom”, es decir, a los nacidos entre 1957 y 1977, que nacieron en plena dictadura franquista, y a la vez vivieron la transición hacia la democracia. Una acción que requería de muchos recursos financieros por parte de la Administración Central y, al mismo tiempo, de los ayuntamientos en la búsqueda de suelos e infraestructura para la construcción de esos centros. Además de ésta había otras grandes prioridades, como la de puesta en marcha de centros sanitarios.

Hoy, con la perspectiva que nos da el tiempo, podemos comprobar que el salto cuantitativo y cualitativo que España ha dado desde los años 70 ha sido espectacular.

—¿Cómo eran vuestras relaciones con los ministros del gobierno de aquella época?

—Creo sinceramente que la actitud de la mayoría de los ministros, tanto en la época de Adolfo Suárez como de Calvo Sotelo, era de gran receptividad. Eran muy accesibles y abiertos a escuchar nuestras problemáticas y a poder negociar y debatir nuestras prioridades.

—¿Y cómo veáis el incipiente nacimiento de las Comunidades Autónomas?

—Creo que desde las alcaldías no éramos conscientes del papel que habrían de tener en el futuro las Comunidades Autónomas. Por entonces pensábamos que el restablecimiento de las Comunidades Autónomas de la Generalitat y el País Vasco respondía a cuestiones meramente históricas, que había que

reconocer como razonables desde un punto de vista político y administrativo. Lo del “café para todos” lo veíamos generalmente como una especie de “butade política” para calmar las aguas.

Sobre la cuestión territorial nuestro pensamiento estaba más centrado en el modelo holandés, basado en el principio de que la administración más próxima al ciudadano es el ayuntamiento y que, por lo tanto, todos ellos deben estar dotados de los recursos necesarios para prestar los servicios esenciales de la educación, la sanidad, sociales, habitacionales, etc. Así que, yo, por entonces, era claramente municipalista; y hoy también. Suelo repetir a menudo que llevo en mi ADN incorporado el municipalismo.

Al escuchar el término “municipalismo” por boca del primer alcalde democrático de Toledo, objeto a menudo de usos distintos e, incluso, contradictorios, caigo en la cuenta de que últimamente ha ganado cierto predicamento en el contexto histórico actual, marcado por una fuerte crisis, no sólo económica y financiera, sino también política, social, cultural, ética y moral. Y en este contexto de profunda crisis de amplio espectro reconozco internamente que esta palabra, “municipalismo”, se ha convertido en una especie de fetiche, amuleto político protector, salvavidas o último recurso. Creo — me digo a mí mismo— que no todo el mundo habla de lo mismo cuando pronuncia la palabra “municipalismo”. Juan Ignacio de Mesa seguramente que tampoco.

Y es que, unos lo hacen desde una visión geográfica, como aquella realidad política que acontece dentro de los límites físicos de un término municipal; otros, desde una óptica quimérica, como forma ideal de organización política, que acaecerá en un futuro indeterminado; y, finalmente, un tercer

grupo, lo hace desde una perspectiva burocrática, mediante un discurso centrado “en su pueblo” o “en su ciudad”, olvidándose de lo que ocurre en el resto del mundo.

Al dejar mis reflexiones internas para retomar la conversación me siento tentado a “abrir un nuevo melón”, una nueva línea de trabajo con mi conversador, Juan Ignacio de Mesa, en torno a la cuestión del “municipalismo”; sin embargo, tras más de dos largas horas de intensa e interesante conversación en torno a *El espíritu de la Transición*, decido que lo mejor será dejarlo para otra ocasión. Así que, con el fin de ir finalizando esta inolvidable conversación, pregunto a mi interlocutor:

—¿Se debió de hacer alguna cosa de manera diferente? ¿El llamado *espíritu de la Transición* debió empujar los vientos del cambio por algún otro sendero?

—Sí. Como bien sabes, José Antonio, ninguna obra humana es perfecta. Por lo que hoy sigo pensando que la gran oportunidad perdida para haber hecho la gran vertebración de país era haber dado mayor importancia a los ayuntamientos.

Juan Ignacio de Mesa Ruiz presidió la última sesión del consistorio toledano el 20 de mayo de 1983, cesando como alcalde-presidente del Ayuntamiento de Toledo en sesión de 23 de mayo de 1983. Desde entonces, como hombre que concibe la política como un servicio a los demás ha seguido metiéndose — fiel a su convicción de que uno no puede ser ajeno a lo que ocurre en su entorno— en innumerables “charcos”. Unos charcos que le han convertido en un referente de la ciudad de Toledo y de la Universidad Regional, con la que ha colaborado como profesor asociado durante veinte años, formando en el ámbito fiscal a magníficos profesionales y contribuyendo a hacerla más grande como institución.

Al despedirnos, como buen prototipo de hombre de la Transición que es, me sonríe ampliamente —la sonrisa es la distancia más corta entre dos personas— con un largo, cálido y amistoso apretón de manos y mirada firme y límpida —los ojos son las puertas del alma— demostrándome atención e interés. Luego, fuera ya del centenario restaurante de Venta de Aires, en pleno Circo Romano, en el centro de la bella ciudad de Toledo, me entrega un nuevo regalo intelectual, prueba de su inherente actitud generosa y desprendida, envuelto en esta edificante reflexión:

—Insisto: ¡El ascensor social es la educación! La educación es lo que permite que los niños un día puedan llegar a ser lo que deseen ser. La educación, por lo tanto, tiene que ser siempre una prioridad fundamental en toda acción política.

Y, de igual modo que el *espíritu de la Transición* demostró que la concordia fue posible, llevando a buen puerto multitud de asuntos con amplios consensos, hoy todas las fuerzas políticas deberían llegar a formalizar una Ley de Educación consensuada, como base para crear un futuro mejor para todos nuestros hijos.

LA «GENERACIÓN DEL CONSENSO»

Alejandro Tabernero Santiago

Mi nuevo conversador, Alejandro Tabernero Santiago, es un hombre de mundo, es decir, viajado, cosmopolita, interesante y con un gran bagaje cultural. En *El Quijote* leemos: «*El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho*». Así que, ya pueden irse imaginando con quién me voy a jugar los cuartos durante este nuevo episodio de *El espíritu de la Transición*.

Alejandro Tabernero se define a sí mismo como hijo de un padre salmantino y una madre vallisoletana, por lo tanto, castellano viejo. Pero les ruego que no caigan en este punto en apriorismos llegando a la misma conclusión que Fígaro, el narrador en la obra de Mariano José de Larra, *El castellano viejo*, de que aquella casta conocida como castellanos viejos estaba integrada por personas que no respetaban al prójimo; tampoco en el sentido antiguo de carecer de ascendencia judía, ni en el moderno de haber nacido en Castilla y tener muchos años. Quédense, pues, con que ha nacido en una de las antiguas regiones en que se subdividía España antes del régimen autonómico actual, condicionándolo a ser y actuar de un determinado modo en el mundo.

Su padre, como consecuencia de la durísima posguerra que determinó la migración castellanoleonesa hacia países como Argentina, Venezuela, Francia, Alemania y Suiza, así como a ciertas zonas periféricas del Estado y a Madrid, siguió esta

oleada migratoria en busca en un futuro prometedor. Esto hizo que mi conversador naciera en Madrid. Un Madrid de los 60, en pleno desarrollismo. Y es que, con el “Plan de Estabilización” de 1959, creado con el propósito de normalizar la economía española, sometida desde el final de la guerra civil a una política económica férreamente autárquica y malthusiana —producción sólo nacional para un mercado exclusivamente interior—, España se sube al barco de la ortodoxia financiera, monetaria y comercial del mundo occidental.

Estudió con curas —los agustinos—, al lado del campo de fútbol del Santiago Bernabéu antes de ser instalada la cubierta, lo que le permitió disfrutar gratuitamente de algunos partidos del Madrid y sus gestas. Sigue recordando el «Anima una et cor unum in Deum» (Un solo corazón y una sola alma en Dios), el lema de esta Orden Religiosa, la práctica deportiva —eran cantera de baloncesto del Real Madrid— y reconoce que tuvo una infancia feliz.

Su primera toma de contacto con la Transición se remonta al 20 de diciembre de 1973, con la llamada “Operación Ogro”, un atentado —ahora calificado como crimen de lesa humanidad por el Parlamento Europeo— perpetrado por la organización terrorista Euskadi Ta Askatasuna (ETA) contra Luis Carrero Blanco, presidente del Gobierno español durante la dictadura franquista.

Aquel atentado —el mayor ataque contra el régimen franquista desde el final de la Guerra Civil en 1939— lo relaciona con el recuerdo de que se encontraba en el colegio, que a mitad de la mañana empiezan a aparecer padres que se llevaban a sus hijos a sus casas, que había miedo y confusión, y que hasta la noche no se supo realmente qué es lo que había ocurrido. Así que la primera impresión que tuvo sobre la Transición fue la de que

estaba en el colegio a la edad de 12 años y le mandaron para casa.

Con la adolescencia, el bachillerato y luego en la universidad empezó a darse cuenta de que hay otras formas de pensar y de entender el mundo.

La calle —vivió en el barrio de Chamberí— le hizo tomar una conciencia política de cambio, al observar desde la terraza de su casa cómo corrían “los grises” detrás de los manifestantes universitarios. Más tarde, con la madurez y la reflexión, ha comprendido que la universidad ha sido uno de los lugares más contestatarios con el Estado e implicado en la protesta social, algo que evidentemente conllevaba la represión policial; que, efectivamente, los estudiantes fueron, con su actitud crítica, una de las puntas de lanza de la oposición al régimen franquista; y que fue en la Universidad Complutense de Madrid —Universidad Central por aquella época— donde se fraguaron los movimientos de lucha más contundentes contra el régimen de Franco.

La muerte de Franco —el 20 de noviembre de 1975— le pilló con 14 años. Recuerda perfectamente que se encontraba en casa. También que durante ese mes no se hablaba de otra cosa que del estado de máxima gravedad del general Franco. Fue el mes de “los partes”. Unos partes médicos ilustrados con las fotos de las visitas de personajes destacados como la de los príncipes, don Juan Carlos y doña Sofía, Manuel Fraga o el presidente del Gobierno Carlos Arias Navarro. En fin, el recuerdo adolescente de un Franco que agonizaba, al mismo tiempo que su régimen.

Con el cambio de Régimen llegaron otros muchos cambios en todos los órdenes de la vida. Él los observó especialmente en el campo de la música. Aunque en 1966 el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, trajo aires liberalizadores al

país, con la Ley de Prensa e Imprenta, más conocida como “Ley Fraga”, los centinelas musicales habían sido implacables y asombrosamente activos. Y, así, por ejemplo, en 1972 la censura obligó a los Rolling Stones a elaborar una portada alternativa para su elepé “Sticky fingers” (Dedos pegajosos); e, incluso, en 1973, exigieron que se cambiara la letra de “Black licorice”, una historia de amor interracial de Grand Funk Railroad.

Y es que no se libraba nadie, ni siquiera el grupo modélico de *Los Brincos*, a los que se les censuraron dos portadas porque estaban desnudos de cintura para arriba.

Los adolescentes y jóvenes como Alejandro Tabernero empezaron a ver cosas muy modernas con este cambio de régimen. Tendencias y gustos musicales procedentes de Europa y América como el punk, la música disco, el pop personal, el heavy metal, el rock latino, el reggae, el rock urbano, el tecno pop, el glam rock o el rock sinfónico.

Por aquellas épocas “estar en la onda” era escuchar un disco de “Trust”, un grupo musical de hard rock originario de Francia, formado en el año 1977, con un estilo los llevó a ser llamados los AC/DC franceses; y, por supuesto, Pink Floyd, la famosa banda de rock británica, ícono cultural del siglo XX y una de las más influyentes y exitosas de la historia de la música popular, entresacada del circuito “underground” gracias a su música psicodélica y espacial. Para todos ellos, en fin, “The Beatles” ya eran más viejos que las maracas de Machín.

Considera que la Transición política española es un periodo vertiginoso de la Historia de España comprendido entre el 20 de diciembre de 1973 —atentado del Almirante Carrero Blanco— y el 28 de octubre de 1982 —histórica victoria electoral del PSOE—.

Durante este periodo aprendió a limpiar los discos de vinilo para que no hicieran el “cric, cric, cric”; a reunirse con sus amigos para escuchar canciones superlargas de grupos “underground”; a viajar a Irlanda para perfeccionar el inglés, comprendiendo que existen otros modos de ser y estar en el mundo; a intuir que existe el peligroso mundo alternativo de las drogas; a descubrir el sexo e interesarse por la política.

Durante el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 se encontraba estudiando un examen de Teoría Económica, con la radio puesta. Es que, como todos recordamos, Televisión Española había decidido grabar el Pleno con el fin de ofrecer después un resumen en el Telediario. Era una tarde de lo más normal, todo estaba previsto y el candidato, Leopoldo Calvo-Sotelo, iba a ser investido presidente del Gobierno.

Mi conversador, Alejandro Tabernero, como cualquier ciudadano de a pie, no podía presagiar el inaudito acontecimiento histórico que se estaba gestando en el Congreso de los Diputados esa histórica tarde. Pero, tras una sucesión interminable de nombres, algo llamó poderosamente su atención minutos antes de las 18:30 horas, al llegar el turno de votación del diputado soriano Manuel Núñez Encabo.

Tras unos extraños disparos y la interrupción de esta votación, comprende que la radio vive momentos de tensión e incertidumbre, dando paso a la música y la publicidad. Por la radio se enteró de que se trataba de un golpe de Estado perpetrado por mandos militares dirigidos por el teniente coronel Antonio Tejero, que había irrumpido pistola en mano en el hemiciclo del Congreso de los Diputados; que el vicepresidente del Gobierno, el general Gutiérrez Mellado, había sido zarandeado; que Fraga se había levantado pidiendo a

gritos la liberación de los diputados, y que no se habían producido muertos tras el asalto.

Hoy, habiendo iniciado ya la cota 60 de la montaña de su vida, formado en químicas y económicas, y con más de 30 años de experiencia profesional en una multinacional petroquímica, permitiéndole viajar por el mundo y extraer la quintaesencia de la vida del que anda y lee mucho, desea compartir sus impresiones conmigo sobre el llamado *ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN*. Y qué mejor que hacerlo en Ávila, la ciudad de Adolfo Suárez, una de las principales encarnaciones de este espíritu.

—¿Puedo darle un abrazo y hacerme una foto con él? —me pregunta, una vez situado junto a la estatua de Adolfo Suárez—

.

—Esto debes preguntárselo a él directamente —le respondo irónicamente—. No creo que tenga inconveniente. Es más, observo que se ha adelantado a tus deseos y ya te lo está dando él a ti. ¿Quieres que te haga una foto de recuerdo como la que se hacen la mayoría de los turistas?

—¡Claro! Será para mí un grato recuerdo.

—Esta estatua de bronce —le explico— levantada a pie de calle en su honor en el año 2015, en la plaza que lleva su nombre, un año después de su fallecimiento, es de tamaño natural de sus años de presidente del Gobierno. Como puedes comprobar no está colocada en un pedestal.

—Es verdad —me responde— Y mira que hay personajes sobre pedestales e, incluso, sobre caballos con menos méritos que él y, ahí los tienes, mirándonos con ostentación y desde las alturas.

—Es que lo que se ha pretendido es mostrarle como lo que fue y lo recuerdan los abulenses que le llegaron a conocer personalmente o le vieron por las calles de Ávila: sencillo, asequible, simpático y empático.

—Y cómo un icono de nuestra convivencia —me apostilla—.

—Sí, efectivamente. Esencialmente esta escultura es un homenaje a su persona en su más querido rincón de España y al principal de sus logros: la concordia entre todos los españoles.

Fíjate en la leyenda que acompaña a esta estatua. Dice:

«Adolfo Suárez González (1932-2014), presidente del Gobierno de España (1976-1981), hijo adoptivo y medalla de oro de Ávila, con el epitafio: “La concordia fue posible».

Mi conversador vive actualmente en un pueblecito de la sierra de Madrid. Un lugar idílico para huir del mundanal ruido, siguiendo el sabio consejo del teólogo, poeta, astrónomo, humanista y religioso agustino español de la escuela salmantina, Fray Luis de León.

Al preguntarle por el lugar donde le gustaría mantener nuestro encuentro me respondió —sin dudarlo— que en Ávila. Si vamos a conversar sobre la Transición —me comenta— qué mejor que hacerlo que en Ávila, la ciudad que vio transitar por sus calles a uno de sus grandes protagonistas: Adolfo Suárez.

Así que, dicho y hecho. Procedí a la reserva de una mesa para dos del jueves 11 de agosto del “Annus Domini” de 2022, en la terraza del restaurante Casa de Postas, un conocido asador en pleno centro de Ávila para degustar —como no podía ser de otra manera— el típico chuletón de ternera avileña.

Aunque mi conversador mantiene casi a rajatabla la costumbre europea del desayuno contundente y el almuerzo ligero, por la

ocasión flexibilizó su disciplina culinaria, compartiendo conmigo el famoso chuletón de ternera avileña. Eso sí, con la exigencia de que fuera “al punto argentino”. Entretanto, mientras llegaba la comanda, sabedor de que el tiempo es oro y que su pérdida es la peor de las prodigalidades, me afirma:

—¡Somos hijos de la Transición! Los que hoy rondamos los 60 vivimos la Transición en plena adolescencia, donde se forma básicamente el carácter y tu forma de ser y entender el mundo. Una Transición que nos ha dado un “training” flexible. La palabra de moda entonces era el “consenso”.

—¿El consenso? —preguntó con la intención de que me desarrolle el concepto.

—Sí, “el consenso” es el alma de la Transición. Una palabra que alude a aquello en lo que todos estaban de acuerdo, incluyendo aspectos que muchos de sus protagonistas no abrazaban. Dicho de otro modo, a mi juicio el “consenso” consistió en un acuerdo de mínimos en el que cada parte cedía en algo para hacer posible la vida en común.

—¿Y cómo vivió un adolescente y un joven ese momento del “consenso”?

—Yo creo que no ha habido en España mayor ruptura generacional que la que se produjo en aquella época. Mientras que nuestros padres habían sido educados en una serie de valores promovidos por el Régimen, las nuevas generaciones reclamaban otros muy distintos.

—¿Cuáles?

—Esencialmente los basados en la libertad. Madrid, por entonces, nos resultaba algo tristón, plagado de organismos públicos. Los adolescentes y jóvenes de nuestra generación

reclamábamos marcha y diversión. Los guateques, es decir, aquellos encuentros a media tarde los fines de semana en la casa particular de uno del grupo de amigos para bailar lo que sonaba en un tocadiscos y las salas de baile con orquesta a la que asistían gente de cierta edad eran para nosotros algo muy viejuno. Los grupos de barrio como Rosendo, Mermelada, Asfalto o Leño y las discotecas con dos horarios (para menores y mayores de edad) eran los nuevos catalizadores de nuestra efervescencia juvenil. También El Rastro madrileño, todo un símbolo de esa libertad que nuestra juventud reclamaba a gritos.

—¿Y en esta ruptura generacional quienes eran vuestros aliados? —pregunté de un modo indagatorio—.

—Te sorprenderá si te digo que uno de ellos fue la Iglesia Católica.

—¿Cómo? ¿La Iglesia Católica? —pregunté ahora muy sorprendido.

—Sí. Te explico. Con el Concilio Vaticano II (desarrollado entre 1963 y 1965), llegó para la Iglesia el triunfo del ecumenismo o intento de restauración de la unidad de todas las iglesias cristianas. Con él se rompe la ortodoxia católica defendida a ultranza por el Régimen de Franco. La práctica de la solidaridad y la filantropía —conceptos procedentes de la izquierda— van sustituyendo al de la tradicional caridad cristiana. El acercamiento al marxismo-leninismo en cualquiera de sus múltiples formas. La apertura al liberalismo y la democracia “inorgánica” en lo político. La preferencia de “lo social” por encima de “lo espiritual”. La asunción del pacifismo, la no-violencia y el diálogo. La flexibilidad en los rituales eclesiásticos. Cierta permisividad con respecto a las costumbres, incluidas las prácticas sexuales. El abandono de la sotana y del clériman, sorprendiendo a los fieles viendo a su cura de siempre

vestido de paisano. La secularización de sacerdotes y religiosos: unos optando por el casamiento y otros por el amancebamiento. E, incluso, poniendo en cuestión algunos textos bíblicos o el Credo.

—Entiendo que todo esto fue muy impactante para la sociedad española.

—Lo fue, sin duda. En la España, aún católica y practicante, el impacto fue aún mayor que en otras partes del mundo. Incluso se podría afirmar que el estupor llegó a ser descomunal cuando se empezó a ver que el separatismo vasco y el terrorismo de ETA nacían en las sacristías. También cuando ciertos obispos, curas y religiosos renegaban de la “cruzada” o “guerra santa” en defensa de la religión y otorgando, como había sido hasta ese momento, al bando sublevado la legitimidad religiosa.

—¿Algún otro aliado de vuestra “cruzada o guerra juvenil”?

—Tierno Galván y la llamada “Movida Madrileña”. ¿Te acuerdas de su famosa arenga: *«Rockeros: el que no esté colocado, que se coloque... y ¿al loro?»*

—¡Sí, claro! ¿Cómo no? Esta frase constituyó en su día toda una declaración de intenciones por parte del carismático profesor Tierno Galván. Creo que llegó a definirse a sí mismo como *«un escéptico con entusiasmo, es decir, una pura contradicción»*.

—Enrique Tierno Galván fue una de las figuras de referencia para la juventud de esa época —me explica—. Era académico conocido como “el viejo profesor”, prolífico ensayista y finalmente alcalde de Madrid entre 1979 y 1986. Decía ser:

«Un escéptico que tiene una gran dosis de pragmatismo; “que ve la realidad como es; que no quiere exagerar; que no quiere ponerse al lado de los radicalismos ingenuos e infantiles o los

sarampiones revolucionarios; pero que, al mismo tiempo, presumía de un gran entusiasmo juvenil por la revolución y por el cambio».

—Y que, por cierto —apostillé— tenía en su despacho, según ha contado José Bono, dos retratos —el de Juan XXIII y el de Pablo Iglesias—, que iba alternando en función de las circunstancias, según viniera la Policía o sus compañeros de partido. Ya sabes, Alejandro, un hombre prevenido vale por dos.

—Pues sí. Tierno Galván tenía por entonces un largo recorrido político —me sigue comentando—. Fundó primero el Partido Socialista del Interior (PSI), en contraposición al PSOE, cuyos miembros estaban en su mayoría en el exilio. Luego, en 1974, el año en que empieza a despuntar la figura de Felipe González abandona el marxismo fundando el Partido Socialista Popular (PSP), en el que se integrarían Raúl Morodo, José Bono, Francisco Sosa Wagner, Miquel Iceta, José Blanco o Javier Nart.

—Políticos, por cierto, que luego tendrían una gran relevancia en la vida política y social.

—Efectivamente. Raúl Morodo, como sabes, terminó en el CDS como Diputado Nacional; José Bono en el PSOE como presidente de Castilla-La Mancha; Sosa Wagner en el Parlamento Europeo por UPyD; Miguel Iceta y José Blanco ministros con el PSOE; y Javier Nart, como Europarlamentario por Ciudadanos.

—Ya veo que “El viejo profesor” generó toda una cantera de políticos muy relevantes. Y ya nadie le quitará el gran mérito de haber promovido activamente la llamada “Movida Madrileña”. ¿Cómo viviste tú esta famosa y apasionante “Movida Madrileña”?

—Te lo cuento encantado, pero antes permíteme un breve apunte histórico.

Es importante porque la mayoría de la gente de nuestra generación piensa que esta “Movida” fue algo espontáneo; sin embargo, esta “Movida” encuentra sus raíces en “La noche madrileña”, siempre muy activa.

Su primer cronista fue a principios del siglo XX Ramón Gómez de la Serna, un devoto, por cierto, de El Rastro. Así que, ya desde entonces existía un gran interés por las llamadas culturas alternativas, contraculturas o “underground”. Luego, esta “noche madrileña” se fue consolidando con diversos movimientos culturales juveniles de los años 60 y 70 procedentes del resto de Europa, a través del boom turístico, terminando por germinar con el cambio de régimen.

—Te agradezco este apunte porque debo reconocerte que yo estaba entre los que creía que la “Movida Madrileña” era una exclusividad de la época de la Transición.

—Pues ya ves que no es del todo así. Mi opinión es que la “Movida Madrileña” surgió en un terreno abonado, propiciando, eso sí, el cambio y la liberalización cultural e ideológica a la que se estaba abriendo ya la gran mayoría de la sociedad española.

—Y, oye, ya metidos en harina: ¿Cómo fue esa germinación?

—Sus comienzos hay que situarlos entre 1977 y 1978 alrededor de los grupos musicales de la “Nueva Ola Madrileña”, primera hornada punk en Madrid a imitación de lo que sucedía en varias ciudades anglosajonas como Londres, Nueva York o Los Ángeles en ese tiempo. Sus canciones sonaban por medio de maquetas (entonces no había sellos independientes y grabar un disco era muy difícil) en los programas musicales de “Onda 2” (Radio España), “Dominó” de Gonzalo Garrido, “Dinamita” de

Rafael Abitbol, Jesús Ordovás, Mario Armero, Patricia Godes...; Julio Ruiz terminó programando estos grupos en su “Disco Grande”, de Radio Popular. Paco Pérez Bryan, apoyó a Ramoncín. “El Búho” (Radio Juventud) se inclinó por Chapa, Rosendo, Miguel Ríos...

—¿Y la chispa que encendió el fuego de “La Movida”?

—El pistoletazo de “La Movida” lo da el “Concierto homenaje a Canito”, organizado por Onda 2 el 9 de febrero de 1980 en la Escuela de Caminos de Madrid, en memoria de José Enrique Cano Leal, difunto batería de Tos (luego Los Secretos), que había muerto a consecuencia de un accidente de tráfico ocurrido en la Nochevieja de 1979.

—¿Y quienes actuaron?

—Tos, Mermelada, Nacha Pop, Mamá, Paraíso, Alaska y los Pegamoides, Trastos, Mario Tenia y los Solitarios y Los Rebeldes (luego Los Bólidos).

—Entiendo que esta “Movida”, como cualquier “ser vivo” que tiene su periodo de gestación, crecimiento, culmen y descenso, tuvo su gran momento de gloria.

—Sí, por supuesto. El momento cumbre de “La Movida Madrileña” se produjo el 23 de mayo de 1981, con “El Concierto de Primavera”, organizado por alumnos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, de la Universidad Politécnica de Madrid.

Hoy se puede afirmar que aquel concierto fue todo un acontecimiento histórico que congregó a más de 15.000 personas, deleitándose durante unas ocho horas con las músicas de Fahrenheit 451, Alaska y los Pegamoides, Flash Strato, Los

Modelos, Tótem, Rubi y los Casinos, Mamá, Los Secretos y Nacha Pop.

—Grupos que yo tuve el privilegio de conocer de cerca en mi etapa como profesional de TVE en el departamento de producción en el programa “La Tarde”, presentado por el popular Pepe Navarro.

—No me digas que trabajaste en el emblemático programa “La Tarde”, permitiéndote conocer al famoso Pepe Navarro.

—Pues sí. Con la perspectiva que nos da el tiempo, podemos considerar que “La Tarde” fue un programa histórico que cambió el modo de ver la televisión, así como un precursor de lo que vendría después desde un punto de vista televisivo; por lo tanto, influenciador de cambios sociales.

Yo suelo decir que “La Tarde” consiguió sacrificar la ancestral “siesta española” de la tarde por interés televisivo basado en la frescura, la espontaneidad y la novedad. Posteriormente, ya en Telecinco, Pepe Navarro, como productor y presentador, trataría de alargar la hora de irse a dormir de los españoles con su “Esta noche cruzamos el Mississippi”.

—Y, oye, Alejandro, retomando lo de “La Movida Madrileña”. ¿Cómo crees que influyó desde un punto de vista sociológico en la vida de los españoles?

—El movimiento de “La Movida Madrileña”, nacida, como te vengo comentando, en Madrid, tomó muy pronto un desarrollo sociológico y nacional, extendiéndose miméticamente a otras capitales españolas, con el apoyo de políticos del carisma de Enrique Tierno Galván. Indudablemente, el apoyo político a esta cultura alternativa pretendía descolgarse de la sociológica sociedad franquista, apostando por la de la democracia.

Llegados a este punto y concluida la degustación —con sumo placer— del espléndido chuletón de Ávila, propuse a mi contertullio Alejandro que nos tomáramos el café o la infusión en el Parador de Ávila, un entorno ideal para continuar con su interesante y contundente reflexión sobre la Transición. Al entregarnos la cuenta, el camarero nos recordó que, idealmente, el chuletón de Ávila debe comer cocinado en vuelta y vuelta, más que al punto argentino, pero —convino con nosotros— en esto como en todo, siempre ha de hacerse al gusto del consumidor.

Tras abonar la cuenta, nos dispusimos rumbo al Parador con el pensamiento hipocrático de que el caminar es la mejor medicina del hombre.

Con este fin, atravesamos la Puerta de la Catedral, de los Leales o del Peso de la Harina, abierta en el siglo XVI, una de los nueve arcos o puertas de la ciudad mejor amurallada del mundo. Inmediatamente descubrimos la gloriosa catedral, donde actualmente reposan los restos mortales de don Claudio Sánchez-Albornoz, Adolfo Suárez y su esposa Amparo Illana. Luego, en la plaza de la catedral nos topamos con el famoso Palacio de los Velada, convertido en hotel, con un precioso patio interior acristalado.

Desde esta plaza caminamos hacia la Plaza del Mercado Chico, pasando antes por delante del Palacio de los Verdugo, que llama la atención por un verraco de piedra en uno de los laterales. Al llegar a la Plaza del Ayuntamiento o Plaza Mayor, le expliqué a Alejandro, mi compañero caminante, que aquí tiene su sede el Ayuntamiento de la capital; que es de estilo medieval y con tres laterales porticados; y que la Iglesia de San Juan Bautista, es uno de sus edificios más destacados.

Una vez en el Parador, un antiguo palacio del siglo XVI, bellamente restaurado y rodeado de jardines, en el casco antiguo de la ciudad, reanudamos nuestra conversación en torno a *El espíritu de la Transición*.

—Al final, cualquier transición es un cambio —me afirma con contundencia—. Los cambios pueden ser más o menos bruscos. La Transición política española lo fue de un modo pacífico y ordenado. Y lo fue porque: ¿Qué deseaba esencialmente la sociedad española? Pues, básicamente, lo que cantaba el grupo Jarcha en su emblemática canción *Libertad sin ira*: “El pan, la hembra y la fiesta en paz”.

—Dicho así, parece fácil, sin embargo, no lo fue —comenté algo dubitativo—.

—Efectivamente, no lo fue porque todo cambio supone una ruptura con todo lo anterior, conllevando cambios de caras y modos de hacer las cosas. Los cambios que hemos comentado que se produjeron en la televisión pública de entonces no fue más que una de tantas maneras de hacer visibles estos cambios. Y en esto, el “modus operandi” es siempre el mismo: Las oligarquías utilizan todos los medios a su alcance para dominar o dirigir a lo que el filósofo español José Ortega y Gasset llamó “El hombre masa”, que no es la clase obrera del marxismo, sino el grupo social protagonista del cambio social. Esto lo sabe muy bien cualquier pastor de ovejas. Para controlar cualquier gran rebaño no hace falta mucha gente. Solamente hace falta que los grupos activos, sean muy activos.

—Acabas de citar a Ortega y Gasset, uno de mis filósofos de cabecera. Creo que supo vislumbrar perfectamente que, desde el siglo XIX, los cambios históricos, científicos y tecnológicos se comienzan a producir con gran rapidez y que el ritmo de vida se acelera mucho más que en épocas anteriores; y, además, la

época moderna —y esto a mí me sobrecoge— es el enemigo más grande del hombre actual porque son tiempos de retórica y mucha confusión.

—Y más aún —me apostilla—: el poder espiritual fue aplastado por el poder material, canalizando ese sentimiento hacia la política. Y, como bien sabemos, José Antonio, hay poca diferencia entre el fanático religioso y el fanático político.

—La Transición para ti comienza con el atentado terrorista del Almirante Carrero Blanco. ¿Y cuando finaliza?

—En el año 82. Exactamente el 28 de octubre de ese año, con la victoria electoral del PSOE.

—¿Por qué?

—Porque ya no hay necesidad de ningún tipo de consenso. El Partido Socialista ganó con tan abrumadora mayoría que para qué quería ya la fórmula del consenso. La etapa anterior se caracterizó por la voluntad de contar con todas las fuerzas políticas. Esto se acaba en el 82. Aunque los resultados fueron previsibles, la contundencia de la victoria del PSOE de Felipe González resultó ser más abultada de lo esperada.

Bajo el lema *Por el cambio*, el PSOE cosechó un resonante triunfo al obtener más de diez millones de votos, lo que suponía cerca del 50 % de los votantes, y la mayoría absoluta en el Congreso de Diputados (202 diputados) y en el Senado (134 senadores). Con estos datos: ¿para qué necesitas el consenso?

—Para seguir construyendo —comenté de un modo automático.

—Bueno, esto es lo ideal, pero el mundo de la política se mueve con otros principios y motivaciones. Verás.

Durante la etapa anterior nadie podía ganar a nadie. La derecha, por su gran fragmentación era débil. La izquierda también. El

PCE había sido el partido más potente de la oposición antifranquista. Contaban con una militancia numerosa, una serie de cuadros experimentados y una dirección cohesionada. En fin, la fortaleza del PCE generaba temores en el resto de la izquierda. Luego, con la caída de Arias Navarro y la llegada de Adolfo Suárez, fortalecido al obtener la aprobación de la Ley para la Reforma Política, obliga al PCE a cambiar de discurso, renunciando a la ruptura democrática para enfocarse en el eurocomunismo.

La crisis o debilitamiento del PCE se produce durante los primeros años de la consolidación democrática, al tiempo que va emergiendo con fuerza y consistencia el PSOE en su figura de Felipe González.

Al pronunciar el nombre de Felipe González, otro de los grandes artífices de la Transición política española, vino inmediatamente a mi memoria al tomar un sorbo de mi infusión digestiva de poleo-menta, su último mitin celebrado en la esplanada de la Universidad Complutense de Madrid, antes de las históricas elecciones del 28 de octubre de 1982. Yo acababa de cumplir 20 años, estaba estudiando Derecho y sentía cierto interés por la política.

El mitin, mejor dicho, el mitin-fiesta, que llegó a congregarse a más de medio millón de personas, comenzó a las 6 de la tarde del martes 26 de octubre, con la actuación del grupo Suburbano. Luego siguieron las canciones de Luis Eduardo Aute y la Orquesta Platería. La nota de humor la pusieron José Luis Coll y el cómico andaluz Josele.

Felipe González —esto lo recuerdo bien— iba vestido con traje gris y una corbata discretamente roja, a las 20.30 horas, y fue recibido por los asistentes con gritos de “presidente, presidente, presidente”. Antes habían intervenido Enrique Tierno Galván,

en su condición de alcalde de Madrid, aclamado entre fuertes y prolongados aplausos y gritos de “Tierno, Tierno, Tierno”, y Joaquín Leguina.

Recuerdo también que en todo el extenso recinto universitario reinaba en el ambiente un claro y rotundo convencimiento del triunfo. En este caso, y eso puedo asegurarlo porque yo estuve allí, no se mascaba la tragedia sino la victoria. Recuerdo también algunos mensajes-fuerza de Felipe González como el de *«El futuro es nuestro, de la mayoría que quiere el cambio»* o *«Adelante y a ganar. España y el futuro es nuestro»*.

Al retomar la conversación comenté:

—Felipe González, otro de los grandes artífices de la Transición.

—Lo es claramente. Como te vengo diciendo, para mí la Transición finaliza tras obtener el PSOE la mayoría absoluta en las elecciones de 1982. Una vez investido como presidente, González fue capaz de mantenerse trece años y medio en el poder, el período más largo de un jefe de Gobierno de la democracia en España hasta ahora.

—Además, Felipe González ha sido el gran líder de la izquierda española. De esto no cabe ninguna duda —comenté. Bajo su dirección, el PSOE logró dos mayorías absolutas consecutivas: la de 1982, con 202 diputados en el Congreso y la de 1986, con 184. Su declive se produjo en las elecciones de 1996, al ser derrotado por el Partido Popular de José María Aznar, el tercer gran líder de la historia de la democracia española reciente.

—Sobre el nuevo periodo que surgió a partir de la Transición podríamos seguir hablando largo y tendido, pero ello excedería —creo yo— del propósito de estas conversaciones para tiempos de hoy sobre la Transición.

Por cierto, antes de ir cerrando nuestra conversación me gustaría dejarte aclarado que los que hoy estamos en la edad de los 60 somos los hijos de la Transición, pero también cómo nos la han contado.

—¿En qué sentido?

—Para mí la generación de la Transición, o como yo suelo decir, “del consenso”, está formada por personas de más de 70 años. Nosotros, los sesentañeros, somos los hijos de aquella generación que hizo posible la concordia entre españoles y los profundos cambios políticos, sociales, económicos y culturales que vinieron después. La Transición, nosotros la vivimos desde una óptica adolescente y juvenil, digiriéndola después por medio de lecturas, reflexiones y el didactismo del tipo de la periodista Victoria Prego.

—¡Victoria Prego, gran periodista! —exclamé—. Compañera mía, por cierto, en Televisión Española, con una trayectoria profesional repleta de reconocimientos y de éxitos. Generalmente, la gente la suele relacionar con la Transición por sus documentales emitidos desde 1995 sobre la historia reciente de España, con el título de *La Transición*.

Para ir finalizando nuestra conversación, me gustaría preguntarte por tu opinión sobre la juventud actual. Los hijos de la «Generación del Consenso» mostraron un gran interés por la “cosa pública” y la política; hoy, sin embargo, parece que abunda un cierto “pasotismo político”. ¿Qué opinas al respecto?

—Es obvio que la sensibilidad democrática de la juventud actual es muy distinta a la de los hijos de la «Generación del Consenso».

Un veinteañero que ha crecido apretando en Facebook el botón de “me gusta”, votando en televisión por su cantante favorito,

pudiendo elegir entre una variada oferta televisiva, más Netflix y Youtube, y habiendo madurado alimentado por móviles con Internet, nada tiene que ver con el que nació como nosotros viendo las dos cadenas de TVE, asistiendo a conciertos de Mecano y bailando en las discotecas emulando a John Travolta.

Entonces se decía que el abstencionismo juvenil era espontáneo y que se pasaba con la edad; el de hoy es consciente y razonado. Hoy —a partir sobre todo del histórico movimiento juvenil del 15-M— la desafección por la “cosa pública” y la política no es una actitud pasajera, sino un conjunto de razones argumentadas y contrastadas que la inmensa mayoría de la juventud comparte.

—Si bien —comento con el fin de hacer cierta salvedad—, al mismo tiempo están surgiendo iniciativas universitarias como la de “Juventud Despierta”, para superar la manipulación política, la tergiversación histórica y la polarización social; una asociación juvenil alejada de ideologías y con una visión crítica, transversal y renovadora de nuestra sociedad; un movimiento que pretende que los espacios políticos sean ocupados por la razón, sofocando los incendios provocados por las ideologías políticas que, en lugar de centrar sus esfuerzos en la búsqueda de puntos que unen, lo hacen en los que desunen.

—Pues, bienvenidas sean este tipo de iniciativas porque hoy, más que nunca, necesitamos revivir la cultura del pacto y el acuerdo al modo en que lo hizo *El espíritu de la Transición*. Y con ello no pretendo decir que haya que beatificar la Transición —tampoco demonizarla—, sino de traer al presente las mejores experiencias del pasado.

El mejor modo —a mi juicio— de que los jóvenes se interesen por la política es con una política que se interese por los jóvenes.

Esto requiere, evidentemente, una adaptación completa de los políticos actuales al nuevo paradigma de los jóvenes de la presente generación.

SIETE CARAS DE LA TRANSICIÓN

Juan Antonio Tirado Ruiz

“La leyenda de la Inmaculada Transición” puede y debe analizarse desde innumerables puntos de vista. Mi compañero de RTVE, Juan Antonio Tirado Ruiz que, desde el año 1998 presta sus servicios como informador en el emblemático programa Informe Semanal, para el que ha elaborado incontables reportajes, y por los que ha obtenidos diversos premios y reconocimientos, lo ha hecho a través de siete figuras: siete naipes flamantes que compusieron y bailaron la música del cambio desde el alféizar del barroco.

Como si de un duelo de honor se tratase le pido —en mi calidad de desafiante— que me diga el lugar donde desea que mantengamos el duelo para lavar la afrenta, el insulto o la ofensa. Me indica —sin dudarlo— que, por su parte, no tiene ningún inconveniente en que se desarrolle en Toledo, en mis dominios y lo antes posible. En cuanto al arma para llevarlo a efecto ambos convinimos sin rechistar, y como no podía ser de otra manera, que este singular combate fuera con espada toledana y sin padrinos. Es que mi contrincante, que nació en la localidad malagueña de Archidona, muy leído y de vocación periodística temprana —empezó a escribir en los periódicos a los 16 años—, desarrollando su trayectoria profesional especialmente en la radio y la televisión, sabe perfectamente que hasta los samuráis japoneses la han reclamado, sabedores de que la composición, el temple y el diseño de la espada toledana ha

sido un gran secreto transmitido de padres a hijos por los artesanos herreros.

En honor a la verdad he de decirles que pude comprender al instante que su sugerencia de entablar nuestro duelo dialéctico sobre la Transición —un convulso, apasionante y significativo período de la Historia de España— dentro de “mis dominios”, no tenía tanto que ver con su natural actitud caballeresca ante la vida —que la tiene a todas luces— sino con su necesidad —comprensible— de abandonar por unas horas el mundanal ruido que genera el estresante “modus vivendi” la de Real Villa de Madrid. Bueno, también —y esto no deberíamos descartarlo tampoco— el que la ciudad de Toledo tiene, entre otras grandes ventajas, su especial proximidad con la capital de España y su excelente comunicación mediante transporte público.

Tras los saludos de rigor y las clásicas preguntas de situación (el trabajo, el tiempo, si te ha resultado fácil llegar hasta aquí, etc), me sitúo en modo atacante con un primer «Strike of the sword» (golpe de espada), comentando sibilamente que algunos revisionistas entienden que la Transición ha sido un mito construido en los pasillos de cierta Facultad de Ciencias Políticas, donde se forjó la leyenda de la Inmaculada Transición. Pero, lejos de achantarse, me responde —sin ira— con el aplomo de un espadachín consumado y curtido en mil batallas que:

—“La leyenda de la Inmaculada Transición” se pareció a un barranco en el que los ciudadanos no sabíamos si gateábamos hacia la salida o hacia el fondo.

Mantenemos este inicial duelo con espadas en la Puerta de Bisagra, la mejor puerta de entrada a Toledo. Se trata de una torre medieval construida a modo de arco triunfal donde se puede contemplar como sello de identidad el escudo imperial de

280

Carlos V. Mientras medimos nuestras fuerzas en la primera estación de nuestro particular vía crucis, comento con mi duelista que, tras la muerte del Caudillo, una España lloró a Franco, otra brindó con champán y la tercera soñó con libertad sin ira. Así que, amigo, si aún le queda algo de valor, dígame: ¿En qué grupo de insurrectos debo encuadrarlo?

—Ni tengo miedo a este duelo ni tampoco a mi pasado. Al respecto he dejado escrito —y lo escrito, escrito está según sentencia del gobernador de Judea del año de Nuestro Señor Jesucristo— que aquella noche —la noche de la muerte del dictador— me acosté de niño franquista y por la mañana me levanté adolescente demócrata y rebelde, sin llegar a irado. Sí, amigo, a mis 14 años, con una infancia rural andaluza iluminada con un candil, bajo cuya luz titubeante aprendí a leer, creía que Franco era un hombre bueno, el mejor y más ejemplar de los españoles.

—¿Y qué le hizo tener que abandonar —si se puede saber— su opinión positiva sobre el hombre que dirigió los destinos de España durante casi cuarenta años?

—Empecé a dudar de mi opinión positiva sobre él cuando muchos de mis compañeros del instituto, sobre todo los de cursos superiores, festejaban con espíritu festivo su final. Así que, en pocas semanas me convertí en un sincero antifranquista. Eso sí, en honor a la verdad, el día de su entierro, en la solemnidad del hecho histórico que seguí a través de Radio Nacional, lloré sinceramente.

—¿Y alguien le ha censurado por este cambio repentino de parecer?

—Lo hizo en su día mi padre. Y de vez en cuando, con la diligencia propia de un buen padre de familia, me lo recuerda

como un pecadillo de juventud. En mi descargo —y lo hago ante esta majestuosa e imperial Puerta de Bisagra— mi llanto sereno por aquel hombre de la “España Una, Grande y Libre” tenía que ver sobre todo con la pasión por el gran acontecimiento social e informativo que tuvo lugar.

Mientras escuchaba con atención las explicaciones de mi duelista, Juan Antonio Tirado, acerca de su visión adolescente del hombre que dirigió los destinos de la Nación que un día llegó a ser el Imperio donde no se ponía el Sol, observaba su destreza con la espada. La sostenía hábilmente con su mano derecha, agarrando el extremo superior de la empuñadura, y la izquierda para sujetar la inferior, más cerca del pomo, con sus codos doblados, cerca del cuerpo. Esto le permitía realizar una gama más amplia de movimientos del brazo con la espada. Yo, sin embargo, lo hacía a mi buen saber y entender, es decir, con poca técnica. Esto me llevó a envalentonarme, a fin de que sintiera que estaba dispuesto a dar el todo por el todo en este singular duelo con espadas. Así que mi siguiente golpe fue:

—¿Qué puede ofrecerme sobre la Transición, un periodo apasionante y convulso de la Historia de España, sobre la que ya se ha escrito y dicho todo?

—¿Todo? ¿Usted considera que ya está todo dicho o escrito sobre la Transición? De ninguna manera. Yo estoy dispuesto, aquí y ahora, a mostrarle un nuevo sendero, una nueva ruta: el de los recuerdos de un niño de la Alta Andalucía, entre olivares y algún gobernador, siguiendo los perfiles de los más importantes paladines que llevaron a cabo esta gesta que asombró al mundo.

—¿Gesta? ¿De qué gesta me habláis?

—De la gesta de la libertad, la igualdad, y el pluralismo político. Y esto en medio de una impresionante crisis económica, incontables huelgas, el brutal terrorismo tanto de extrema izquierda como de extrema derecha, así como el constante y amenazante ruido de sables.

—Me parece interesante. Y, ahora, ¿sabría darme los nombres de esos paladines o legendarios caballeros que llevaron a buen término esta gesta que asombró al mundo?

—No tengo ningún inconveniente. Todos ellos pertenecen ya por derecho propio al Olimpo de la Historia. Son siete caras. Éstas: La de Carlos Arias Navarro con sus lágrimas; la de Don Juan Carlos de Borbón y Borbón, el Príncipe infeliz; la de Torcuato Fernández-Miranda y los saduceos; la de Adolfo Suárez, el héroe trágico; Santiago Carrillo o la peluca del diablo; Fraga Iribarne o el hombre que vivía a borbotones; y Carmen Díez de Rivera, más conocida como “la rubia misteriosa”.

—¿Una rubia misteriosa también participó en esta gesta? ¿Cómo es posible? ¿Es que no en verdad que por aquellos tiempos las mujeres no tenían capacidad para prestar consentimiento, lo que las situaba en el mismo nivel que los menores, los enfermos mentales y los sordomudos que no sabían escribir?

—Sí, en efecto. Pero esta mujer —la rubia misteriosa— fue capaz de vencer, con su inteligencia y valentía, a este monstruo de la desigualdad, contribuyendo, con su poder e influencia, a que las mujeres del Reino de España pudieran situarse en el mismo plano de igualdad que la de los hombres.

Al escuchar de mi duelista que la “rubia misteriosa” había contribuido, con su poder e influencia, a situar a las mujeres en el mismo plano de igualdad que los hombres, sentí que este

duelo no podía resolverse de este modo y en un solo acto. Que había mucha tela que cortar; y, que, por lo tanto, habría que armarse de paciencia —y esto nunca mejor dicho— para ir desatando el nudo gordiano de “la leyenda de la Inmaculada Transición” con paciencia y delicadeza, poco a poco, golpe a golpe; y aún mejor, verso a verso.

Así que, tomé mi espada de acero por su hoja, con el mismo simbolismo que el de la estatua ecuestre de Alfonso VI, colocada en la entrada principal de Toledo. Una obra escultórica, donada por el escultor Luis Martín de Vidales que, por cierto, representa la toma de la ciudad por este rey cristiano —el mejor amigo de los árabes— en el siglo XII, con un espíritu de concordia entre las tres culturas: la cristiana, la judía y la musulmana.

—¿Es que deseáis desistir de este duelo a vida o muerte? —me preguntó mi duelista al notar mi deseo de no continuar nuestro duelo a golpes de espada.

—No. Deseo continuarlo, pero no a vida o muerte, como ambos habíamos acordado por anticipado, sino paso a paso y verso a verso.

Yo nunca he perseguido la gloria —le aclaré— ni dejar en la memoria de los hombres mi canción. Es que yo —como el poeta— amo los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles, como pompas de jabón.

—Por lo que infiero que deseáis que apartemos nuestras espadas, bien por cobardía, o bien porque habéis llegado a la conclusión que la espada es siempre un arma destructiva.

—No desisto de empuñar mi espada por cobardía, ni tampoco porque crea que es destructiva. La espada es un símbolo, el símbolo de la virtud, la valentía y el poder. Puede ser

destructiva, pero también puede utilizarse para establecer y mantener la paz. Asociada a la balanza representa la lucha del bien y el mal; la verdad y la mentira.

—Entonces, ¿por qué lo hacéis? —me preguntó de un modo retador.

—Porque he comprendido que la “leyenda de la Inmaculada Transición” no podía ser desentrañada en feroz contienda con vos, sino con el mismo espíritu de diálogo y concordia con la que se fraguó. Así que, definitivamente, deseo deshacer este entuerto caminando junto a vos por las gloriosas calles, plazas, monumentos y rincones de esta imperial ciudad de Toledo.

—Por mi parte, que sea como decís. Pero antes, debéis aceptar sin reservas la premisa mayor. A saber: Que la Transición no estaba escrita. Que el proceso que condujo desde la segunda mitad de los años sesenta a España a la democracia no fue obra de un único autor, ni un solitario jugado desde el poder para que todo siguiera igual al “lampedusiano” modo.

—Acepto la mayor sin reservas, como me pedís. Y ahora, si no halláis inconveniente, fijadas de mutuo acuerdo nuestras reglas del juego, demos un primer paso con fe, con la misma convicción del poeta:

«Caminante no hay camino, se hace camino al andar; al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar; pues todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar».

—Me parece bien. Hagámoslo como proponéis.

Y así lo hicimos. Mi duelista me tomó por la espalda con su brazo derecho en son de paz y sincera amistad. Prestos,

comenzamos a caminar por la vía pública que va desde la Puerta de Bisagra —una de las puertas más impresionantes y monumentales de Toledo— hasta la histórica y concurrida Plaza de Zocodover; una emblemática vía con nombre de tres calles: la Real del Arrabal, Venancio González y Armas.

—Esta Puerta de Bisagra —le explico a mi duelista, reconvertido a conversador por acuerdo de ambas partes, haciendo un alto en el camino y mirando hacia ella— fue mandada construir por el emperador Carlos V. Como podéis observar, se trata de una torre medieval construida a modo de arco triunfal. En su parte central no pasa desapercibida el escudo personal que Carlos V cedió a la ciudad de Toledo: el águila bicéfala.

—Ya lo creo que no pasa desapercibido. Como seguramente recordaréis, esta águila bicéfala, junto con las columnas de Hércules, estuvieron muy presentes en la bandera de la España de Franco.

—Sí, es verdad, pero desconozco por qué.

—El águila en sable de dos cabezas o águila bicéfala española con alas extendidas —me explica— es un símbolo heráldico que representa la unión del Sacro Imperio Romano Germánico con la monarquía española bajo la dinastía de los Habsburgo (la Casa de Austria en España).

—¿Con algún significado concreto?

—Sí. El águila de dos cabezas española significa el progreso y el orden. Mientras que una de las cabezas mira hacia el infinito del pasado, la otra observa el infinito del futuro. El presente es una fina línea de contacto entre las dos eternidades. Ahora bien, he de hacerte una precisión. En puridad, hablar del águila bicéfala en la España de Franco no es del todo correcto. El

águila en la bandera de España es un águila negra, inspirada en el de San Juan Evangelista.

—Cierto. Por lo que he leído, Franco recuperó la bandera rojigualda en detrimento de la tricolor de la República en 1936. A esta bandera se le añadió el emblemático escudo franquista, de acuerdo con lo establecido por decreto de 13 de septiembre, firmado por el propio Franco y su ministro del Interior, Ramón Serrano Suñer.

En la definición del escudo quedaba patente que lo hacía “sobre el águila de San Juan —que ya había sido utilizada en época de los reyes católicos—, pasmada, de sable, nimbada de oro, con el pico y las garras de gules: éstas armadas de oro. A la derecha de la cola del águila, un yugo de gules, con sus cintas de lo mismo, y a la izquierda un haz de flechas, de gules, con sus cintas de lo mismo. Y en la divisa, las palabras: “Una, Grande, Libre”.

—En fin, todo un símbolo que se ha mantenido hasta el fallecimiento del dictador, el 20 de noviembre de 1975, en la cama de un hospital y no víctima de una emboscada revolucionaria. Tengo que hacer esta puntualización para salir al paso de los que, de un lado, creen que la Transición fue un milagro español, y del contrario que de una chapuza e, incluso, de una traición a los vencidos de la Guerra Civil.

—Sin embargo, la Transición se vivió como una gesta, y exportada como tal a algunos países latinoamericanos. E, incluso, los europeos, que suponían que volveríamos por nuestros fueros guerra civilistas, nos observaron, primero con curiosidad y después con admiración.

¿Qué opináis vos, al respecto?

—Siempre he defendido que la Transición ha sido el logro más importante, atendiendo a su desarrollo y a lo perdurable del

sistema engendrado a partir de él de la España del siglo XX. Un siglo convulso, con más sombras que luces, con dos dictaduras, con una guerra que sembró el país de muertos y odio para décadas y una república que fue la gran apuesta en busca de una España mejor y más justa, pero que quedó frustrada por la fiereza y resentimiento de las derechas y también por los errores y ceguera de las izquierdas.

Según íbamos ascendiendo y platicando sobre la Transición hasta nuestro siguiente emplazamiento —la plaza de Zododover— imaginé el Toledo de una época repleta de cobertizos, pasadizos, callejones inviables, adarves y un sin fin de recovecos que hacían de esta ciudad insalubre y peligrosa.

En la época de Santa Teresa de Ávila, Toledo era una ciudad muy bulliciosa y con gran población hasta el punto de no pudo obtener en primeras instancias los permisos oportunos para fundar aquí sus conventos.

En fin, imaginaba a multitud de gente en la calle día y noche, hacinados en cuevas, subterráneos y otros tantos escondites. En esto que, un poco antes de iniciar el último tramo de esta empinada vía —el tramo de la calle Armas— observé que a mi conversador y caminante le llamó poderosamente la escultura que representa a un ciclista escalador en un momento de máximo esfuerzo.

—“Ecce homo”. “He aquí el hombre”. Te presento al legendario “Águila de Toledo”, uno de los mayores escaladores de todos los tiempos. El primer ciclista español en ganar un Tour de Francia. Bueno, ya sabes a quién me refiero: Federico Martín Bahamontes.

—Sí, sin duda. Estamos ante una de las grandes leyendas del deporte español. Su palmarés deportivo es digno de mención.

Durante sus 12 temporadas de profesional, cuenta con once victorias de etapa en Grandes Vueltas: siete en el Tour de Francia, tres en la Vuelta a España y una en el Giro de Italia. Además, no podemos pasar por alto el Campeonato de España de Ciclismo en Ruta de 1958.

—Según el escultor de esta obra —Javier Molina— la estatua intenta captar a este gran ciclista escalador que era “Fede” en un momento de máximo esfuerzo. Por cierto, ¿te has fijado que el águila bicéfala —símbolo de la ciudad de Toledo— aparece troquelada en la rampa de esta escultura?

—¡Vaya, no me había fijado! Me resulta curioso.

—Pues te puedo ofrecer otras dos curiosidades más: La reproducción del ciclista está realizada a tamaño casi real y su bicicleta la de aquella con la que ganó el Tour en 1959, al máximo detalle. En fin, como el propio Federico Martín Bahamontes ha declarado, se trata de una escultura que ha sabido resumir a la perfección su manera de escalar.

¿Una metáfora, quizás, del gran esfuerzo con el que se fraguó la “leyenda de la Inmaculada Transición”?

—Podría ser. No cabe duda de que la puesta en marcha de los mecanismos de reforma del sistema franquista estuvo protagonizada por personalidades del régimen anterior, que tuvieron que poner toda la “carne en el asador”, es decir, con el máximo esfuerzo. Es innegable que los actores iniciales del cambio, empezando por el monarca —depositario de todos los poderes del Régimen— eran franquistas que tuvieron que esforzarse al máximo para alcanzar la meta de la democracia; pero, al mismo tiempo, no es menos cierto que estos cambios no hubieran resultado factibles sin la presión constante de la

oposición, organizada sindicalmente a través de CCOO y articulada desde fuera por el PCE de Santiago Carrillo.

—... también con el máximo esfuerzo —apuntillé.

—Sí, también con el máximo esfuerzo. Un esfuerzo titánico, no sólo procedente de los dirigentes políticos de la época y de los opositores al régimen, sino también del conjunto del pueblo español.

La Transición fue, sin duda, el resultado de un gran esfuerzo colectivo. No fue, como algunos han afirmado, pacífica. Hay números que refutan cualquier ensoñación de proceso pacífico hacia la democracia. Entre 1975 y 1983 fueron asesinadas 591 personas, de los que 334 procedían de ETA, 51 del GRAPO, 49 de grupos de extrema derecha, 16 de paramilitares y 54 fruto de la represión policial. Otras 8 fueron asesinadas en la cárcel o en comisarías, y 51 por enfrentamientos entre la policía y grupos terroristas. En fin, no fue una Transición perfecta, pero aún así...

—¿Aun así...?

—Aun así, a partir de ella los españoles hemos podido vivir los mejores 40 años de los últimos cien. De otros impulsos colectivos salimos peor parados.

—Sí, claro. Esto es verdad. Por ello, es menester que prosigamos nuestro diálogo peripatético en torno a esta “leyenda de la Inmaculada Transición” con el fin de profundizar en las claves que hicieron posible el que los españoles hayamos podido vivir nuestros mejores 40 años de los últimos cien.

Le adelanto que la siguiente “estación” de nuestro particular vía crucis será la Plaza de Zocodover, el centro neurálgico de esta ciudad de Toledo.

—¡Ea! Prosigamos, pues, nuestro diálogo al modo en que lo hacía el gran Aristóteles con sus discípulos en un jardín situado junto a un templo dedicado a Apolo Licio.

—Por cierto, que en la actualidad algunos de los innovadores más brillantes de Silicon Valley como el creador de Facebook, Mark Zuckerberg, continúan usando esta antigua técnica, reformulada con el nombre de “walking meeting” (caminar y hablar) para la toma de decisiones, convirtiendo algunas de sus más tediosas reuniones en una conversación peripatética, inspiracional y revitalizante.

Tengo entendido que Adolfo Suárez —el héroe trágico—, una de las claves o caras de la Transición también practicaba el “walking meeting” con resultados asombrosos como el de ser capaz de convencer a Santiago Carrillo —la peluca del diablo— de su voluntad democratizadora. Pero no adelantemos acontecimientos. A mí —como a la mayoría de los españoles— me sobrecogió la imagen lacrimógena, en blanco y negro y luto riguroso de Carlos Arias Navarro y su «*españoles, Franco ha muerto*», el jueves 20 de noviembre de 1975.

Yo tenía entonces trece años y estudiaba en el colegio de los Escolapios de Salamanca. Tuve ocasión de ver en directo la alocución del presidente del Gobierno, Carlos Arias, a través de un televisor situado en el vestíbulo de entrada al edificio del colegio. Oficialmente Franco falleció a las 5:25 de la mañana, pero oficiosamente antes de las dos de la madrugada. El director general de entonces era Jesús Sancho Rof. El mensaje del presidente del Gobierno a todos los españoles para comunicar el fallecimiento del jefe del Estado, Francisco Franco, fue precedido por el brevísimo anuncio “Atención españoles: habla el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro”, del locutor de continuidad de TVE Florencio Solchaga Pernaut.

—Aquel histórico jueves 20 de noviembre de 1975 temblaron los teletipos y se sobrecogió el país. Yo por entonces tenía 14 años. Por fin, se había producido el “hecho biológico” tan temido y tan deseado a la vez.

Treinta y seis años antes, el general más joven de Europa había entrado triunfalmente en Madrid, a guerra terminada, a mantel de dictadura puesto. Los casi 40 años que duró su caudillaje dan para mucho, si bien en el momento en que se produjo este “hecho biológico” España había despertado con la llegada de las primeras suecas y, sobre todo, con los aires nuevos y limpios de unas generaciones para las que la guerra quedaba ya muy lejos. La universidad, con sus jóvenes rebeldes y comprometidos, fue también un motor esencial del cambio.

—¡Qué tiempos aquellos! ¿Te imaginas cómo hubiera anunciado Arias Navarro hoy la muerte de Franco?

—Me imagino que con un tuit de cuatro palabras en Twitter con su: *«españoles, Franco ha muerto»*.

—Exactamente. Muy probablemente hubiera utilizado también esta red social. Entonces, como bien has comentado, temblaron los teletipos. El teletipista de la Agencia Europa Press, José Luis Blanco Mascarillas, apretó el botón a las 4:58 con el siguiente mensaje de nueve palabras, pensado de antemano:

«Franco ha muerto. Franco ha muerto. Franco ha muerto».

A partir de ese instante la noticia fue difundida en todo el mundo por las agencias internacionales, citando como fuente informativa a Europa Press.

—Pues sí, Franco había muerto y con él toda una época.

—... pero que aun así seguía proyectando su fulgor con el mismo entusiasmo —apostillé— con que el Sol proyecta en su

ocaso sus últimos rayos en el horizonte, sin darse cuenta de que, como escribió el filósofo norteamericano, Ralph Waldo Emerson:

«Todo atardecer trae consigo la promesa de un nuevo amanecer».

—En efecto: todo atardecer trae consigo la promesa de un nuevo amanecer. De tal modo que el “nuevo amanecer democrático” que ya estaba surgiendo con gran ímpetu disparó todas las alarmas en los sectores más reaccionarios.

Por ejemplo, el período “El Alcázar”, órgano de los excombatientes, publicó la siguiente reflexión:

«Se quiere enterrar la época más gloriosa de nuestra historia, la que empezó un 18 de julio, cuando el pueblo español se alzó en armas para reconquistar la patria destruida por marxismos y separatismos».

—Es que los amos del mundo siempre han querido sustraerse al principio hermético de “El ritmo” que prescribe que:

«Todo fluye y refluye, todo tiene su avance y su retroceso, todo asciende y desciende, todo se mueve como un péndulo; la medida de su movimiento hacia la derecha es la misma que la de su movimiento hacia la izquierda. El ritmo es su compensación».

Yo añadiría que así ha sido y así será. Mira, Juan Antonio, nos encontramos en esta maravillosa e histórica Plaza de Zocodover. Esta joya arquitectónica fue diseñada en parte por Juan Herrera, el arquitecto del emperador Felipe II quien afirmó, como bien sabes, que en su Imperio nunca se ponía el Sol. Y, hoy, ya ves...

—Sí, ya veo. Aquel mundo de la “España, Una, Grande y Libre”, encarnado en figuras políticas como la de Carlos Arias

Navarro, se agarraba fuertemente a un clavo ardiendo, incapaz de comprender que su tiempo estaba ya consumado.

—Por cierto, ya que lo has citado: ¿Quién era Carlos Arias Navarro?

—Carlos Arias podría haber ilustrado perfectamente el siguiente titular de un periódico inglés de finales de noviembre de 1975:

«Nada ha cambiado, pero ya todo será diferente».

Era el prohombre del Régimen que había sustituido a Carrero Blanco como presidente del Gobierno. En 1974 sacó al debate político el llamado “espíritu del doce de febrero”, una pequeña apuesta por la apertura. Luego sería confirmado en este puesto por el Rey Don Juan Carlos.

He escrito que Arias Navarro tenía un perfil hamletiano. Sabía muy bien que las cosas, tras la muerte de Franco, no podían seguir igual, por lo que durante los seis meses que duró su mandato a las órdenes de su nuevo Jefe del Estado, S.M. El Rey Don Juan Carlos, se empeñó en el imposible metafísico de una Transición sin Franco, pero franquista.

Continuamos nuestro peripatético diálogo sobre la Transición por la histórica vía que comprende la calle Comercio, las Cuatro Calles y Hombre de Palo. Las primeras imágenes fotográficas datan del año 1864. Su empedrado se realizó en el año 1502 y se ha mantenido hasta el siglo XX. Y lo hicimos sin mirar hacia atrás, no fuera que nos ocurriera como a la mujer de Lot que se convirtió en una estatua de sal después de mirar hacia atrás cuando escapaba de Sodoma con su familia. Nuestra mirada, pues, tenía que ser hacia el futuro, y el futuro de esta gran “leyenda de la Inmaculada Transición” estaba en la mano de un príncipe, un príncipe infeliz.

—¿Un príncipe infeliz? ¿Por qué? —pregunté algo confuso—

—El historiador Javier Tusell nos lo explica así:

«Era muy simpático, pero eso escondía su interior brumoso, su amargura de exiliado casi niño, en un país donde tenía problemas con el idioma e, incluso, económicos».

Don Juan Carlos de Borbón y Borbón, el hombre que el 22 de noviembre de 1975 se hizo cargo de la Jefatura del Estado, no era un tipo tocado por la fortuna y ensalzado por la clase política, sino más bien una incógnita encerrada en un mar de dudas.

—Pero tenía todo el apoyo de Franco y del Ejército.

—Sí, esto es verdad, pero el Régimen lo aceptaba por ser el heredero del dictador, pero no levantaba entusiasmos. El sostén castrense mantenía su lealtad siempre y cuando el joven Rey no se desviara del camino trazado por el Generalísimo.

Fue una de las familias de este Régimen, la de Carrero Blanco y la de López Rodó, la que promocionó al Príncipe como sucesor a través de la llamada “Operación Salmón”. Luego sería el propio Franco el que consiguiera el asentimiento de las demás familias para que Juan Carlos fuera aceptado.

—Y del entusiasmo que suscitó entre la oposición ni hablamos... ¿verdad?

—Podemos hablar para afirmar que ni socialistas, ni comunistas, ni ninguna de las siglas que con nombres diversos conformaban la izquierda aceptaron al hombre que había sido impuesto por el dictador. El más beligerante fue Santiago Carrillo quien, un año antes de morir Franco, desde su exilio en París, en su condición de líder del PCE, en una entrevista de la

italiana Oriana Fallaci para su libro “Entrevistas con la historia” declaró:

«¿Qué quiere que le diga de Juan Carlos? Es una marioneta que Franco manipula como quiere, un pobrecito incapaz de cualquier dignidad y sentido político».

—Ahora bien, en honor de la verdad, Santiago Carrillo iría cambiando de opinión con el paso de los meses, llegando a aceptar incluso la monarquía y la bandera de España.

—Sí, esto es verdad. En sus *Memorias* recuerda que en 1977 Suárez le comentó que don Juan Carlos deseaba invitarle a la Zarzuela. Después de pensarlo, Carrillo le contestó que no le agradaba esa visita dado que el monarca, llevado por la acostumbrada campechanía de los Borbones, quería tutearlo y, en este caso, —le dijo a Suárez— él también le hablaría de tú. Además, se negaba a ponerse frac, una prenda que no había usado en su vida. Finalmente, Carrillo aceptó la invitación y así pudieron conocerse estos dos protagonistas de la Historia de España del siglo XX.

—Esta misma evolución la podemos constatar en otro de los grandes líderes de la oposición democrática: Felipe González. También, como Carrillo, no creía que la reforma que se deseaba realizar fuera posible desde el poder.

—Felipe González apostaba por la ruptura, aunque con matices. En una conferencia multitudinaria en un teatro de Palma de Mallorca, el 28 de mayo de 1976, se posiciona sobre el momento histórico de España de este modo:

«Creo que la ruptura es inevitable. Ahora bien, el concepto de ruptura me parece dialéctico. No se puede creer en una ruptura violenta, a partir de cero, para la construcción de todo un edificio democrático».

—Pues blanco y en botella, como solemos decir...

—Bueno, las palabras tácticamente moderadas de Felipe González no deberían llevarnos a engaño. Hasta 1978, el PSOE mantuvo posiciones radicales en temas como la defensa de la república. El PCE aceptó la monarquía tras su legalización en abril de 1977; el PSOE oficializó su aceptación un año después.

—¿Cómo fueron las relaciones de Felipe González con el Rey?

—Complicadas. A este asunto precisamente se ha referido Charles T. Powell en su libro *Juan Carlos. Un rey para la democracia*.

En esta obra cuenta que, a mediados de octubre de 1977, durante una recepción celebrada en honor del presidente mexicano López Portillo, Felipe González se acercó a Suárez y le preguntó:

—¿Y tu jefe, ¿cómo está?

A lo que Suárez contestó:

—Bueno, jefe tuyo y mío.

Cuando llegó el Rey, Suárez le preguntó:

—Señor, ¿verdad que también es jefe de Felipe?

A lo que don Juan Carlos respondió:

—Naturalmente.

Azorado, el dirigente socialista asintió y dijo:

—Sí, también es mi jefe.

—Los dos pilares básicos de la Transición —la reconciliación nacional y la concordia— llevaron a recortar considerablemente los poderes que Don Juan Carlos había heredado de su antecesor en el cargo de jefe del Estado. Según Miguel Herrero de Miñón

—uno de los siete padres de la Constitución— la excesiva limitación de las competencias del jefe del Estado ante la omnipotencia anterior fue uno —a su juicio— de los graves defectos de los que adoleció nuestra Constitución.

En su libro *Memorias de estío* indica que el carácter reactivo frente a la situación anterior y la hipertrofia de las declaraciones dogmáticas como respuesta ante el menosprecio de los derechos humanos que se imputaban al franquismo condicionaron decisivamente las competencias del jefe del Estado.

—Algo que, por cierto, fue adaptado de buena gana por Don Juan Carlos en aras a que los partidos aceptaran la monarquía constitucional. En enero de 1978 comentó al periodista José Oneto lo siguiente:

«Tal como se están desarrollando las cosas voy a tener menos poderes que el rey de Suecia, pero si eso sirve para que todos los partidos políticos acepten la forma monárquica del Estado, estoy dispuesto a aceptarlo».

Con estas reflexiones sobre la figura decisiva de Don Juan Carlos en el cambio de la dictadura a la democracia en España nos plantamos en la también histórica Plaza del Ayuntamiento. Los toledanos la conocen también por la plaza de “Los tres poderes”.

Y es que con una mirada de 360 grados observamos el “Poder Judicial”, con el Palacio de Justicia, el “Poder Político” con el Ayuntamiento de Toledo y el “Poder Eclesiástico” —no menos importante en Toledo que los anteriores— representado por el Palacio Arzobispal y la Catedral de Toledo.

En este imponente contexto pregunto a mi conversador por Torcuato Fernández-Miranda, una persona clave en el proceso de la dictadura a la democracia. Jurista de reconocido prestigio

y el más enigmático de quienes a mediados de los setenta protagonizaron la reforma política.

—Torcuato Fernández-Miranda —me comenta— cultivaba con esmero su condición de sofista, un regusto por el arcano de quien parecía licenciado en Delfos. Y es que este político de gran recorrido dentro del Régimen jugaba con las palabras con maestría, lo que contribuyó a que no tuviera amigos en el entorno de la dictadura, más dado a la facundia y a la franqueza que a la ambigüedad calculada. En lenguaje futbolero —ya sabes que yo soy del Atlético de Madrid— se puede decir que Torcuato era ese tipo que se movía en medio de una frase como un Amancio de la política, que siempre intentaba el mismo regate y casi siempre le salía.

—¿Estás de acuerdo con que don Torcuato tenía un olfato especial para el manejo de los tiempos?

—Sí. De esto no cabe ninguna duda. Cuando el Rey le pregunta si quería ser presidente del Gobierno o presidente de la Cortes, Torcuato le contesta que lo que más ambicionaba era ser presidente del Gobierno, pero que desde las Cortes podía serle más útil. Sabía muy bien que, en ese preciso momento, las Cortes y el Consejo del Reino —instituciones en las que él se desenvolvía con gran maestría— eran cruciales para la puesta en marcha del proceso de desmantelamiento del Régimen y la llegada de la democracia.

—La periodista y cronista de la Transición, Pilar Urbano, ha escrito que muerto Franco se abrían dos caminos: ruptura o reforma. Los rupturistas querían liquidar el armatoste estatal de inmediato, la dictadura al basurero, y edificar con una nueva planta. Podía ser rápido, como una demolición, aunque con riesgos imprevisibles. El rey, en cambio, prefería una reforma serena, un paso a paso atemperado, sin acrobacias temerarias.

Torcuato se lo había explicado cien veces. Las Leyes Fundamentales no solo eran modificables, sino derogables. En este sentido: ¿Supo leer la voluntad del Rey de hacer un cambio tranquilo hacia la democracia?

—Indudablemente. La Ley para la Reforma Política fue, a mi juicio, el mayor éxito de Torcuato Fernández-Miranda y, al mismo tiempo, el inicio de su declive. Se cuenta que, a instancias del presidente Adolfo Suárez redactó en un fin de semana la propuesta de reforma. Se trataba de una ley —la octava de las leyes fundamentales del Reino— muy simple, que derogaba las otras leyes, permitiendo el paso de un régimen autoritario a otro democrático, a través de la elección del Congreso y el Senado por sufragio universal, con el encargo de hacer una Constitución.

—Pero antes tuvo que llevar a cabo una gran misión: presentar ante el rey don Juan Carlos una terna de nombres para la elección del futuro presidente del Gobierno que podría en marcha el proceso de la Transición Política.

El Consejo del Reino —una institución que venía operando desde el año 1948— reunido el 2 de julio de 1976 eligió a Adolfo Suárez González, junto a Federico Silva Muñoz y Gregorio López Bravo, tras siete largas horas de deliberaciones que se prolongaron hasta la mañana siguiente.

Torcuato comunicó el resultado de la deliberación con una enigmática e histórica frase: *«Estoy en condiciones de ofrecer al Rey lo que el Rey me ha pedido»*. Uno de los aspirantes, Manuel Fraga Iribarne, consideró entonces que la decisión de nombrar a Adolfo Suárez como presidente del Gobierno había sido un gran error del Rey.

¿Lo fue también de Torcuato Fernández-Miranda?

—Fue, sin duda, una decisión muy difícil. Tanto el monarca como Fernández-Miranda querían que en esta terna estuviese Adolfo Suárez, pero lograrlo no era fácil. El Consejo del Reino, presidido por el propio Fernández-Miranda, era un órgano del que formaban parte las personalidades más retrógradas de la vida política. En este terreno de juego Torcuato debía moverse con sigilo para que no se notara que tenía alguna preferencia, pues su candidato hubiera quedado eliminado de inmediato. En una primera criba quedaron eliminados Fraga y Areilza, dos gigantes de la política de aquel momento. En la penúltima votación logró que se escogiera un candidato de cada una de las familias representativas del franquismo, y ahí entró Suárez que, en última votación fue, por cierto, el menos votado.

—¡Suárez! —exclamé— Tú lo has calificado en tu obra *Siete caras de la Transición* como “El héroe trágico”. ¿Por qué?

—Adolfo Suárez era el hombre al que supuestamente el productor de la Transición y su guionista habían escogido para interpretar la obra de desmontaje del sistema franquista. Es cierto que Adolfo Suárez tenía dotes de actor genial, pero estaba hecho para forjar su propio destino, no para poner voz y gestos a las ideas de otros.

Siempre he pensado que la ocurrencia atribuida a Torcuato Fernández-Miranda según la cual él sería el guionista de la Transición, el rey el productor y Suárez el actor es erróneo. Tanto Fraga como Areilza respondían al espécimen político franquista, en su versión más reformista. Suárez no. Suárez —a mi juicio— no era exactamente franquista sino “adolfista”. Su trágico final político y personal —perdedor de un gran éxito, fracasado de un triunfo formidable, muerto antes de morir y juguete roto de la política— le convierte en un héroe de tragedia griega.

—¿Y cómo lo describirías?

—Creo que Adolfo Suárez era un animal político salvaje, dotado de un olfato extraordinario que le permitía vivir el palpito de la calle y desde ella interpretar lo que pasaba y actuar en consecuencia. Suárez —esencialmente— era un hombre convencido de que tenía una misión, un valiente al que la suerte histórica le permitió vivir su sueño: el de alcanzar la presidencia del Gobierno de España. Diversos testimonios coinciden en que desde muy joven Adolfo Suárez expresaba su seguridad de que algún día sería presidente

—A mí siempre me ha parecido que su famosa frase de «*Vamos a elevar a categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal*», pronunciada durante la defensa de la Ley para la Reforma Política, conocida también popularmente como el “harakiri de las Cortes franquistas”, fue un claro ejemplo de ese palpito de la calle al que te acabas de referir.

—Sí. Adolfo Suárez, era un animal político salvaje que comenzó su carrera hacia la gloria y el abismo —de ahí mi calificativo de “héroe trágico”— en 1955, tras conocer a Fernando Herrero Tejedor, gobernador civil de Ávila; un político falangista que supo ver las cualidades del joven de Cebreros, colocándolo como secretario. Luego, tutelado por el propio Herrero Tejedor desempeñó diversas funciones políticas hasta que en 1968 fue nombrado gobernador civil de Segovia, un puesto que le permitiría conocer y trabar buena relación con el príncipe Don Juan Carlos.

—... un peldaño que le aupó al siguiente: el nombramiento como director general de Radio Televisión Española en 1969, contribuyendo desde esta plataforma audiovisual a que los españoles conocieran mejor al Príncipe, un personaje entonces oculto en la maraña franquista. Luego vendrían otros peldaños

de la escalera del éxito hasta que los españoles conocimos su nombramiento como presidente del Gobierno durante la tarde del 3 de julio de 1976. ¡Una gran sorpresa al parecer!

—¡Ya lo creo! A la sorpresa y conmoción en los círculos políticos se sumó el de los periodísticos. Ricardo de la Cierva, en un artículo publicado en *El País* con el título de *¡Qué error, qué inmenso error!* escribió que se trataba de un nuevo Gobierno de Franco.

—... una percepción errónea de Ricardo de la Cierva vista con la perspectiva que nos da el tiempo.

—Bueno, en esta misma idea de que se trataba de un error se movieron también los medios democráticos. Para ellos con Suárez no llegaba un adelanto de la democracia sino un Franco joven.

La falta de experiencia política fue resaltada por muchos medios nacionales e internacionales. *El País* subrayó sus cualidades de buen político, brillantez, inteligencia y discreción; pero, a continuación, matizaba que no era hora de políticos sino de estadistas.

—... otra percepción quizás errónea porque el tiempo nos pone, como dictamina el dicho popular, a todos en nuestro sitio. Y a Adolfo Suárez el tiempo le ha puesto —a mi juicio— en un gran lugar: en el Olimpo de la Historia, desde donde su luz seguirá iluminando la Historia de España para siempre.

—Sí, así lo creo yo también. Cuando llegó la muerte a visitarlo, el 23 de marzo de 2014, fue despedido como un héroe, como el Ulises de la Democracia.

Antes de continuar nuestras andanzas en torno a la Transición con sus caras más representativas mantuvimos un tiempo de

silencio, fijando simultáneamente nuestras miradas en la imponente fachada principal de la Catedral de Toledo Primada de España, ópera prima del gótico español, joya del patrimonio mundial y una de las mejores galerías de arte gótico del mundo.

Absortos ante la belleza y magnificencia de esta “opus magnum”, cuya construcción comenzó en el siglo XIII con Fernando III el Santo, siendo finalizada con las últimas aportaciones en el XV con los Reyes Católicos, seguíamos manteniendo un tiempo de silencio.

Sí, un tiempo de silencio para rememorar interiormente una época fulgurante de la Historia de España parecida —según expresión de mi conversador— a un barranco donde los ciudadanos no sabíamos si gateábamos hacia la salida o hacia el fondo. Pero también como un punto de inflexión parecido al que supuso la novela barojiana escrita en el año 1962, *Tiempo de silencio*, por el psiquiatra y escritor Luis Martín Santos, elemento clave de la evolución de la literatura española del siglo XX.

Como esta obra de estructura clásica de principio, nudo y desenlace, la Transición se inicia para algunos en los años sesenta con el nuevo rumbo económico del país; para otros con el asesinato de Carrero Blanco en 1973; y para los más puristas con la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975. El desenlace suele situarse en 1981, con el golpe de Estado de Tejero, en 1982 con la llegada del poder del PSOE o en 1985, con la entrada de España en la Comunidad Económica Europea. Y en cuanto al nudo de esta “leyenda de la Inmaculada Transición” podría quedar resumido en que se trató de una gesta de la libertad, la igualdad, y el pluralismo político. Y esto en medio de una impresionante crisis económica, incontables huelgas, el brutal terrorismo tanto de extrema izquierda como

de extrema derecha, así como el constante y amenazante ruido de sables.

—¿Te parece que prosigamos nuestro camino? —comenté rompiendo nuestro largo silencio.

—Sí, claro, prosigamos. La Transición, además de El Rey, Arias Navarro, Torcuato y Suárez, tuvo otros importantes protagonistas como Carrillo, Fraga o Carmen Díaz de Rivera.

Proseguimos nuestro camino desde la Plaza del Ayuntamiento o de los Tres Poderes. Mientras la dejábamos atrás con la intención de llegar hasta el Palacio de Fuensalida — nuestra última estación—, le expliqué a mi conversador que esta plaza nació por una necesidad de crear espacio libre ante la Catedral de Toledo, una decisión tomada por el Cardenal Gil Álvarez de Albornoz en 1339; y que para tal cometido se tuvieron que derribar casas pertenecientes al Cabildo e, incluso, un granero adscrito a la Catedral. De un modo irónico comenté:

—Me imagino que Carrillo, otra de las caras de la Transición, esta decisión de cesión de la propiedad eclesiástica en favor de la civil la aplaudiría con el fervor de un hombre de izquierdas.

—Claro, seguramente. El franquismo creó y alimentó a un ser diabólico llamado Santiago Carrillo. Era comunista, lo que significaba la peor expresión del mal. También vivía en el castillo aterrador una bruja, una madrastra conocida con el sobrenombre de “Pasionaria”, Dolores Ibarruri para los devotos.

Carrillo llegó al bosque hispano en febrero de 1976 disfrazado con una peluca. No había pisado suelo español desde 1939. Tras un breve paso por la cárcel se quedó en España, ya sin peluca, con un objetivo innegociable: la legalización del PCE. Durante este tiempo le tocó lidiar con el espeluznante toro del terror. El 24 de enero de 1977, el asesinato de cinco abogados laboristas

de CCOO en la calle Atocha de Madrid amenazó con tumbar el débil edificio democrático.

—Tengo entendido que a Adolfo Suárez le impresionó la actitud de los comunistas tras el atentado de Atocha. El periodista Luis Herrero ha escrito que Adolfo siempre creyó que Carrillo era un lobo disfrazado de cordero y que su actitud cambió tras esta terrible matanza.

—Sí. Suárez había mantenido diversas reuniones con Carrillo. Sesiones prolongadas durante horas, envueltas en el humo de dos adictos al cigarrillo, que se cayeron enseguida muy bien. Una vez conseguido el “feeling” de lo que se trataba era de formalizar un gran acuerdo.

El historiador, Santos Juliá, ha escrito:

«Ahora de lo que se trataba era de que el secretario general del partido comunista, responsable del orden público en el Madrid sitiado de noviembre del 36 se viera y se entendiera con el último secretario general del Movimiento Nacional, que cuarenta años después recién venía de colgar en el trastero la camisa azul».

—¡Qué curioso! Pareciera como si este encuentro entre dos hombres procedentes de mundos tan diferente fuera obra del destino, de la causalidad y no de la casualidad.

—Pues no es la única. Pocos conocen que la apuesta por la reconciliación nacional arranca en junio de 1956 con la llamada *Declaración del Partido Comunista de España, por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español*. Este documento de 30 páginas, por el que el PCE analizaba la situación política, económica y social de España, y aportaba ideas para reconstruir el país entre

todas las fuerzas políticas, fue suscrito veinte años después de iniciada la guerra civil.

Pues bien —y aquí viene el dato curioso— otros veinte años después de la firma de este documento, el PCE se convertiría en protagonista central de la Transición.

—Y luego vendría la tan ansiada legalización: el histórico 9 de abril de 1977 más conocido como “Sábado Santo Rojo”. En este caso fue RNE y un compañero nuestro, el legendario periodista Alejo García, quien comunicó a los oyentes la trascendental legalización del PCE. Lo hizo durante un eterno minuto, como sabes, con voz entrecortada, ahogada, sin resuello, de manera dubitativa, y hasta pidiendo perdón por su torpeza.

—Pues sí. Un anuncio que hizo historia, tanto por la forma como por el contenido. Nuestro compañero Alejo García explicó después que en aquel momento la redacción de RNE estaba en un piso inferior a los estudios y que el esfuerzo de subir a toda velocidad para comunicar la noticia le vació de aire los pulmones, lo que le llevó a leerla a trompicones.

—¿Qué papel tuvo Carmen Díez de Rivera —“la rubia misteriosa”— en esta legalización?

—Carmen Díaz de Rivera no sólo tuvo un papel relevante en esta legalización sino también en el proceso inicial de la Transición. Fue, como se ha dicho, una mujer extraordinaria en un tiempo irrepetible. Hablaba cuatro idiomas y estaba licenciada en Ciencias Políticas por la Complutense. Fue la persona de confianza de Adolfo Suárez en su época de director general de Radio Televisión Española. Luego lo sería también cuando fue nombrado ministro Secretario General del Movimiento; y, en julio de 1976, ya como presidente del Gobierno, con el nombramiento de directora del Gabinete de la

Presidencia, puesto desde el que abogó por la legalización de los partidos políticos, especialmente el PCE.

—Tengo entendido que era una mujer con carácter, de las de “armas tomar”.

—Sí. Ya lo creo que lo era. Díez de Rivera contó a su biógrafa, Ana Romero, que la primera entrevista con Suárez fue muy tensa.

Apenas llegó a su despacho le hizo esta pregunta hiriente:

— ¿Cómo usted, tan joven, puede ser tan fascista?

Adolfo Suárez, por su parte, le aclaró que no era fascista.

Díaz de Rivera, sin embargo, le replicó, mientras miraba con fijeza un retrato de Franco:

—Pues todo lo que veo aquí me parece fascista, añadiendo a continuación:

—Quiero que sepa que yo necesito dinero, pero no estoy dispuesta a ganarlo ayudando a la dictadura.

—Ciertamente, Díaz de Rivera, era una mujer de “armas tomar”. El gran Francisco Umbral escribió que Carmen Díaz de Rivera era la musa de la reforma, la Pasionaria de la calle de Serrano, la Victoria Kent del Barrio de Salamanca —comenté.

—Sí, fue una mujer con una gran personalidad. He escrito que *La Transición* fue un momento irrepetible, casi inverosímil de nuestra historia contemporánea, en la que brilló esta mujer hermosa y enigmática, que conducía un Renault 5 naranja y gastaba chubasqueros de colores vivos. Llevó un diario en el que anotó datos, impresiones y opiniones sobre el proceso político en marcha. Diario que entregó a la periodista Ana Romero con

el ruego de que lo destruyera después de haber entresacado un centenar de entradas escogidas por la propia Díez de Rivera.

Embelesados con Carmen Díaz de Rivera, la figura femenina de la Transición — “la rubia misteriosa” —, la que brilló por derecho propio en aquel vasto imperio varonil del franquismo, llegamos a nuestra siguiente y última estación de nuestro particular vía crucis: el Palacio de Fuensalida, un imponente edificio construido a finales de la primera mitad del siglo XV por encargo de don Pedro López de Ayala, primer señor de Fuensalida.

Está considerado como el mejor exponente palaciego del mudéjar toledano, una tipología histórica escasa en nuestro patrimonio edificado, donde se fusionan tres estilos: gótico, plateresco y mudéjar. Actualmente se celebran en él las sesiones plenarias del Consejo de Gobierno de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Un símbolo del poder político, como en su día lo fue otra de las caras de la Transición: Manuel Fraga Iribarne.

—¿Don Manuel Fraga! ¿Quién fue Manuel Fraga?

—Uno de los hombres que estaba en la mayoría de las quinielas de los aspirantes a pilotar el tránsito de la dictadura a la democracia. Era un temperamento hecho de inteligencia, furia y testosterona. Un hombre nacido para la gesta o para el naufragio. Un político del franquismo perteneciente al ala abierta de aquella cerrada y cerril España.

—¿Alguna descripción más sobre don Manuel? —Dígala, o calle para siempre— pregunté y comenté con cierta retranca.

—Sí. Me gustaría aclarar que Fraga, como cualquier político franquista, era un prototipo de la España reaccionaria forjada en

la dictadura: un servidor del Régimen y admirador de Franco, al que, como es natural, nunca le cuestionó nada.

—Esto es verdad, pero, al mismo tiempo, gracias a políticos como Fraga se sentaron desde dentro las bases del cambio a la democracia. Cuando en 1962 fue nombrado ministro de Información y Turismo, fue muy bien acogido por la prensa internacional.

—Sí. Aunque esto le llevó a Franco a pronunciar una de sus frases de laconismo irónico: «*Algo habremos hecho mal*».

No cabe duda de que sus mayores logros de gestión estuvieron en el ámbito del turismo. A él le debemos la red de paradores de turismo que hoy disfrutamos, una iniciativa continuadora surgida durante la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. También debemos destacar sus esfuerzos por relajar la censura de prensa. Con la conocida “Ley Fraga” —que vino a sustituir la legislación sobre la materia de 1938, en plena Guerra Civil— consiguió que desapareciera la censura previa, si bien, después de editados los periódicos o las revistas debían de responder por lo publicado.

—Los que ya pintamos canas seguimos recordando al Fraga de aquella época dándose un baño junto al embajador de Estados Unidos, Angier Biddle Duke, en la playa de Palomares (Almería), el 7 de marzo de 1966 era su forma de decir al mundo que las aguas del Mediterráneo eran seguras, que el riesgo de contaminación radioactiva era nulo.

—Pero hay otra anécdota, sin foto, que resulta muy divertida. Verás. Su paisano Pío Cabanillas era su Subsecretario en el Ministerio y ambos habían acudido a Cambados a un acto oficial. Era un día muy caluroso de agosto y a Pío se le ocurrió, acabado el acto, que podían irse a darse un chapuzón.

—No tenemos bañador— repuso Fraga.

—No importa, conozco una cala donde no va nadie— respondió Cabanillas.

Desnudos ambos, se zambulleron en el agua y nadaban muy a gusto cuando descubrieron a un grupo de niñas de un colegio de monjas, que se habían bajado de un autobús con la intención de bañarse.

Los dos —lógicamente— a escape. Fraga iba tapándose sus partes, mientras Pío Cabanillas le gritaba:

—Manolo, la cara; la cara, Manolo.

—Ja, ja, ja, ¡Qué bochorno! Seguro que pensaron, ¡tierra, trágame!

—Seguramente. Luego, en 1969, tras el estallido del caso Matesa, —uno de los escándalos político-económicos más importantes de España, durante la última etapa del franquismo— Fraga es relevado en el ministerio y, por iniciativa propia y con notables apoyos, comienza a centrar sus esfuerzos en la preparación de las reformas que sería preciso emprender tras la muerte de Franco.

—Tengo entendido que él fue uno de los que impulsó la creación del periódico *El País*.

—Cierto. En 1971 firmó un acuerdo con José Ortega Spottorno para la creación del diario *El País*, con la idea de que le sirviera como plataforma para liderar la futura Transición.

Unos meses después, el 20% del capital fundacional corresponde a Fraga y personas allegadas. El director iba a ser Carlos Mendo; después se le ofreció al escritor Miguel Delibes, que no aceptó.

El de *El País*, como otros tantos proyectos, fueron creciendo durante la estancia de Fraga en Londres como embajador. Al parecer, la sede diplomática en la capital británica se transformó en lugar de paso e intrigas. La salida de este rotativo se produjo en mayo de 1976, siendo Fraga ministro de la Gobernación en el Gabinete de Arias Navarro.

—Por cierto: ¿dónde se encontraba don Manuel el 20 de noviembre de 1975?

—El 18 de noviembre de 1975, con Franco técnicamente muerto, Fraga —en su calidad de embajador en Londres— se presentó en Madrid, siendo recibido con honores de estrella en el aeropuerto. Dos días después —el 20 de noviembre— recién conocida la muerte del dictador, se entrevistó con don Juan Carlos, a quien entregó un escrito en el que se recogía las líneas que deberían articular la Transición.

Fraga no concebía que pudiera haber nadie tan cualificado como él para ponerse al frente de este importante proyecto de cambio; sin embargo, el rey don Juan Carlos tenía puesta su mirada en otro candidato: Adolfo Suárez.

Luego, tras la muerte de Franco, el primer ministro del Gobierno, tras la dictadura, Carlos Arias Navarro, nombra a Fraga ministro de la Gobernación.

—Todo lo que viene a continuación sobre Fraga forma parte relevante del convulso periodo de la Transición y en la formación de la derecha política democrática.

—Un periodo durante el que Fraga se matriculó en la “Escuela de la Adversidad” por las sonoras derrotas que cosechó, pero también con logros y victorias importantes. Además de diputado y senador fue uno de los siete padres de la Constitución de 1978; fundador del partido Reforma Democrática —embrión de

Alianza Popular y, a su vez, del actual Partido Popular— y candidato a la presidencia del Gobierno de España en cuatro ocasiones entre 1977 y 1986.

Fue presidente de la Junta de Galicia entre 1990 y 2005. Se retiró de la política el 2 de septiembre de 2011. El 15 de enero de 2012 se paró el corazón del hombre al que le cabía el Estado en la cabeza.

Con esta última reflexión ambos comprendimos que había llegado el momento del silencio, el gran arte de la conversación. Entonces vino a nuestra memoria la reflexión del dramaturgo y ensayista belga, Maurice Maeterlinck:

«Los grandes hombres y mujeres tienen confianza en el destino. Conocen parte del porvenir, porque son parte del porvenir ellos mismos».

Al caer en la cuenta de que las siete caras de la Transición — esas que tuvieron confianza en el destino y conocían el porvenir— ya no estaban entre nosotros —salvo una—; sentimos el consuelo celestial de la verdad bíblica revelada:

«Los hombres pasan, pero sus obras continúan».

EL ADALID DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Carmen Quintanilla Barba

El pedagogo e historiador francés, Pierre Fredy de Coubertin, más conocido como el barón de Coubertin, nos dijo que *«No estamos en este mundo para vivir nuestra vida, sino la de los otros. Las mayores alegrías, por otra parte, no son las que nosotros mismos gozamos, sino las que procuramos a los demás»*. Logró su gran sueño de unir en una gran competición a todos los deportistas del mundo bajo el signo de la unión y la hermandad, un 26 de junio del año 1894 en el Congreso Internacional de Educación Física celebrado en la Sorbona de París, basamento para la creación de los Juegos Olímpicos modernos.

Mi conversadora, Carmen Quintanilla Barba, con este mismo espíritu de servicio a los demás del barón de Coubertin, logró también su gran sueño de contribuir activamente a la germinación del movimiento asociativo femenino para la defensa de los derechos de la mujer en España. Con este elevado propósito impulsó en el año 1981, junto con otras mujeres emblemáticas de la talla de Concha Tolosa o Charo Tapia, la creación de la Asociación Democrática de Mujeres Manchegas. Esta asociación fue precursora del Centro Asesor de la Mujer y la Casa de la Acogida de Ciudad Real, y está considerada como uno de los primeros movimientos sociales para la defensa de los derechos humanos e igualdad de oportunidades entre mujeres y

hombres. Convocó exitosamente —sin partidos políticos ni sindicatos— la primera manifestación de mujeres en Ciudad Real el 8 de marzo de 1981, con motivo del Día Internacional de la Mujer Trabajadora.

Luego, un año después, fruto de su gran compromiso con las mujeres y el mundo rural fundó la Asociación de Familias y Mujeres del Medio Rural (AFAMMER) con el fin de hacer visible la situación de las mujeres en los pueblos de España. Una iniciativa que hoy, casi medio siglo después ha servido para trasladar eficazmente, con voz y voto, los derechos de las mujeres procedentes del medio rural, en innumerables organismos nacionales e internacionales.

Convinimos previamente que el punto de encuentro para iniciar nuestra conversación en torno a la Transición política española y el espíritu que lo conformó fuera a la entrada de la Sede Regional de la ONCE (Organización Nacional de Ciegos Españoles), ubicada en Toledo, a las dos de la tarde del martes 25 de octubre del presente año.

Tras los saludos de rigor, me comenta que se ha desplazado desde Ciudad Real para mantener un foro de debate sobre mujeres con discapacidad encuadrado en el Acuerdo de AFAMMER con el Programa *INSERTA EMPLEO*, de la Fundación ONCE.

Durante la caminata que mantenemos desde este punto de encuentro hasta un restaurante de la zona para almorzar me explica —con su inherente y admirable entusiasmo de siempre— que decidieron firmar este Convenio porque el empleo es sinónimo de igualdad, justicia e independencia económica. Después, me aclara que la mujer discapacitada del ámbito rural padece una triple discriminación: la de ser mujer, la de estar discapacitada y la de vivir en el medio rural; y que en este foro

de debate ha tenido que explicar —en su calidad de presidenta de AFAMMER— lo que vienen haciendo para contrarrestar estas inercias que inciden especialmente en las mujeres que sufren la lacra de la violencia de género y la desigualdad por padecer alguna incapacidad física e intelectual.

—Yo creo que lo que he hecho durante toda mi vida —me comenta de un modo reflexivo, al elogiar su intervención en este foro de debate en la ONCE— es servir a los demás. En este sentido coincido plenamente con la afirmación del activista estadounidense por los derechos civiles, Martin Luther King, que *«La pregunta más persistente y urgente de la vida es: ¿Qué estás haciendo por los demás?»*

Cuando me convertí en funcionaria del Cuerpo Técnico del Estado, muy joven, por cierto —me sigue comentando— mi abuelo materno que, por circunstancias de la vida tuvo que ejercer también de padre, me aconsejó siempre que me pusiera delante de la mesa, y no detrás de la misma, para que pudiera interiorizar profundamente que cada una de las personas que venían a verme traían un problema que yo tenía que resolverles.

Y así lo hice. Al poco tiempo, con este mismo espíritu de servicio hacia los demás, me afilié a la UCD. En aquella época, cuando contemplaba sus característicos colores identificativos naranja y verde sentía que este partido de centro derecha me estaba diciendo:

«Carmen, tú, aquí, puedes servir también; a través de este proyecto político podrás hacer muchas cosas por la gente».

Así que, con 24 años y mi vida resuelta profesionalmente hablando inicié, por encargo de Adolfo Suárez, presidente del Gobierno y de la UCD, y de la mano de Blas Camacho Zancada, abogado de Ciudad Real y diputado nacional de la Legislatura

Constituyente y después de la I, III y IV, y de la de Alejandro Valdeza —diputado de UCD por Toledo—, mi andadura política como presidenta de las juventudes de UCD.

¿Qué hice? Pues, sencillamente tomar “carretera y manta”, recorriendo todos los pueblos de la provincia para hacer llegar a los jóvenes la buena nueva: ¡Que existía un maravilloso proyecto de libertad para España!

— ¿Y qué les contabas?

—Les contaba que en esos momentos se estaba debatiendo una Constitución; que sería la Constitución de todos; que consistía en un acuerdo basado en el consenso, por el que unos y otros estaban dispuestos a renunciar e imponer las ideas que les dividían, dirigiendo su mirada hacia un horizonte de futuro compartido mayoritariamente.

Con este espíritu de servicio y entusiasmo por el brillante futuro que aguardaba a España y a todos los españoles, estuve militando en UCD hasta el mismo día de su disolución: El 18 de febrero de 1983. Yo, por entonces, tenía 28 años. Recuerdo que aquel hecho me generó una enorme tristeza. ¿Y ahora qué, me dije?

— ¿Cómo recuerdas ese hecho histórico hoy?

—Hoy recuerdo con absoluta nitidez —porque yo estuve allí— ese momento dramático en que nuestro presidente nacional de la UCD, Landelino Lavilla, compareció en el Hotel Princesa ante la prensa, con el ánimo totalmente abatido, imagen de completa derrota, agotado y con un visible temblor en las manos para anunciar la disolución de nuestro partido.

Sabíamos que se había entregado con vigor, entusiasmo y capacidad de trabajo a la titánica tarea de servir de la mejor

manera posible a la incipiente democracia española; que era en ese momento la imagen final de un gran proyecto político que había liderado nuestra Transición política, entrando en descomposición tras la dimisión de Adolfo Suárez, un frío 29 de enero de 1981.

— ¿Y por qué crees que fracasó este proyecto político?

—Por egoísmos.

—La raíz de todos los males —apostillé—

—Sí. Este fue el gran mal que, a mi juicio, derrumbó un edificio político constituido formalmente como coalición el 3 de mayo de 1977, bajo el nombre de Unión de Centro Democrático (UCD).

Por cierto, ese mismo día Adolfo Suárez anunció su candidatura a la presidencia del Gobierno como independiente dentro de sus listas. Se trataba de una agrupación de diferentes sensibilidades políticas (demócratas-cristianos, liberales, socialdemócratas y regionalistas.) y con personalidades de la talla de Pio Cabanillas, Fernando Álvarez de Miranda, Francisco Fernández Ordóñez, Joaquín Garrigues, Ignacio Camuñas, Enrique Sánchez de León, Leopoldo Calvo Sotelo y, por supuesto, Adolfo Suárez.

Una vez acomodados en la mesa del comedor del restaurante y solicitada la comanda —frugal, siguiendo el proverbio popular de “más suelas y menos cazuelas” — le formulé la pregunta que ella misma se había hecho aquel triste 18 de febrero de 1983, tras conocer que su gran familia política de la UCD quedaba disuelta:

— ¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué, Carmen?

—Pues... ¡Empezar de nuevo! ¡Empezar de nuevo, José Antonio!

Y lo hice con fe ya que, como afirmó Martín Luther King, la fe consiste en dar un primer paso, aunque no seamos capaces de ver toda la escalera completa. Aunque te parezca curioso me inspiré —desde la independencia, claro— en el PSOE, vencedor indiscutible de las elecciones del 28 de octubre de 1982, y que en ese momento empezaba a crear un movimiento asociativo afín.

—Unas elecciones históricas en las que el PSOE obtuvo más de diez millones de votos.

—Sí, efectivamente. Estas elecciones, por cierto, fueron anticipadas seis meses. Técnicamente tendrían que haberse celebrado el 30 de abril de 1983, pero el presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, al constatar que no era posible aprobar en el Consejo de ministros el anteproyecto de Ley de Presupuestos Generales del Estado, además de comprobar las dificultades para respaldar en el Parlamento los Estatutos de Autonomía en tramitación, tomó la decisión de disolver el Parlamento y convocar elecciones generales anticipadas.

—A tu juicio, la disolución de UCD fue uno de tantos efectos negativos del egoísmo, la raíz de todos los males. ¿Pero de qué manera?

—Como sabes, la unión hace la fuerza, mientras que la desunión la debilita. La UCD se derrumbó por las clamorosas luchas intestinas. En aquellos momentos tuvimos que lidiar con una fuerte oposición, una enorme crisis económica y el brutal azote del terrorismo. El PSOE, consciente de la gran debilidad del Gobierno y la falta de apoyos, presentó una moción de censura defendida por Alfonso Guerra entre el 28 y 30 de mayo de 1980. Es verdad que no prosperó, pero consiguió catapultar a Felipe González como líder indiscutible de la izquierda.

Así que, como los diadocos generales de Alejandro Magno que, tras su muerte se repartieron sus conquistas y su Imperio, los prebostes de nuestro partido tuvieron que abandonar el barco; un barco que se iba hundiendo a cada momento: con las divergencias por la Reforma Fiscal y Financiera, los disensos sobre la Ley del Divorcio, la derrota en las elecciones municipales y autonómicas de 1979, la dimisión de Adolfo Suárez, el golpe de Estado del 23F...

Mientras escuchaba atentamente sus reflexiones sobre las causas de la caída de la UCD observaba en mi conversadora un sentimiento de enorme tristeza. Es que aquellos convulsos y vertiginosos momentos históricos supusieron para ella —como para una gran mayoría de españoles— un mal trago. Así que, con el fin de no seguir ahondando en esta profunda herida, cambié de tercio, retomando su afirmación de que se había inspirado desde la absoluta independencia en el PSOE para volver a renacer de sus cenizas políticamente hablando como el Ave Fénix, icono de la resiliencia.

—Sí. Me inspiré en el PSOE por su capacidad para saber vertebrar a la sociedad muy bien a través de asociaciones de todo tipo: vecinales, culturales, feministas... También bebí del manantial intelectual de la obra de Ortega y Gasset, *La España invertebrada*, donde analiza la crisis social y política de su tiempo. Una *España invertebrada*, aquejada por ciertos males, ordenados por su gravedad en tres zonas o extractos. El primero, los errores o abusos políticos; el segundo, “los particularismos” políticos y sociales; y el tercero, la envidia a los mejores, grabado profundamente en el alma nacional.

Así que, con este sustrato filosófico y político pensé que, desde el centro derecha, había que promover “La España vertebrada”,

cayendo en la cuenta de que nadie había pensado hasta ese momento en las mujeres rurales.

Este es el momento —me dije— de crear una gran asociación que dé voz a las mujeres rurales de todos los pueblos de España. De este modo di mi primer paso con fe sin ver la escalera completa, creando la primera organización no gubernamental desde el altruismo, el voluntariado social y la gratuidad.

—Un buen ejemplo de servicio a los demás.

—Pues sí. Fundé AFAMMER para que las mujeres rurales tuvieran voz y voto en España y en el mundo, y de este modo romper todos sus estigmas. Una iniciativa que pude compaginar con mi trabajo de funcionaria y después como diputada nacional.

Así que nuevamente, todas las tardes, con mi coche “dos caballos”, un bocadillo, una Coca-Cola y una sonrisa y mi peculiar entusiasmo, iba proclamando la buena nueva de pueblo en pueblo con un claro mensaje:

«Nosotras, las mujeres rurales, tenemos que construir nuestra propia historia».

Yo por esa época tenía un niño de tres años; pero esta circunstancia no suponía para mí ningún obstáculo insalvable al estar convencida de que mi más elevado propósito vital era servir a los demás por medio de una gran asociación para la defensa de la mujer rural.

—Un gran sueño que has logrado plenamente —comenté.

—Sí, así lo creo, con la ayuda de Dios, de las mujeres y de los hombres, pues en este noble empeño no he estado sola.

Hoy, efectivamente, mi gran sueño se ha hecho realidad presidiendo AFAMMER, una gran asociación que aglutina a

más de 195.000 mujeres del medio rural en España, y que en el año 2009 se convirtió en la Confederación Nacional de Federaciones y Asociaciones de Familias y Mujeres del Medio Rural.

—Algo por lo que debes sentirte muy orgullosa.

—Sí, lo estoy. Sobre todo, por sentir que tengo el respeto y el cariño de las mujeres que conforman nuestra preciosa organización.

—Además de este importante logro, has llegado a ser diputada nacional y senadora. ¿Cómo fue tu “reentré” en la alta política nacional?

—Pues a través de José María Aznar y la refundación del Partido Popular. Verás.

Fraga Iribarne, con la intención de integrar a los liberales y democristianos toma la decisión —con el corazón sangrante, según él mismo comentó— de hacer una refundación de Alianza Popular. Formalmente se produjo durante el XI Congreso del partido, conocido como Congreso de la Refundación, celebrado el 20 de enero de 1989. Antes, como recordarás, se hizo un intento de renovación que no— cuajó— con Antonio Hernández Mancha.

—Tengo entendido que José María Aznar no era inicialmente la persona en la que Fraga había pensado para sucederle.

—Sí, esto es verdad. Él había pensado primero en Marcelino Oreja, y después en Isabel Tocino; pero, disuadido por Juan José Lucas, Álvarez Cascos, Rodrigo Rato y Federico Trillo en una reunión celebrada en el mes de agosto de ese año, opta por José María Aznar, por entonces presidente de Castilla y León.

—Un José María Aznar que tiene que pasar su primer examen ante Felipe González en las elecciones generales del domingo 29 de octubre de ese mismo año.

—Sí. Así fue. Por cierto, unas elecciones adelantadas nueve meses, ya que se tenían que haber celebrado en julio del año siguiente. Al respecto se ha venido especulando con la idea de que Felipe González las adelantó intencionadamente para pillar por sorpresa a una oposición en la que todavía no se había consolidado el liderazgo de José María Aznar.

—Aun así, Aznar consiguió en aquellas elecciones dos diputados más que Fraga.

—Pues sí. Ciertamente, Aznar aprobó aquel examen dignamente. Luego, su figura se fue acrecentando tras el Primer Congreso del Partido Popular celebrado en Sevilla el 31 de marzo de 1990 donde Fraga cedió el testigo a Aznar.

—Yo de aquel momento —un momento que, por cierto, ha quedado grabado en el imaginario colectivo de la mayoría de los españoles— recuerdo la carta de dimisión que Aznar envió a Fraga, como muestra de que renunciaría cuando el partido lo estimara conveniente. Y, por supuesto, es inolvidable también el momento en el que Fraga rompe esa carta de dimisión públicamente y pronuncia lo de que *«aquí no hay ni tutelas, ni tutías»*.

—Efectivamente, aquel Primer Congreso supuso el nacimiento de José María Aznar como líder del centro derecha en España, una figura que fue progresivamente consolidándose hasta alcanzar la presidencia del Gobierno, tras las elecciones generales de 1996.

No quiero pasar por alto un detalle de este Congreso, muy significativo para mí. Me refiero a su lema: *Centrados con la libertad*.

— ¿Por qué? ¿Por qué es significativo para ti este lema, Carmen?
— pregunté intrigado.

— El centro y la libertad son dos palabras que resonaban y siguen resonando completamente dentro de mi corazón. Me he sentido y me sigo sintiendo plenamente identificada con los postulados políticos del centrismo, donde se valoran las posiciones consensuadas, es decir, el tratar de combinar lo mejor de la derecha y la izquierda para ofrecer a la sociedad propuestas lo más equilibradas y justas posibles.

— ¿Y con respecto a la libertad, uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos, según don Quijote?

— La libertad, como sabes José Antonio, tiene múltiples significados, y sobre ella podríamos hablar largo y tendido. En un sentido político yo la he visto siempre como esa fuerza capaz de remover todos los obstáculos que impidan la realización de una persona y su felicidad. Así que, con estos principios basados en el centrismo y la libertad, retomé de nuevo mi vida política donde me vuelvo a encontrar con hombres que yo admiraba, de la talla de Blas Camacho, Luis de Grandes, Rafael Arias Salgado y Javier Rupérez.

— ¿Y mujeres?

— En aquel momento las mujeres seguíamos estando en política tan solo para ayudar, pero no para participar. Entonces se podían contar con los dedos de las manos las mujeres con cierta relevancia que habían conseguido ser elegidas como alcaldesas, concejales, diputadas o senadoras.

Te doy un dato estremecedor: Durante los casi dos siglos de parlamentarismo en España, comprendidos entre las Cortes de Cádiz y los dos primeros años de la Transición, sólo 40 mujeres lograron sentarse en un escaño en el Parlamento. Lo consiguieron, por ejemplo, Victoria Kent, Margarita Nelken y Clara Campoamor — las tres primeras diputadas democráticamente electas de la historia de nuestro país— en 1931, durante la primera legislatura de la II República. Y ello con un gran esfuerzo —con voz, pero sin voto— tras una carrera exitosa en el campo de la cultura, e impulsadas por una vocación de fomentar el rol de la mujer en la esfera pública.

—Sí, es verdad, se podría decir, utilizando una histórica frase del primer ministro inglés, Winston Churchill, que la incorporación de la mujer al parlamentarismo en España lo fue a base de *«sangre, sudor y lágrimas»*.

—Sí, lamentablemente. En las primeras elecciones democráticas celebradas el 15 de junio de 1977 se presentaron en España 750 mujeres como candidatas de los distintos partidos políticos, pero solamente fueron elegidas 27 diputadas y senadoras. Por eso yo las he nombrado “Las Madres de la Constitución”, por haber participado activamente durante esta Legislatura Constituyente.

— ¿Algún nombre que te gustaría destacar especialmente dentro de estas “Madres de la Constitución”?

—Sí. Deseo destacar especialmente la figura de Teresa Revilla, diputada por UCD. Fue la única mujer de la Comisión Constitucional, compuesta por 39 miembros. A ella le correspondió el privilegio y el honor de defender el importantísimo artículo 14 de nuestra Constitución, que quedó redactado definitivamente de este modo:

«Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social».

En fin, un paso de gigante para que las mujeres tuviéramos plenitud de derechos; un gran logro al que contribuyó decididamente esta gran mujer que permanece injustamente en el olvido.

—Sí, es verdad.

—Por ello, visionando la película *Las Constituyentes*, de la directora Oliva Acosta, siendo yo presidenta de la Comisión de Igualdad en la legislatura en el periodo 2011 al 2015, quise que, a todas estas mujeres, llamadas por mí “Madres de la Constitución” se les rindiera un justo homenaje en el Congreso de los Diputados, en sede parlamentaria. Resultó todo un éxito, en el que participaron sin fisuras todos los diputados que en ese momento conformaban el arco parlamentario.

—Debo reconocerte, Carmen, que es la primera vez que oigo hablar de la existencia de unas “Madres de la Constitución”. En nuestro imaginario colectivo están siempre los nombres de “Los Padres de la Constitución” —Gabriel Cisneros Laborda; Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón; José Pedro Pérez-Llorca Rodrigo; Gregorio Peces-Barba Martínez; Jordi Solé Tura; Manuel Fraga Iribarne y Miquel Roca i Junyent—, todos hombres, por cierto. Pero ¿Madres?

—Pues, las hubo. ¡Claro que las hubo! Todas ellas tuvieron una labor encomiable, aunque su grandiosa labor haya sido a veces ignorada en favor de los llamados “Padres de la Constitución”.

Gracias a estas inteligentes y valientes mujeres, la cuestión femenina se insertó en los innumerables debates y votaciones

que se produjeron, por lo que, como te vengo comentando, en mi calidad de presidenta de la Comisión de Igualdad solicité a Jesús Posada —por aquel entonces presidente del Congreso de los Diputados—, que todas estas mujeres tuvieran una sala denominada “Sala de las Parlamentarias Constituyentes”, donde figuraran los nombres de cada una de ellas, en reconocimiento de su extraordinaria labor.

— ¿Y cómo quedó finalmente esta propuesta?

—Lamentablemente no llegó a buen puerto por las innumerables controversias que suelen generar este tipo de propuestas.

— ¿Algunos nombres de estas “Mujeres Parlamentarias Constituyentes” que tú destacarías?

—Claro. Soledad Becerril, de UCD, que luego llegaría a ser Ministra de Cultura en el gobierno de Leopoldo Calvo Sotelo; por lo tanto, la primera mujer en acceder a un Consejo de ministros. Todo un referente femenino dentro de la historia democrática de nuestro país. Posteriormente, conseguiría ser alcaldesa de Sevilla y la primera Defensora del Pueblo de España; también las parlamentarias de la UCD, Nona Inés Vilariño; María Dolores Pelayo y Mercedes Moll.

De otros espectros políticos, habría que destacar la figura de Pilar Brabo, diputada por Alicante del Grupo Parlamentario Comunista; así como las diputadas socialistas Carlota Bustelo, María Izquierdo y Ana María Ruiz-Tagle.

Y en el Senado, fueron seis mujeres las que realizaron una labor intensa en favor de los derechos de la mujer. Entre ellas, Gloria Begué Cantón y María Belén Landáburu.

Begué llegó a ser la primera mujer catedrática de todas las Facultades de Derecho de España, así como la primera Decana

en la Facultad de Salamanca. Landáburu logró, antes de nuestra Constitución, la modificación del Código Civil para el rebajamiento de la mayoría de edad legal de las mujeres, de los 25 a 21 años, consiguiendo que fuera equiparada a la de los hombres. También fue la redactora de la Ley de Reforma Política del año 1976.

—Sí, señor, grandes mujeres, valientes, inteligentes, visionarias y muy bien formadas —exclamé.

—Lo que no cabe duda —me comenta— es que la participación de estas mujeres tuvo una gran influencia en el Artículo 14 que dictamina la igualdad de todos los españoles ante la ley. Un artículo defendido decididamente, como te he comentado anteriormente, por la diputada de UCD, Teresa Revilla, que constituye todo un hito fundamental y decisivo para los derechos de la mujer en España.

A partir de este reconocimiento constitucional explícito se empezaron a corregir las desigualdades existentes en las leyes; además —y esto es muy importante— desde ese momento la mujer comenzó a tomar conciencia de todos sus derechos inalienables.

—Desde la perspectiva actual: ¿Crees que “durante el fragor de la batalla” se quedó algo importante en el tintero, que hoy se debería corregir?

—Sí. Estoy convencida de que en aquel momento ninguna de las diputadas de aquella histórica legislatura constituyente estuvo de acuerdo con la regulación del orden sucesorio de la Corona, establecido en el Título II de la Constitución, pues supone una flagrante discriminación por razón de sexo, que colisiona claramente con el artículo 14.

Al recordar el significado profundo que contenía este derecho constitucional fundamental de la igualdad ambos mantuvimos un largo silencio. Éramos plenamente conscientes de que no había sido nada fácil llegar a este punto de evolución legislativa. Y es que la Transición —modelo de concordia entre todos los españoles—, había heredado un contexto político y social en el que la mujer, tras perder algunos logros fundamentales conseguidos durante la II República como el derecho al voto o el divorcio, tuvo que volver a retomar su lucha en defensa de sus derechos inalienables.

Este nuevo contexto político propiciado por la Transición dio lugar a la segunda ola reivindicativa de los derechos de la mujer en España. Y lo hizo muy pronto —dieciséis días después de la muerte del general Franco—, con las I Jornadas Estatales por la Liberación de la Mujer, celebradas en Madrid durante los días 6, 7 y 8 de diciembre de 1975, un primer paso dado con fe por las mujeres españolas, el germen hacia el desarrollo de un amplio movimiento en defensa de todos sus derechos fundamentales.

— ¿En este sentido crees que el llamado *espíritu de la Transición* fue el adalid de la defensa de vuestros derechos como mujeres?

—Sí, lo creo firmemente. Lo que se viene considerando como “La segunda ola de reivindicación de los derechos fundamentales de la mujer”, que tuvo sus prolegómenos en la lucha contra la dictadura de lideresas femeninas procedentes básicamente de las aulas universitarias, los partidos de izquierdas y los sindicatos, fue apoyado sin reservas por este “espíritu de la Transición”. Desde diferentes sensibilidades ideológicas, innumerables mujeres, valientes, inteligentes y decididas pusieron las bases para que quedara reflejado en

nuestra “Ley de leyes” el sacrosanto y fundamental derecho de la igualdad.

Desde posiciones de poder e influencia yo destacaría a Carmen Díez de Rivera que, por su amistad con el rey don Juan Carlos, y desde su puesto como jefa del gabinete de Adolfo Suárez, ejerció una notable influencia en las decisiones políticas del más alto nivel durante la Transición, incluidas las referidas a la defensa de la mujer.

— ¡Qué interesante! No cabe duda de que el nivel de bienestar económico, social y de derechos y libertades es el resultado de un compromiso ineludible de irrepetibles mujeres y hombres que sacrificaron su vida -a veces llegando hasta el heroísmo- por su generación y por las venideras. De ahí, nuestra obligación de mirar de vez en cuando hacía el pasado —no para revisarlo, sino para aprender de él—, plataforma de nuestro presente y catapulta hacia el futuro.

Pero, retomemos, si te parece Carmen, el hilo conductor: tu actividad política y de activismo en favor de los derechos de las mujeres.

Me has comentado que con la disolución de UCD, un 18 de febrero de 1983 dejaste la militancia activa. Antes, Adolfo Suárez, líder carismático de este partido había fundado el Centro Democrático y Social (CDS), el 29 de julio de 1982, con personalidades procedentes de la UCD de la talla de Agustín Rodríguez Sahagún, Rafael Calvo Ortega, Manuel Jiménez de Parga, José Ramón Caso, Jesús María Viana, Joaquín Abril Martorell o Fernando Castedo.

— ¿Por qué no le seguiste? ¿Por qué no comenzaste a militar en su nueva formación política?

—Por fidelidad y compromiso con mi partido, la UCD. Yo sentía que no podía abandonar, así como así el barco, a pesar de que todos los vientos nos eran por entonces desfavorables. Siempre tuve, he tenido y tendré muy claro el principio de lealtad a mis profundas convicciones.

—Pero tú admirabas a Adolfo Suárez, era tu gran referente político.

—Lo admiraba y lo seguiré admirando siempre. Verás.

Cuando fue designado por S.M. el Rey don Juan Carlos como presidente del Gobierno, un 3 de julio de 1976 yo tenía 22 años. Al año siguiente me casé y realicé mi viaje de novios a París. Desde la capital francesa me vine a votar —con la misma ilusión de una chica con zapatos nuevos— a su partido, la UCD, en las históricas Elecciones Generales del 15 de junio de 1977, las primeras elecciones constituyentes. Yo, como tantos españoles, proyecté en él en ese momento mis ansias de libertad, mis deseos de que fuera posible una sociedad moderna, de vencer el miedo, de abrazar la concordia. Poco tiempo después me afilié a la UCD y, como te he comentado anteriormente, de la mano del diputado nacional Blas Camacho, llegué a ser la primera presidenta de las Juventudes de la UCD.

—María Ángeles López de Celis que trabajó en su Secretaría del Gobierno ha escrito que Adolfo Suárez fue, de algún modo, el padre de todos los españoles. ¿Compartes esta opinión?

—Sí, la comparto totalmente. Cuando en alguna ocasión mi abuelo me mandaba callar, yo me revelaba y le decía: ¡Abuelo, yo también puedo hablar!

Este ¡Yo también puedo hablar! era la afirmación de una joven comprometida con los tiempos de cambio que me tocó vivir.

Adolfo Suárez entró en nuestros hogares a través de la televisión como una bocanada de aire fresco, encarnando nuestras ansias de libertad. Su famoso mensaje televisado de *Puedo prometer y prometo*, fue para la mayoría de los españoles el mensaje de un hombre de Estado que quería a su pueblo, que estaba decidido a traer la democracia, que quería que todos fuéramos libres. En este sentido yo creo que Adolfo Suárez fue, como ha escrito María Ángeles López de Celis, un poco el padre de todos los españoles.

— ¿Tuviste ocasión de volverlo a ver, tras su marcha de UCD?

—Sí, cada vez que venía a Ciudad Real yo pasaba a saludarlo. Su radiante personalidad me desarmaba psicológicamente. Nada más verme se interesaba por mi vida. Me preguntaba cómo estaba, qué hacía, qué me preocupaba, cuáles eran mis proyectos de futuro. Luego me decía:

«Carmen, vente, que aquí, en el CDS, tienes también tu casa».

Yo le respondía que no podía romper mi compromiso con la UCD, mi familia política.

En fin, le sigo recordando con verdadero cariño y admiración. Sentí con mucho dolor su fallecimiento. Le velé en el Congreso de los Diputados y seguí su féretro hasta la catedral de Ávila para darle el último adiós. Sentí profundamente que no hubiera podido contemplar lúcidamente toda su obra política, esa que según él asombró al mundo.

Adolfo Suárez ha pasado a la historia como el presidente del Gobierno que, de común acuerdo con Su Majestad el Rey y la inmensa mayoría del pueblo español, hicieron posible nuestra Transición política, siguiendo los principios contenidos en la expresión acuñada por Torcuato Fernández-Miranda, *De la ley a la ley*.

Para mí, pues, Adolfo Suárez, fue el gran hombre de Estado que trabajó siempre con el ideal de hacer una España mejor y conseguir que la concordia fuera posible entre todos los españoles. Para mí, lo digo claramente, es y seguirá siendo, un ejemplo a seguir.

— ¡Ay, Carmen, que has conseguido emocionarme! Como dice una preciosa canción *«Algo se muere también en el alma cuando un amigo se va»*.

Adolfo Suárez fue, en cierto modo un padre y un amigo; un gran hombre de Estado que nos dejó un gran legado a todos los españoles: el de la concordia fue posible.

Pero, bueno, hay que seguir adelante, pues, como bien sabes, la vida sigue.

¿Qué siguió para ti, tras la disolución de tu querido partido, la UCD?

—Me afilié al PP en el X Congreso de mi partido celebrado en Sevilla en el año 1989 —el congreso de la refundación—, pero como bien sabes retomé mi actividad en la alta política en el año 2000 de la mano de José María Aznar y su esposa y buena amiga mía, Ana Botella. Ellos pensaron en mí para el puesto número 2 al Congreso por la provincia de Ciudad Real, al comprender que había que abrir el partido a la participación de las mujeres.

¡Y no se equivocaron! Ganamos por mayoría absoluta por primera vez en la provincia de Ciudad Real, comprobando con resultados palpables lo acertado de su decisión muy pronto.

Y es que, ese mismo año, en las Elecciones Generales celebradas el 12 de marzo del año 2000 conseguí ser la primera diputada electa del PP por la provincia de Ciudad Real.

¡Tuvieron que pasar nada menos que 23 años desde las primeras elecciones constituyentes para que una mujer fuera en una candidatura del PP por la provincia de Ciudad Real! Pero, en fin, esa era la realidad política y social de la España de ese momento.

Por cierto, estas elecciones fueron anticipadas tres semanas por el presidente Aznar, determinado a que el nuevo Gobierno se conformase antes de la Semana Santa. En estos comicios, que dieron lugar a la VII Legislatura, el Partido Popular consiguió la mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados, gracias al incremento de votos y el descenso del PSOE e Izquierda Unida.

—Fue, indudablemente, un auténtico varapalo para el PSOE, que ante esta derrota electoral propició la dimisión de su candidato, Joaquín Almunia.

—Se podría decir que fueron unos comicios históricos. Nuestro partido ganó al PSOE en muchas provincias incluida la mía, Ciudad Real.

—Entiendo que a partir de aquí tu vida cambió radicalmente.

—Pues sí. Han sido 20 años intensos de vida política, como diputada y senadora. Durante este tiempo también he estado 10 años como parlamentaria de la delegación española ante la Asamblea parlamentaria en el Consejo de Europa. En fin, creo que he trabajado mucho, siguiendo el constante dictado de mi corazón de servir a todos los españoles.

—Y siempre sin abandonar la arena política de tu circunscripción electoral: Ciudad Real.

—Pues sí. Creo que conozco todos los pueblos de Ciudad Real como la palma de mi mano. Con el fin de conocer a fondo su realidad, los he visitado en innumerables ocasiones, escuchando

con atención e interés las demandas de sus gentes; me he reunido con todos los miembros de mi partido (alcaldes, concejales, portavoces y afiliados); e, incluso, tras un viaje internacional muy fatigante, de muchas horas de vuelo, como parlamentaria o como presidenta de AFAMMER, he retomado inmediatamente el contacto directo con estos maravillosos pueblos y sus gentes, con motivo de algún evento insoslayable.

— ¿Y se puede saber de dónde sacas tantas fuerzas para mantener sin desfallecer esta continua e intensa actividad política de servicio público?

—Yo creo que en el aliciente del servicio a los demás. Te puedo asegurar que he sido inmensamente feliz trabajando para la sociedad española. Ha sido mi gran propósito de vida, que he podido llevar a cabo con una enorme ilusión y entusiasmo.

—Un aliciente de servicio a los demás que te ha hecho muy feliz, como me comentas, pero que también te ha propiciado ciertos reconocimientos importantes, como el Premio Nacional del Observatorio contra la violencia doméstica y de género del CGPJ en el año 2011; el reconocimiento de ABC, en el año 2015, de “Las 100 mujeres más influyentes de Latinoamérica”; la Medalla de Honor a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, en el año 2017; el Premio a la Solidaridad Civil del Consejo Económico y Social de la UE por la contribución de AFAMMER a paliar las consecuencias de la COVID en las personas más vulnerables del medio rural, especialmente los mayores; el Top 5 del Comité de Mujeres de distinción de la 62 Comisión Social y Jurídica de la Mujer (CSW) de Naciones Unidas; semifinalista Premio Mujer Europea del Año...En fin, un elenco de importantísimas distinciones y reconocimientos bien merecidos.

—¿Alguno más que a ti te gustaría destacar?

-Sí, me gustaría comentarte que, cuando finalizó mi vida parlamentaria en el Consejo de Europa, fui nombrada parlamentaria de honor y miembro permanente del Consejo de Europa, estatus que me da la potestad y el reconocimiento de ser parlamentaria de dicho consejo de forma vitalicia, pudiendo participar en dicha institución con voz, aunque sin voto.

—Como parlamentaria del Consejo de Europa: ¿Qué destacarías como logros personales, que avalan esta distinción?

—Como parlamentaria en el Consejo de Europa llegué a ocupar el cargo de vicepresidenta de la Comisión de Igualdad, Educación y Cultura; también presidenta de la Comisión de la Trata con Fines de Explotación Sexual. Formé parte de las parlamentarias de referencia de todos los países del Consejo de Europa para la redacción del convenio de Estambul, cuyo relator fue el portugués Mendes Bota.

Me siento orgullosa de haber sido parte de este convenio, pues es el primer tratado de ámbito internacional que obliga a todos los países que lo firman y ratifican, a poner en marcha medidas en contra de todos los tipos de violencia que sufren las mujeres por el mero hecho de ser mujer y que recoge recomendaciones desde el consenso y el acuerdo de los 46 países miembros.

Así mismo, también en el Consejo de Europa, redacté 6 informes que fueron aprobados por unanimidad:

- ✓ La libertad de los padres para elegir la educación de sus hijos
- ✓ La igualdad y la inclusión de las personas con discapacidad
- ✓ El deporte, un puente hacia la inclusión social
- ✓ La mujer rural en Europa
- ✓ La conciliación de la vida personal y profesional

✓ La corresponsabilidad

Pero mi actividad parlamentaria no se queda reducida al Consejo de Europa. He sido ponente en el Congreso de los Diputados de once leyes, de las que me siento muy orgullosa al haber sido aprobadas por unanimidad.

Entre ellas quiero destacar:

- ✓ El Estatuto de la víctima del delito
- ✓ Ley Orgánica de medidas contra la violencia de género
- ✓ Ley Reguladora de protección a las mujeres víctimas de violencia doméstica
- ✓ Ley de economía social
- ✓ La Ley de titularidad compartida en las explotaciones agrarias

—En fin, una dilatada actividad pública en servicio a los demás que, lógicamente, toda que te ha permitido codearte con grandes personalidades de la alta política mundial.

—Sí, por supuesto. Me he reunido con Eduardo de Frei, presidente de Chile; y en el año 1998 con todas las esposas de los presidentes de los gobiernos de Sudamérica de aquel momento. También con Hillary Clinton y Ángela Merkel. Lo he hecho también con los cuatro presidentes del Consejo de Europa que tuve el honor de conocer en los diez años de mi actividad parlamentaria. También con la señora Winnie Mandela, la segunda esposa de Nelson Mandela.

Este encuentro se produjo con motivo del IV Congreso Mundial de mujeres rurales en Durban (Sudáfrica). En esta lista incluyo también al presidente de Ruanda, Paul Kagame, que tuvo un importantísimo papel durante la campaña que puso fin al genocidio de Ruanda en 1994, así como en la Segunda Guerra del Congo.

Hoy todo el mundo valora su trabajo en favor de la seguridad, el desarrollo, la inversión y los bajos niveles de corrupción.

Me he reunido también con el expresidente de Níger, el Sr. Mahamadou Issoufou y con Maryam Rajavi, presidenta del Consejo Nacional de la Resistencia iraní. Y, hace unos días con Ernesto Samper Pizano, de la República de Colombia y Otor Ramón, vicepresidente de Ecuador.

En fin, mi larga trayectoria me ha permitido conocer a grandes personalidades —hombres y mujeres— de la política internacional de la talla del vicepresidente de la Comisión de la Unión Europea, Antonio Tajani o Úrsula von Der Leyen, actualmente presidenta de la Comisión de la Unión Europea. Y por supuesto, con algunos presidentes del gobierno de España como Adolfo Suárez, José María Aznar y Mariano Rajoy.

He tenido el honor y el privilegio de conocer y conversar con la reina emérita, S.M. Doña Sofía y la infanta Doña Elena, presidenta de Honor de AFAMMER, con motivo de determinadas recepciones en las que he tenido que participar. También a Sus Majestades los Reyes de España, Don Felipe y Doña Letizia.

También quiero destacarte que, durante mi larga trayectoria de actividad pública he recorrido más de 125 países del mundo, reuniéndome con las altas autoridades de dichos países siempre con el fin de promover los derechos de igualdad de todas las mujeres.

—¿Y qué has aprendido de todos estos gigantes de la política y de la actividad pública?

—A Hillary Clinton la percibí como una mujer luchadora y ambiciosa, capaz de superar todas las dificultades que se encontró en su vida. De Ángela Merkel la serenidad. Recuerdo

que me hablaba con mucho sosiego y solidez emocional y valores. De Winnie Mandela el orgullo de haber podido conocer y convivir con uno de los hombres más significativos del siglo XX: su marido, Nelson Mandela, el cirujano que fue capaz de curar las graves heridas del pueblo sudafricano.

En fin, estas grandes personalidades, protagonista de la historia de sus países te transmiten con convicción y entusiasmo lo que hacen y por lo que viven.

— ¿Y de las mujeres rurales de AFAMMER?

—A escuchar. Todas ellas me han enseñado a escuchar, a tener paciencia y a comprender que todo es posible con fe. Siento que he contraído con todas ellas una deuda de eterna gratitud por haberme ayudado a elevar a nuestra querida organización AFAMMER a la cúspide de la comunidad internacional; a conseguir ser un referente en el mundo, rompiendo la invisibilidad y la estigmatización de las mujeres rurales de España.

—Para ir concluyendo, me gustaría preguntarte si tú crees que existió el llamado *espíritu de la Transición*.

—De ello estoy absolutamente segura. El llamado *espíritu de la Transición* fue capaz de superar las mayores divergencias, así como los más grandes obstáculos, haciendo posible la reconciliación nacional y la concordia entre todos los españoles.

— Y, a tu juicio, ¿Qué queda de él hoy en día?

— Quiero pensar que sigue existiendo el espíritu de concordia entre todos los españoles, por encima de ideologías; sin embargo, muy a mi pesar, constatamos que hoy en día nos atenazan desde diferentes frentes los discursos populistas y radicales, y, como bien sabemos, nunca desde la radicalidad se

construye un futuro próspero. De aquí mi ferviente deseo de seguir avivando el espíritu de la convivencia y la concordia entre todos los españoles.

— ¿Y cómo crees que ven los españoles la situación social y política actual?

—Estoy completamente convencida de que la inmensa mayoría de los españoles rechazan todos los ruidos estridentes e inútiles, vengan de donde vengan; que siguen deseando vivir por encima de todo en democracia y libertad; también que consideran vigente y de plena actualidad los principios de derechos y libertades fundamentales recogidos hace casi medio siglo en nuestro texto constitucional, en el que se estableció que:

«España se constituye en un Estado Social y Democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político».

Unos principios, por cierto, que han estado y seguirán estando siempre presentes en el alma humana de todos los pueblos y naciones.

— ¿Y cómo crees que hay que avivar este anhelo de libertad, igualdad y fraternidad, inscrito eternamente en el alma humana?

—Trabajando y haciendo pedagogía continuamente. Yo sigo y seguiré trabajando en primera línea, luchando por la igualdad real de las mujeres rurales.

— ¿Y qué mensaje les trasladarías a las nuevas generaciones?

—A las nuevas generaciones les suelo decir que el camino recorrido para la conquista de nuestros derechos fundamentales no ha sido precisamente un camino de rosas; que ha habido que superar muchos obstáculos; que, como don Quijote de la

Mancha, hemos tenido que enfrentarnos a gigantes con brazos de más de dos leguas de largos, en fiera y desigual batalla; que los grandes avances políticos, económicos, sociales y de igualdad y de cualquier otro tipo no han llegado por casualidad, sino como fruto maduro de un árbol cultivado tantas veces a base de sangre, sudor y lágrimas; pero que, a pesar de todo, ha merecido la pena.

Es verdad que todavía queda mucho por hacer al respecto en España y en el mundo. De ahí la imperiosa necesidad de seguir trabajando sin desfallecer, dando siempre un primer paso con fe, con la absoluta confianza de que el eterno deseo grabado en el alma humana de libertad, igualdad, justicia y fraternidad lo seguirá estando ante cualquier desafío.

LIBERTAD SIN IRA

Antonio Ángel Ligeró Álvarez

Don Quijote de la Mancha afirmó que, *«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida»*; y, Adolfo Suárez, primer presidente del Gobierno de España tras la dictadura, sentenció que, *«Hay algo que ni siquiera Dios pudo negar a los hombres: la libertad»*.

Y es que la libertad que, etimológicamente deriva del latín “libertas” y “libertatis” (“El que jurídica y políticamente es libre”), hoy considerada como uno de los valores superiores de nuestro ordenamiento jurídico y consagrada en la Declaración de los Derechos Humanos, está reñida con la coacción y la opresión por parte de otros.

De manera generalizada existe un amplio consenso en que nuestra Transición de la dictadura a la democracia se realizó de manera modélica, dando como resultado un Estado Social y Democrático de Derecho homologable a cualquier otro Estado de la Unión Europea.

En líneas generales, se considera que la Transición política española fue una operación de éxito: *«De la Ley a la Ley, a través de la Ley»* en expresión de Torcuato Fernández-Miranda, uno de los actores principales de este complejo proceso de

desmantelamiento del régimen anterior. Una Transición que propició cambios de gran envergadura, que dieron como resultado grandes conquistas políticas, económicas y sociales.

Sí, ciertamente, la Transición política española fue, con avances y retrocesos, dudas y reticencias, quebrantos y sustos, luces y sombras, con dificultades de todo orden y con el espíritu del “caminante no hay camino, se hace camino al andar”, del poeta Antonio Machado, una operación quirúrgica de carácter político admirable o, si se prefiere, con palabras del eminente jurista, Francisco Tomás y Valiente, coreando aquello de Libertad:

«Un proceso único e irrepetible. Una sinfonía coral sin partitura, que se interpretó en un concierto sin espectadores, porque nadie se quedó fuera del escenario, sino que cada cual, o tocaba un instrumento o coreaba aquello de Libertad».

Sí, efectivamente, la Transición se fue desarrollando sin un claro sendero que recorrer, coreando aquello de Libertad; pero ¡Atención! Porque como cantó el grupo musical folklórico Jarcha:

«No hay libertad sin cadenas. Puede que la tenga Dios. Puedes tú mismo tenerla. Puede tenerla el tirano. Da lo mismo. A fin de cuentas, es la libertad rodeo, que va dando la cadena».

Recordemos que el general Franco falleció el 20 de noviembre de 1975 y con él un régimen dictatorial de casi 40 años. Es verdad que las llamadas “Leyes Fundamentales” e instituciones como el Consejo Nacional del Movimiento o el Consejo del Reino no desaparecieron hasta el año siguiente tras la entrada en vigor de la Constitución, pero, con la supresión del Tribunal de Orden Público, la legalización de los partidos y los sindicatos, las elecciones libres y la ley de amnistía, se dio por concluido este régimen.

El anuncio de la legalización del Partido Comunista de España (PCE), un 9 de abril de 1977, la celebración el 15 de junio de ese mismo año de las primeras elecciones democráticas tras la dictadura, la aprobación el 6 de diciembre de 1978 de la Constitución Española y la llegada al poder, un 28 de octubre de 1982 del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) son algunos de los hitos más relevantes del fin de un sistema político no democrático asentado sobre tres pilares: el Ejército, la Iglesia y el partido único.

Así que, el paso de la dictadura a la democracia, conocido como “La Transición política española”, quedaría ligada instintiva y definitivamente a la libertad.

¡Libertad! ¡Sí, libertad! ¡Qué gran palabra! Una grandiosa palabra de profundos significados: de dejar atrás lo viejo para abrazar lo nuevo; impulsora de un nuevo estado de conciencia social de superación de “las dos Españas”; descriptiva de un tiempo convulso y apasionante en la que un joven y prometedor grupo folklórico llamado *Jarcha* circulaba esperanzado por carreteras estrechas de una sola dirección, en las que había que ir sorteando los baches de aquella Andalucía de los años 70; una Andalucía en la que, como dice la introducción al documental *Generación Jarcha* dirigido por Inés Romero y Pablo Coca, las madres se empeñaban en que sus hijos estudiaran para que no fueran emigrantes.

Una Andalucía donde los más viejos del lugar recordaban que en este país hubo una guerra y que había “dos Españas” que guardaban aún el rencor de viejas deudas; y también que se necesitaba palo largo y mano dura para evitar lo peor; una Andalucía que iba saliendo poco a poco de un largo letargo político y social, abierta al cambio, donde la gente comenzaba a fijar su mirada —sin miedo— en lejanos horizontes donde se

podían respirar aires de libertad sin ira; gente, por cierto, que sólo deseaba su pan, su familia y la fiesta en paz.

Hablar de *Jarcha* —un grupo musical onubense creado en el año 1972 por Maribel Martín, Lola Bon, Antonio Ángel Ligeró, Ángel Corpa, Crisanto Martín, Gabriel Travé y Rafael Castizo— es hablar también del llamado espíritu de la Transición, pues Jarcha —a juicio de muchos— es el grupo musical español que, por antonomasia, representa este espíritu de la Transición, de la Concordia y la Reconciliación.

Un año después, con su primer disco *Nuestra Andalucía* —toda una declaración de intenciones, por cierto— echaba a volar un nombre musical que, sin pretenderlo, marcaría a toda una “generación de pantalones estrechos y anchos deseos”. Andalucía como su fuente y su motivo, y en su voz la memoria de siglos de silencio, utilizando la música para quitarle el freno a los sueños, dentro de un contexto histórico de un país que se abría a la democracia.

En 1976 llega el emblemático tema *Libertad sin ira*. Con este trabajo musical la proyección de *Jarcha* se abre a toda España, a Europa y a la mayoría de los países latinoamericanos.

Desde aquellos inolvidables años, por Jarcha han pasado varias formaciones y una veintena de cantantes, sin perder nunca su esencia; esa que le llevó a rescatar el folklore, a poner en la paleta de voces la Andalucía menos tópica y a interpretar musicalmente a poetas de la talla de Salvador Tábora, Miguel Hernández, Bertol Brech, Alberti, Blas de Otero, Pedro Rivera, Federico García Lorca, Nicolás Guillén, Juan Antonio Guzmán o Eduardo Álvarez Heyer.

—Yo, a Jarcha, lo definiría como Andalucía —ha comentado Jesús Bola, director musical de Jarcha. Para mí representa Andalucía por los cuatro costados.

—Lo importante en la música o en el arte en general —apostilla Rafael Castizo (bajo)—, es ser capaz de comunicar ideas y sentimientos, moviendo la fibra sensible. En este sentido, *Jarcha* podría cantar cualquier texto que sea bello, que hable de los sentimientos humanos y sus relaciones entre ellos.

Jarcha, sin ninguna duda, fue un hijo querido de su tiempo, que fue capaz de mover la fibra sensible de un país que deseaba dejar atrás un pasado de desencuentros y profundas heridas. Una España determinada a «*Elevar a categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal*», en expresión de Adolfo Suárez.

Y es que, como apunta Maribel Martín (Triple primera), la generación Jarcha era gente luchadora, con ilusiones muy potentes, grandes inquietudes y muchas ganas de cambiar las cosas.

Sí, así fue. La llamada «Generación del Consenso» era como Jarcha: luchadora, ilusionada, con grandes inquietudes y enormes ganas de cambiar las cosas.

De ahí que, como nos aclara Juan José Oña (Tenor), por aquellos tiempos de aires de cambio, había mucha otra gente con su mirada puesta en los innumerables problemas que tenía la sociedad; unos problemas que, con la perspectiva que nos da el tiempo, hoy sabemos que eran de gran calado.

En efecto, la Transición política española tuvo que vérselas esencialmente con tres problemas de gran calado.

El primero de ellos relacionado con las “cosas de comer”, es decir, con la economía. Así que, tras las elecciones generales del 15 de junio de 1977, tuvieron que adoptarse medidas drásticas fijadas en los llamados “Pactos de la Moncloa”, mediante un amplio acuerdo entre las fuerzas políticas con representación parlamentaria, a fin de conseguir el control de la balanza de pagos y los desequilibrios internos de la economía, con políticas monetarias, presupuestaria y de precios y salarios.

El segundo, el de los nacionalismos periféricos que condicionó a la UCD a generalizar el proceso autonómico al conjunto de España.

Y, el tercero, con el terrorismo que, incomprensiblemente, siguió creciendo, a pesar del proceso de cambio que dio lugar al establecimiento de un régimen democrático en España, permitiendo canalizar casi todas las demandas colectivas, regular pacíficamente los eventuales conflictos de intereses y proteger los derechos de las minorías.

Jarcha era un cúmulo de reivindicaciones —según Pepe Roca (cantante). Su propio nombre, Jarcha (canción tradicional en mozárabe o en árabe coloquial con que cerraban las moaxajas los poetas andalusíes árabes o hebreos) representaba esta actitud. Pero, al mismo tiempo, Jarcha era música y folklore. Y para Toñy García (Tiple segunda) a Jarcha le seguía un público reivindicativo que luchaba por las libertades.

Conforme. Pero ¿Ahora, ¿dónde está este público reivindicativo, ilusionado, inquieto y con tantas ganas de cambiar las cosas? ¡Sí, dónde está! Esta es la cuestión.

Antonio Ángel Ligero (Tenor) se ha hecho también esta misma pregunta. Antes de responder nos canturrea las dos famosas estrofas de la emblemática canción *Libertad sin ira*, para

recordarnos de dónde venimos; unas estrofas inolvidables, grabadas a fuego dentro del imaginario colectivo de una generación de españoles que vivió uno de los periodos más convulsos y apasionantes de la Historia de España.

«Dicen los viejos que este país necesita, palo largo y mano dura para evitar lo peor, pero yo sólo he visto gente que sufre y calla, dolor y miedo. Gente que solo desea su pan, su hembra y la fiesta en paz».

Al finalizar este cántico se pregunta:

—Sí... ¿dónde estáis?

Luego, a modo de reflexión, comenta:

«Porque, por entonces, todos pensábamos de similar manera y queríamos lo mismo, pero ahora parecéis acomodados en la casita en la playa, al mejor coche y a viajes inolvidables».

—Sí, ¿dónde estáis? —me pregunto yo también.

A continuación, viene a mi memoria lo de «¡Vamos a poner a España que no la va a conocer ni la madre que la parió!»

¿Una declaración de intenciones? ¿Una profecía auto cumplida?

De este modo lo pensó, lo dijo y lo profetizó Alfonso Guerra el 28 de octubre de 1982, tras conocerse los asombrosos resultados —más de 10 millones de votos— que obtuvo el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en esas elecciones generales. Un hito que, para algunos estudiosos, representa el fin del periodo de la Transición política española.

No cabe duda de que hoy España ya no es la misma que la de la generación de Jarcha. La Transición puso la primera piedra para un nuevo edificio político y social que promovió con determinación la consolidación del Estado de bienestar. Sus

logros más señeros —en cumplimiento del precepto constitucional del Estado Social y Democrático de Derecho en el que se constituyó el Estado Español— han sido la universalización de la atención sanitaria, garantizar el sistema de pensiones, el aumento de la edad de la enseñanza obligatoria, el crecimiento económico y la ayuda a los desempleados y a los más desfavorecidos.

Evidentemente, todo no ha sido de color de rosa, pero el balance final—y en esto existe un amplio consenso— ha sido francamente positivo.

Se afirma también de una forma generalizada que una de las claves principales de estos importantes logros la podemos hallar en una sociedad civil dinámica y reivindicativa de los últimos años del franquismo y los primeros de la Transición, impulsora de estos cambios políticos y sociales.

Una sociedad civil que fue capaz de modelar el discurso político, lo que posibilitó el retorno de la democracia y el Estado de bienestar, de forma ordenada y por la vía reformista. Una sociedad civil que, aunque ahora nos parezca adormecida por los cantos de sirenas del placentero estado del bienestar, aún sigue viva esperando —según Antonio Ángel Liger—, que se den las circunstancias adecuadas para saltar a la palestra.

La famosa expresión «*Yo soy yo y mis circunstancias*», del filósofo español José Ortega y Gasset, que explica acertadamente que “mi yo” no puede separarse del medio en el que vivo es, como la Ley de la gravitación universal —aplicable en todas las circunstancias—, de aplicación también al modo de ser y estar en el mundo de Jarcha.

Es verdad que, como ha comentado el conquense Ángel Corpa (Tenor), Jarcha nunca ha tenido un posicionamiento político

concreto, si bien, desde sus orígenes ha estado vinculado a un pensamiento, una forma de vivir o ver las cosas del lado de la izquierda. Es que las inclinaciones —reflexiono yo para mis adentros— tienen que ver con las circunstancias o el terreno donde se asientan las estructuras que hacen, por ejemplo, que la torre de Pisa haya quedado inclinada hacia un lado por estar asentada sobre un suelo blando que no ha podido soportar el peso de su estructura.

—En el entorno en el que yo viví había muchos marineros, gente que se dedicaba al mar. —confiesa Maribel Martín. Afortunadamente, en mi casa no había necesidades. Las necesidades que yo tenía eran las que yo misma me creaba por mis inquietudes y por mi rebeldía contra aquella disciplina tan autoritaria de mi padre. Mi madre, sin embargo, era todo lo contrario. Era una mujer abierta. De ideas políticas claramente de izquierdas. Aunque ella era muy pequeña en la época de la República, tenía sentimientos claramente republicanos. Sus recuerdos de aquella época, que compartía a menudo conmigo, quedaron impregnados en mi cabeza y en mi corazón.

—Mi padre era un trabajador del campo. No había muchos recursos económicos —comenta Rafael Castizo (Bajo). Mi casa era pobre con el retrete fuera, como decía Gloria Fuertes, así que había que buscar las habichuelas. Yo me fui a estudiar a Sevilla; de Sevilla pasé a Huelva y, aquí, a través del deporte y la música, entré en contacto con los inicios del grupo Jarcha.

—De mi infancia y adolescencia en Puertollano (Ciudad Real) sólo tengo recuerdos excelentes y de buenos amigos— explica Juan José Oña (Tenor). Como casi todos los pueblos mineros e industriales era una zona bastante convulsa, con muchas inquietudes, donde el movimiento obrero tenía bastante fuerza. Hay que recordar que ya en el 62 se produce una huelga general.

Pues bien, de Puertollano me mudé a Huelva donde puse en marcha un grupo de teatro, al que se incorporó Ángel Corpa que, a su vez, estaba inmerso en la creación de un grupo de música folk en el colegio menor.

Aunque deseo conocer ansiosamente —como quienes seguramente estáis leyendo ahora esta especie de hagiografía sobre Jarcha— la parte final del relato que condujo a la formación del emblemático grupo musical folk español, no puedo por menos de hacer un alto en el camino para hacer referencia a la importancia del movimiento obrero dentro del franquismo a partir de los años 60.

Recordemos que el franquismo suprimió la libertad sindical. En su lugar creó la Central Nacional Sindicalista (CNS), más conocida como “Sindicato Vertical”.

En teoría el “Sindicato Vertical” era una agrupación para la defensa de los derechos de los trabajadores; sin embargo, en la práctica, estaba sometida a la jerarquía de las autoridades gubernativas, que lógicamente tenían siempre la última palabra. Por este motivo, no nos debe resultar extraño que, pese a los peligros que conllevaban las protestas, manifestaciones e, incluso, huelgas de los obreros para mejorar su situación, estas se produjeran. Es que, como bien dice el dicho popular, “no se pueden poner puertas al campo”.

Un claro ejemplo de este espíritu reivindicativo de carácter laboral fue *La huelga minera de Asturias de 1962* —también conocida como “La huelga” o “La huelga del silencio” —, a la que se ha referido Juan José Oña.

Fue una huelga obrera que tuvo lugar en la primavera de 1962, terminando dos meses después de haber comenzado, con

numerosos mineros deportados, una dura represión y algunas reivindicaciones.

Y, ahora, reemprendiendo el camino trazado del relato de la creación de Jarcha, Rafael Castizo, nos explica que:

«Hubo un contacto con un primer grupo que no cuajó. Sin embargo, el inicio de Jarcha sería con un segundo grupo, más sólido y ensayado, en casa de Juan Manuel Seguro. Es que, al parecer, por encima de aquellas jóvenes cabezas musicales revoloteaban las canciones de un grupo de referencia de aquella época, llamado “Nuestro pequeño mundo”».

Se trataba de un grupo de folk con formación de voces mixtas y una visión muy amplia que abarcaba también el norteamericano. Por lo tanto, con estos mimbres comenzaron a verse los fines de semana, ensayando en el colegio menor donde Ángel Corpa trabajaba como educador. Al acabar el curso, sin sitio donde ensayar, se vieron obligados a hacerlo en los pinos de Aljaraque o a la playa de Mazagón en un sitio tranquilito que les permitía ensayar.

“El bautismo” a la vida musical de Jarcha se produciría tras ganar un concurso nacional organizado por La Cope y la compañía discográfica Zafiro; un acontecimiento que les arrastraría hasta donde finalmente terminaron llegando: una vida musical plagada de éxitos y reconocimientos.

Evidentemente, llegar hasta donde llegó Jarcha, no fue fácil. Es verdad que, como ha comentado el historiador de la Universidad de Sevilla, Alberto Carrillo, Jarcha contactó muy bien con la gente de aquella época por diversas razones, como: tocar temas que fueron claves en la Historia de España y la Transición; también de carácter social, del campo, cuestiones vinculadas con la reforma agraria, con los problemas identitarios, con la

libertad o con el pasado, pero, al mismo tiempo, tuvo que vérselas —como la mayoría de los grupos de entonces— con la dichosa censura.

— ¿Te acuerdas, Juanjo —recuerda con nostalgia un compañero del grupo— cuando estuvimos en tu pueblo de Puertollano que nos prohibió el gobernador la canción *Nuestra Andalucía* y tuvimos que cantarla sin letra, tarareándola con la, la, la, la, la...?

¡Ay, la censura! ¡La tan denostada censura! ¡Con la censura hemos topado!, hubiera dicho hoy don Quijote de la Mancha. Una censura instaurada de forma provisional durante la Guerra Civil por el bando nacional, y aplicada de manera inexorable durante 40 años a todos los ámbitos de la cultura y a los medios de comunicación.

Afortunadamente, el punto de inflexión para este sistema de censura vino tras la aprobación de la famosa *Ley de Prensa e Imprenta de 1966*, un soplo de aire fresco para la libertad.

Ciertamente, esta ley, popularmente conocida como “Ley Fraga”, que proclamaba que «*La libertad de expresión y el derecho a la difusión de información, reconocidas en el artículo primero, no tendrán más limitaciones que las impuestas por las leyes*», se convirtió en una de las medidas más relevantes en relación con la liberación del país resultando, a la postre, especialmente eficaz para acelerar la descomposición del régimen franquista.

—Nuestros conciertos estaban petados de gente —recuerda Ángel Corpa. Gente que coincidía con nosotros en las aspiraciones de tener un país democrático, donde las libertades estuviesen presentes. En torno a Jarcha se generó una corriente de hermandad muy grande, debido a que fuimos capaces de

canalizar sentimientos muy profundos de libertad. En fin, Jarcha hizo lo que hizo porque nació en un momento determinado, y porque cantamos una serie de cosas concretas.

Unas cosas concretas que, como comenta Rafael Castizo, no sólo consistía en temas reivindicativos relacionadas con las restricciones de la libertad impuestas por aquel Régimen, sino también en aventar injusticias y demandas que nosotros mismos veíamos a nuestro alrededor. Además—añade— hemos trabajado por difundir una imagen distinta de lo que es ser andaluz, con todo lo que esto conlleva: su forma de ser, su identidad o su lengua.

Un eminente ejemplo de esta línea de trabajo musical de Jarcha centrada en poner a Andalucía en el lugar que le corresponde en el mundo, fuera de los estereotipos tan manidos, es el emblemático *Andaluces de Jaén*. Un tema grabado a fuego ya en el imaginario colectivo y, por cierto, himno oficial de la provincia de Jaén, que nos lleva, como si de un resorte se tratara, a cantar a capela, mental o verbalmente, en público o en privado, la primera estrofa del poema de Miguel Hernández

«Aceituneros: Andaluces de Jaén, aceituneros altivos, decidme en el alma: ¿quién, ¿quién levantó los olivos?».

—El primer concierto que dimos en Jaén —recuerda Juan José Oña— fue en un parque en el que había unas 4000 personas. De repente, alguien se subió con una bandera andaluza, poniéndose a ondearla en el escenario. Y, yo, que era el que estaba más cerca del escenario, escucho: ¡Hay que echarlo! ¡échenlo, échenlo! A lo que yo respondí: Oiga, miré usted, a mí no me estorba este señor. Así que, pase y ¡Échele usted!, si así lo desea.

¡Uff! Fue tal la repercusión que tuvo este tema en ese momento que, al finalizar el concierto el público nos pidió que cantáramos

de nuevo *Andaluces de Jaén*. Yo, desde el escenario veía que la gente se había subido de pie en las sillas, con periódicos ardiendo. Desde allí lo que se contemplaba era como una gran antorcha que nos impidió —porque no nos salía la voz por la fuerte emoción— cantar *Andalucía, levántate, brava*.

Cinco meses después de que los diarios Avui y El País salieran a la calle, Diario 16 — un periódico de información general— apoya su lanzamiento con una canción que haría furor inmediatamente. ¿Cuál? Pues nada menos que *Libertad sin ira*.

—Paradójicamente *Libertad sin ira* llegó de la mano del músico y compositor Pablo Herrero Ibart —nos aclara Ángel Corpa. Simplemente nos visita un día en Huelva y nos plantea cantar esta canción. Una canción creada para vertebrar la campaña de lanzamiento del Diario 16. Así que, se podría decir que *Libertad sin ira* fue un producto de Cambio 16.

—En principio —aclara Antonio Ángel Ligerio— no estábamos muy de acuerdo en cantarla porque... ¡Claro!, eso de anunciar un producto publicitario no iba con nuestro estilo. Luego, tras algunas reflexiones llegamos a la conclusión de que no se trataba de un jabón sino de un periódico, es decir, un vehículo de la cultura. Por lo tanto, decidimos tirar hacia adelante con este nuevo proyecto.

—Pero fue un publicista, Rafael Baladés, —explica Inés Romero (Tiple segunda)—quien escribió este tema, tratando de plasmar la razón de ser de este periódico. La música fue compuesta por Pablo Herrero, un gran músico y compositor con ya importantes éxitos interpretados por Nino Bravo o Rocío Jurado.

—Yo recuerdo que, antes de grabar este tema, circulando por las calles de Madrid —recuerda Ángel Corpa— contemplamos

muchas vallas publicitarias con el slogan de *Libertad sin ira* e, intrigados, porque no sabíamos de qué iba todo aquel montaje publicitario, nos preguntábamos: Oye... ¿Y esto? ¿De qué va?

—Cuando lanzamos *Diario 16* nos prohibieron emitir *Libertad sin ira* en las radios del país —explica Juan Tomás de Salas, editor de la revista. Es que, por entonces, las reglas seguían funcionando. Seguían las reglas y seguían las gentes. Creo que en lugar de ir de puntillas lo hicimos deprisa, con pasos de gigante.

Unos pasos de gigante dentro de un terreno desconocido y lleno de peligros. Es que debemos reconocer que, aunque en el imaginario colectivo, configurado a partir de la mayoría de los discursos políticos, mediáticos y académicos, la Transición española ha quedado fijada como “inmaculada”, es decir, como un proceso negociado, reformista y pacífico que consiguió poner fin a décadas de enfrentamientos sangrientos entre grupos políticos y sociales opuestos, logrando reconciliar a las “dos Españas”, —esas a las que, por cierto, se refieren los viejos de *Libertad sin ira*, de Jarcha— los reformistas que la lideraron, así como el conjunto del país, tuvieron que enfrentarse a serios obstáculos en el camino de España hacia la democratización.

Ciertamente, como afirma Juan Tomás de Salas, seguían las reglas y seguían las gentes. Y esto fue así porque, una de las características principales de la Transición política española fue la de la continuidad del Estado: «*De la Ley a la Ley, a través de la Ley*», en expresión de Torcuato Fernández-Miranda. Una especificidad que propició el que, aunque el marco institucional y normativo iba cambiando radicalmente, paradójicamente tenía que convivir con una fuerte continuidad funcional y orgánica entre el Estado franquista y el Estado de la nueva democracia.

Y en este contexto político y social —cuasi esquizofrénico—, surge, como soplo de aire fresco o agua de mayo, *Libertad sin ira*. Un tema sumamente pegadizo, compuesto por Pablo Herrero y José Luis Armenteros, con letra de Rafael Baladés, interpretado por el grupo onubense, Jarcha, en 1976; una canción para la Transición; un foro privilegiado para la argumentación política.

Por cierto, que, el 9 de octubre de 1976, pocos días después de su lanzamiento, el director general de Radiodifusión y Televisión, dependiente del Ministerio de Información y Turismo, catalogaba esta canción como “no radiable”. Afortunadamente, una semana después, concretamente, el 18 de octubre, desde la misma instancia ministerial —y también desde Televisión Española (TVE)— se informó que se trataba de un “error administrativo”.

El tsunami musical y mediático que sobrevino a continuación es de sobra conocido. La canción alcanzó una aceptación increíble en torno al referéndum sobre el *Proyecto de Ley para la Reforma Política*, celebrado el 15 de diciembre de 1976; y, luego, también durante los días previos a las elecciones generales de 1977, celebradas el inolvidable miércoles 15 de junio, para elegir a los miembros que iban a constituir las Cortes Generales: El Congreso de los Diputados y el Senado. Unos comicios considerados históricos, al tratarse de las primeras elecciones libres que se celebraban en España desde los tiempos de la Segunda República.

El éxito rotundo de este tema traspasó también nuestras fronteras. *Libertad sin ira* consiguió alcanzar el nº 1 en Holanda; y, durante mucho tiempo, fue difundido masivamente en las listas de Grecia, Alemania, Francia y, por supuesto, en Sudamérica. Aquí, en nuestras hermanadas tierras

sudamericanas, *Libertad sin ira* fue mucho más que una canción de enorme éxito. Constituyó —y sigue constituyendo— un icono, un emblema para el noble propósito de la liberación de los pueblos.

En fin, *Libertad sin ira* es, por derecho propio, el himno de la Transición. La conocida y evocadora afirmación del filósofo, ensayista, poeta y novelista español, Jorge Ruiz de Santayana, de que «*Quien olvida su historia está condenado a repetirla*» entronca con la convicción de que *Libertad sin ira* llegó a ser el mensaje esencial que necesitaba la Transición.

Un mensaje profundo de esperanza y reconciliación nacional; de mirar hacia el pasado a los solos efectos de poder comprenderlo; de mirar hacia el futuro para construir un país mejor y más próspero. Una visión que, a mi juicio, que entronca con la sentencia del filósofo y teólogo danés, Soren Kierkegaard de que:

«La vida sólo puede ser entendida mirando hacia el pasado, pero sólo puede ser vivida mirando hacia el futuro».

Y, ahora, siguiendo este profundo pensamiento filosófico de Kierkegaard por el que la vida sólo se puede ser entendida mirando hacia el pasado, pero vivida —plenamente— mirando hacia el futuro, les propongo, amigos lectores, que se hagan esta sencilla pregunta:

¿Qué sentimientos, emociones y recuerdos nos trae hoy *Libertad sin ira*, el considerado himno de la Transición, una etapa trascendental, única e irrepetible de la Historia de España?

Los recuerdos de Jarcha los guardo —nos confiesa Antonio Ángel Ligero, uno de los fundadores del grupo Jarcha— bajo sábanas blancas de hilo, igual que se guardan los muebles de la casa de nuestros abuelos en el pueblo.

Aprendí que mi amigo podía pensar de forma distinta a mí, y no por eso iba a dejar de serlo. Aprendí que tenía que buscar la belleza, la armonía y la elegancia, y aplicarlas en “mi yo diario” y cotidiano.

Que la honestidad debía ser el pan mío de cada día. Que la cultura, la educación y la formación eran las únicas armas con que contábamos para hacer que la sociedad y el mundo mejorasen.

Y hoy sigo luchando por todo aquello en lo que creía y sigo creyendo. Mi gran lema de vida sigue siendo: la tolerancia, el deseo de aprender y la música.

¡Bien dicho! En realidad, como afirmó el abogado, político, activista, pacifista, y líder del Movimiento de Liberación de la India, Gandhi, practicante de la desobediencia civil no violenta:

«La satisfacción radica en el esfuerzo, no en el logro, pues el esfuerzo total es la victoria total».

DESDE ZARAGOZA CON ESPÍRITU DE ESTADO

Modesto Lobón Sobrino

En este nuevo capítulo de *El espíritu de la Transición*, me acompaña Modesto Lobón Sobrino (Zaragoza, 5 de febrero de 1948), escritor y político aragonés, uno de los protagonistas del pacto de gobernabilidad de Aragón entre el PP y el PAR en 2011. Fue consejero de Innovación y Nuevas Tecnologías del Gobierno de Aragón entre 2011 y 2012, y consejero de Agricultura, Ganadería y Medio Ambiente hasta 2015.

Nuestro primer contacto fue a través de Internet. En un tiempo en que lo digital se ha convertido en el escenario habitual de nuestras relaciones, conocerse por internet es, hoy en día, lo normal. La comunicación en línea forma parte de nuestra vida cotidiana, un reflejo de cómo la tecnología ha transformado nuestra manera de interactuar y construir vínculos en medio de un contexto social marcado por la polarización, la desconfianza y, al mismo tiempo, por la búsqueda de nuevos espacios de encuentro y comunidad.

Concretamente, Modesto Lobón Sobrino me escribió por LinkedIn para compartirme su obra *Atman*, un texto altamente recomendable, especialmente en nuestro contexto actual que explora el diálogo entre las cosmovisiones orientales y occidentales, mostrando cómo pueden enriquecerse mutuamente y proponiendo vías hacia una comprensión más profunda entre culturas.

Al principio me sorprendió que un político de la época de la Transición quisiera enviarme sin conocerme un trabajo de carácter filosófico y espiritual. Hoy, tras varias conversaciones telefónicas y reflexiones compartidas, entiendo que su mirada amplia, humanista y espiritual encaja perfectamente con sus primeros pasos en política, vinculados a la Democracia Cristiana Aragonesa.

Pues bien, en un tiempo marcado por la fragmentación política, la crisis de confianza en las instituciones y una sociedad cada vez más polarizada y vulnerable a la desinformación, resulta especialmente valioso dialogar con figuras como Modesto Lobón Sobrino. Procedente de la tradición democrática cristiana aragonesa, su visión política y humanista permite tender puentes entre aquel espíritu de consenso que caracterizó la Transición y el presente, tan necesitado de espacios de encuentro y de una renovada ética cívica. En el plano social y espiritual, la conversación con Lobón invita a reflexionar sobre cómo recuperar valores comunes que fortalezcan la convivencia y nos ayuden a navegar la incertidumbre de esta época, en la que resurgen viejos fantasmas de exclusión y fractura, pero también nuevas esperanzas de regeneración y entendimiento.

Aunque nuestra conversación sobre el convulso periodo de la Transición se ha mantenido de manera telefónica y con intercambios de documentación, dejo libre a mi imaginación —“La loca de la casa”, según Santa Teresa de Jesús para quien la imaginación era algo incontrolable, caprichoso y difícil de sujetar, capaz de perturbar la quietud interior, a la vez que potente fuente de creatividad y poder de fantasía —para que cree los escenarios ideales que mejor convengan al caso.

Así que, sin cuestionar por qué, “La imaginación, la loca de la casa”, me propone que nuestra conversación se realice en el

emblemático Café Botánico situado en el Pasaje Ciclón, junto al Pilar. Su entorno tranquilo y lleno de vegetación —pienso— es perfecto para conversar sin prisas. Al parecer, es un “refugio coqueto” según reseñas, con un ambiente íntimo y cómodo para diálogos reflexivos.

Al entrar en el establecimiento, mi imaginación halla a mi interlocutor, Modesto Lobón, sentado junto a una mesa del Café Botánico, proyectando una elegancia serena. Su porte discreto, la voz sosegada y el gesto atento revelan a un hombre habituado al diálogo, prudente en las palabras y firme en las convicciones. Rodeado de plantas y luz natural, su figura parece encajar de forma natural en ese espacio íntimo, donde cada respuesta surge meditada, hilada con el rigor de quien ha hecho del pensamiento y la moderación un modo de estar en el mundo.

Al reconocerme, se levanta suavemente para saludarme, con un caluroso apretón de manos. Entonces, descubro a un hombre magnético con la espalda recta pese a la curvatura de los años, franca sonrisa, y una voz suave y modulada.

—No esperes grandes revelaciones, José Antonio; apenas soy un superviviente con memoria larga—, me advierte mientras hace el gesto de invitarme a un café que ya humea sobre la mesa desgastada.

Sé que lo dice bromeando, claro. Entonces me recuerdo que la gente cultivada e inteligente suele bromear con frecuencia de forma sutil e ingeniosa. El humor, especialmente el irónico o el que juega con referencias culturales, es un rasgo típico de mentes ágiles como la de Modesto Lobón: una herramienta comunicativa que permite relativizar, desarmar tensiones y mostrar profundidad sin solemnidad.

Luego, en cuanto me descuido, acumula datos, nombres, fechas, acontecimientos, a la manera de quien desempolva negativos de un carrito extraviado. Enseguida descubro que su paciencia para el detalle rivaliza con la de un cantero y que su entusiasmo —cuando alza levemente las cejas al nombrar a Ridruejo, Suárez o Fernández Ordóñez, especialmente este último —mantiene todavía la temperatura exacta de la buena nostalgia, esa que no empalaga.

Habla despacio, pero no vacila. Su voz es la de un hombre elegante, moderado y prudente: pausada, templada y firme, sin estridencias. Me habla con claridad, modulando bien las palabras, usando un tono medio —ni demasiado grave ni agudo—, que proyecta serenidad y autocontrol. Su ritmo es reflexivo, eligiendo con cuidado cada término, transmitiendo respeto y confianza. No sube el volumen innecesariamente y evita gestos bruscos; su voz acompaña su actitud comedida, cultivada y abierta al diálogo.

¡Bingo! ¡Eureka! Entonces comprendo que estoy ante una “rara avis política” procedente de una época que creó de la nada hombres y mujeres excepcionales, un “animal político” de la Transición que aún conserva en su alma el llamado *espíritu de la Transición*.

Ante él me siento como un biólogo que hubiera descubierto una especie a punto de extinción. Un ejemplar único engendrado en la convulsa e histórica época de La Transición. Un espécimen humano dotado para desafiar inercias, apostando por el diálogo genuino y la convivencia, sin ningún temor para dejarse arrastrar por los viejos fantasmas del pasado, el presente y el futuro.

Y es que, en aquella época que ahora algunos miramos con cierta nostalgia, marcada por miedos y esperanzas, personas

como Modesto Lobón tienen algo de especie protegida, de presencia frágil y valiosa a la vez, por la forma que tuvieron de estar y de mirar al futuro.

A mí me corresponde ahora —digo para mí— hacer de guardagujas y testigo, intentando que los nombres, los datos y la información no se derramen, que los silencios se respeten y que el rumor subterráneo de los hechos no deje de latir bajo cada párrafo.

Modesto Lobón Sobrino nació un 5 de febrero del año 1948. Ese día la noticia más destacada fue la reapertura de la frontera entre Francia y España, que había estado cerrada desde 1946. En el ámbito internacional, ese año se adoptó la Declaración Universal de Derechos Humanos por la Asamblea General de las Naciones Unidas, se produjo el nacimiento del estado de Israel y el asesinato de Mahatma Gandhi.

A él le gusta decir que “nació el día en que mandan las mujeres”, ya que, de acuerdo con el santoral, todos los 5 de febrero se celebra Santa Águeda, considerada patrona de las mujeres. En su caso, las dos mujeres más importantes que le han mandado hasta la fecha, en el terreno personal, su mujer, el amor de su vida, María del Pilar Begoña, y en el terreno político, Luisa Fernanda Rudí Úbeda, primera presidenta del Congreso de los Diputados (2000-2004), diputada en el Parlamento Europeo (2004-2008), presidenta de Gobierno de Aragón en la VIII Legislatura (2011-2015) y presidenta del Partido Popular de Aragón (2008-2017).

— ¿Cuándo comenzó tu andadura política de manera “profesionalizada”? —le pregunto sin más prolegómenos.

—Desaparecida la Democracia Cristiana Aragonesa, decidí juntarme con los únicos democristianos supervivientes de

aquellas elecciones iniciales: los capitaneados por Fernando Álvarez de Miranda, presidente de las Cortes en aquellos momentos, y entre los que se encontraban también, entre otros, Íñigo Cavero y Óscar Alzaga. La UCD había constituido el paraguas de salvamento electoral de aquella corriente de pensamiento político, y, cobijándose bajo aquellas siglas, habían demostrado una visión política práctica superior a muchos otros.

En Aragón, y capitaneados por Mariano Alierta, diputado nacional, se encontraban José Luis Jaime, José Luis Moreno Pérez-Caballero, Luis Alfonso de Miguel y algunos más, a los que me uní con la esperanza de lograr con esa familia democristiana, al amparo de Suárez, lo que no había sido posible en la soledad electoral anterior: tener horizonte político. Muy pronto pertenecí al Comité Ejecutivo de Zaragoza, presidido por Juan Antonio Bolea, igualmente diputado y cabecera de la lista victoriosa en las recientes elecciones en nuestra provincia, y en el que estaban integrados también compañeros considerados de la familia socialdemócrata, como Luis del Val, José Luis de Arce y Carmen Solano.

— ¿Cómo recuerdas aquella época?

— Fue una época de una tremenda ilusión política. Se estaba redactando la Constitución democrática de España. En Aragón se constituyó el régimen preautonómico aragonés bajo el nombre de Diputación General de Aragón, y, al mismo tiempo, vieron la luz dos comisiones: una, integrada por esta Diputación General y el Gobierno de España, con el fin de estudiar las competencias susceptibles de ser transferidas por la Administración del Estado; y otra, encargada de analizar las que debían pasar a la Diputación General procedentes de las tres Diputaciones Provinciales. El presidente de este órgano

preautonómico fue Juan Antonio Bolea, de UCD, el vicepresidente, Jaime Gaspar y Auría, del PSOE, y el secretario general, José Ángel Biel, de UCD.

Todos en el partido estábamos muy ilusionados porque comenzaba una etapa querida. Tras algunas vacilaciones iniciales, se había asumido de forma generalizada la idea de que, en esta nueva España, la democracia tenía que ir de la mano de la autonomía. Y, a primeros de abril, la Diputación General de Aragón había quedado constituida en la iglesia de San Pedro de los Francos de Calatayud, con competencia para aprobar las normas de funcionamiento interno y coordinar las actuaciones de las Diputaciones Provinciales en lo tocante al interés general de Aragón.

—Y, ¿Cómo era la vida política en Zaragoza en relación con los avatares nacionales?

En Zaragoza, la vida política en el partido seguía avatares muy similares a los nacionales, con pugna permanente entre las distintas familias y esfuerzos por integrarnos todos de la forma más armoniosa posible. En ausencia, prácticamente, de fuerza liberal, el conjunto de la militancia estaba integrado por unos pocos socialdemócratas, agrupados en torno a Luis del Val, otros pocos democristianos, cuya figura más representativa era Mariano Alierta, y un número muy amplio, el más numeroso de todos, de políticos pertenecientes al viejo régimen que tenían distintos cargos orgánicos en las instituciones locales y provinciales, entre los que destacaban Miguel Merino, alcalde de Zaragoza, elegido por el sistema transitorio de elección, y el presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza, Gaspar Castellano.

Juan Antonio Bolea había aparecido por el partido con motivo de la búsqueda de candidatos para encabezar la lista al Congreso

de los Diputados del año anterior. Para ese puesto estaba pensado Mariano Alierta, pero desde Madrid dijeron que una persona tan joven, treinta y siete años tenía entonces, no era lo suficientemente representativa para encabezar la candidatura del presidente del Gobierno en nuestra provincia. Cuando apareció Juan Antonio por el partido, con más de cuarenta años, pero no demasiados, magistrado y con una pureza política virginal, porque no había pertenecido antes a nada, ni al régimen ni a la oposición, se encontró resuelto el problema.

—La Unión de Centro Democrático (UCD), al que tu perteneciste fue fundado en 1977 por Adolfo Suárez para agrupar a diversos grupos de centro, liberales, democristianos y socialdemócratas durante la Transición. Nació como coalición electoral para las elecciones de junio de 1977 y posteriormente se convirtió en partido. La UCD fue clave en la aprobación de la Constitución de 1978 y en el desarrollo de la democracia en España. Suárez fue su líder hasta 1981. En 1983, tras fuertes crisis internas y pérdida de apoyo electoral, la UCD se disolvió. ¿Cómo vivisteis en Zaragoza el nacimiento, crecimiento y extinción de la UCD?

—En octubre de aquel año de 1978, tuvo lugar el I Congreso Nacional de UCD con el propósito de convertir esas siglas en la expresión de un auténtico partido político. Pero las buenas intenciones iniciales no se vieron plenamente satisfechas. Se puso claramente de manifiesto que no había uniformidad de criterios entre los políticos más relevantes que bajo su amparo se habían cobijado. El proyecto de Estatutos del partido no pudo ser aprobado por unanimidad: una amplia cifra de abstenciones mostró, de manera ostentosa, la discordia existente. Y en la elección de los cargos, salvo el de Suárez como presidente, que

asumía todo el mundo, se produjeron todo tipo de enfrentamientos entre las diferentes familias políticas.

Unos, para diluir las fronteras familiares, preferían hablar de psicologías distintas entre los diferentes líderes; otros, pretendían achacarlo a la enorme variedad de grupos y grupillos que bajo esas siglas se habían integrado por exigencias electorales; y unos terceros, lo pretendían justificar por la ausencia de una ideología aglutinante. Había razones de todo tipo para disculpar los enfrentamientos, pero la realidad era que, aunque de manera educada, el congreso fue un campo de batalla, en el que se terminó definiendo el partido como “democrático, progresista, interclasista e integrador”, y con una Comisión Ejecutiva tan disgregada que propició que su control real se realizase desde la mesa del Consejo de ministros, en la que se sentaban las personalidades más relevantes de las distintas familias.

Pero en lo que sí hubo unanimidad, entusiásticamente expresada por todos, fue en lo referente a la orientación pública y al afán de presentarse como el partido del cambio político democrático en España, el partido del centro, distanciado por igual de las posiciones rupturistas de la izquierda y del continuismo de la derecha, sin que ello nos llevara a lograr una ideología integrada. Siguieron existiendo las familias correspondientes a los fundadores: democristianos, socialdemócratas y liberales, a las que se sumó el pragmatismo de los jóvenes del régimen anterior que se habían subido sin reservas al cambio democrático, y que, dicho sea de paso, eran los que daban solidez y amplitud a la estructura administrativa interna del partido.

Joaquín Garrigues solía decir, con su habitual humor, que los liberales “cabían en un taxi”. Y no en un taxi, pero sí en algún

vehículo no mucho mayor cabíamos también los democristianos o los socialdemócratas. Pero todos los pertenecientes a estas tres familias políticas estábamos convencidos de que, aunque no constituyésemos la fuerza de la estructura, aportábamos el aroma y el marchamo democráticos, y algunos, los democristianos, también la vinculación europea, el punto de encuentro con la gran formación generadora de la entonces Comunidad Económica Europea.

—Una de tus figuras políticas de referencia de la Transición fue Francisco Fernández Ordóñez. ¿Cómo lo conociste?

— Conocí a Francisco Fernández Ordóñez con motivo de las elecciones generales del 1 de marzo de 1979. Antes de esa circunstancia, tenía de él el mismo conocimiento que cualquier ciudadano preocupado por la política. Le veía como el ministro famoso, la “estrella” del Gobierno, como le consideraban algunos, el que había hecho la reforma fiscal, una de las grandes asignaturas pendientes en España, y que salía todos los días por los periódicos. Pero nada más. Mi contacto con él se produjo como consecuencia de tener que venir a Zaragoza para ocupar el primer puesto de la lista en esas elecciones para el Congreso de los Diputados.

Sobre la razón por la que hubo de encabezar esa candidatura circulaban, como sobre todas las cuestiones por aquella época, leyendas de todo tipo, contadas cada una con el énfasis o la imaginación del narrador de turno. Fernández Ordóñez había sido inspector de Hacienda unos años atrás en Zaragoza, y a esa circunstancia parece ser que se agarró el partido, según la versión oficial, para que encabezase la lista por esta circunscripción. Su vinculación a nuestra Delegación de Hacienda databa de mucho tiempo antes, razón por la que habría podido esgrimirse, con igual o mayor fuerza, para las primeras

elecciones democráticas, las del 1977, y, sin embargo, se presentó por Madrid. Su condición de antiguo inspector de Hacienda en nuestra ciudad constituía sin duda una excusa periodística verosímil para encubrir la realidad. Al parecer, por problemas internos del partido, no cabía en la lista de Madrid en un puesto digno para un ministro y hubo que mandarle fuera, de “cunero”, como se decía entonces, a alguna provincia, y, en esa tesitura, pudo ser muy oportuna su antigua condición de inspector del timbre en Zaragoza. Sea como fuere, y no es eso lo más importante, Fernández Ordóñez encabezó aquella candidatura zaragozana, lo que para mí resultó desastroso, como pudo comprobarse con posterioridad.

— ¿Por qué?

La razón de lo que yo entonces consideré como una desgracia se debía a la composición interna del partido. La UCD fue un invento de Suárez, de última hora, consistente en que, aprovechando el enorme prestigio que adquirió por la reforma política que había llevado a cabo y la legalización del Partido Comunista, desembarcó con su gente en el Centro Democrático que habían montado José María de Areilza y Pío Cabanillas agrupando a algunos democristianos, unos pocos socialdemócratas y menos liberales. Los compañeros de desembarco constituían la parte joven del Movimiento Nacional, pues la mayoría de ellos estaban en su década de los cuarenta, empezando por Suárez que tenía cuarenta y siete. Y ya fuera por esa juventud, o por lo que fuere, se diferenciaban claramente de otra parte de políticos provenientes igualmente del Movimiento Nacional, de edades situadas en décadas superiores, que prefirieron otra forma de presentarse a las elecciones de 1977.

—Entiendo que las diferentes disputas por ir los primeros en las listas electorales tenían idéntica correspondencia en las provincias....

—Sí, claro. Esa composición interna de la UCD nacional se reflejaba idénticamente por provincias. En concreto, en Zaragoza, estábamos unos pocos democristianos, algunos socialdemócratas, alguien que se decía liberal, y el resto, la parte más numerosa, lo integraban los cargos locales o provinciales del Movimiento, que llevaban ya tiempo en el poder. En este grupo, además del alcalde de Zaragoza y el presidente de la Diputación Provincial, se integraban concejales de distintos municipios y diferentes diputados provinciales.

Como resultado de las peleas internas para confeccionar la lista electoral, se había llegado al acuerdo de que tuviera estructura “cremallera” a partir del número dos. El número uno estaba reservado para quien dijera Madrid. Y en función de quien fuera el número uno, sería el número dos, y a partir de él funcionaría la cremallera. Es decir, que, si el número uno hubiera sido, como por entonces sonaba con insistencia, Landelino Lavilla, democristiano nacido en Lérida, y cuya proximidad geográfica de nacimiento se esgrimía como título suficiente para su posible encabezamiento de la lista de Zaragoza, el segundo hubiera recaído en Mariano Alierta, el líder de esa familia entre nosotros. Al parecer, según algunos en Madrid, era fundamental que los dos primeros fueran de la misma familia para que pudieran entenderse bien y ejercer así, de la mejor forma posible, su condición de motor de toda la candidatura. Y si, finalmente, fuera un socialdemócrata el que encabezara, el segundo tenía que ser José Luis de Arce, un distinguido socialdemócrata, el que ocupara el número dos.

Ignoro, o no recuerdo, por qué ese número dos no estaba reservado para Luis del Val, que pasaba por ser el líder de esa familia, pero lo cierto es que el nominado era José Luis de Arce. Al final, Landelino Lavilla encontró acomodo en la lista de Madrid y por Zaragoza apareció Fernández Ordóñez, con lo cual el número dos fue José Luis de Arce y, a continuación, siguiendo la lógica de la cremallera nos situamos Mariano Alierta, Carmen Solano, y yo en quinto lugar.

—Con la perspectiva que dan los años, a pesar de estas comprensibles disputas por estar los primeros en la parrilla de salida, ¿cómo valoras aquella convulsa época de la Historia de España?

Al margen de esa circunstancia, fue aquella una época políticamente intensa y feliz. Poder participar en la campaña electoral junto al ministro estrella del Gobierno, por más que yo fuera uno de tantos, intervenir con él en algunos escenarios, y participar intensamente en todas las reuniones a que obligan las campañas electorales, constituyó una experiencia fundamental que fue dejando en mi interior un poso de cultura política, adquirida con placer, del que he vivido posteriormente toda mi vida.

Fernández Ordóñez era un hombre afable, gran conversador y dotado de un penetrante sentido del humor del que hacía gala sin ostentación en cualquier circunstancia. En las reuniones de la candidatura, al margen de lo concreto que en ellas se tratara, nos contaba “cosas”, como él las llamaba, tuvieran o no que ver con lo que llevábamos entre manos, con lo cual se hacían amenísimas y a mí me parecía también que muy jugosas, escuchándolas con verdadera delectación.

Nos hablaba de los Pactos de la Moncloa, de su virtualidad para procurar la estabilización económica del proceso de transición

democrática y para contener la inflación galopante del momento; de las angustias en la elaboración de las listas cuando estuvo a punto de tener que tomar medidas extremas porque Arias Salgado, socialdemócrata de su grupo, aparecía en el lejano número quince por Madrid, lo que a su juicio no era de recibo. O de sus épocas más antiguas, cuando él ya estaba vinculado a la revista Cuadernos para el Diálogo y a los sectores de la oposición, así como de las razones de su dimisión como presidente del Instituto Nacional de Industria (INI), y de sus pasos para organizar la socialdemocracia.

Hablaba con emoción de Dionisio Ridruejo, a quien había conocido en la Universidad de Harvard, donde él había seguido un curso internacional de Hacienda Pública, y del afán que Ridruejo tenía por ser un socialdemócrata español como los socialdemócratas alemanes y escandinavos o los laboristas británicos. Nos contaba que Ridruejo era, en el fondo, un socialista liberal, que acusaba al franquismo de haber traicionado los principios de la falange, que fueron completamente destruidos en la Guerra Civil.

Yo escuchaba con sumo interés y agrado. Aquellas reuniones eran como tertulias organizadas en torno a su persona, en las que, una vez resueltos los problemas concretos, se hablaba de cualquier cosa, mientras él, afilando el extremo de su puro en el cenicero con el cuidado de que la lumbre quedara, por lo menos en algunos instantes, de forma puntiaguda, se embelesaba en la operación mientras nos escuchaba.

Era asiduo a los puros. Los escoltas llevaban siempre una caja de puros a mano porque solía encender uno tras otro. En una reunión, a mí se me ocurrió decirle que en eso se parecía a Churchill y él me respondió que, sin perjuicio de ello, le gustaría parecerse en algo más.

— Las elecciones generales en España de 1979 se celebraron el jueves 1 de marzo de 1979. Fueron las primeras elecciones bajo la Constitución de 1978 y sirvieron para elegir a los 350 diputados del Congreso y a 208 senadores. En esos comicios, la Unión de Centro Democrático (UCD), liderada por Adolfo Suárez, obtuvo la mayoría de escaños, aunque sin alcanzar la mayoría absoluta. Fue un momento clave en la consolidación de la democracia española tras la dictadura. ¿Cómo fue para ti esta campaña electoral de 1979?

—La campaña electoral de 1979 fue para mí una experiencia apasionante y formativa. Fernández Ordóñez fue un gran maestro de la comunicación. Yo lo admiraba por su estilo sereno, claro y dialogante en mítines y ruedas de prensa. Lograba atraer y satisfacer a periodistas y público con inteligencia, humor y maestría, evitando la confrontación directa y fomentando siempre el intercambio de ideas.

—Seguro que surgieron muchas anécdotas. ¿Podrías compartírnos alguna?

—Sí, claro, con mucho gusto, José Antonio. Te comparto una relacionada con tu ámbito de actuación profesional: la comunicación. Verás. Tiene que ver con la importancia que Fernández Ordóñez concedía a la comunicación. Recuerdo que interrumpió la comitiva electoral para llamar desde una cabina telefónica a un periodista, pese a tener teléfono en el coche, simplemente porque el del coche estaba averiado. Esto causó desconcierto y retraso en el acto de campaña, pero mostró su compromiso con los medios. Al día siguiente, el periódico publicó una página entera con elogios al ministro. Tras el mitin, Fernández Ordóñez se mostró cercano con la gente y en la cena habló de socialdemocracia y el papel del mercado y del Estado, en un ambiente distendido y cordial.

—Así que, como era de esperar, con este cartel de grandes comunicadores, los resultados tenían que ser exitosos....

—Lo fueron, con ciertas matizaciones. En las elecciones, UCD ganó de nuevo, pero sin mayoría absoluta, aumentando solo tres diputados, lo que agravó tensiones internas. En Zaragoza, la campaña fue un éxito, con un 37% de los votos, diez puntos por encima del PSOE. Pese al triunfo, Fernández Ordóñez no fue incluido en el nuevo gobierno de Suárez, quien prefirió rodearse de figuras menos brillantes. ¡Lástima! Creo que hubiera sido más acertado con la otra candidatura centrista en Aragón, lo que hubiera permitido reforzar aún más la victoria. La política, José Antonio, se basa en sumar fuerzas, no en dividirlas.

—Sí, sin duda. Entiendo que apartar a Fernández Ordóñez de Zaragoza fue un “chorro de agua fría” para vosotros.

—Sí, fue un punto de inflexión para nosotros. Tras ser apartado del Gobierno, Fernández Ordóñez quedó marcado como proscrito por Suárez, lo que provocó que muchos en UCD se alejaran de él para no perjudicar su futuro político. Nadie del partido quiso ir a recibirle al aeropuerto cuando llegó a Zaragoza. Algo insólito, pero así es de cruda a veces la política. Yo lo recogí en mi modesto Renault 5 y cenamos juntos.

—Doy por hecho que esta cena fue altamente productiva....

—Sí, por supuesto. Recuerdo que tan pronto como se alejó el maître, Fernández Ordóñez siguió con lo que ya me venía contando en el coche; se le veía con ganas de hablar; a mí me agradó mucho esa actitud porque yo nunca había estado a solas con él y pensaba que cuanto más me contase, mejor. Todo lo que yo sabía de la política nacional era lo proveniente de los periódicos y lo que se comentaba por el partido, pero no tenía ningún contacto directo con nadie importante de Madrid. Por

eso, tan pronto como estuve a solas con él, ya en el coche, le pregunté de sopetón unas cuantas cosas generales. Enseguida vi que no había hecho falta que le preguntase nada, que él tenía ganas de hablar. Por otra parte, él las tenía siempre, era una persona de conversación muy fácil y amena y con un profundo sentido del humor.

—La situación está fatal —me dijo—. Con habernos apeado del Gobierno, Suárez no ha hecho más que estimularnos a la pelea interna. No tenemos ahora otra cosa que hacer.

—Ha sido inconcebible —respondí, por decir algo.

Fernández Ordóñez, como puedes imaginarte, me habló con franqueza sobre la situación política tras la salida de Suárez del Gobierno, criticando la desunión y falta de ideología clara en UCD. Comentando la necesidad de ideas y liderazgo para gobernar, destacando el papel de Felipe González. Luego, nuestra conversación derivó hacia temas más trascendentes, como la felicidad, la religión, el sentido de la vida y las inquietudes existenciales, citando a Erich Fromm y reflexionando sobre el humanismo, la libertad y la búsqueda de respuestas personales. En fin, la cena resultó para ambos íntimos, reflexiva y muy enriquecedora.

Fernández Ordóñez contaba las cosas con mucha naturalidad; es posible que, exagerándolas un poco, para hacer más amena la conversación, pero le gustaba esa forma desenfadada de hablar, cargada de humor, cuando estaba en intimidad. Yo noté que me hablaba como siempre hablaba a todos: sin tapujos, o con los tapujos calculados para que, pareciendo que decía mucho, en el fondo no decir tanto. Yo pertenecía a la familia democristiana, y participaba, naturalmente, de las mismas guerras de Madrid, pero en el ámbito provincial, ya que la vida del partido en las provincias era un mero reflejo de lo que sucedía en la capital.

—Entiendo, pero, como solemos decir, la vida sigue a pesar de nuestras pérdidas y rupturas y momentos de decepción o fracaso....

—Sí, sin duda. ¡Ya lo creo que la vida sigue! Uno de los principales temas que debíamos abordar sin dilaciones era el proceso autonómico. En el verano de 1979, el proceso autonómico en Aragón estaba paralizado por conflictos entre la Diputación General y el Ayuntamiento de Zaragoza, que discrepaban sobre el procedimiento a seguir. Mientras tanto, Suárez avanzaba rápidamente las autonomías vasca y catalana, generando frustración en Aragón. Una asamblea en Caspe impulsó la vía rápida (art. 151), pero la oposición de UCD de Teruel bloqueó un acuerdo, exigiendo igualdad provincial. Finalmente, el Gobierno impuso la vía lenta (art. 143) para el resto de las comunidades, incluida Aragón, que no tuvo más opción que aceptarla.

—Hablando de procesos autonómicos. El referéndum andaluz del 28 de febrero de 1980 fue un momento clave en la historia política de España y, especialmente, de Andalucía. Se preguntó a los andaluces si estaban de acuerdo con acceder a la autonomía por la vía del artículo 151 de la Constitución Española, un procedimiento más exigente pero que otorgaba mayores competencias, similar al de las comunidades históricas como Cataluña, País Vasco y Galicia.

—Sí, el referéndum andaluz de febrero de 1980 ratificó mayoritariamente la vía rápida del artículo 151, lo que supuso un fracaso para el Gobierno y la UCD, que habían promovido la abstención. A esto se sumaron derrotas electorales, crisis económica, aumento del paro, terrorismo de ETA y descontento social, lo que agudizó las divisiones internas de UCD. En mayo, el PSOE presentó una moción de censura que, aunque fracasó,

fortaleció a Felipe González como líder. Suárez quedó debilitado, los barones de UCD conspiraron contra él, y en septiembre reorganizó el Gobierno, destituyendo a Abril Martorell.

— ¿Y tú, a qué dedicabas el tiempo libre, por aquel entonces, si me permites la gracia sacada de una canción mítica del cantante conquense, José Luis Perales?

— Yo, por aquel entonces, era el director general de Servicios del Ente preautonómico aragonés, trabajando en la creación de servicios y coordinación de las diputaciones provinciales para impulsar el desarrollo de Aragón y preparar futuras transferencias de competencias. Aunque había desencanto por el estancamiento autonómico y la crisis económica, existía esperanza por la llegada de General Motors a Zaragoza. El presidente Bolea, con estilo cercano y humor, recorría Aragón fomentando el espíritu autonómico, pese a la precariedad de medios y recursos.

— Uno de los hitos más importantes de tu carrera política fue el nombramiento como presidente del Consejo Superior de Protección de Menores. ¿Cómo fue?

—Verás. Estaba yo un día, en aquel septiembre de 1980, cenando en casa con mi padre y una tía, hermana de mi madre, que vivía con nosotros, cuando sonó el teléfono. Lo cogí y una voz muy agradable de mujer me preguntó si era yo, y al contestarle que efectivamente lo era, me añadió:

—Espere un momento, le va a hablar el ministro.

Era Fernández Ordóñez. Después de saludarme, pues hacía algún tiempo que no le había visto, con prisas y yendo directamente al asunto, me dijo:

—Oye, tengo algo que creo que te puede gustar: presidente del Consejo Superior de Protección de Menores. Tiene rango de director general y unos cuatro mil millones para gastar. Es interesante y, como digo, me parece que te puede encajar.

Cuando Fernández Ordóñez terminó de exponerme las ventajas del cargo, yo me limité a responder:

—Bueno, sí. Dejaré el cargo de la Diputación General de Aragón.

—Estupendo —respondió rápidamente el ministro, añadiendo—: Mándale a Asun, mi secretaria, algunas notas tuyas, de tu biografía, que voy a intentar meterlo en el Consejo de ministros del viernes.

Y, enviándome un abrazo, se despidió. Yo me quedé en el sillón desde el que había atendido al teléfono ligeramente aturdido durante unos momentos, y volví a la mesa. Les conté lo que había pasado y se quedaron todavía más confundidos que yo. Era miércoles. No se lo dije a nadie, porque así me pidió el ministro que lo hiciera, y continué con mi vida habitual los dos días siguientes. Y el viernes por la tarde, una vez terminado mi trabajo en el Ente preautonómico, cogí el coche, mi Renault-5 blanco con el techo negro de vinilo, y me fui a dar una vuelta para despejarme la cabeza y escuchar tranquilamente las noticias por la radio. Y, tal como el ministro me había dicho, al informar sobre los nombramientos habidos en el Consejo de ministros, oí mi nombre con el cargo que él me había anunciado. En cuanto llegué a casa, me dijeron que me habían llamado de radio Zaragoza con urgencia. Puesto inmediatamente en contacto con ellos, les dije que me sentía enormemente halagado, que el cometido del cargo tenía una profunda dimensión humana, y que no pensaba desvincularme en ningún momento de Aragón. Respuestas similares di al resto de requerimientos que me

380

llegaron de distintos medios de comunicación, y, mientras estaba en ello, me llamó también Asun, la secretaria del ministro, para decirme que tomábamos posesión el lunes, a las diez, en el Ministerio. Así que, sin tiempo que perder, aproveché el fin de semana para documentarme todo lo que pude sobre el nuevo cargo.

—Como recordarás, el 29 de enero de 1981, Adolfo Suárez dimitió de la Presidencia del Gobierno y del partido UCD, alegando su preocupación por la estabilidad democrática. La situación política se agravó tras los cruentos asesinatos de ETA y las tensiones con Herri Batasuna. ¿Cómo viviste tú, desde Zaragoza, el golpe de Estado del 23F, un hito fundamental de la Historia de España reciente?

—Sí, claro, encantado. Todavía recuerdo vivamente aquella tarde del 23 de febrero de 1981 como si me la hubieran tatuado en la memoria. Zaragoza estaba tranquila, un lunes cualquiera de invierno, y yo andaba con Begoña a vueltas con los preparativos de nuestra boda. Faltaba apenas un mes para el gran día, y parecía que nada podía interponerse en nuestro camino... hasta que el golpe de Estado saltó por la radio, como un latigazo.

Aquella mañana habíamos estado de un lado para otro: ella se había ido al apartamento que habíamos alquilado, a esperar a un operario que tenía que arreglar unas chapuzas, y yo fui al sastre para la primera prueba del chaqué. Allí, mientras me pinchaban con alfileres para ajustar la tela, uno de los dependientes subió con la cara desencajada para decirme que tenía una llamada urgente. Era Begoña, que me soltó, sin apenas respiro:

—Están diciendo por la radio que hay un golpe de Estado.

Recuerdo que me quedé helado. Dejé al sastre con las agujas en la mano y salí disparado hacia el apartamento. Cuando llegué,

Begoña estaba sentada en el suelo, pegada a la radio, en aquel piso casi vacío. Yo me senté a su lado, tratando de entender lo que pasaba. Era un asalto al Congreso, los guardias civiles habían entrado a tiros y tenían secuestrado al Gobierno y a los diputados. La voz grave del locutor anunciaba una reunión de subsecretarios en el despacho de Francisco Laína, que asumía el mando provisional.

—Tengo que ir a Madrid— le dije. Si los subsecretarios y directores generales se convertían en Gobierno provisional, mi sitio estaba allí. Conseguí un billete de avión para esa misma tarde, mientras en el trayecto al aeropuerto con Begoña hablábamos de todo: de la boda, de si habría que huir a Francia, de la vida que parecía tambalearse de pronto. Era como si se hubiera detenido el mundo. Nos besamos con fuerza al despedirnos en el aeropuerto, como si fuera un adiós definitivo.

En el avión coincidí con Javier Tusell, que había inaugurado ese mismo día una exposición sobre la Guerra Civil en Zaragoza.

— ¡Menudo día para hablar de la Guerra Civil! — comentó con humor negro. Durante el vuelo especulamos con todo, aunque Tusell, en un momento de énfasis casi profético, me soltó:

—De esta nos salva el Rey.

Cuando llegamos a Madrid, el silencio de la ciudad era espeso. Le pedí a Tusell que me dejara en el Ministerio, aunque sabía que allí no me esperaba nadie. Llamé al timbre y, tras un instante de tensión en el que me imaginé con una pistola en el pecho, me abrieron la puerta. Era el sargento de guardia, que me reconoció al momento.

El Ministerio estaba desierto, salvo por los guardias civiles que montaban guardia. Me instalé en el despacho del ministro, con la radio y la televisión encendidas, llamando a Zaragoza, a los

compañeros, a la mujer del ministro... intentando agarrarme a cualquier retazo de información para combatir la angustia. Cuando, hacia la una de la madrugada, escuché el mensaje del Rey condenando el golpe y reafirmando la legalidad democrática, sentí un alivio inmenso. No sabía cómo acabaría todo aquello, pero supe, en ese momento, que el Golpe había fracasado.

Aún hoy me parece increíble haber vivido desde dentro un pedazo de la historia de España. Fue una noche larga, cargada de miedo, incertidumbre, rumores y fantasmas del pasado. Y fue también el momento en que comprendimos, de veras, lo frágil que era aquella democracia que apenas estrenábamos, y lo valiosa que era.

El 23F quedó grabado para siempre en mi memoria como un momento en que pudimos desandar lo andado; y el día en que, pese a todo, la democracia resistió.

—Por cierto, hablando de bodas, resistencias y hechos históricos. ¿Qué te dice hoy en día la siguiente frase histórica?: «No podemos impedir que los matrimonios se rompan, pero sí podemos disminuir el sufrimiento de los matrimonios rotos».

— ¡Hombre! De nuevo, mi admirado ministro Francisco Fernández Ordóñez y su Ley del Divorcio. Una ley que fue presentada 17 de marzo de 1981 el Congreso de los Diputados. Una de las más progresistas de Europa, que había enfrentado al Gobierno con la Iglesia católica y dividido profundamente a la UCD, oponiéndose a ella los democristianos, que llegaron incluso a pedir la dimisión del ministro. Políticamente, me resultó incómoda esa postura de mis correligionarios dentro del partido; a mí me parecía una buena ley y, además, necesaria.

La Ley del Divorcio se asentaba en el principio de aconfesionalidad del Estado y de libertad de religión y de creencias, y se apoyaba en el convencimiento de que los poderes públicos no podían imponer a todos los ciudadanos unas exigencias morales o religiosas que sólo afectaban a la conciencia de una parte de ella, aunque fuera mayoritaria. Enfocada desde el punto de vista civil, el único desde el que la Constitución permitía hacerlo, partía de la base de considerar que el matrimonio no es indisoluble, porque nada hay permanente en la vida, pero deseando que fuera estable, ya que esa continuidad iba a favor de la familia, con respeto y dignidad para sus miembros.

—Afortunadamente, en tu caso, no has tenido que recurrir a esta ley. Hoy, después de más de 40 años, sigues unido felizmente al amor de tu vida, María del Pilar Begoña. Vuestra boda, por cierto, que se celebró cuatro días después de que la Ley del Divorcio fuera presentada en el Congreso, tuvo sus cosillas....

—Nuestra boda constituyó un breve paréntesis íntimo en la azarosa vida que llevaba, cruzada por tensiones políticas, pero no estuvo exenta de las inquietudes que el cargo me acarreaba. Unos días antes, me dijo Arturo Romaní, alborozado, que, hablando con Jaime Peñafiel, el director de la revista *Hola*, con quien tenía amistad suficiente, habían acordado hacer un reportaje de mi boda en su semanario; que el hecho de casarse uno del equipo del Ministerio no era cualquier cosa, y que no se podía dejar pasar la ocasión sin hacerlo notar. A mí no se me había pasado por la cabeza en ningún momento pretender reportajes de ese tipo, pero, la verdad sea dicha, no me importaba lo más mínimo, y, por otra parte, pensé que Begoña tampoco tendría mayor inconveniente, aunque no era muy dada a esas exhibiciones: al fin y al cabo, nuestros nombres estaban

danzando por muchos sitios, y no sería ese, a buen seguro, de los más desagradables.

—Algo lógico....

-Sí, pero, a los pocos días, me comunicó Arturo, entristecido, que cuando se enteró el ministro del reportaje lo prohibió tajantemente aduciendo que nosotros representábamos la parte progresista de la UCD, y que esa revista no era precisamente el espejo más fiel de la progresía. A mí, de la misma forma que no me incomodaba el reportaje, tampoco me importó su anulación, y menos aún a Begoña, que nunca se le había ocurrido pensar que eso pudiera llegar a ser objeto de reflexión política.

—Y, tú, ¿Cómo te lo tomaste?

Asumí esa postura del ministro con la misma tranquilidad y prontitud con la que acepté la relativa a no casarme de chaqué, sino de traje normal, por las mismas razones de evitación de lesiones a la imagen progresista que estábamos intentando dar en toda nuestra actuación pública. Lo único que esa última decisión motivó fue la llamada urgente al sastre para el cambio de vestimenta y decirle que las medidas y pruebas que ya me había hecho para esa prenda, alguna de ellas en circunstancias interrumpidas.

—En fin, como dice el conocido dicho popular: “En cuestiones de criterio sobra toda discusión, siempre tiene la razón el que está en el ministerio...”

-Bueno, lo cierto es que con razón o sin ella, la determinación que más influjo tuvo en el desarrollo público de nuestra boda fue su decisión de última hora de no acudir él personalmente. Tenía sus razones. Era un momento muy delicado: acababa de presentar en el Congreso de los Diputados la Ley del Divorcio envuelta en polémica permanente con la Iglesia; las últimas

veces que él había aparecido por Zaragoza había tenido controversia pública con el arzobispo; y un sector del partido estaba claramente posicionado contra ella; no deseaba que, en semejante estado de cosas, su presencia pudiera enturbiar lo más mínimo nuestro día. Delegó en el subsecretario la representación del Ministerio, y, además de Arturo, acudieron todos los directores generales.

No puedo negar que, de la misma forma que estaba alborozado por el hecho de la boda, me corría también por el cuerpo la preocupación por todas esas derivaciones políticas que eran inevitables dado el momento en que se iba a producir. Por eso, en lo que estaba en mi mano, tomé todas las precauciones que fueran posibles para evitar cualquier elemento de discordia o de polémica.

—Y, ya para concluir nuestra amena e intensa conversación, en clave de boda canónica, te pregunto: ¿Existió, a tu juicio el llamado *El espíritu de la Transición*? Y, en tal caso, ¿En qué se basó? ¿Crees que queda algo hoy en día de este espíritu? ¿Cómo puede ayudarnos a superar la presente crisis política y social que estamos viviendo?

—Por supuesto que existió *El espíritu de la Transición*, y consistió, a mi juicio, en la entronización pública de unos valores de respeto, diálogo, tolerancia y afán de consenso que impregnaron no solo la política de aquellos años sino al conjunto de la sociedad, y que a algunos nos marcaron para siempre. Esos valores ciudadanos y políticos dan grandeza a la vida, tanto en la política como en cualquier actividad, y ennoblecen a quienes los sustentan. Recuperarlos en toda su dimensión me parece una de las mayores urgencias actuales, tanto en la vida pública como en la personal, con el fin de conseguir una auténtica reconciliación social.

LOS PACTOS DE LA MONCLOA

Esther Basilia del Brío González

Hay espacios que han sido testigos silenciosos de decisiones que cambiaron el rumbo de un país. Uno de ellos es el Salón de Columnas del Palacio de la Moncloa, antiguo patio transformado en sala institucional, donde en 1977 se firmaron los Pactos de la Moncloa, acto fundacional de la Transición democrática española. Sus columnas —procedentes de un antiguo palacio arzobispal— no solo sostienen un techo: también una memoria. Cada encuentro celebrado allí parece llevar una huella simbólica de diálogo, acuerdo y búsqueda de un bien común que trasciende ideologías.

En ese escenario cargado de historia, donde pasado y futuro parecen darse la mano, se desarrolla la conversación que presento en este nuevo episodio sobre la Transición política española. Me acompaña Esther Basilia del Brío González, una mujer que encarna el rigor académico y el servicio público: Catedrática de Finanzas de la Universidad de Salamanca, escritora (*El bosque de la economía* y *Un beso en la frente*), Senadora por Salamanca y portavoz de Economía del Grupo Parlamentario Popular. Una voz autorizada que combina la reflexión analítica con la experiencia directa de la gestión de lo público.

A lo largo de esta conversación, avanzamos desde la arquitectura simbólica del Salón de Columnas hacia un análisis sereno y profundo de los desafíos económicos actuales. La

mirada experta de mi interlocutora arroja luz sobre cuestiones que nos conciernen a todos: el papel decisivo de la economía en la cohesión social, el valor de la estabilidad institucional como garantía de convivencia y la exigencia de una gestión pública concebida para servir al ciudadano, y no para someterlo.

Este nuevo episodio sobre la Transición es una invitación a detenernos, a escuchar y a pensar. Porque, como las columnas que sostienen un gran salón, la verdadera fortaleza de un país no descansa solo en sus estructuras, sino en sus ideas y en las personas capaces de defenderlas con verdad, responsabilidad y sentido de lo común.

—¿Por qué has elegido el Salón de Columnas del Palacio de la Moncloa —escenario de los Pactos de 1977— como marco para nuestro diálogo?

—He elegido el Salón de Columnas del Palacio de la Moncloa, que es el lugar en el que se firmaron públicamente los Pactos de la Moncloa bajo liderazgo del presidente Adolfo Suárez, junto a todos los partidos de la oposición. Entre los firmantes destacó la participación de Santiago Carrillo al haberse producido la legalización del PCE; lo que se consideró el símbolo absoluto de la reconciliación entre las dos Españas.

Este salón refleja la protección que supusieron esos pactos (simbolizados en el techo, que permitió el cerramiento de este antiguo claustro); en las columnas, que representan la base sólida de seguridad jurídica e institucional que debe sostener nuestra democracia; y como zona de paso y de encuentro, representa esos consensos necesarios para avanzar como sociedad y como democracia.

—Para iniciar nuestro recorrido por la Transición, ¿qué hito o hecho consideras imprescindible abordar primero, y cuál es la razón de tu elección?

—Me gustaría destacar los Pactos de la Moncloa y más concretamente la parte económica de esos pactos. No solo porque la gestión económica es vital para que despegue un país, sino también porque fue el ámbito en el que más y mejor intervino la sociedad civil: grandes economistas, bajo la dirección de Enrique Fuentes Quintana, buscaron el bien común y el interés general, lejos de los intereses individuales y territoriales. Es una de las pocas situaciones en la historia de España en la que seleccionó a un grupo de personas independientes, con formación y rigor, para trabajar para los demás sin buscar beneficio propio, así como la necesidad de llegar a consensos políticos, centrándonos en los puntos que nos unen y no en los que nos separan.

—¿Consideras que existió el llamado espíritu de la Transición? Y, en caso afirmativo, ¿en qué consistió?

—La Transición fue un momento de enorme “ingeniería política”; se ha estudiado desde muchas perspectivas, como un prisma que capta, refleja y cambia la estructura de la luz, pasando de un régimen político a otro. Así, el motor de cambio que supuso la Transición permitió el desmantelamiento de la estructura imperante en España durante la dictadura franquista. Como hecho insólito, una dictadura se dejaba desmantelar para dar paso a una monarquía parlamentaria. Pero eso solo fue posible por la voluntad expresada por los agentes políticos que entendieron la relevancia del momento y antepusieron el bien público a los intereses personales. El papel del rey Juan Carlos I, Adolfo Suárez y Fernández Miranda fue clave para iniciar un camino crítico que debería reconciliar a los españoles. Algo que

creíamos conseguido hasta que el despertar político de los más extremos está intentando desvirtuar el camino seguido.

—Has comentado que este salón representa la protección que supusieron aquellos pactos para nuestra democracia. ¿Crees que en la actualidad seguimos cuidando esas “columnas” que sostienen nuestra democracia y nuestra convivencia? ¿O, más bien, las estamos debilitando por falta de acuerdos?

—El Salón de las Columnas en el que se firmaron los Pactos de la Moncloa supone en sí mismo un símbolo y una metáfora. Representa visualmente la proyección que supusieron para nuestra democracia aquellos pactos y la función estructural de esos consensos... Esas columnas se han ido debilitando. La falta de presupuestos en la decimoquinta legislatura, el ataque al poder judicial, el levantamiento de un muro moral entre españoles hace que la palabra pacto se aleje del imaginario colectivo de los españoles.

—Si tuvieras que resumir el papel de la economía en la Transición española, ¿dirías que fue el motor del cambio o una consecuencia del cambio político?

—Los dos factores se entrelazan; la causalidad, como tantas veces en la economía, es bidireccional. Los pactos económicos nacieron de la voluntad de consenso y de implantación de una democracia en España. Sin esa voluntad, no habrían surgido los pactos... Pero lógicamente trabajar desde el intelecto y el bien común por una economía que engrandeciese a todos los ciudadanos y que permitiese abrir las fronteras económicas y financieras del país fue determinante para que el cambio político triunfara. Entre otras cosas, fue vital para que la ciudadanía entendiese esa situación económica adversa y los esfuerzos que había que hacer porque había una voluntad de dejar atrás la dictadura y esa voluntad era real.

—Aunque los Pactos de la Moncloa se han leído a menudo en clave política, su núcleo fue un programa económico de emergencia para frenar una situación cercana al colapso (inflación muy alta, déficit exterior, conflictividad laboral y desconfianza internacional). ¿Qué medidas concretas y decisivas se tomaron para la estabilización del país?

—Pensemos que veníamos de una economía debilitada durante la guerra que se mantuvo precariamente en la posguerra. En los años 50 se inicia un crecimiento centrado en el turismo y el ladrillo y una tímida apertura al exterior en los años 60. Pensemos, además, en un contexto económico internacional adverso, en plena crisis energética (la llamada crisis del petróleo), con unos tipos de interés de préstamos hipotecarios próximos al 20 %... El pacto necesariamente tenía que reducir la inflación, dinamizar la economía para lo que fue preciso aumentar la inversión, reducir costes energéticos (difícil con una fuerte dependencia del petróleo). Los Pactos de la Moncloa también priorizaron la creación de empleo, especialmente el empleo privado (en un país de funcionarios que venía de confundir el Estado con el país, como en cualquier dictadura, sea de izquierdas o derechas). Había poca iniciativa privada, poca iniciativa empresarial y lo primero que había que abordar era la reducción del gasto público, un plan de gestión de la deuda, la apertura a los mercados financieros, o la liberalización bancaria.

—En 1977, con una inflación superior al 20 % y un desempleo en rápido aumento, ¿qué riesgos concretos afrontaba la joven democracia española si no se alcanzaba un pacto económico?

—Los pactos económicos, el trabajo de un grupo de personas que desarrollaron una economía sin ideología fue fundamental para enviar dos señales al exterior: la estabilidad y la

confianza... Se quería hacer el cambio y se iba a hacer (recuerden a Suárez y su “puedo prometer y prometo”). Ese mensaje se le dio a los ciudadanos españoles y se lanzó al mundo, acercando a España una economía moderna... Fuera del paraguas de estos pactos económicos, los partidos habrían practicado el arribismo político, habrían utilizado noticias como la subida del IRPF para minar al gobierno y no se podría haber trabajado por y para todos. Los pactos fueron fundamentales para nuestra economía y también para nuestra democracia y nuestro futuro.

—Aunque los Pactos de la Moncloa se han leído a menudo en clave política, su núcleo fue un programa económico de emergencia para frenar una situación cercana al colapso (inflación muy alta, déficit exterior, conflictividad laboral y desconfianza internacional). ¿Qué medidas concretas y decisivas se tomaron para la estabilización del país?

—Pensemos que veníamos de una economía debilitada durante la guerra que se mantuvo precariamente en la posguerra. En los años 50 se inicia un crecimiento centrado en el turismo y el ladrillo y una tímida apertura al exterior en los años 60. Pensemos, además, en un contexto económico internacional adverso, en plena crisis energética (la llamada crisis del petróleo), con unos tipos de interés de préstamos hipotecarios próximos al 20 %... El pacto necesariamente tenía que reducir la inflación, dinamizar la economía para lo que fue preciso aumentar la inversión, reducir costes energéticos (difícil con una fuerte dependencia del petróleo). Los Pactos de la Moncloa también priorizaron la creación de empleo, especialmente el empleo privado (en un país de funcionarios que venía de confundir el Estado con el país, como en cualquier dictadura, sea de izquierdas o derechas). Había poca iniciativa privada,

poca iniciativa empresarial y lo primero que había que abordar era la reducción del gasto público, un plan de gestión de la deuda, la apertura a los mercados financieros, o la liberalización bancaria.

—En 1977, con una inflación superior al 20 % y un desempleo en rápido aumento, ¿qué riesgos concretos afrontaba la joven democracia española si no se alcanzaba un pacto económico?

—Los pactos económicos, el trabajo de un grupo de personas que desarrollaron una economía sin ideología fue fundamental para enviar dos señales al exterior: la estabilidad y la confianza... Se quería hacer el cambio y se iba a hacer (recuerden a Suárez y su “puedo prometer y prometo”). Ese mensaje se le dio a los ciudadanos españoles y se lanzó al mundo, acercando a España una economía moderna... Fuera del paraguas de estos pactos económicos, los partidos habrían practicado el arribismo político, habrían utilizado noticias como la subida del IRPF para minar al gobierno y no se podría haber trabajado por y para todos. Los pactos fueron fundamentales para nuestra economía y también para nuestra democracia y nuestro futuro.

—Los Pactos de la Moncloa exigieron notables sacrificios sociales —especialmente la moderación salarial—. ¿Qué garantías y contrapartidas políticas se ofrecieron para que una sociedad con una democracia todavía frágil aceptara tales medidas?

—Precisamente ese consenso era la única forma de convencer a la sociedad de que se estaba haciendo por el bien común. Se les explicó de forma madura y honesta (algo tan ausente en las políticas y mensajes paternalistas actuales) y sobre todo se trasladó la ilusión de que España iba a salir de la dictadura y que todos esos esfuerzos se hacían para convertirnos en un país

nuevo. El liderazgo y la dirección estratégica del rey Juan Carlos fueron esenciales para ello. No hay proyecto sin un buen líder.

—¿Por qué crees que fue posible el consenso entonces entre fuerzas tan opuestas —incluyendo comunistas, socialistas, sindicatos y empresarios— y hoy parece casi imposible alcanzar acuerdos similares?

—Te hablaba al principio de la Transición como un ejercicio de ingeniería política y eso fue. A cada uno de los grupos políticos y agentes económicos hubo que ofrecerles esperanza y ventajas a cambio de que renunciaran a sus demandas políticas. El caso más complicado, lógicamente, era legalizar el PCE; parecía difícil que lo aceptara la derecha, pero mucho más complicado era que le compensase al propio PCE, a quien no le parecía a priori suficiente una democracia que nacía bajo un régimen de monarquía parlamentaria, cuando ellos aspiraban a una república. Se pusieron sobre la mesa las ventajas y desventajas para el propio Santiago Carrillo que finalmente aceptó el reto de la reconciliación nacional... Parece imposible llegar a esta situación de aceptación de consensos entre diferentes, porque la división de España en dos bloques vuelve a ser notable. La mayoría de izquierdas que gobierna España es frágil y se basa en acuerdos cainitas que merman al poder central. Y aunque parezca que Junts es quien sujeta al gobierno y quien recibe los acuerdos más favorables, lo que realmente marca el equilibrio del gobierno es haber sumado a un blanqueado Bildu a las mayorías parlamentarias. Más serio es que además parte de la izquierda haya copiado su mensaje de que la Transición no existió y forma parte del franquismo... Mientras este equilibrio de fuerzas exista son muy difíciles los pactos entre los dos partidos mayoritarios.

—Si entendemos la democracia como una arquitectura institucional que requiere bases sólidas, ¿Cuáles serían, desde tu experiencia como catedrática de Finanzas, las columnas económicas imprescindibles de una democracia moderna?

—Las columnas económicas actuales pasan por reducir la inflación y gestionar correctamente la moneda digital, incrementar la innovación y la atracción y retención del talento, reducir los costes energéticos, aumentar la oferta de vivienda, mejorar la productividad, aumentar el empleo juvenil, que Europa controle fronteras en la importación de productos que no cumplan la normativa UE, establecer mecanismos de estimulación del ahorro privado para la jubilación, reducir la deuda pública y fijar límite de déficit. Hace unos días presentaba una moción al respecto en la Comisión de Economía del Senado de España y estas fueron mis peticiones: pacto contra la inflación, plan de empleo juvenil, plan de vivienda (para aumentar la oferta, justo lo contrario de lo que se está haciendo); plan de deuda pública, plan de productividad empresarial, plan de innovación y retención del talento, plan de sostenibilidad de las pensiones y estimulación fiscal del ahorro privado para la jubilación; plan de reducción del déficit y de una vez reformar la financiación autonómica desde la igualdad y el equilibrio de los territorios.

—A la luz de la experiencia de la Transición, ¿crees que la estabilidad económica es condición previa para la estabilidad política, o sucede más bien al contrario?

—Las crisis económicas generan crisis políticas. Por ejemplo, de la crisis del 2008 surge el nacimiento del movimiento 15M en España, coincidiendo con el auge de los populismos en Europa. Esto es lo que explica la actual inestabilidad política y económica de España. Que el presidente Sánchez pactara con

Podemos y absorbiera las demandas de los grupos antisistema ha resultado nocivo para nuestra economía.

—Considerando el contexto actual de alta inflación, deuda pública elevada y profunda polarización, ¿cuáles serían los pilares o elementos esenciales que deberían incluirse en unos "Nuevos Pactos de la Moncloa" para asegurar la estabilidad y el avance del país?

—Completando mi respuesta a la pregunta anterior, se requeriría que el gobierno no dé la espalda al partido más votado. Ha sido capaz de sumar una mayoría muy frágil en el gobierno, contrario al sentir general, pero no debería insistir en gobernar contra medio país. No tener presupuestos, gobernar a golpe de decreto, porque no tiene forma de sumar mayoría para aprobar sus propias leyes, es un acto de enorme irresponsabilidad.

—Como senadora y académica, ¿qué lecciones extraes de aquel acuerdo histórico que deberíamos transmitir a las nuevas generaciones que no vivieron la Transición?

—Las heridas de un país no se curan si no dejas cicatrizar la herida. El gobierno actual, por rédito político, está abriendo esas cicatrices y ahondando la herida que se ayudó a curar en 1977. Solo con generosidad, sentido de Estado y amor a tu país se puede salir de crisis políticas, económicas o pandemias como la que nos asoló hace poco.

—El Salón de Columnas simboliza un momento en el que España decidió creer en sí misma y avanzar unida, incluso en la incertidumbre. Si pudiéramos hablar con los jóvenes de hoy, muchos de los cuales no vivieron la Transición ni recuerdan el valor del consenso, ¿qué les dirías sobre la importancia de poner

el país por delante de las siglas, y de ejercer un liderazgo que piense en el futuro y no solo en el presente inmediato?

—Me preocupa especialmente que los jóvenes no escuchen un mensaje de unidad, de solidaridad, de tolerancia y respeto al distinto... La frivolidad del término fascismo también tiene consecuencias nefastas. Se hace poner el foco de los jóvenes en el odio al contrario, reduciendo su entidad a una condición asociada a algunas de las mayores masacres de la historia. Para algunos jóvenes funciona ese mensaje de “no querer ser estigmatizado” y se alinean con lo políticamente correcto; para otro grupo, un porcentaje importante, el miedo al estigma no funciona y se rebelan radicalizándose a la derecha. Todo ello produce un alejamiento del centro político, que es tan necesario recuperar. Hay que recuperar el centro para que los jóvenes puedan “bucear” en él y desarrollarse como personas moderadas, solidarias, tolerantes, respetuosas con el que opina diferente. Hay que buscar las posiciones integradoras que fueron el gran éxito de 1977 y que hay que recuperar. Y, para enviarles un mensaje también económico, que sepan que jugar con las finanzas desde el Estado, promover la corrupción, no destinar los recursos a donde son necesarios o tomar medidas económicas populistas que solo buscan el voto a corto plazo... todo ello, tiene un coste económico que se traslada a su generación. Es falso que la nueva generación viva peor que sus padres, viven mucho mejor, pero tienen que ser responsables para no favorecer con sus votos políticas económicas que minan su futuro. Explicar esto es muy difícil en un país con un nivel muy bajo de educación financiera, pero tienen que ir escuchando la realidad. La Transición trató a los españoles como adultos; va siendo hora de que los políticos lo vuelvan a hacer.

Que esta conversación nos ayude a comprender que la economía, lejos de ser un asunto técnico, es un lenguaje de responsabilidad, visión y compromiso con el bien común. Como aquellas columnas, las decisiones de hoy también sostendrán el techo del mañana.

Senado de España.

Madrid, 6 de diciembre de 2025.

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Diego Alcón Espín

Al despedirme de mi conversador, Diego Alcón Espín, ya fuera del recinto del Parador de Ávila, una noche fresca del mes de agosto de 2022, comenté que su tío, Adolfo Suárez, había ingresado ya por derecho propio en el Olimpo de la Historia. Que la relación de títulos, condecoraciones y distinciones que había recibido en vida y a título póstumo era tan numerosa que ningún revisionismo histórico con intencionalidad política sería capaz de borrar la imagen impresa en el imaginario colectivo de todos los españoles del gran hombre de Estado que fue.

Diego Alcón es Consultor de empresas. Comenzó su vida laboral antes de terminar su carrera de Ciencias Empresariales en el despacho Vahn y Cía. Auditores y Consultores, dirigido por José Luis Graullera. Luego, su espíritu inquieto le dirigió hacia la industria cinematográfica, trabajando en la parte económica-administrativa de la Media Business School —entidad asociada al Programa Media de la Unión Europea—, a las órdenes de Fernando Labrada y Antonio Saura —hijo del famoso director de cine Carlos Saura—, para la realización de cursos de producción audiovisual europeos, dirigidos por el prolífico y exitoso productor de cine Andrés Vicente Gómez.

Tras seis intensos años dentro del apasionante mundo audiovisual decide pasar página, saltando al de la investigación científica, al ser reclamado por el Centro de Investigación del

Cáncer, dependiente de la Universidad de Salamanca y del CSIC.

Este mismo espíritu de emprendimiento le impulsa a cambiar de aires, cruzando el charco desde la ciudad de don Miguel de Unamuno hasta la República Dominicana para trabajar como director financiero en un parque temático.

Ha sido el trabajo más completo —me comenta— que he realizado en mi vida, no sólo desde un punto de vista profesional, sino también desde el de aprendizaje humano. En este contexto montó una empresa de desarrollo de páginas web que, junto con otros socios, dirige desde España actualmente.

Pero no piensen que ya está todo dicho de Diego Alcón sobre su trayectoria laboral e inquietudes personales, pues es toda una caja de sorpresas. Así que los animo a seguir leyendo, ya que mi nuevo conversador ha venido siguiendo —consciente o inconscientemente— a lo largo de su vida el principio formulado por el padre de la industria automovilística moderna, Henry Ford, de que *«Uno de los mayores descubrimientos que hace un hombre, una de sus grandes sorpresas, es descubrir que puede hacer lo que temía no poder hacer»*.

Resulta que, aunque en su casa vivió el amor por la música clásica y la ópera a un nivel que él califica de “summun”, con 12 años le picó el virus de Elvis Presley, convirtiéndolo en “Elvispresliano”. Dos años más tarde, con 14 años, aprendió a tocar la guitarra con canciones del rey del rock y a los 18 montó *Rail* con amigos de Ávila y Madrid —un grupo de rock, por supuesto— aclarándome que para poder pagar los instrumentos tuvieron que trabajar durante dos años de verbeneros en los pueblos, pues la necesidad obliga. Y ahora, en este preciso momento, vuelve a la música como cantante y guitarrista con *The Charlies*. También —sorpresa, sorpresa— con el

400

espectáculo musical de “rockabilly” llamado *Johnny Levea & The Charlies*.

Además de su vena musical está su faceta deportiva. Desde muy jovencito —«*Los buenos hábitos formados en la juventud marcan toda la diferencia*», según Aristóteles— descubrió que casi todos los deportes se le daban bien; mejor dicho, muy bien, llegando incluso a competir exitosamente en diferentes torneos en baloncesto, esquí y natación. Tristemente, por una inoportuna lesión en la espalda a los 15 años tuvo que dejarlos a nivel competitivo.

—No me sorprende, Diego, que, con todas estas actitudes e inquietudes, Adolfo Suárez te acogiera en su casa como uno más de su familia —le comento— hasta el punto en que, hoy, cuando te refieres al primer presidente del Gobierno de España tras la dictadura, lo hagas en términos cariñosos y respetuosos como “tío Adolfo”.

—Antes de nada, tengo que explicar cuál es mi relación con la familia Suárez. La amistad de mi tío Adolfo con mi padre empezó desde la niñez —me explica.

La figura de mi padre en la vida de Adolfo Suárez es importante, siempre ha estado a su lado, una amistad basada en el cariño, lealtad y admiración mutua. Mis padres fueron siempre una gran ayuda emocional para él en los momentos difíciles. Mis tíos formaban una pareja brillante y acogedora. Mi tía Amparo era una mujer cariñosa, inteligente, culta, con grandes valores y con un gran sentido del humor. Ella y mi madre estaban unidísimas. Esta íntima relación de las dos familias durante tantos años ha sido excepcional y fue apasionante vivir tan cerca de ellos. Por tanto, la relación es desde que nací. Recuerdo mi infancia con ellos, veraneos, vacaciones, etc. Y por supuesto, también con mi hermano Ferdi.

Viví con mi tío Adolfo cinco años, como un miembro más de su familia, primero en la Moncloa y luego en su casa de la Urbanización La Florida. Él fue, por cierto, un gran valedor mío en el deporte —me responde—.

¿Cómo es posible que no seas el mejor en tenis, pero ganas el torneo? ¿Cómo es posible que no seas el mejor en ping pong, pero ganas el torneo? —me preguntaba— Y es que yo tenía entonces un gran “gen competitivo” y nos identificábamos totalmente, ya que él había sido también muy competitivo, tan competitivo que no le gustaba perder ni a los chinos.

Como puedes imaginarte, José Antonio, nuestra afición por ver conjuntamente todos los deportes que se emitían entonces por Televisión Española era máxima, por lo que tratábamos de no perdernos nada. Veíamos con gran interés fútbol, baloncesto, balonmano, las motos, atletismo, sobre todo si participaban españoles, competiciones de clubs, de selecciones... en fin, casi todo el deporte.

En el caso del fútbol se producían rivalidades simpáticas porque él y Adolfo Jr. eran del Madrid, Mariam del Barça y yo del Atlético. Además, en esto de la afición por el deporte debemos incluir el tenis.

A los 16 años y en el Palacio de la Moncloa tuve la suerte de recibir una clase magistral de Manolo Santana en la que me cambió la forma de dar a la pelota —yo soy zurdo— hasta el punto de que mi padre, al ver mi facilidad de adaptación y aprendizaje, me sugirió que me dedicara profesionalmente a este deporte.

En fin, la afición por el deporte en casa de los Suárez ha sido muy importante. Hoy sigo recordando la importancia de la

práctica del deporte por sus innumerables beneficios físicos y mentales y para la formación de valores humanos.

Según iba avanzando nuestra conversación para la serie *El espíritu de la Transición*, sentí interiormente que debía titularla “En busca del tiempo perdido”. Sí, ya comprendo que estén pensando que me he cubierto de gloria —por falta de originalidad— eligiendo para esta nueva entrega el mismo título elegido por el escritor francés, Marcel Proust, para su obra cumbre. Me podrán decir —y esto yo lo debo aceptar con suma deportividad— que he sucumbido a la pretenciosidad tratando de emular a una de las más geniales creaciones literarias del siglo XX. Les daré a continuación mis razones.

À la recherche du temps perdu —En busca del tiempo perdido— es, efectivamente, una obra maestra de la literatura del siglo XX, escrita por Marcel Proust con el propósito principal de preservar la desaparición de los recuerdos del pasado, sepultados por el tiempo, pero conservados en su inconsciente.

Proust, con este genial trabajo autobiográfico, pretendía, además, superar su obsesión por la huida irreparable del pasado, aniquilador de personas y acontecimientos, viendo en el recuerdo del pasado un modo de poseer la vida y alcanzar la felicidad. En este sentido, mi conversador, Diego Alcón, no es que crea que la felicidad sólo se obtiene rememorando los momentos dichosos de la vida, pero sí que, reviviéndolos, nos ayudan a entender muchas cosas de nuestro presente.

—Me sigo enfadando mucho —me asegura— cuando alguien se refiere a Adolfo Suárez en términos despectivos o cuando fabulan sobre su actuación política, sin conocer verdaderamente los hechos.

—Yo diría que tú —apostillé— no sólo tuviste la suerte y el privilegio de conocerle muy de cerca, sino que, además, fuiste testigo excepcional de algunos momentos clave de la Transición como el del golpe de Estado del 23F.

Un detalle, por cierto, sumamente importante de tu trayectoria vital descubierto en su día por la conocida periodista Angels Barceló, especializada en programas y magazines de carácter informativo y de divulgación, que la llevó a realizarte una entrevista radiofónica el viernes 27 de marzo de 2014, es decir, cuatro días después del fallecimiento de Adolfo Suárez.

—Sí, en efecto. A Angels Barceló le llamó mucho la atención que mi padre, Fernando Alcón, que había sido entrevistado por ella el viernes anterior, para hablar de la situación de la salud de Adolfo Suárez, le comentara que mi madre y él eran muy amigos de la familia Suárez; que iban a pasar los fines de semana y temporadas en la Moncloa; y que yo viví con ellos cinco años cuando me vine a estudiar a Madrid.

—En esta entrevista Angels te preguntó por tus recuerdos sobre el 23F.

—Sí. Para mí, como para cualquiera, aquel acontecimiento fue inolvidable. Yo estaba escuchando la radio con Adolfo junior en el tercer piso del Palacio de la Moncloa, que era donde estudiábamos. Al lado estaban los teletipos; así que salimos disparados a ver qué había pasado. Las primeras noticias de aquellos teletipos eran que se había tenido que suspender la sesión de investidura por la irrupción en el Congreso de un comando de la Guardia Civil. Lamentablemente, pudimos saber que aquello era mucho más grave.

—También te preguntó por el día a día con el presidente del Gobierno de España en su casa del Palacio de la Moncloa.

—Pues le comenté que, como te he dicho anteriormente, fue una auténtica suerte y un privilegio el compartir los cinco años que estuve con ellos. Y esto, no sólo con respecto a mi tío Adolfo, sino también con mi tía Amparo, una mujer maravillosa, así como con el resto de la familia, que me trataron como uno más. Yo diría que Adolfo Suárez fue para mí en un 50% un segundo padre, y el otro 50% un gran amigo.

—Y tampoco faltó la pregunta relacionada de cómo era la convivencia con él en la cotidianidad.

—Respondí que era una persona de unas costumbres sencillas. Por ejemplo, disfrutábamos jugando a las cartas por las noches. Ya en su casa de La Florida mantuvimos él y yo, mano a mano, muchos “match” al chinchón. Él casi siempre me ganaba viendo la televisión. Yo me ponía de espaldas para concentrarme, pero no había manera. En esos momentos se relajaba completamente, sobre todo viendo los deportes.

—Debo añadir que también aprendí en su casa a jugar al mus, ajedrez, mahjong....

Mientras escuchaba estas “intra-históricas” escenas contadas por Diego, un testigo excepcional de un periodo convulso y, al mismo tiempo, apasionante de la Historia de España, observaba en su rostro una cierta nostalgia y melancolía; una mezcla agri dulce de emociones entre la felicidad y la tristeza. De tristeza, al darse cuenta de que aquel maravilloso pasado era ya irrecuperable; de alegría, al ser consciente de que tuvo la suerte y el privilegio de disfrutarlo. Algo que me hizo comprender inmediatamente la afirmación del poeta, dramaturgo y novelista francés, Víctor Hugo, que *«La melancolía es la dicha de estar triste»*.

En aquel instante me hubiera gustado formularle la pregunta: ¿Qué sientes al darte cuenta de que aquellos prodigiosos años ya no volverán jamás? Sin embargo, reprimí mi curiosidad, al venir a mi memoria —probablemente por el “efecto magdalena de Proust”— el inolvidable slogan publicitario de Kodak: *«Recordar es volver a vivir»*.

¡Qué razón y visión de futuro tenía Kodak, la principal marca de cámaras y rollos fotográficos de aquella época, en la que para “congelar la realidad” en una foto no bastaba con sacar el celular y hacer clic! —exclamé para mis adentros—, por lo que consideré que no era oportuna hacerle esta pregunta, al caer yo mismo en la cuenta de que, al evocar momentos especiales del ayer seguimos, de un modo u otro, conectados al pasado y las personas que formaron parte de él. Una conexión mental que transforma la melancolía en felicidad.

Así que, decidí ir directamente al grano.

—Diego: ¿Quién fue tu tío Adolfo, el hombre que hizo, junto con el conjunto de la sociedad española, que la concordia entre todos los españoles fuera posible?

—¡Un hombre generoso! —me afirma con toda claridad y rotundidad.

—¿Que nació generoso o se hizo generoso? —pregunté pidiéndole aclaraciones.

—Nació generoso y luego extendió su gran generosidad a todos los actos públicos y privados de su vida.

La anécdota que te voy a contar te convencerá de por qué estoy convencido de que Adolfo Suárez nació con una gran generosidad innata. Verás.

Adolfo Suárez nació, como sabes, en Cebreros, un pueblecito abulense que hoy cuenta con una población de poco más de tres mil habitantes. Actualmente tiene dos grandes atractivos: La estación de seguimiento de satélites de la Agencia Espacial Europea y el Museo de Adolfo Suárez y la Transición.

Pues bien, cuentan los más viejos del lugar el episodio entrañable de un Adolfo niño en la calle. Los niños por entonces, como recordarás, jugábamos en la calle, con un repertorio de juegos amplísimo: el pañuelo, el clavo, el jinque, las canicas, las chapas, la peonza...

—Hoy, lamentablemente, enterrados en el olvido por los dichosos videojuegos y otros tantos artilugios hipermodernos — interrumpí—.

Una pena —comenté lamentándome— porque estos juegos formaban parte de la cultura popular, mantenida viva durante siglos de forma oral por los niños y los jóvenes.

—Pues sí. Aquellos juegos tradicionales que nosotros conocimos, y que disfrutábamos agrestemente en el aire libre de calles y plazas, contenían unos valores educativos, socializadores y culturales de primer nivel. En este contexto de juegos infantiles, Adolfo niño observa que una amiguita está descalza, así que le pregunta:

—Oye: ¿Por qué estás descalza?

—Porque se me ha roto la zapatilla —le aclara la niña.

—Pues... ¡cómprate otra! —le propuso Adolfo.

—Es que no les puedo pedir a mis padres que me compren otras zapatillas.

—Pero: ¿Cómo es que no puedes pedir a tus padres que te compren otras zapatillas?

—No, Adolfo, es que mis padres no tienen dinero para comprármelas.

Al escuchar esta respuesta tan triste de la niña, Adolfo se queda callado por un momento y a continuación le dice:

—Pues toma las mías.

Así que, dicho y hecho, se quitó sus zapatillas y se las entregó a aquella niña.

—Y tú, Adolfo, ¿quién te va a dar unas nuevas zapatillas? —le preguntó con curiosidad la niña

—Mañana —le respondió tan pancho—, mi abuela ya me comprará otras.

—Impresionante testimonio. No tengo palabras, de verdad, Diego. Sabemos que, por lo general, los niños suelen ser egoístas y que actúan con una actitud tendente a no querer compartir sus cosas con los demás.

—De ahí lo llamativo de este episodio entrañable de Adolfo niño.

¿Quién hace eso? Yo probablemente no lo hubiera hecho —me confiesa.

Pero hay más. Mi padre me ha contado que había en el Adolfo niño siempre una predisposición a integrar, a no dejar a nadie fuera de cualquier juego y actividad deportiva; lo que nos lleva a pensar que ese carácter generoso e integrador tan característico en él, ya nació con él, desarrollándolo de un modo notable en su edad adulta, tanto en el ámbito personal como público.

—Esto confirma el principio de la psicología moderna de que cada cosa que hacemos durante la infancia construye la personalidad de nuestro futuro como adultos; que el entorno nos

moldea y nuestras circunstancias de vida generan en nosotros una determinada respuesta.

En fin, lo que vivimos de pequeños determina considerablemente nuestra vida adulta —apostillé—. Así que, te propongo que sigamos la estela del espíritu infantil de tu tío Adolfo durante la afanosa época de adulto.

Todos los hombres, como sabes, tenemos un talón de Aquiles o punto vulnerable. Casi todas las biografías sobre Adolfo Suárez destacan que nació en Cebreros (Ávila) el 25 de septiembre de 1932 y falleció en Madrid el 23 de marzo de 2014; que fue el primogénito de los cinco hijos de Herminia González e Hipólito Suárez; que se licenció en Derecho por la Universidad de Salamanca en el año 1953, obteniendo el doctorado por la Complutense de Madrid; que desempeñó diferentes cargos públicos durante la dictadura franquista, tales como Gobernador Civil de Segovia, Procurador en Cortes o director general de Radiodifusión y Televisión; que en el primer gobierno de la Monarquía, todavía presidido por Carlos Arias Navarro, fue nombrado ministro secretario general del Movimiento; que, contra todo pronóstico, fue designado por S.M. el rey don Juan Carlos para el cargo de presidente del Gobierno en 1976, dimitiendo en 1981; que tuvo un comportamiento heroico durante el golpe del 23F; que se le considera uno de los grandes artífices de la Transición de la dictadura a la democracia; y que, por su abnegación y servicio a los intereses de España y de todos los españoles ha obtenido diferentes reconocimientos como el del Premio Príncipe de Asturias de la Concordia y Doctor Honoris Causa por diversas Universidades.

Pues bien, como sabes, a pesar de esta brillante e impecable trayectoria política —muy resumida— algunos han tratado de minusvalorarlo argumentando que no fue un buen estudiante,

que nunca leyó un libro de la primera página a la última, que era un inculto, un franquista de pro o un hombre perfecto para una Transición hipócrita. ¿Qué opinas tú al respecto?

—Que no comparto en absoluto estas opiniones. Ahí está su obra política ejemplar, coherente con que las creencias y las convicciones hay que traducirlas en actos; que los hombres y las mujeres valen por lo que hacen; que el quehacer público alcanza su sentido más pleno cuando se desarrolla en servicio a los demás; que el trabajo debe estar presidido por la razón, el sentido común y un claro ideal de justicia; y que las tareas más difíciles hay que llevarlas a cabo con sentido del humor, con la sonrisa en los labios, sin presunción, desde el más profundo respeto hacia todos.

Pero también la grandeza humana que demostró con hechos en circunstancias muy adversas como el terrorismo de ETA en alza durante todo su mandato, el golpe del 23F o las enfermedades de su esposa Amparo y su hija Mariam, que denotan su capacidad de resistencia a la desgracia y la voluntad de empezar siempre de nuevo.

—En este sentido —apostillé— podría servir también en apoyo a tu opinión sobre Adolfo Suárez el refrán español «*Obras son amores que no buenas razones*». Sabiduría popular que explica que cuando se quiere a una persona es necesario demostrárselo a través de las obras ya que son los actos los que demuestran si las palabras son ciertas o no.

—Pues sí. Adolfo Suárez desplegó en todos los actos de su vida una gran coherencia personal; y, además de ser un hombre inteligente desde el punto de vista de la inteligencia emocional como tú has escrito en uno de tus artículos de esta serie de *El espíritu de la Transición*, lo fue también —a mi juicio— desde el cognitivo.

La siguiente anécdota, jugando una partida de chinchón con él te va a sorprender.

—Pues, por mi parte, adelante. Soy todo oídos.

—En cierto momento, jugando a las cartas —casi siempre después de cenar— me recrimina:

—¡Pero... Diego, ¡cómo echas esta carta! Es que no te has dado cuenta de las cartas que yo he tirado. ¡Pero cómo puedes jugar tan mal!

—¡Qué pasa! ¿que tú cuentas las cartas? —le comenté algo enfadado.

—¡Claro!

—Venga, no te quedes conmigo. ¿Cómo vas a saber todas las cartas que han salido?

—¿Es que tú no sabes que yo tengo memoria fotográfica?

—Pues no. ¡Qué vas a tener tú memoria fotográfica! —exclamé bastante mosqueado. A ver, ¿cuáles han salido?

Pues, aunque te pueda parecer insólito me dijo todas las cartas que habían salido. Como te puedes imaginar, yo no daba crédito a lo que acababa de ver. A continuación, me dice:

—¿Pero es que tú no sabes que yo soy superdotado?

Hay que tener en cuenta —me aclara— que yo, a Adolfo Suárez, le he conocido desde pequeño, percibiéndole siempre como una persona normal, como de la familia; la excepcionalidad sobre su personalidad me ha venido después, al contemplar su enorme relevancia política en la Historia de España. Por lo tanto, estas afirmaciones tuyas sobre sus capacidades cognitivas me pillaban “fuera de juego”. Pues bien, después me cuenta:

—Mira, Diego, cuando yo estudiaba en el Instituto de Enseñanza Media de Ávila era un mal estudiante, hasta el punto de que llevaba un curso de retraso. Entonces vinieron unos educadores —psicólogos o sociólogos— para hacernos unas pruebas de inteligencia con el propósito de determinar nuestro coeficiente intelectual.

Cuando llegaron los análisis de estas pruebas, el profesor de la clase preguntó por los resultados. Le respondieron que eran normales, salvo que habían detectado que había un superdotado en la clase.

—¿Y quién es? —preguntó intrigado el profesor.

—Adolfo Suárez —le respondieron los educadores

—¡Imposible! De hecho, le he sentado atrás, en la última fila porque va con mucho retraso.

—Pues nos sorprende mucho. Aplicando los correspondientes márgenes de error —le comenzaron a explicar al profesor— los análisis de las pruebas efectuados nos indican que es un chico superdotado.

—Entonces, de aquí en adelante: ¿Qué creen que debemos hacer con Adolfo Suárez?

—Cuidarlo y tratarlo de acuerdo con su especificidad.

Así que, de acuerdo con esta recomendación educativa, el profesor decidió desde ese mismo momento situarlo a su lado. Si es verdad que este chaval es superdotado —debió de pensar aquel profesor—, situándolo a mi lado se va a enterar de todo. Esta decisión resultó muy efectiva a la postre porque, continuando con el relato, él me terminó de contar que había sacado ese curso y el anterior que tenía atrasado. Y no sólo eso,

desde entonces comenzó a interesarse por los estudios y continuar su formación en la universidad.

—¡Qué maravilla! —exclamé— Es un claro ejemplo de cómo la decisión inteligente y sensata de un profesor puede hacer progresar en la vida a una persona hasta límites insospechados.

—Tan insospechados como el de llegar a convertirse en el primer presidente democrático del Gobierno de España —me apostilló.

Luego me aclaró:

Aquel profesor del Instituto de Ávila tan importante para mi tío Adolfo y, de algún modo, para la Historia de España, se llamaba Minguela. Una vez alcanzado su gran sueño de ser presidente del Gobierno, se presentó en Ávila para darle las gracias y reconocerle lo importante que había sido para él. El profesor, ya muy mayor, al verle con toda la parafernalia presidencial, exclamó:

— ¡Adolfo, Adolfo, pero ¡dónde has llegado!

—¡De nuevo, el agradecimiento, una constante en su vida! —exclamé— Me he referido a este aspecto de su personalidad en mi artículo “*Adolfo Suárez, un alma grande*”, del que hemos hablado antes.

Y es que todas las personas que le han conocido muy bien, como María Ángeles López de Celis —Secretaría de Presidencia— o Antonio Regalado —periodista corresponsal de RNE—, comentan que siempre daba las gracias por todo. Personalmente, yo siempre he interpretado este aspecto tan característico de la personalidad de Adolfo Suárez como un estado del alma; más que como un signo de buena educación —que lo es, sin duda—

como un semblante que nos habla de una persona con una alta frecuencia vibratoria.

—Ya lo creo que la tenía. Volviendo de nuevo a su gran capacidad intelectual, que yo pude comprobar en múltiples ocasiones observando su gran concentración y memoria, amplia imaginación, intuición, empatía, seguridad en sí mismo, liderazgo... deseo contarte otra nueva anécdota que corrobora lo peculiar de su personalidad.

Poco tiempo después de que su mentor, Fernando Herrero Tejedor, dejara el Gobierno Civil de Ávila, para el que había trabajado como jefe de la secretaría, decide irse a vivir a Madrid.

Para pagarse la pensión se hace maletero furtivo en la Estación de Príncipe Pío. Su trabajo consistía, como te puedes imaginar, en ayudar a los viajeros en el transporte de las maletas a cambio de recibir propinas. Evidentemente, esto no pasó desapercibido para los que trabajaban como maleteros de un modo legal, que lo veían como una amenaza para sus retribuciones adicionales. Es que estos buenos hombres, además de recibir su sueldo correspondiente por su trabajo legal retribuido, obtenían un sobresueldo con las propinas. Así que no les quedó otro remedio que denunciarlo ante la seguridad de la estación de RENFE para que lo apartaran de allí y dejara de hacerles la competencia.

Mi tío Adolfo, recordando aquellos momentos tan duros y esperpénticos, propios de una novela de Dickens, me contaba que más de una vez tuvo que salir corriendo de allí a toda prisa, tras la denuncia de uno de los maleteros. Posteriormente, casualidades de la vida, cuando tuvo un cargo relevante en la Administración, debido a su gran memoria fotográfica, identificó a la persona que le persiguió por la Estación y le llamó a su despacho.

—¿Se acuerda usted de mí? —le preguntó al maletero que le había denunciado.

—Pues no. Lo siento, no me acuerdo de usted.

—Yo soy aquel joven de la Estación de Príncipe Pío al que usted denunció.

Entonces, aquel buen hombre, al verse en esa situación tan comprometida, entró en pánico pensando en lo peor. Con mirada huidiza empezó a justificarse de este modo:

—Es que yo estaba cumpliendo con mi obligación. Yo no hacía nada malo. Discúlpeme, por favor, si le he podido perjudicar en algo.

—Por favor, no se preocupe —le comentó tratando de tranquilizar a este buen hombre. Usted no tiene nada que temer. Usted cumplió perfectamente con su obligación. Lo que pasa es que le he reconocido y he querido recordar con usted jocosamente aquellos momentos.

—Estoy seguro de que, conociendo como conocemos a Adolfo Suárez —comenté interrumpiendo el relato de Diego— tras este primer encuentro trataría de interesarse por él, por su situación profesional y familiar, dada su enorme empatía que siempre desplegaba hacia todas las personas a las que la propia vida le iba presentando.

—Es muy probable. Pero yo también creo como tú que el reencuentro con su “antiguo colega del mundo de la maleta” derivó en un interés por él, empatizando al máximo, poniéndose en su lugar, haciéndole saber que había vivido en carne propia lo que significaba aquel trabajo tan duro.

Y, ahora, voy con otra anécdota relacionada con su privilegiada capacidad para recordar caras y nombres de las personas que iba conociendo.

Me comentó que en un momento dado fue a pedir trabajo como abogado a una empresa. La persona encargada de hacer la selección lo recibió y lo examinó de un modo bastante displicente, sin ni siquiera mirarlos a los ojos mientras repasaba muy a la ligera su currículum.

—¡Ni me miró, Diego! ¡Ni me miró, ni un momento! Aunque te parezca increíble, aquella persona —de la que dependía mi futuro profesional en ese momento— no se interesó por mí en ningún momento. Tuve la sensación de que para este señor yo no era más que un don nadie.

—Ahora, al escuchar este testimonio tan aleccionador —comenté interrumpiendo el desenlace del relato— puedo comprender mejor que nunca el extraordinario comportamiento que tuvo con mi hermana Pilar —una chica de 20 años, tímida, de provincias y sin apenas recorrido profesional— a la que él no conocía previamente, recibéndola en su despacho de director general de la Radiodifusión y la Televisión española.

En este caso, lo extraordinario radica, como puedes ir deduciendo, en que en aquella etapa este cargo era de mayor enjundia que la de muchos ministerios. Se podría afirmar —sin caer en la exageración— que Adolfo Suárez por entonces mandaba más que algunos ministros de Franco.

En mi artículo “La deseada entrevista” cuento en detalle cómo Adolfo Suárez recibió a mi hermana Pilar —que no era nadie desde un punto de vista de la relevancia política ni social— en su despacho; cómo se interesó por su situación personal y profesional; cómo le facilitó la información correspondiente

para que pudiera presentarse a una convocatoria para la cobertura de plazas de auxiliares administrativos en este organismo público; y, todavía más sorprendente, cómo siguió su rastro, interesándose por los resultados que obtuvo en la misma.

Bueno, creo que se ve desde lejos la diferencia entre el comportamiento que tuvo aquel señor que, cuando Adolfo le pidió trabajo, ni siquiera le miró, y el que tenía él con cualquier persona, fuera ésta alta o baja, rica o pobre, poderosa o humilde.

—Sin duda. Pero la vida, como solemos decir, da muchas vueltas y el gavián puede llegar a convertirse en paloma. Te sigo contando cómo quedó la cosa.

—¡Claro, adelante!

—Pues resulta que ya como presidente del Gobierno, en una reunión en la Moncloa con representantes de la organización empresarial CEOE, volvió a encontrarse con ese señor al que Adolfo le pidió trabajo y ni le miró. Al terminar la reunión, se dirigió a él pidiéndole amablemente que se quedara, pues deseaba hablar con él a solas.

—¿Usted no se acuerda de mí? —le preguntó Adolfo.

—Pues no, la verdad es que no.

—No se acuerda de mí porque cuando fui a verle para solicitarle trabajo en su empresa usted ni me miró. En ningún momento levantó su cabeza para mirarme.

—¡Impresionante! Me imagino que este señor, que no tenía por costumbre ni por conveniente, mirar a la gente que consideraba inferior, se quedaría hecho un flan.

—Creo que se quedaría destrozado, avergonzado, nervioso y desconcertado, aunque como siempre, la cordialidad y el

carisma de Adolfo Suárez transformó aquel pasaje como un aprendizaje positivo.

—Es que Adolfo Suárez guardaba, como bien sabes, mucho las formas, plenamente consciente del principio esgrimido en la famosa película *Gladiator* de que «*Lo que hacemos en esta vida tiene su eco en la eternidad*».

Yo sostengo también que él tenía muy interiorizada la idea planteada en la película espiritual *El guerrero pacífico* de que «*Cada momento es único, que no hay instantes vacíos*”; *que todo momento es un regalo de la vida; que las cosas ocurren sólo una vez*».

Por cierto, hablando de momentos: ¿Conoces el affaire que tuvo Adolfo con Valéry Giscard d’Estaing, a la sazón presidente de la República Francesa?

—Sí, conozco esa historia rocambolesca —me dice Diego— aunque con diferentes versiones. Así que me gustaría escuchar la tuya.

—Te el cuento encantado. Es la que yo he leído y escuchado en diversas ocasiones.

Valéry Giscard D’Estaing, como bien sabemos, era un pura sangre francés, muy chovinista y arrogante. Llevaba la política en las venas: su madre era hija y nieta de políticos que habían pasado por el Parlamento, el Senado y algún que otro ministerio. Él, tras pasar por el parlamento y el ministerio de Finanzas, había conseguido ser el vigésimo presidente de la República Francesa con 48 años. ¡Ahí es na!

Era público y notorio que entre ambos dirigentes no había buen “feeling”. Que Giscard d’Estaing no se llevaba nada bien con Adolfo Suárez, que no lo soportaba, tratándolo como un

advenedizo. Para escenificar su animadversión le tuvo una hora esperando en el Palacio del Elíseo. Y Adolfo Suárez que, como sabes, era un hombre de grandes reflejos, se hizo el longuis contemplando los cuadros expuestos en las paredes de un largo pasillo de este palacio, para obligarle a que saliera a buscarle.

Si como te he comentado anteriormente, Adolfo, en su calidad de director general de Radiodifusión y Televisión, se levantó de su sillón para recibir con afecto e interés, en un gesto sublime de cortesía —no hay manifestación de verdadera cortesía que no se base en un profundo fundamento moral— a mi hermana Pilar, que esperaba en la antesala de su despacho, era de esperar —qué menos, por favor— que el presidente Giscard saliera a recibir inmediatamente al presidente Suárez. Pero no, el sr. Giscard d'Estaing mantenía su trasero bien pegado a su sillón presidencial, a la espera del correspondiente rendimiento de pleitesía.

Mientras tanto, el presidente Suárez seguía a lo suyo, simulando interés por las obras expuestas. Su teatralización llegó a ser tan buena que, incluso, para que su simulado interés por aquellos cuadros fuera creíble, preguntó a alguien que le explicara algunos detalles. Así, hasta que Monsieur d'Estaing entró en cólera, perdiendo la paciencia y hasta las formas, obligándose a levantarse de su asiento para recibir al legítimo representante del pueblo español.

—Ja, ja, ja. ¡Qué bueno! —me comenta Diego con una risa de oreja a oreja—. La historia es muy buena y básicamente coincide con lo que yo ya conocía, aunque Giscard no le hizo esperar una hora, eso hubiera estado fuera de cualquier protocolo. Adolfo era muy rápido de reflejos y con un enorme autocontrol. En los regates cortos era insuperable.

—Lo era. Ya lo creo que lo era. Mira si lo era que esta esperpéntica historia con don Valery no terminó ahí. Seguramente conocerás que, después de obligar al máximo representante de la “grandeur de la France” a salir de su despacho para recibirle, fueron a almorzar.

Ya en el comedor le presentó un “Château Lafite”, al parecer un vino excelente francés de la mejor añada, preguntándole displicentemente:

—¿Sabe usted cuánto vale este vino que va a tomar? A lo que Adolfo Suárez le responde:

—Yo solo bebo leche y, por cierto, para comer, me gustaría que me pusieran una tortilla francesa bien pasada.

—Ja, ja, ja, sí, es que así era mi tío Adolfo de gallardo y audaz. La anécdota me consta que no fue así. Me contó que sí le ofrecieron el vino, pero Giscard no le preguntó sobre su valor. Sí rechazó el vino que le iban a servir y pidió un vaso de leche. Tampoco me cuadra que pidiera tortilla francesa.

La afrenta francesa a nuestros productos agrícolas —añade Diego— la tenía muy presente y le pareció un pequeño gesto del malestar español al boicot de transporte de nuestros productos en Europa y a nuestra entrada en la UE. Además, y casi peor, Francia no colaboraba nada en nuestra lucha contra el terrorismo, ya que permitían que los terroristas se escondieran tras la frontera francesa.

—En fin, las tensiones entre ambos políticos llegaron, incluso, a lo personal —le seguí explicando— A Giscard no le gustaban los efusivos saludos de Suárez. A Suárez tampoco le gustaba que Giscard le puenteara hablando directamente con Zarzuela. Giscard trataba de menospreciar a Suárez por su falta de preparación en cuestiones económicas y culturales. Suárez se

indignaba al observar el trato preferente de Giscard a sus homólogos europeos Helmut Schmidt y Margaret Thatcher.

—Esa supuesta “falta de preparación” de nuestro presidente del Gobierno —interrumpe Diego— es una auténtica falacia nacida de la primigenia derecha española a principios de la democracia, ya que él era el enemigo a batir y no se encontraban otros argumentos con los que poder atacarle.

Te puedo asegurar que en su casa he vivido un ambiente cultural alto, rico en lecturas de todo tipo, conversaciones sobre pintura, música clásica y moderna, cine, teatro con Gustavo Pérez Puch y Mara, grandes amigos de la familia...

En fin, un ambiente muy enriquecedor. Mis tíos formaban una pareja brillante, fuera de lo común. La capacidad intelectual de Adolfo Suárez brillaba sobre todo en las distancias cortas, y en las reuniones con catedráticos, empresarios, políticos y todo tipo de agentes sociales.

Al finalizar mi reflexión sobre el público y notorio “aprecio y cariño” que se tenían ambos mandatarios, miré instintivamente mi reloj, que marcaba las nueve y quince minutos de la noche. Llevaba, pues, más de dos horas conversando animosamente con Diego sobre su tío Adolfo en los jardines del emblemático Parador de Ávila. A los dos se nos había pasado el tiempo volando. En ese momento había bajado bastante la temperatura y comenzábamos a sentir frío. Es que, en Ávila, la ciudad mejor amurallada del mundo, el lugar donde se escuchan todavía los silencios, así como tierra de cantos y muchos santos, hay que ponerse algo de cintura para arriba por las noches y arroparse en la cama para dormir, incluso habiendo tenido un día tan caluroso como este del mes de agosto.

—Oye, Diego, está empezando a refrescar. ¿Te parece que pasemos dentro?

—Sí, claro. Dentro estaremos mejor.

—Por cierto, ¿hasta qué hora podemos seguir conversando sobre tus recuerdos relacionados con tu tío Adolfo?

—Para las cosas de mi tío Adolfo no tengo hora. Así que, por mi parte, podemos seguir conversando toda la noche. No tengo ningún problema.

—¿Te parece entonces que continuemos nuestra interesante conversación disfrutando al mismo tiempo con las exquisitas raciones —*plaisir à deux*, para el “simpático” y “empático” *monsieur Valery Giscard d’Estaing*— que ofrece este Parador en cafetería?

—Me parece perfecto.

Y, en efecto, no lo hubo. Nuestra conversación continuó animadamente hasta la hora tope fijada para el servicio de cafetería de este Parador, un antiguo palacio, el Palacio de Piedras Albas, de relatos de leyenda. Pero no se equivoquen. No saquen la conclusión de que Diego y yo somos “dos cierrabares”. Yo no soy trasnochador, sino madrugador, aunque no al modo de don Quijote, amante de la caza. Diego sí, lo es, pero por exigencias del guion —cuestiones profesionales—, que le obligan a trabajar a horas intempestivas.

Como el niño o la niña que está en la cama para dormirse, y para que se duerma de una vez, su papá, su mamá, su abuelo o su abuela, le cuentan el último cuento, le pedí a Diego que me contara la última anécdota, la última historia, la última reflexión, antes de que la carroza real se convirtiera en calabaza,

echando por tierra la magia de aquella noche plagada de bellos y gratos recuerdos.

—Te cuento, encantado, la última. Se trata de un pasaje de mi vida en el que probablemente mi tío me salvó la vida.

Sería el año 1993 cuando la directora de la empresa de consultoría en la que yo trabajaba me ofreció la posibilidad de ir a Ruanda como asesor tecnológico del Ministerio de Economía ruandés. Se trataba de una especie de contratación por parte de la Unión Europea para trabajos de cooperación internacional. Es decir, yo iría como representante de la cooperación de la Unión Europea a trabajar de asesor tecnológico en unas condiciones excelentes.

Aquello me resultaba muy atractivo. Lo primero que hice al llegar a casa fue consultar la enciclopedia para conocer toda la información posible del país: territorio pequeño en el centro de África, con una orografía muy diversa y con cerca de 10 millones de habitantes divididos en dos etnias: los Hutus (también llamados Buhutus) y los Tutsies. Aunque la enciclopedia informaba del constante conflicto de varios siglos entre estos dos grupos de población, me pareció algo normal de la zona, no parecía nada alarmante para alguien que fuera comisionado como delegado de la Unión Europea.

En aquel momento no se había escuchado hablar nada de Ruanda, no había ocurrido nada lo suficientemente destacado para salir en las noticias de la televisión o la radio (por aquel entonces Internet no existía). En ningún momento tuve la sensación de que fuera un sitio crítico o peligroso, y ni siquiera pensé en la fauna local ya que iba a vivir en la capital, Kigali.

Cuando ya pensé que tenía todo documentado, se lo comenté a mis padres y a mi novia. Aunque tuve respuestas de todo tipo,

yo ya estaba bastante ilusionado. Yo era un joven de 29 años y me apetecía la “aventurilla”. Mi padre, viendo cómo yo estaba enfocando el asunto, no me dijo nada en contra. Pensaba por un lado que las condiciones económicas eran enormemente atractivas y que yo iba a trabajar en nombre de la Unión Europea. Los dos creímos que podría suponer un gran salto para mí. Pero entonces soltó una frase vital: “tienes que ir a contárselo a tío Adolfo a ver qué opina”. Y yo asentí sin perder un ápice de ilusión.

Al día siguiente fui a ver a mi tío a su casa de La Florida. Estuvimos hablando en el comedor. Recuerdo que yo me senté en la silla que habitualmente era la suya en las comidas, mientras él escuchaba y paseaba de lado a lado, como a él le gustaba hacer en la intimidad de su casa con los amigos. Empecé a hablar exponiendo los detalles del trabajo que me habían ofrecido, con la ilusión de alguien que ya tiene prácticamente decidido el viaje.

Entonces él me empezó a hablar de Ruanda. Comenzó a darme datos de todo tipo, pero sobre todo de la población y su conflicto permanente entre los Hutus y los Tutsies, de quiénes estaban gobernando, qué países estaban detrás de su gobierno, de las actividades económicas... en fin, toda una serie de detalles que ni siquiera venían en la enciclopedia que yo consulté.

Yo no daba crédito a lo que estaba escuchando, estaba perplejo. Poca gente en España sabía una sola palabra sobre Ruanda, no salía en la prensa ni en ningún lado y él me estaba dando una conferencia sobre el país. Mientras yo le escuchaba me preguntaba cómo era posible que supiera tanto de un país tan pequeño en el centro de África.

Lo peor fue cuando tras darme todo tipo de datos me dijo:

—No te recomiendo que aceptes ese trabajo, no lo cojas porque van a entrar en una guerra civil y puede ser muy sangrienta.

Yo estaba desenchajado, no esperaba para nada escuchar ese consejo. Yo no quería creerlo, no quería hacerle caso, no quería, no...

Entonces fue cuando de forma tajante y vehemente me dijo:

—Diego, soy tu tío, te conozco perfectamente y conozco esa mirada. ¡Te prohíbo terminantemente que vayas a Ruanda!

No tuve más remedio que asumirlo de forma inmediata, era lo más inteligente después de lo escuchado. Y sonriendo dije:

— De acuerdo, no iré.

Cuando llegué a casa lo primero que hice fue preguntar a mi padre: — ¿Tú has llamado a tío Adolfo para contarle lo de Ruanda?

— No — me contestó tranquilamente.

A continuación, pensé: increíble, lo de hoy ha sido de flipar. Y les conté a mis padres la conversación como otra anécdota más de tío Adolfo.

Unos meses después, Ruanda se nos hizo tristemente conocida para todos. Ahora sí que salió en televisión, radio y prensa durante varios días, incluso meses.

La guerra civil empezó con un genocidio salvaje entre las dos tribus, sobre todo de los Hutus contra los Tutsies, y se llevaron por delante monjas, misioneros, sacerdotes, diplomáticos, incluso algunos representantes europeos. Más de 800.000 personas murieron. Fue horrible, como todos sabemos.

Y por eso cuento la anécdota así: ¡mi tío me salvó la vida!

—Y, por último, Diego, ¿qué aprendiste de esta experiencia que pudo ser terrible pero que, afortunadamente, se quedó en una buena anécdota?

—Sencillamente que, en la vida, como en las cartas, en los juegos y en los deportes —metáforas de la propia vida— hay que estar siempre muy concentrados, muy bien informados, muy presentes, tan presentes como siempre lo estuvo mi tío Adolfo.

EL ÚLTIMO ADIÓS

José Pulido Navas

El 23 de marzo del año 2014 nuestro país perdió a Adolfo Suárez González, uno de los hombres más importantes de nuestra historia reciente.

El fallecimiento del primer presidente democrático de España tras la dictadura se produjo exactamente a las 15:00h del domingo 23 de marzo del año 2014, en la clínica Cemtro de Madrid, donde permanecía ingresado desde el lunes a causa de una infección respiratoria que derivó en neumonía. Adolfo Suárez tenía entonces 81 de edad. El portavoz de la familia, Fermín Urbiola, transmitió a la sociedad española la noticia de su fallecimiento con este escueto comunicado:

«Vengo a comunicaros, por expreso deseo de la familia, que Adolfo Suárez González ha fallecido. Muchas gracias por todo vuestro cariño de parte de la familia».

De acuerdo con el parte médico, el presidente Suárez fallecía por “EPOC agudizado en el contexto de la enfermedad de Alzheimer”. La doctora internista responsable de su atención, Isabel de Azuela, subrayó que: *«Ha estado sereno, rodeado de su familia, con buena calidad de vida hasta el final de sus días».*

Su muerte produjo en España una eclosión de emociones colectivas. Políticos de diferentes ideologías, empresarios, sindicatos y el pueblo de forma mayoritaria manifestaron de múltiples maneras su emoción y reconocimiento hacia un

político de raza, al que una cruel enfermedad había sumido de forma prematura durante muchos años en el olvido.

El sentimiento general puede sintetizarse en la idea de que todos los españoles estarán siempre agradecidos con quien supo anteponer los intereses de España a los suyos propios, para lograr un nobilísimo ideal: la recuperación de la libertad, la paz y la concordia. Sí, sobre todo, ésta última: la concordia.

Porque, si hubiera que condensar en una sola frase el gigantesco legado del presidente de la Transición, ésta tendría que ser necesariamente la misma de su epitafio en la Catedral de Ávila y en los muros de la Universidad de Salamanca, recordando a uno de sus alumnos más relevantes del pasado siglo XX: «*La concordia fue posible*».

El Congreso de los Diputados dispuso la apertura de una capilla ardiente en el Salón de “Pasos Perdidos” por un periodo de veinticuatro horas. Por allí pasaron para despedirse de él las principales autoridades del Estado, encabezadas por los Reyes, el presidente del Gobierno y los presidentes del Congreso y del Senado.

Consumado el tiempo establecido, el féretro de Adolfo Suárez, al son de música fúnebre, abandonó el Congreso de los Diputados por la escalinata de la Puerta de los Leones, portado por un piquete de honor y en compañía de los tres ejércitos y de la Guardia Civil. Este piquete, formado por diez soldados del Regimiento Inmemorial del Ejército de Tierra se paró en la escalinata del Congreso para escuchar el himno nacional. Cuando acabó el himno, el respetuoso silencio se tornó en numerosos aplausos de la multitud congregada en la Carrera de San Jerónimo, dando comienzo al desfile militar que rindió honores de Estado al primer presidente de la democracia española tras la dictadura.

Adolfo Suárez fue enterrado dentro del Claustro de la Catedral de Ávila, donde también reposan los restos mortales del medievalista y presidente de la República en el exilio, Claudio Sánchez-Albornoz.

Posteriormente, serían trasladados hasta allí desde una capilla de la iglesia de Mosén Rubí los restos de su esposa, Amparo Illana, fallecida en el año 2001 a consecuencia de un cáncer.

La sabiduría popular nos dice que el tiempo pone a cada uno en su lugar, en línea con la afirmación contenida en *El Quijote*:

«Confía en el tiempo que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades».

Pues sí, el tiempo o la vida que nos enseña a comprender lo fugaz de un acontecimiento o su relevancia; el tiempo o la vida que empequeñece a los hombres o les engrandece; el tiempo o la vida que, como en el caso de Adolfo Suárez, eleva a los hombres hasta el Olimpo de la Historia, un divino rincón sólo reservado para las almas grandes como la suya.

En Ávila —me confesaría seis meses después mi compañero de RNE, Pepe Pulido, la despedida de Adolfo Suárez se recibió con un profundo sentimiento de tristeza y de dolor. Es que —me subrayaba— para todos los abulenses Adolfo Suárez era más que el presidente que llevó a España a la democracia; era el hombre cercano, el amigo; el político que ante sus paisanos se transformaba en un ser cálido y simpático.

Los que le llegaron a conocer —me continuó comentando— cuentan anécdotas del Suárez niño, como un muchacho animoso y emprendedor que muy pronto mostró su inquietud por la política, recordando vivamente el rostro del hombre bondadoso, honesto y valiente que siempre fue; también su entereza ante los golpes con los que le castigó la vida, especialmente la grave

enfermedad de su mujer y su hija, llevándolos a ambas hasta la muerte.

¡Sí, honestidad y entereza!... dos valores humanos que los abulenses echan de menos entre los políticos actuales. Y el día de su entierro —me afirmaba Pepe Pulido con visible nostalgia— todo ese cariño se hizo lógicamente patente.

A pesar del tiempo tan desapacible, con lluvia y viento —muy extremados, por cierto— los abulenses se echaron a la calle ese día para mostrarle su cariño y respeto, y darle el último adiós a su paisano. Un aprecio que ya tuvieron ocasión de mostrarle en vida, desafiando al dicho bíblico de que nadie es profeta en su tierra. Y es que los abulenses no le abandonaron nunca, ni siquiera en los peores momentos como el de la noche de las elecciones municipales y autonómicas de 1991, un descalabro electoral para el CDS, en la que comprendió que su figura política se había eclipsado pese a sus grandes aptitudes y enormes esfuerzos.

Recordemos que esa noche —otro momento muy duro para Adolfo Suárez— en una habitación de la sede que su partido tenía alquilada junto a la Puerta de Alcalá, rodeado de todos sus fieles, casi con lágrimas en los ojos, pronunció una de sus frases célebres, «*A mí me quieren, pero no me votan*», retirándose unos días después para siempre de la vida política.

En fin, los abulenses, en estos instantes de duelo, eran plenamente conscientes de que se iba uno de los suyos.

Al recordar esta escena histórica tan emotiva y dolorosa, ambos guardamos silencio; un largo y profundo silencio que trajo a nuestra memoria instantáneamente la imagen de miles de abulenses saliendo a las calles de la ciudad para rendirle un sincero y profundo homenaje, llenando el recorrido desde la

Escuela Nacional de Policía hasta la plaza de la Catedral, con manifestaciones tan sentidas como ésta:

—Estamos aquí porque nos sentimos abulenses, y como abulenses reivindicamos al gran hombre que fue Adolfo Suárez: una gran persona que se merece que Ávila entera salga a la calle por él.

También, vino a nuestro recuerdo durante este inevitable silencio la imagen del Hospital “Nuestra Señora de Sonsoles”, uno de los puntos más concurridos en la recepción al cortejo fúnebre, trayéndonos dos sensaciones contradictorias: la del intenso frío, propio de un mes de marzo en Ávila y, al mismo tiempo, la del calor humano que, en aquellos momentos de altísima emotividad, desprendía la concurrida concentración compuesta por personal sanitario, enfermos y familiares, así como de personas que acudían a las consultas, que vieron la gran ocasión para rendir su particular homenaje Adolfo Suárez, uno de los suyos.

Esta imagen tan poderosa, emotiva, única e irrepetible, se fue ampliando en nuestra mente, captando una hilera continua desde la rotonda de acceso a este hospital hasta la pasarela, y luego por toda la Avenida de Juan Carlos I, hasta adentrarse en la ciudad, escuchando en nuestro interior los sonoros aplausos, cargados de sentido dolor y tristeza, dirigidos al que consideraban su presidente. Un unánime y profundo sentimiento de reconocimiento a su persona y a su labor. Y es que, aquí, en Ávila, a Adolfo Suárez no sólo se le quería, también se le votaba.

Cuando le pregunté a Pepe Pulido por si este aprecio que el pueblo abulense le mostró durante su emotivo último adiós podría irse diluyendo con el tiempo me respondió, sin dudarle,

que este aprecio a su juicio no iba a desaparecer en absoluto; creo firmemente, más bien, que se irá acrecentando.

Desconozco qué pensamientos y reflexiones llegaron a la mente de mi compañero y amigo, Pepe Pulido, al comentar que, a su juicio, el aprecio de los abulenses por Adolfo Suárez se iría acrecentando con el tiempo. A la mía llegó la historia del Principito y la rosa, un cuento maravilloso para reflexionar sobre la empatía, y las formas tan complejas que a veces adquiere el amor.

—Te amo —le dije.

—Yo también te quiero —dijo la rosa.

—No es lo mismo —contesté.

—He sido tonta —me dijo ella —Ahora lo entiendo. Te pido perdón. Sé feliz.

Ahora sus restos mortales reposan en la Catedral de Ávila junto a los de su esposa, Amparo Illana, por expresa voluntad de ambos —me comentó, sacándome de mis poéticas reflexiones sobre la naturaleza del amor. Luego, continuó explicándome:

—Desde los días siguientes al entierro comenzaron a acudir muchas personas, y lo siguen haciendo para recordar la memoria de este hombre que ya forma parte de la Historia de España. Vienen desde todas las partes de nuestro país; también, por supuesto, abulenses porque para ellos, Adolfo Suárez, no sólo forma parte ya de la Historia de España, es que sienten que es parte de su propia vida; por lo que vienen plenamente decididos a rendirle ese testimonio de respeto y reconocimiento. En fin, este lugar se ha convertido ya casi en una especie de centro de peregrinación.

Finalmente, quise que mi compañero, José Pulido —Pepe Pulido—, al que considero un periodista excepcional y también poeta, campo este último donde ha alcanzado diversas distinciones y reconocimientos, se mojara, como solemos decir en nuestro argot profesional. Así que, me lancé a la piscina, convencido de que estaría llena de agua en este caso, preguntándole por su opinión sobre la figura de Adolfo Suárez.

—Yo creo que Adolfo Suárez —me respondió con un tono más reposado, meditando internamente cada palabra que iba pronunciando, consciente de que, en este caso, sus reflexiones podrían ser inscritas con letras de oro— no sólo ha entrado en la Historia, esto es indiscutible. Nadie puede cuestionar hoy que estamos ante una figura histórica de primera magnitud, por su contribución decisiva del paso de la dictadura a la democracia, de forma ordenada y pacífica, a pesar de los innumerables obstáculos que tuvo que sortear, así como para la concordia entre todos los españoles.

En mi opinión, para el imaginario colectivo español, Adolfo Suárez se ha convertido en una especie de “santo laico”, por favor, con muchas comillas —me aclara—; en todo caso, en un referente moral, en un ejemplo de virtud, como decían los clásicos.

A continuación, le pregunté por el legado humano que, a su juicio, había dejado Adolfo Suárez a todos los españoles.

—En primer lugar, Adolfo Suárez nos dejó a todos los españoles —me respondió —la imagen muy viva de un hombre con valor y dignidad; la de un hombre que no se doblegó ante las amenazas y las balas; la de un hombre que supo guardar la calma en los momentos más difíciles, como el del golpe de Estado del 23F.

En segundo lugar, el ejemplo que nos dio con su propia dimisión de la Presidencia del Gobierno, en un país en que, la verdad, las dimisiones no son noticia habitual.

En tercer lugar, su marcha de la política, dejando para la historia una imagen nítida de político honesto, sin ningún escándalo y enriquecimiento personal.

Y, finalmente, su vida personal. Hay que recordar que, Adolfo Suárez, sufrió unos golpes durísimos, con motivo de las graves enfermedades familiares que tuvo que afrontar, por cierto, con enorme entereza y dignidad. Es público y notorio, aquí, en Ávila, el especial modo en que acompañó durante la última etapa de su vida a su mujer, Amparo Illana.

Unos golpes durísimos que él mismo también recibió directamente por medio del doloroso olvido del Alzheimer, una especie de muerte en vida. Así que, yo creo que todo esto ha ido conformando este mito cívico de “santo laico”, al que me he referido anteriormente, es decir, el de una persona valiente y decidida que, tanto en el triunfo como luego en la desgracia, supo mantener una entereza humana excepcional.

En fin, yo creo que todo ello ha contribuido decididamente a que Adolfo Suárez permanezca en nuestra memoria como un referente moral, algo absolutamente necesario para cualquier sociedad, necesitada de testimonios de vida repletos de virtudes como el coraje, la honestidad o la generosidad.

ADOLFO SUÁREZ: UN ALMA GRANDE

Ha escrito Fernando Ónega en su obra *Puedo prometer y prometo* que la descripción tópica que suele hacerse de Adolfo Suárez consiste en que era de cultura limitada, ambicioso, encantador, pragmático y negociador, de ideología voluble, desclasado y con algún complejo de falta de trayectoria democrática frente a sus interlocutores, que tenían la vitola de haber sido perseguidos por el franquismo. A estos calificativos habría que añadir las que el propio Adolfo Suárez utilizó para definirse a sí mismo: «*chusquero de la política, experto en nada, buen político y persona sencilla y normal*»

Evidentemente, esta descripción propia y ajena del primer presidente del Gobierno de España tras la Dictadura responde a un análisis superficial; a una observación basada exclusivamente en el personaje que hay detrás de la persona; a la simple contemplación de la máscara griega que cubre el rostro del actor que interpreta el papel teatral; a la que ve lo exterior, lo aparente, no lo interior, lo esencial.

La primera vez que oí afirmar que el llamado *espíritu de la Transición* es un clima, un ambiente, un estado de conciencia social, creado por una serie de valores profundos tales como el deseo de la reconciliación nacional, la generosidad, la valentía, la lealtad, la altura de miras, el trabajo por el interés general, el abrazo entre conciudadanos, plenamente arraigados en Adolfo Suárez, fue para mí una auténtica revelación.

Hasta ese momento no era consciente de que el carisma de un hombre, su fuerza interior y sus valores profundos fueran capaces de crear ese clima, ese ambiente, ese estado de conciencia, ese espíritu, capaz de hacer posible la transformación de una España secularmente dividida por odios irracionales en otra de la reconciliación nacional.

Esta idea —novedosa para mí— fue expuesta por Ángel Luis Alonso Muñoz, alcalde de Cebreros por aquella época, durante la grabación del programa radiofónico, *Adolfo Suárez, seis meses después*, dirigido y presentado por mí en Radio 5, Todo Noticias. En este programa especial, dedicado a abordar la figura de Adolfo Suárez tras su fallecimiento, seis meses después, sostuvo —plenamente convencido— que determinados valores profundos inherentes en Adolfo Suárez condicionaron todo el proceso del cambio político.

Esta afirmación de Ángel Luis Alonso me hizo comprender que existe un modo más profundo de adentrarnos en la comprensión del hombre que, a juicio de muchos analistas, mejor encarna el llamado *espíritu de la Transición*.

En efecto, existe un modo más allá de lo aparente de abordar la personalidad de quien emprendió con plena convicción, entusiasmo y audacia el reto de edificar la construcción de un nuevo estado democrático y constitucional para España. Utilizando una analogía oriental, podemos hacerlo de la misma manera en que el Zen se relaciona con la pintura. Recordemos que, de acuerdo con esta filosofía oriental, si un artista plástico se limita a observar y reproducir lo que está viendo simplemente consigue dibujar su cáscara, no su esencia; lo de fuera, no lo de dentro; la superficie, no la profundidad; lo fenomenológico y cambiante, no lo real e imperecedero.

Cuando mi compañero y amigo, Pepe Pulido, durante muchos años director de RNE en Ávila y excelso poeta, con importantes premios y reconocimientos, me soltó la “bomba informativa” de que, en su opinión, para el imaginario colectivo español, Adolfo Suárez se había convertido ya en una especie de “santo laico”, es decir, en un referente moral o ejemplo de virtud, de acuerdo con los clásicos, me percaté de que, en realidad, me estaba tratando de describir poéticamente la persona que está detrás del personaje; que me estaba mostrando el alma de un hombre cercano, cálido, amigable, simpático y empático y de elevados propósitos.

En fin, comprendí perfectamente, de forma holística que, Pepe Pulido, como buen explorador del alma humana, con capacidad de visión para ir más allá de lo fenomenológico y cambiante hasta penetrar en las profundidades de las aguas marinas — alegoría de la esencia del alma humana— me estaba señalando sobre el terreno un manantial de agua clara en el turbio caudal de la existencia. Entonces comprendí, como San Pablo comprendió cuando se cayó de su caballo en el camino hacia Damasco al contemplar la figura de Jesús, la sublime forma de entender la vida de Adolfo Suárez, condensada por él mismo con estas bellas palabras:

«Al lado de Fernando Herrero aprendí muchas cosas. Algunas han sido fundamentales en mi vida: que las creencias y las convicciones hay que traducirlas en actos; que los hombres y mujeres valen por lo que hacen; que la vida y el quehacer público alcanzan su sentido más pleno cuando se desarrollan en beneficio de los demás. Aprendí también el valor de la conciencia recta y de la coherencia personal».

Muchos otros autores y analistas que tuvieron el privilegio de conocer de cerca a Adolfo Suárez también han sabido

vislumbrar, como Pepe Pulido, su alma desde una perspectiva más allá de lo aparente. Así, por ejemplo, María Ángeles López de Celis que, durante treinta y dos años perteneció a la Secretaría de los cinco primeros presidentes del Gobierno, ha escrito en su obra, *Las Damas de la Moncloa* que Adolfo Suárez fue un poco el padre de todos los españoles. «*El padre que supo anteponer los intereses de España a los suyos propios con el fin de lograr la convivencia pacífica entre todos los españoles*»

En esta misma obra, López de Celis, comenta que muchos, o tal vez todos, desearíamos hoy oír su voz y conocer su opinión sobre lo que actualmente nos está aconteciendo.

— ¿Intentaría tal vez unos nuevos Pactos de la Moncloa? —se pregunta. ¡Quién lo sabe! De lo que estoy segura —añade— es de que exigiría a la clase política una alta capacidad de abnegación y sacrificio, con conductas especialmente exigentes y ejemplarmente austeras, apelando siempre a los valores inscritos en la Constitución: la de todos.

—Yo fui su amigo y suscribo su grandeza y sencillez —me ha comentado en diversas ocasiones Antonio Regalado, un maestro del periodismo que siguió a Adolfo Suárez como corresponsal político de RNE durante todo el periplo del CDS y en cinco elecciones generales, locales y autonómicas. Cuando te apretaba la mano te desarmaba. Era un cautivador irresistible y, al mismo tiempo, austero y humilde, porque la ética presidía toda su vida. Creo sinceramente que fue un ser humano extraordinario. Siempre decía gracias; y te daba un abrazo y te apretaba la mano para que entendieras que era un amigo leal y libre.

¡Gracias! Preciosa y sublime palabra, una flor fragante en el desierto de la ingratitud humana, productora de alegría interna. Una sencilla palabra que, según el gran místico alemán del siglo XIII, Eckhart, es suficiente para componer la más excelsa de las

438

oraciones. Y es que, Eckhart, sabía muy bien que la gratitud es una práctica sagrada que eleva nuestro espíritu, cambia nuestras perspectivas y suaviza nuestros corazones. Adolfo Suárez seguramente también lo sabía.

Y, a continuación, si les parece, emerjamos desde las profundidades oceánicas —alegoría del alma humana— para reaparecer a la superficie, tomar un respiro, volviendo a contactar con lo terrenal, con lo que estamos más familiarizados, para analizar la figura de Adolfo Suárez desde otra perspectiva. Veamos.

Adolfo Suárez no destacó por su formación académica. Él mismo llegó a reconocer expresamente que *«Me falta formación intelectual, peso específico y ahora me arrepiento de no haber estudiado con más profundidad y amplitud mi propia carrera»*.

Luego, entonces:

¿Qué es lo que hizo que dejara boquiabierto este hombre al pueblo español y llevar a buen término “La obra política que asombró al mundo”?

La respuesta a esta pregunta debemos hallarla, a mi juicio, en su enorme inteligencia emocional.

Desde que el psicólogo, periodista y escritor estadounidense, Daniel Goleman, escribió *La Inteligencia Emocional*, se ha producido un profundo cambio de paradigma en el mundo en muchos ámbitos de la vida. Esto ha llevado a admitir mayoritariamente que el coeficiente intelectual y los expedientes académicos no son los únicos factores determinantes del éxito de las personas; que existen otros aspectos, como la autoconciencia, la autoestima, el autocontrol, la autoconfianza, la automotivación, la empatía y determinadas habilidades sociales que son aún más determinantes para el

logro del éxito. Desde este punto de vista se puede afirmar que Adolfo Suárez era un hombre extraordinariamente inteligente.

Si observamos las cualidades personales más importantes de los grandes ejecutivos y líderes de todas las épocas y regiones comprobamos que muchas de ellas estaban, de un modo u otro, presentes en Adolfo Suárez.

En su personalidad encontramos la habilidad de la empatía —también conocida como proceso de adaptación ante la diferencia—, lo que le permitió ser capaz de entenderse con gente diametralmente opuesta a sus convicciones políticas y vitales; el liderazgo; el autocontrol; la capacidad para estar dispuesto a ayudar a los demás, generando un desarrollo personal y profesional de las personas; la disposición para asumir la responsabilidad personal en cualquier circunstancia; el don de la comunicación, con una expresividad abierta, directa y sincera; la audacia para resolver con prontitud los conflictos y desafíos; o la confianza en sí mismo y la valentía.

—«¿Valiente? ¿por qué? Yo representaba al Estado —respondió en cierta ocasión— al ser preguntado por su actuación durante el golpe de Estado del 23F. ¿Cómo me iba a tirar al suelo?»

Desde una óptica historicista existen ya innumerables monográficos, obras, artículos de opinión y trabajos audiovisuales de ese momento. Las diecisiete horas y media que transcurrieron desde la ocupación del Congreso hasta su liberación y los acontecimientos que tuvieron lugar durante ese espacio temporal han sido analizados exhaustivamente desde esta perspectiva. Sin embargo, desde una óptica menos convencional, “más allá de lo aparente” se constata que los análisis son más bien escasos. Entre ellos destaca con luz propia la obra *Anatomía de un instante*, del escritor Javier Cercas.

La singularidad principal de *Anatomía de un instante* —una obra inclasificable— consiste en diseccionar con la precisión de un eminente cirujano este acontecimiento histórico a partir de la imagen congelada de un gesto que describe holísticamente el alma de un hombre de Estado, abnegado, íntegro, leal y constructor de acuerdos.

Recordemos que el “instante” al que hace referencia el título de esta obra, imprescindible para conocer los entresijos de un momento político excepcional en la Historia de España, es precisamente la imagen captada por las cámaras de TVE —que conforma la cubierta del libro en su primera edición— en la que vemos Adolfo Suárez sentado en su escaño, mostrándose ante el mundo con absoluta serenidad, mientras el resto de los diputados permanecían escondidos bajo sus butacas, salvo su vicepresidente primero del Gobierno, Manuel Gutiérrez Mellado, que en ese “instante” se muestra increpando al Teniente Coronel Antonio Tejero y su tropa de guardias civiles, así como el líder del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo.

He titulado este capítulo *Adolfo Suárez: Un alma grande*, inspirándome en el nombre honorífico de “Mahatma” que le otorgó a Gandhi el poeta bengalí y también filósofo, artista, músico, dramaturgo, novelista y primer Premio Nobel de Literatura no europeo, Rabindranath Tagore.

“Mahatma” significa “Alma Grande”. Tiene que ver con los desafíos que a todos nos presenta la vida, en nuestro efímero paso por este mundo. Tener un “Alma Grande” significa haber cultivado una vida espiritual con sinceridad, hondura y discernimiento; rica en valores, llena de bondad y abierta a la tolerancia y la sensibilidad.

Ser un “Alma Grande” supone tener un alma compasiva, de acuerdo con el budismo; un espíritu obediente a la voluntad de Dios, según las exigencias del islam; y centrar la vida en el amor y el servicio a los demás, de acuerdo con el mandamiento principal del judaísmo y el cristianismo.

La conocida expresión acuñada por filósofo español José Ortega y Gasset en su obra *Meditaciones de El Quijote*, del «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo», que viene a decirnos que no es posible separar el yo del medio, porque ambos factores forman un conjunto, se aplica a la cualquier vida humana. También, por supuesto, a la de Adolfo Suárez.

Adolfo Suárez nació y creció en un entorno de profundas convicciones religiosas que, con la madurez personal y espiritual le llevaron a afirmar —con absoluto convencimiento— que «*La vida y el quehacer público alcanzan su sentido más pleno cuando se desarrollan en beneficio de los demás*».

Su fervor religioso se desarrolló durante su temprana edad dentro de la ciudad mejor amurallada del mundo y de devoción a Santa Teresa y la Virgen de Sonsoles. De su padre, Hipólito, heredó el carisma y la lucha por la vida; de su madre, Herminia, la religiosidad y el sentido trascendental de la vida. Luego, de su esposa Amparo, las profundas convicciones religiosas que presidieron todos los actos de su vida.

Según cuenta Luis Herrero en su obra *Los que le llamábamos Adolfo*, en cierto momento pasó por la imaginación del joven Adolfo la idea de ser sacerdote por influjo de don Baldomero Jiménez Duque, rector del seminario de Ávila, que fue la persona —según Herrero— que más influyó en su vida espiritual de la infancia. Aunque, finalmente, eligió la vida civil,

nunca abandonó sus inquietudes religiosas, llegando a ser presidente del Consejo Diocesano de Acción Católica y fundador de la asociación *De Jóvenes a Jóvenes*.

El resto de la trayectoria personal y política del hombre que condujo con éxito el proceso de la dictadura a la democracia forma parte ya de la Historia de España, ampliamente documentada.

Me he preguntado muchas veces qué música resultaría más adecuada para sonorizar la historia personal y pública —cuasi cinematográfica— de un hombre que también coqueteó —según ha escrito Luis Herrero en la obra citada— con la interpretación: participando como extra en la película *Orgullo y pasión*, rodada en Ávila por Stanley Kramer, así como formando parte de una compañía juvenil de teatro.

Para este caso siempre resuenan dentro de mí los inconfundibles acordes de *Entre dos aguas*, del músico y compositor español Francisco Sánchez Gómez, más conocido como Paco de Lucía, considerado el mejor guitarrista de flamenco contemporáneo y uno de los más virtuosos del instrumento a nivel mundial.

Personalmente me he deleitado muchas veces escuchando esta sublime melodía, evocadora de un tiempo convulso y apasionante al mismo tiempo; una inolvidable obra musical que —paradojas de la vida— fue creada en las postrimerías de un periodo y popularizada en otro muy diferente.

Siempre he pensado que esta rumba flamenca instrumental creada por Paco de Lucía, incluida como primer sencillo en el álbum *Fuente y caudal* de 1973, refleja con alta fidelidad el espíritu de un hombre que vivió una vida intensa buscando el equilibrio “entre dos aguas”, es decir, entre dos opciones o cosas opuestas; entre dos tiempos o dos épocas; entre lo terrenal y lo

espiritual; entre la experiencia terrenal donde el hombre concentra sus esfuerzos en la consecución del éxito exterior y la experiencia espiritual manifestada en todo acto de autodominio, todo sufrimiento valiente por el bien común, toda entrega de sí mismo a algo más elevado.

En fin, “entre dos aguas”, siempre “entre dos aguas”, algo de lo que el propio Adolfo Suárez fue consciente desde su más temprana edad:

«Mi padre era un hombre de acción —dijo— y mi madre más espiritual».

Luego, en el atardecer de su vida contempló el camino vital recorrido bifurcado en dos opciones:

«La vida —que él consideraba como la más difícil asignatura— siempre te da dos opciones: la cómoda y la difícil. Cuando dudes, elige siempre la difícil porque así siempre estarás seguro de que no ha sido la comodidad la que ha elegido por ti».

Con esta conocida frase inmortal de Adolfo Suárez referida a los dos senderos de la vida debería concluir mis humildes reflexiones en torno a lo que he visto bajo la superficie oceánica, más allá de lo aparente. Sin embargo, permítanme, por favor, una última pincelada, la más difícil para mí. O mejor aún: la penúltima. Verán.

Ciertos artistas plásticos consideran que la última pincelada es la más difícil; que, realmente, un cuadro está terminado cuando el propio cuadro habla por sí mismo; que, puesto que el arte —cualquier arte— es la prolongación del pensamiento, queda finalizado cuando se aproxima al máximo a la emoción primera.

Pero, admitámoslo, quizás este cuadro de la figura del hombre que hizo posible la concordia entre todos los españoles nunca

podrá ser concluido del todo, por lo que deberíamos estar dispuestos siempre a retocarlo, una y otra vez, como hacía el gran Velázquez con sus lienzos, con los que convivía en la Corte. De este modo, el cuadro irá ganando en frescura, mostrándonos nuevos detalles que antes no habíamos sido capaces de captar.

Así que, a modo de última pincelada —o mejor, penúltima— les presento un extracto del capítulo *Una explicación*, extraído de la obra de Fernando Ónega *Puedo prometer y prometo*, sobre el hombre que, sin otros instrumentos que su audacia y su visión de las necesidades de un país, se levantaba cada mañana a enfrentarse con poderes invisibles que pretendían impedirle la siembra de las semillas de la libertad.

Y lo hago, desde mi máxima admiración y respeto hacia este maestro del periodismo que conoció profundamente a Adolfo Suárez, el hombre de Estado que desmontó pieza a pieza el andamiaje del franquismo, conduciendo a España a la Constitución de la concordia y el consenso. Dice así:

«Sufrió mucho, incluso físicamente. Tuvo que escuchar la mayor ofensa, que es la de que alguien llame traidor a una persona decente. Moría gente asesinada por la espalda y le decían que era por su culpa. Padeció la injusticia de quienes confundían al gobernante con el mago. Le dejaron solo aquellos con quienes compartió responsabilidades y honores. Le negaron la paz en misa y hubo quien torció la cara y apartó la mirada a su lado en una calle de Madrid.

Todo eso ocurrió; pero, amparado por el rey Juan Carlos, cogió una España con presos políticos y exiliados y les otorgó amnistía. Cogió una España secularmente dividida por odios irracionales y supo construir la reconciliación. Cogió una España de verdades únicas de la que hizo un país donde cabían

todas las verdades. Y cogió una España de fundamentalismos y en su lugar levantó monumentos al diálogo y a la comprensión.

Ese hombre no quiso contar cómo lo hizo. Y no es porque hubiese perdido la memoria. Se calló para no ofender. Se calló para no parecer presuntuoso. Prefirió el silencio para no darse importancia».

Este hombre que prefirió el silencio —siempre profundo como la eternidad, añado yo— para no darse importancia, pudo hacer realidad la concordia entre todos los españoles.

Y, como expuso el escritor ruso Nikolái Gógol en su novela *Almas muertas*, lo que el mundo necesita en su búsqueda de la concordia no son precisamente almas muertas, sino almas fuertes y puras. Almas que han recorrido el camino del desapego, la interiorización, el perdón y el servicio. Almas, en definitiva, habitadas por Dios.

Unas almas grandes que se empeñan en aprobar con nota “esa difícil asignatura que es la vida”. Que no se contentan con luchar un día, sino toda la vida y que terminan por convertirse en imprescindibles.

«Hay hombres que luchan un día y son buenos —escribió el poeta y dramaturgo alemán Bertolt Brecht. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles».

UNA ÚLTIMA REFLEXIÓN

Este libro no se cierra: continúa en la conciencia del lector.

La Transición española destaca como un gran cambio político y una conquista moral colectiva.

EL ESPÍRITU DE LA TRANSICIÓN invita a contemplar uno de los períodos más decisivos de la historia de España desde una mirada profunda, serena y consciente.

Aquel tiempo fue posible gracias a la vigencia de valores esenciales: el sentido del propósito compartido, la generosidad, la empatía, la colaboración, la dignidad y la lealtad. Este legado constituye el verdadero espíritu que esta obra rescata para el presente, poniendo en valor el trabajo por el interés general y el heroísmo silencioso.

A través de conversaciones de carácter didáctico, el libro propone al lector un encuentro íntimo con la historia. Es una invitación a observar aquel tiempo con los ojos del alma, permitiendo que los recuerdos y sus significados fluyan libremente por la consciencia.

Esta obra ofrece claves fundamentales para comprender el origen de nuestra convivencia y el sentido de nuestro destino común, desde la convicción de que todo proceso humano guarda un propósito profundo. Es un libro para quienes buscan redescubrir la Transición como una gran lección moral y humana para nuestro tiempo.